



Comparta este documento si lo desea, pero hágalo siempre de forma GRATUITA.

Satprem

**SRI AUROBINDO
O
LA AVENTURA
DE LA
CONSCIENCIA**

Traducción de Ricardo Barrios

1ª edición: marzo de 1984

2ª edición: abril de 1989

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICION FRANCESA

El reino de la aventura ha terminado. Aunque vayamos hasta la séptima galaxia, provistos de cascos y mecanizados, volveremos a encontrarnos con lo que somos en realidad: unos niños ante la muerte, unos seres vivos que no saben muy bien cómo ni por qué viven ni adónde van. Y bien sabemos que sobre la tierra el tiempo de los Cortés y de los Pizarro ha llegado a su fin: la Mecánica misma nos aprisiona, la ratonera se cierra de nuevo. Pero, como siempre, descubrimos que nuestras más sombrías adversidades son nuestras mejores ocasiones, y que el paso tenebroso es sólo un paso conducente a una mayor luz. Nos encontramos, pues, acorralados ante el último terreno que nos quedaba por explorar, la última aventura: nosotros mismos.

Los signos abundan, son sencillos y evidentes. El fenómeno más importante de esta década no es el viaje a la luna, sino los "viajes" de las drogas y la gran trashumancia de los hippies y la efervescencia estudiantil por todo el mundo. ¿Y adónde irían? Ya no queda espacio en el hervidero de las playas, ni en las carreteras congestionadas, ni en la creciente termitera de nuestras ciudades. Hay que dirigirse a otra parte.

Pero hay todo tipo de "otras partes". Las de las drogas son inciertas y están llenas de peligros, y, sobre todo, dependen de un medio exterior-una experiencia debe poder obtenerse a voluntad y no importa dónde, en medio del mercado o en la soledad de nuestra estancia; de lo contrario no es una experiencia, sino una anomalía o una esclavitud. Las del psicoanálisis se limitan de momento a algunos sótanos mal iluminados y, sobre todo, carecen de la palanca de consciencia que permite ir adónde uno quiere como dueño y señor, y no como testigo impotente o como víctima enfermiza. Las de la religión son más luminosas, pero dependen igualmente de un dios o de un dogma, y, sobre todo, nos encierran en un tipo de experiencia; porque se puede también, y aún más, ser prisionero de otros mundos lo mismo que de éste. Y finalmente, el valor de una experiencia se mide por su poder de transformación de la vida, de lo contrario nos hallamos ante un sueño o una alucinación.

Ahora bien, Sri Aurobindo nos lleva a efectuar un doble descubrimiento del que tenemos urgente necesidad si queremos no sólo dar una salida a nuestro sofocante caos, sino también transformar nuestro mundo. Porque siguiendo paso a paso con él su prodigiosa exploración -su técnica de los espacios interiores, diríamos- se nos conduce al mayor descubrimiento de todos los tiempos, al umbral del Gran Secreto que debe cambiar la faz del mundo, a saber que la consciencia es un poder. Obnubilados como estamos por la "inevitable" condición científica en que hemos nacido, parece como si el hombre no tuviera otra esperanza que la de la proliferación cada vez más enorme de sus máquinas que verán mejor que él, oirán mejor que él, calcularán mejor que él. Se trata de saber que podemos más que nuestras máquinas, y que esta enorme Mecánica que nos ahoga puede derrumbarse con la misma rapidez con que ha nacido, sólo con que queramos tomar la palanca del verdadero poder y descender a nuestro propio corazón como exploradores metódicos, rigurosos y lúcidos.

Tal vez entonces descubramos que nuestro espléndido siglo XX se hallaba aún en la edad de piedra de la psicología, y que con toda nuestra ciencia no habíamos alcanzado todavía la verdadera ciencia de vivir, ni el dominio del mundo ni el de nosotros mismos; y que ante nosotros se abren horizontes de perfección, de armonía y de belleza, frente a los cuales nuestros soberbios descubrimientos son como torpes tentativas de aprendiz.

SATPREM

Pondichéry, 27 de enero de 1970

INTRODUCCIÓN

"Puedo llegar a ser lo que veo en mí mismo.

Puedo hacer todo cuanto me sugiere el pensamiento; puedo llegar a ser todo cuanto el pensamiento me revela. Esta debiera ser la fe inquebrantable del hombre en sí mismo, porque Dios mora en él".¹

Había una vez un maharajá muy perverso que no toleraba que nadie fuese superior a él. Un día hizo llamar a todos los pandits del reino, como era costumbre hacerlo en circunstancias graves, y les planteó esta pregunta: "¿Quién de nosotros dos es el más grande, Dios o yo?". Los pandits se estremecieron. Como eran sabios de profesión, pidieron al maharajá tiempo para reflexionar antes de responderle; no querían ni perder su puesto ni poner en peligro su cabeza. Se trataba de pandits muy piadosos que tampoco querían ofender a Dios, y como se lamentaban amargamente, el más anciano de ellos los tranquilizó diciéndoles: "Dejadme a mí el caso, mañana hablaré con el príncipe". Al día siguiente toda la corte hallábase reunida en solemne durbar cuando el viejo pandit llegó humildemente, las manos juntas y la frente untada de ceniza blanca; luego, inclinándose, pronunció estas palabras: "Oh, Señor, tú eres, sin duda, el más grande". El príncipe retorció tres veces su largo bigote y su pecho se llenó de arrogancia. "Tú, Señor -continuó el anciano pandit-, eres el más grande, porque tú puedes arrojarnos de tu reino, y Dios no puede hacerlo: todo cuanto existe es Su reino, y fuera de El a ninguna parte es posible ir".

Esta historia de la India, que liemos oído contar en Bengala, la tierra donde nació Sri Aurobindo, no es ajena a aquel que decía que todo es El: los dioses, los diablos, los hombres, la tierra, y no solamente los cielos; no es ajena al hombre cuya experiencia conduce a una rehabilitación divina de la Materia. Desde hace ya medio siglo no ha cesado la psicología de reintegrar a los demonios en el hombre, y bien podría ocurrir, como André Malraux lo pensaba, que la tarea del próximo medio siglo fuese la de "reintegrar a los dioses", o más bien, como lo quería Sri Aurobindo, la de reintegrar el Espíritu en el hombre y en la materia y la de crear vida "la vida divina sobre la tierra": "El alto cielo es grande y maravilloso, pero más grande aún y maravilloso es el cielo que se halla en vosotros. Este Edén es el que espera el obrero divino"

Hay muchos modos de poner manos a la Obra; en realidad, cada uno de nosotros tiene una apertura particular para uno será una pieza bien labrada, un deber cumplido; para otro una hermosa idea, un sistema filosófico armonioso, y para otros será una página de música, un río, un amanecer en el mar, y todas son formas de respirar en el infinito. Pero éstos son breves instantes y nosotros queríamos algo permanente. Son minutos sujetos a no pocas condiciones inapresables, y nosotros queríamos algo inalienable, que no dependiese de condiciones ni de circunstancias, una ventana, en suma, en nosotros, que no volviera a cerrarse nunca.

Y como esas condiciones se consiguen difícilmente en la tierra, decimos "Dios", "espiritualidad", "Cristo" y "Buda" y todo el linaje de los fundadores de las grandes religiones, y todas son formas de alcanzarlo permanente. Mas puede ser que nosotros no seamos hombres religiosos ni espiritualistas, sino hombres simplemente, que creemos en la

tierra; hombres que desconfiamos de las grandes palabras, que nos hallamos cansados de los dogmas y que acaso estemos también fatigados de pensar demasiado bien; hombres, en fin, que sólo queremos nuestro pequeño río que corre por el Infinito. Había en la India un santo insigne que durante muchos años, antes de haber alcanzado la paz, hacía a cuantos le salían al paso esta pregunta: "¿Has visto a Dios?... ¿Has visto a Dios?" y se alejaba malcontento porque siempre le respondían con meras historias. El quería ver. Y no carecía de razón, si se toma en cuenta toda la mentira que los hombres cubren con la palabra Dios, como lo hacen también con tantas otras palabras. Cuando nosotros hayamos visto, entonces hablaremos de ello, o tal vez entonces guardaremos silencio. No, nosotros no queremos darnos por satisfechos con meras palabras; nosotros queremos emprender el viaje con todo lo que tenemos desde el punto donde nos encontramos, con nuestros zuecos y el barro que a ellos se adhiere, y también con nuestro rayito de sol en el zurrón de nuestros días buenos, porque esa es, simplemente, nuestra fe. Y luego, bien sabemos que tal como es la tierra no es nada bueno y quisiéramos que cambiara; mas hemos llegado ya a perder la confianza en las panaceas universales, en los movimientos, en los partidos, en las teorías. Emprendemos la marcha en el kilómetro cero, es decir, en nosotros mismos, lo que, ciertamente, no es gran cosa, pero es todo cuanto tenemos, y este trozo de mundo es el que trataremos de cambiar antes de salvar al resto. Pero tal vez no seamos tan inocentes, pues ¿quién sabe si cambiar el uno no sea el medio más eficaz de cambiar el otro?

¿Qué puede hacer Sri Aurobindo por nosotros en este bajo nivel?

Hay un Sri Aurobindo filósofo, un Sri Aurobindo poeta -poeta fue él esencialmente-, un visionario de la evolución, mas no todo el mundo es filósofo, ni poeta, ni, menos aún, vidente. Y si él nos deparase un medio de creer en nuestras posibilidades -no humanas solamente, sino sobrehumanas y divinas-, un medio no sólo de creer en ellas, sino de descubrirlas nosotros mismos, paso a paso, un medio de ver y de llegar a ser amplios, amplios como la tierra que amamos, y todas las tierras y todos los mares que llevamos dentro, ¿estaríamos acaso satisfechos? Porque también hay un Sri Aurobindo explorador -que era yogui-; mas ¿no dijo él mismo, por ventura, que "el yoga es el arte del descubrimiento consciente de uno mismo"?³

Esta exploración de la consciencia es la que nosotros quisiéramos emprender con él, y si procedemos con calma, con paciencia, con sinceridad, afrontando valerosamente las dificultades del camino -y bien sabe Dios si es escabroso el camino-, no hay razón alguna para que la ventana que nos llenará de sol para siempre no se abra un día. A decir verdad, no es una sola, sino numerosas las ventanas que una tras otra se abren, sobre un espacio más vasto cada vez, sobre una nueva dimensión de nuestro reino, y cada vez se produce un cambio de consciencia tan radical como puede serlo, por ejemplo, el paso del sueño a la vigilia. Nos proponemos reconstruir aquí las principales etapas de esos cambios de consciencia, tal como Sri Aurobindo tuvo experiencia de ellos y como los describió a sus discípulos en su yoga integral, hasta el momento en que ellas nos conduzcan al umbral de una nueva experiencia, desconocida aún y que acaso tenga el poder de cambiar la vida.

Porque Sri Aurobindo no es solamente el explorador de la consciencia, sino a la vez el arquitecto de un mundo nuevo. ¿A qué cambiar de consciencia si el mundo circundante sigue siendo lo mismo que es ahora? Corremos el riesgo de ser como aquel rey de Andersen que iba desnudo por las calles de su capital. Así, tras haber recorrido la última frontera de mundos no desconocidos a la antigua sabiduría, Sri Aurobindo descubrió otro mundo que no figuraba en ningún mapa, y le dio el nombre de Supramental; ese mundo es el que ha querido hacer bajar a la tierra. Y nos invita a colaborar con él en la empresa y a participar

de una bella historia, si es que las historias nos gustan. Porque el Supramental, dice Sri Aurobindo, apareja un cambio decisivo en la evolución de la consciencia terrestre -de hecho, es justamente el cambio de consciencia el que dispondrá de poder para transformar nuestro mundo material- y para transformarlo de modo tan profundo y duradero -esperamos que para bien- como no lo ha hecho la Mente desde que por primera vez se manifestó en la Materia-. Entonces veremos cómo el yoga integral desemboca en un yoga supramental o yoga de transformación terrestre, que nosotros trataremos de esbozar aquí, solamente de esbozar, porque la historia se halla ahora en trance de realización, es nueva de todo punto y difícil, y no sabemos muy bien todavía a dónde nos conducirá ni sabemos siquiera si alcanzará lo que se propone.

En el fondo, ello depende en parte de todos nosotros.

I

UN OCCIDENTAL CONSUMADO

Como hombre, Sri Aurobindo se halla cerca de nosotros, porque, después de todo, cuando hayamos saludado respetuosamente a la "sabiduría de Asia" y a los raros ascetas que parecen mofarse de nuestras leyes, podremos advertir que nuestra curiosidad ha sido conmovida, mas no así nuestra vida, y que aún nos hará falta una verdad de orden práctico capaz de sobreponerse a nuestros inviernos agotadores. Sri Aurobindo ha conocido muy bien nuestros inviernos; más aún, en ellos ha pasado los años de su formación, de los siete a los veinte de su edad. Vivió de una buhardilla a otra, a merced de hospederos más o menos benévolos, contentándose con una comida por día y careciendo de abrigo que echarse sobre los hombros, pero cargado siempre de libros: los simbolistas franceses, Mallarmé, Rimbaud, a quienes leía en su lengua original antes aún de haber leído traducción alguna de la Bhagavat Gita. Sri Aurobindo es para nosotros el sujeto de una síntesis única.

Nació en Calcuta el 15 de agosto de 1872, el año de las Iluminaciones de Rimbaud; ya entonces la física moderna había nacido con Max Planck; Einstein es pocos años menor que él y Julio Verne sondea por entonces el futuro. Sin embargo, la reina Victoria se prepara a coronarse emperatriz de la India, y no se ha dado cima siquiera a la conquista del África; nos encontramos en la conjunción de dos mundos. La historia nos da a veces la impresión de que los períodos de prueba y de destrucción preceden al advenimiento de un mundo nuevo, pero acaso ello sea un error y que más bien porque el nuevo germen ha nacido ya es por lo que las fuerzas de la subversión (o de descombro) se exacerban. Como quiera que sea, Europa se encuentra en la cima de su gloria; la partida parece jugarse en el Oeste. Esto lo había comprendido así el doctor Krishnadhan Ghose, padre de Sri Aurobindo, quien, por haber estudiado medicina en Inglaterra, se había convertido de todo punto a la cultura inglesa. En modo alguno quería que sus hijos -tenía tres, de los cuales Sri Aurobindo era el menor- se contaminasen del misticismo "retrógrado y embriagador" en que su país parecía hundirse. No quería siquiera que sus hijos conociesen ninguna de las tradiciones ni de las lenguas de la India. Sri Aurobindo fue, pues, dotado no sólo de un nombre inglés -Akroyd-, sino de una institutriz inglesa -Miss Pagett-, y luego, desde la edad de cinco años, enviado a Darjieling, a una escuela de monjas irlandesas, con los hijos de los administradores británicos. Dos años más tarde los tres hijos del doctor Ghose partían para Inglaterra. Sri Aurobindo tenía siete años. Y hasta los veinte no aprenderá el bengalí, su lengua materna, ni volverá a ver a su padre, muerto poco antes de su regreso a la India; a su madre sí, aunque enferma, quien apenas lo reconocerá al verlo. Nos hallamos, pues, en presencia de un niño que ha crecido fuera de toda influencia familiar, nacional o tradicional, en presencia, en suma, de un genio libre. Acaso la primera lección que nos da Sri Aurobindo sea justamente una lección de libertad.

Sri Aurobindo y sus dos hermanos fueron confiados a un pastor anglicano de Manchester, "con instrucciones estrictas de que no conociesen a ningún hindú ni se expusiesen a ninguna influencia india"; decididamente, este doctor Ghose era hombre singular. Ordenó asimismo al pastor Drewett que no diese ninguna instrucción religiosa a

sus hijos, a fin de que ellos mismos pudiesen escoger, si querían, su propia religión cuando tuviesen edad para ello. Luego, durante trece años, los abandonó a su suerte. Bien podría creerse que el doctor Ghose fuese un hombre sin corazón, mas no era así; no sólo prodigaba sus cuidados, sino su dinero a los pobres de las aldeas bengalíes, en tanto que sus hijos carecían en Londres de lo necesario aun para comer y para vestirse, y murió de pesar cuando se enteró, por error, de que su hijo predilecto, Aurobindo, había naufragado. Pero quería que sus hijos fuesen hombres de carácter.

Los primeros años en Manchester fueron de alguna importancia para Sri Aurobindo, porque aprendió el francés -el inglés será naturalmente su lengua "materna"- y descubrió entonces en sí mismo una inclinación espontánea hacia nuestro país; ¿no dirá acaso, al término de sus largos años de Inglaterra?: "Yo estaba apegado al pensamiento y a la literatura ingleses y europeos, pero no a Inglaterra como país; yo no tenía vínculos allí... Si hay una tierra en Europa a la que yo estuviera unido como a una segunda patria, intelectualmente tanto como por el corazón, ésa era una tierra que yo no había visto, donde no había vivido, al menos en esta vida, y esa tierra no era Inglaterra, sino Francia".² Luego el poeta ya se había despertado en él; ya escuchaba "el murmullo de las cosas invisibles" de que habla uno de sus más antiguos poemas, ya la ventana interior se había abierto, aunque la religión lo hubiese tocado muy superficialmente a juzgar por el relato de su conversión; en efecto, la madre del pastor Drewett se había propuesto salvar el alma de los tres pequeños herejes, en todo caso la del menor de ellos, a quien llevó un día consigo a una reunión de pastores "no conformistas". "Una vez hechas las plegarias -cuenta Sri Aurobindo-, toda la gente se dispersó, a excepción de los devotos; era la hora de las «conversiones». Yo me aburría en extremo. Después, un pastor se aproximó a mí y me hizo algunas preguntas [Sri Aurobindo debía tener entonces diez años]. No respondía nada. Entonces todos exclamaron: «¡Está salvado! ¡Está salvado!» y se pusieron a orar por mí y a dar gracias a Dios". Sri Aurobindo, el vidente, no había de ser nunca un hombre religioso ni en la India ni en Occidente; muy a menudo procuró poner hincapié en que la religión y la espiritualidad no son necesariamente sinónimas. "La verdadera teocracia -escribirá más tarde- es el reino de Dios en el hombre, no el reino de un papa, de una Iglesia o de una casta sacerdotal".

Tiene doce años cuando da comienzo la etapa londinense de su vida; ya conoce a fondo el latín y la lengua francesa. El director del St. Pauls School, a donde Sri Aurobindo ingresa, se muestra tan sorprendido del talento de su alumno, que decide darle él mismo lecciones de griego. Al cabo de tres años, Sri Aurobindo podía tomarse la libertad de saltar la mitad de sus cursos y de entregarse casi por entero a la lectura, que es su ocupación favorita. Nosotros ignoramos lo que escapó a este adolescente voraz -aparte del cricket, que en verdad no le apasionaba ya más que los Sunday-school-; pero Shelley y el Prometeo libertado, los poetas franceses, Homero, Aristófanes y muy pronto todo el pensamiento europeo -porque tempranamente supo lo suficiente de alemán y de italiano para leer a Dante y a Goethe en su lengua original- pueblan la soledad de la que nada nos dice él mismo. Tampoco trataba de crearse relaciones, en tanto que Mono Mohan, el segundo de sus hermanos, corría por Londres en unión de su amigo Oscar Wilde y había de distinguirse en la poesía inglesa. A la verdad, cada uno de los tres hermanos vivía su propia vida. Sri Aurobindo, sin embargo, no era un joven severo y menos aún un puritano (los pruritanos, decía); simplemente, él se hallaba "en otra parte" y su mundo estaba lleno. Aun en sus chanzas mostraba cierta gravedad que no le abandonó nunca. "¿El sentido del humor? Es la sal de la existencia. Sin él, hace mucho tiempo que el mundo estaría completamente

desequilibrado -ya lo está no poco- y perdido". Porque hay un Sri Aurobindo humorista, y acaso sea este Sri Aurobindo más importante que el filósofo de quien hablan con gravedad las universidades de Occidente; la filosofía no era para Sri Aurobindo sino el medio de hacerse comprender de cierta categoría de gente que nada entiende sin explicaciones; la filosofía era para él un medio de expresión, como lo era también la poesía, aunque, esta última, un medio más claro y verdadero; mas el humorismo era parte esencial de su ser; no se trata, por cierto, del humorismo zumbón del hombre ingenioso, sino de una manera de gozo que no puede dejar de manifestarse por dondequiera que pasa. A veces, igual que un relámpago que nos deja un tanto deslumbrados, adivinase tras las circunstancias humanas irás trágicas y lastimeras una risa casi burlona, como la (le un niño que juega al drama y de pronto hace una mueca, porque su naturaleza lo inclina a la risa, y porque, en el fondo, nada ni nadie en el mundo puede tocar ese interno reducto en que cada uno de nosotros reina siempre. Acaso sea éste, en verdad, el sentido del humorismo aurobindiano, un rechazo del drama; más aún, el sentimiento de una realeza inalienable.

Ignoramos si en este St. Pauls School se apreciaba su humorismo, pero sí, seguramente su asombrosa cultura; una beca que le había sido otorgada iba a permitirle ingresar a Cambridge -y ya era tiempo, porque los subsidios de su familia habían desaparecido casi de todo punto-, pero era poco aún para poner remedio al frío y al hambre, tanto más cuanto que los hermanos mayores participaban también, en grado no pequeño, de aquella ayuda. ¿Qué iba a hacer Sri Aurobindo en este semillero de gentlemen? Tenía entonces dieciocho años y, sin duda, obedecía los deseos de su padre. Pero no por mucho tiempo. Desde su primer año en el Kings College acumula todos los premios de poesía griega y latina, mas su corazón no se halla allí. Juana de Arco, Mazzini, la revolución americana lo persiguen: en suma, la liberación de su país, la independencia de la India, de la cual será uno de los primeros artesanos. Esta imprevista vocación política había de ocuparlo por cerca de veinte años, a él que no sabía bien lo que era un Indio y menos aún un Hindú. Pero muy pronto colmará ese vacío; tanto en lo que atañe al hinduismo como en cuanto concierne al occidentalismo, si ello se puede decir así, él sabrá tomar doble bocado y hacer la digestión; por lo demás no será verdaderamente Sri Aurobindo sino cuando se haya asimilado lo uno y lo otro y descubierto el punto en que ambos mundos se encuentran en algo que no es ni el uno ni el otro, ni siquiera una síntesis, sino más bien, como dice la Madre -continuadora de la obra de Sri Aurobindo- una tercera posición, "otra cosa", de la que tenemos viva necesidad, nosotros que no somos ni materialistas limitados ni espiritualistas exclusivos.

Se hizo entonces secretario de la Indian Majlis, asociación de estudiantes indios de Cambridge; pronuncia discursos revolucionarios, echa por la borda su nombre británico, se afilia a una sociedad secreta: "Loto y Puñal", ¡nada menos! (mas el romanticismo podía conducir también a la horca). En suma, se hace sospechoso y pronto figura en la lista negra de Whitehall. Esto no le impide obtener una licenciatura de Letras clásicas; luego, una vez pasado el examen, renuncia al grado, como si aquello fuese ya insuficiente. Se presenta también al célebre concurso del Indian Civil Service, llamado a abrirle las puertas del gobierno de la India al lado de los administradores británicos, obtiene brillantes resultados, pero no se cuida de someterse a la prueba de equitación -se va de paseo ese día en vez de cabalgar en Woolwich- y queda descalificado. En esta ocasión el decano de Cambridge se exaspera y escribe: "Que se pierda para el gobierno de la India un hombre de tales calidades simplemente porque no montó un caballo o porque no acudió a la cita, me parece -lo confieso- un monumento de miopía oficial que sería difícil de superar. Durante los dos últimos años su vida ha sido muy difícil y atribulada. Las remesas de fondos de su país han

cesado casi por entero y él ha tenido no sólo que proveer a sus propias necesidades, sino mantener a sus hermanos también... En muchas ocasiones he escrito a su padre en nombre suyo, pero sin mucho éxito. Sólo hace poco tiempo conseguí de él algún dinero para pagar a los comerciantes, que de lo contrario, hubieran mandado a su hijo a la cárcel... "7 La defensa del decano no dio ningún fruto. La Colonial Office había tomado la decisión: Sri Aurobindo era sujeto de cuidado. Y no estaban, por cierto, equivocados.

Tiene veinte años cuando se embarca con rumbo a la India. Su padre acaba de morir. Sri Aurobindo carece de fortuna y de títulos. ¿Qué le queda de sus trece años en Occidente? Nos sentimos tentados a hacer nuestra la justa definición de Edouard Herriot, porque si bien es verdad que la cultura es todo cuanto queda cuando todo se ha olvidado, cierto es también que lo que nos queda de Occidente, cuando lo dejamos, no son ni sus libros ni sus museos ni sus espectáculos, sino una necesidad de convertir en hechos vivos todo lo que hemos soñado. Esta es, sin duda, nuestra virtud occidental. Infortunadamente poseemos demasiada inteligencia para tener algo en verdad clarividente que realizar afuera de nosotros mismos, en tanto que la India, pletórica por dentro, no es lo bastante exigente para igualar lo que ve con lo que vive. Esta lección no había de ser inútil.

II

LA LEY ETERNA

"¡Nuestro proletariado se halla hundido en la ignorancia y anonadado en la indigencia!"¹ exclama Sri Aurobindo en cuanto desembarca en la India. No son problemas metafísicos los que le salen al paso, sino un problema de acción. Actuar, en el mundo estamos para actuar; falta saber qué acción emprender y, sobre todo, cuál es el método adecuado a la acción más eficaz. Esta actitud práctica será propia de Sri Aurobindo desde sus primeros pasos en la India hasta sus más altas realizaciones yóguicas. Recordamos un viaje al Himalaya (perdón por la digresión) y haber pasado allí días de privilegio en compañía de un sabio, entre los pinos y las adelfas, ante un horizonte de hielos resplandecientes, entre el cielo y el valle. Todo esto está muy bien y nosotros nos decíamos que era fácil tener pensamientos divinos, acaso visiones también, a esa altura del mundo; pero ¿y abajo? No estábamos equivocados del todo, aunque -como lo hemos aprendido más tarde-, bien se puede hacer, y hacer mucho por el mundo, en el silencio y la inmovilidad del cuerpo -una ilusión tenaz nos hace confundir la agitación con la acción-; sin embargo, ¿qué quedaría de nuestros minutos divinos una vez abstraídos a nuestra soledad y arrojados a la llanura? Hay en ello un espejismo que los hinduizantes harían bien en estudiar, porque, después de todo, si es la evasión del mundo lo que nos tienta, un rincón de los Alpes o de La Camargue serían suficientes, incluso una celda de muros encalados; bien se mofa de los Ganges o de los Brahmaputras la "peregrinación a las fuentes". ¿Qué iba a dar la India a Sri Aurobindo? ¿Es ella por ventura dueña de algún secreto que valga para la acción en la vida?

Si damos crédito a los libros que hablan de hinduismo, se trataría de una especie de paleontología espiritual entrecortada de polisílabos sánscritos, como si el hindú fuese un filósofo enigmático a la vez que un idólatra impenitente. Mas, si sencillamente contemplamos a la India por dentro, sin la pretensión de entrecortar en ella párrafos de hinduismo (siempre falsos, porque corremos el riesgo de ser como el viajero que, habiendo recorrido Delhi en mayo, encontró que la India era tórrida, y si hubiera ido al este y al sur, en noviembre, en marzo y en todas direcciones, se habría percatado de que la India es fría y ardiente, húmeda, desértica, mediterránea y dulce; que es un mundo tan indefinible como su "hinduismo", que no existe, porque el hinduismo no es una creencia ni una longitud espiritual, que no se le estudia ni se le conoce a fondo; todo en ella es posible), si la contemplamos por dentro, digo, descubriremos que la India es el país de una inmensa libertad espiritual. El sedicente "hinduismo" es una invención occidental; el hindú dice solamente "la ley eterna", sanatana dharma, que él sabe muy bien que no es una exclusividad india, sino musulmana también, negra, cristiana y aun anabaptista. Lo que al occidental le parece la parte más importante de una religión, es decir, la estructura que la distingue de las demás religiones y que hace que uno sea católico o protestante, y que piense como este o como aquel o que se incline por este o aquel artículo de fe, esa es la parte menos importante para el hindú, que instintivamente trata de borrar las distinciones exteriores a efecto de encontrar a todos los demás en el punto central en que todo se comunica.

Esta amplitud es cosa muy distinta de la "tolerancia", que sólo es el anverso negativo de

la intolerancia; es la comprensión positiva de que cada hombre tiene una necesidad interior, que suele llamarse Dios o de muchas otras maneras, y de que cada hombre tiene necesidad de amar lo que comprende de Dios, a su propio nivel y en el grado particular de su desarrollo interior, y que la manera de Pablo no es la de Juan. Que todo el mundo pueda amar a un dios crucificado, por ejemplo, le parece antinatural al hindú medio, que se inclinará respetuosamente ante el Cristo (con tan espontáneo respeto como ante su propia imagen de Dios), pero que considera que la faz de Dios se halla también en la risa de Krishna, en el terror de Kali, en la dulzura de Saraswati y en mil más que danzan, policromas y bigotudas, y alegres, y temerosas, iluminadas, compasivas -"un dios que no supiese reír no habría podido crear este universo humorístico", decía Sri Aurobindo²-, y que todo es Su faz, todo es Su juego, terrible y bello, barroco como nuestro mundo. Porque ese país -la India-, tan atiborrado de dioses, es al mismo tiempo también el país de una fe monolítica en la Unidad: "Único, El preside todos los nacimientos y todas las naturalezas; El mismo es la matriz de todo" (Shwetashwatara Upanishad V. 5). Mas no todo el mundo puede saltar de primera intención al Absoluto, hay muchos grados en la Ascensión, y aquel que se halla preparado para comprender una pequeña Lalita de rostro infantil y para ofrendarle su incienso y sus flores, no sabría dirigirse a la Madre eterna en el silencio de su corazón, y otro rechazaría todas las formas para abismarse en la contemplación de Aquello que no tiene nombre. "Tal como los hombres vienen a Mí, yo los acepto. Es mi camino el que los hombres siguen por doquiera", dice la Gita* (IV. 11). Ya se ve, hay tantas maneras de comprender a Dios, en tres o en millones de personas, que más vale no dogmatizar ni dejar finalmente un Dios cartesiano, único y universal a fuerza de estrechez. Acaso confundamos nosotros todavía unidad y uniformidad. Dentro del espíritu de esta tradición dirá Sri Aurobindo: "La perfección del yoga integral llegará cuando cada hombre sea capaz de seguir su propio camino de yoga y de trabajar por el desarrollo de su propia naturaleza en su marcha hacia lo que trasciende toda naturaleza. Porque la libertad es la ley final y la última realización".³

El hindú tampoco dice nunca: "¿Cree usted en Dios?", porque la pregunta le parece tan infantil como decir "¿Cree usted en CO₂?"; el hindú dice simplemente: "Haga usted mismo la prueba; si hace esto, llegará a aquello, y si hace tal cosa, usted alcanzará tal resultado". Todo el ingenio, todo el esmero y toda la precisión que en Occidente hemos desplegado hace cien o doscientos años en el estudio de los fenómenos físicos, la India los ha puesto con igual rigor, desde hace cuatro o cinco mil años, en el examen de los fenómenos interiores; para ser un pueblo "soñador", nos reserva, a la verdad, no pocas sorpresas. Y si somos honestos, pronto veremos que nuestros estudios "interiores", es decir, nuestra psicología, nuestro psicoanálisis, nuestro conocimiento del hombre se hallan todavía en pañales, por la sencilla razón de que el conocimiento de sí es una ascesis tan metódica, tan paciente y a veces tan fastidiosa como los largos años de introducción a la física nuclear; y si uno quiere progresar en ese orden de cosas, no basta la lectura de libros ni el coleccionar fichas clínicas y todas las neurosis de un siglo descentrado: es preciso pagarlo con la propia persona. A decir verdad, si pudiéramos en la investigación de nuestro interior tanta sinceridad, tanta exactitud y tanta perseverancia como ponemos en nuestros libros, pronto iríamos muy lejos: el Occidente nos reserva también no pocas sorpresas. Mas sería menester deshacerse de ciertas ideas preconcebidas: ¡Colón no trazaba el mapa del Atlántico

* Todos los textos sagrados que citaremos en este ensayo: Upanishads, Vedas, Gita, etc., se deben a traducción de Sri Aurobindo.

antes de haber zarpado del Puerto de Palos! Acaso convenga repetir estas infantiles verdades, porque parece que estuviéramos atrapados entre dos falsedades: la falsedad harto seria de los espiritualistas, que han resuelto el caso de Dios en unos cuantos párrafos infalibles, y la falsedad no lo bastante seria de los ocultistas y videntes elementales que han reducido lo invisible a una especie de desvergüenza imaginativa. La India nos remite sabiamente a la experiencia directa y a los métodos experimentales. Pronto había Sri Aurobindo de aplicar esta esencial lección de espiritualidad experimental. Mas ¿qué hombres, qué material humano iba él a encontrar en esta India que no conocía? Cuando hayamos hecho de lado el abigarramiento exótico y las costumbres tan raras para nosotros, que divierten y desconciertan al turista, algo de extrañamiento quedará, por lo menos, y si decimos que es un pueblo gentil, soñador, fatalista, desapegado del mundo, habremos tocado el efecto, no la causa. Extraña es la palabra, porque espontáneamente, en su substancia física misma, sin que en ello se mezcle ni una sola "idea" ni "fe" ninguna, el hindú sumerge sus raíces en otros mundos; él no es de todo punto de aquí. Y esos otros mundos afloran de continuo en él -"al menor toque el velo se rasga", observaba Sri Aurobindo-, de tal suerte que este mundo físico, para nosotros tan absoluto, tan real, tan único, para él no parece sino una manera de vivir entre muchas otras, una modalidad, entre muchas otras, de la existencia total; en suma, una pequeña frontera caótica, agitada, harto penosa, al margen de "inmensos continentes por detrás". "Esta diferencia substancial entre el hindú y los demás pueblos en nada se manifiesta mejor que en su arte, como se manifiesta igualmente en el arte egipcio (y lo suponemos también, sin conocerlo, en el arte de la América Central), porque si se dejan nuestras catedrales ligeras, abiertas, esbeltas como un triunfo del pensamiento divino de los hombres, y de súbito nos hallamos en el silencio de la Abydos del Nilo en presencia de Sekmeth, o bien, tras el peristilo de Dakshineswar, frente a frente de Kali, algo sentimos, quedamos repentinamente atónitos ante una dimensión desconocida, una "cierta cosa" que nos deja un tanto estupefactos y que en modo alguno se encuentra en todo nuestro arte occidental. En nuestras catedrales no hay secretos. Todo está allí, claro y muy limpio, abierto a los cuatro vientos para quien tiene ojos exteriores... y, sin embargo, cuántos secretos... No se trata aquí de comparar méritos -¡sería tan absurdo!-, sino de decir sencillamente que algo hemos olvidado. Cómo no nos ha sorprendido, a pesar de todo, que si tantas civilizaciones, que fueron gloriosas y refinadas antes de la nuestra -tengamos la modestia de admitirlo-, y cuyas minorías selectas no eran menos "inteligentes" que las de nuestras Sorbonas, tuvieron la visión y la experiencia de jerarquías para nosotros invisibles y de grandes ritmos psíquicos que excedían la breve pulsación de una vida humana única, todo ello no era acaso probablemente una aberración mental -extraña aberración que aparece a millares de leguas en civilizaciones ajenas una a la otra- ni una superstición de viejas damas imaginativas. Hemos arrasado la edad de los Misterios y todo es admirablemente cartesiano, pero algo falta. El primer signo del hombre nuevo acaso sea el hecho de que se despierta ante la terrible falta de alguna cosa, que no le dan ni su ciencia, ni sus Iglesias, ni sus ruidosos placeres. No se amputa impunemente al hombre de sus secretos. Este era un testimonio vivo que la India deparaba a Sri Aurobindo, a menos que él no lo conociese ya en su propia substancia.

Sin embargo, si se supone que la India en que sobreviven antiguos Misterios nos dará la solución práctica que buscamos, corremos el riesgo de vernos defraudados. Sri Aurobindo, que supo muy pronto apreciar la libertad, la amplitud espiritual y el inmenso esfuerzo experimental que la India revela al aspirante, no se dejará ganar en todo ni mucho menos; no porque haya nada que rechazar; nada hay que rechazar en ninguna parte, ni en el

sedicente hinduismo ni en el cristianismo ni en ninguna otra aspiración del hombre: antes bien, hay que ampliarlo todo, ampliarlo sin límite alguno. Lo que solemos tomar por una verdad última no es, a menudo, sino una experiencia incompleta de la Verdad, y, sin duda, lo totalidad de la Experiencia no existe, en el tiempo y el espacio, en ninguna parte, en ningún ser, por luminoso que sea, porque la Verdad es infinita y va siempre adelante. "Pero siempre se echa uno sobre los hombros un fardo interminable", decía un día la Madre en una conversación sobre el budismo. "No se quiere dejar nada del pasado y cada vez agobia más el peso de una acumulación inútil. Tenéis un guía en una parte del camino, pero cuando hayáis pasado esa parte, dejad el camino y al guía, e id más lejos. Es una cosa que los hombres hacen con dificultad; cuando se apoderan de algo que los ayuda, se aferran y luego no quieren ya moverse. Los que han hecho algún progreso por medio del cristianismo no quieren dejarlo y lo llevan sobre los hombros; los que algo han progresado con el budismo no quieren dejarlo y lo llevan sobre los hombros, esto entorpece la marcha y os retarda indefinidamente. Una vez que hayáis pasado la etapa, ¡dejadla, que se vaya! ¡Id más lejos!" La ley eterna, sí, pero eternamente joven y eternamente progresiva. Mas la India, que supo asimismo comprender al eterno Iconoclasta que es Dios en su marcha cósmica, no siempre tuvo la fuerza de soportar su propia sabiduría; lo inmenso invisible que impregna a ese país había de hacerse pagar un doble rescate, humano y espiritual a la vez. Humano, porque esos hombres saturados de más-allá, conscientes del gran Juego cósmico y de las dimensiones interiores en que nuestra pequeña vida de superficie se reduce a un punto, periódicamente florecida para desaparecer en seguida, acabaron por descuidar el mundo; la inercia, la indiferencia al progreso, la resignación se pusieron muy a menudo la máscara de la sabiduría. Luego, espiritual (mucho más grave éste), porque en esa inmensidad demasiado grande para nuestra pequeña conciencia actual, el destino de la tierra, nuestra tierra, acababa por perderse en los confines de las nebulosas, o en ninguna parte, reabsorbido en Brahmán, de donde, después de todo, no había salido nunca, a no ser en nuestros sueños; el ilusionismo, los trances, los ojos cerrados del yogui, tomaron también muy a menudo la máscara de Dios. Convendría, pues, definir con alguna claridad la finalidad general que la India religiosa se propone, y entonces podremos ver mejor lo que puede o lo que no puede por nosotros, que buscamos la verdad integral.

Debemos reconocer que nos hallamos ante una contradicción sorprendente. He aquí un país que aportaba una gran revelación. "Todo es Brahmán", decía, todo es el Espíritu, esta tierra, esta vida, estos hombres; nada se halla fuera de El. "Todo esto es Brahmán inmortal y nada más; Brahmán está delante de nosotros, Brahmán está detrás de nosotros, y en el norte y en el sur, y abajo y arriba de nosotros. El se extiende por doquiera. Todo esto es Brahmán solo, todo este magnífico universo" (Mundaka Upanishad II. 12). Estaba, pues, curada por fin la dicotomía que hace de este pobre mundo una disputa entre Dios y el Diablo como si fuese preciso siempre escoger entre el cielo y la tierra, y no ser salvados nunca sino mutilados. Y, sin embargo, prácticamente, desde hace tres mil años, toda la historia religiosa de la India se ha comportado como si hubiese un verdadero Brahmán, trascendente, inmóvil, para siempre fuera de esta olla de grillos, y un falso Brahmán, o al menos (y en este punto se dividen las escuelas) un Brahmán menor, de una realidad intermedia más o menos discutible; es decir, la vida, la tierra, nuestra pobre tierra: "Abandona este mundo de ilusión", escribirá el gran Shankara*. "Brahmán es verdadero, el

* Shankara (788 - 820), místico y poeta, teórico del Mayavada o doctrina del ilusionismo que suplantó al budismo en la India.

mundo una mentira", dice el Niralamba Upanishad: Brahma satyam jaganmithya. Pese a nuestra mejor voluntad, hemos de confesar que no comprendemos por qué deformación o por cuál olvido del "todo es Brahmán" ha venido a ser "todo, menos el mundo, es Brahmán".

Si dejamos a un lado las Escrituras, porque la mente humana es tan sagaz que fácilmente puede ver ovejas paciando en el Obelisco, y si examinamos las disciplinas prácticas de la India, la contradicción viene a ser más flagrante aún. La psicología hindú se funda, en efecto, en una observación muy juiciosa, a saber: todo en el universo, desde el mineral hasta el hombre, se halla constituido por tres elementos o cualidades (gunas) que se encuentran por dondequiera, aun cuando se les puede llamar de un modo algo diferente según el orden de realidad a que uno se incline: *tamas*, inercia, oscuridad, inconsciencia; *rajas*, movimiento, lucha, esfuerzo, pasión, acción; *sattva*, luz, armonía, alegría. En ninguna parte existe ninguno de estos elementos en estado puro; nosotros nos hallamos siempre entre la inercia, la pasión y la luz; somos a veces *sáttvico-tamásicos* -buenos, pero un tanto pesados; concienzudos, pero aceptablemente inconscientes-; otras veces somos *sáttvico-rajásicos* -apasionados por la elevación-, o *tamásico-rajásicos* -apasionados por lo de abajo-; y, lo más a menudo, una buena mezcla de los tres. La luz brilla también en el más negro *tamas*, mas lo inverso es, infortunadamente, verdadero también. En suma, nos hallamos siempre en equilibrio inestable; el guerrero, el asceta y el animal se dividen agradablemente, en proporciones variables, nuestra morada. Las diversas disciplinas hindúes se proponen restablecer el equilibrio: substraerse al juego de los tres *gunas*, que nos lanzan incesantemente de la luz a la oscuridad, del entusiasmo al agotamiento, de a monotonía a nuestras alegrías fugaces y a nuestros sufrimientos reiterados; se proponen, decimos, situarse por encima de todo eso; es decir, recobrar la conciencia divina (yoga), que es el lugar del perfecto equilibrio. A este fin procuran todas ellas substraernos al estado de dispersión y de despilfarro en que vivimos y crear en nosotros una concentración lo bastante poderosa para romper los límites ordinarios y, en el momento justo, oscilar en otro estado. Este trabajo de concentración puede efectuarse en cualquier nivel de nuestro ser, vital, físico o mental. Podemos practicar, según el nivel escogido, este o aquel yoga: *hatha-yoga*, *raja-yoga*, *mantra-yoga* y muchos otros, muchísimos otros que señalan la historia de nuestro esfuerzo. No vamos a discutir aquí la excelencia de estos métodos ni los resultados, sobremana interesantes, a que pueden conducir; nos preocupan únicamente su finalidad y su destino último. Ahora bien, este "situarse por encima" parece no tener ninguna relación con la vida, ante todo porque tales disciplinas, en extremo absorbentes, exigen muchas horas de trabajo diario, o una absoluta soledad, y luego porque el criterio del éxito es un estado de trance o de éxtasis yóguico, *samadhi*, equilibrio perfecto, beatitud inefable, en que la conciencia se ve arrasada, absorbida. Brahmán, el Espíritu, no tiene, decididamente, contacto con nuestra ordinaria conciencia de vigilia; se halla fuera de todo lo que conocemos. No es de este mundo. Otros, que no eran hindúes, lo han dicho.

En realidad, lo han dicho todas las religiones del mundo. Y que aquí se hable de salvación y allá de liberación, *mukti*, o se hable de paraíso o de cesación de la rueda de reencarnaciones, es algo que carece de importancia, porque de lo que se trata, finalmente, es de salir de ella. Sin embargo, no siempre fue así. Entre el final de la era de los Misterios, aquí y allá, y la aparición de las grandes religiones, se ha abierto un abismo, y se ha cubierto de velos un Conocimiento que no hacía esa tremenda distinción entre Dios y el mundo, como dan de ello testimonio todas las leyendas y todas las tradiciones. El conflicto entre la Materia y el Espíritu es de creación moderna; los sedicentes materialistas no son

otra cosa sino hijos, bastardos o legítimos, de los espiritualistas, como los hijos manirroto son creación de los padres avaros. Entre los primeros Upanishads de unos tres o cuatro mil años ha -herederos de los Vedas, que en este "maravilloso universo" veían a Dios por doquiera- y los últimos Upanishads, un Secreto se ha perdido, y se ha perdido no solamente en la India, sino también en Mesopotamia, en Egipto, en Grecia, en la América Central. Ese es el Secreto que iba Sri Aurobindo a redescubrir, acaso precisamente porque en su ser se hallaban juntos lo más puro de la tradición occidental y la profunda exigencia espiritual del Asia. "El Oriente y el Occidente -decía- tienen dos maneras de ver la vida, que son los dos lados opuestos de una misma y sola realidad. Entre la verdad pragmática que el pensamiento vital de la Europa moderna -apasionada del vigor de la vida y de la danza de Dios en la Naturaleza afirma con tanta vehemencia y exclusivismo, y la Verdad inmutable y eterna que el pensamiento de la India -apasionado de calma y de equilibrio- ama y anhela con igual ahínco en su búsqueda exclusiva, no existe ese divorcio ni esa querrela que pretenden el pensamiento partidario, la razón disolvente, la absorbente pasión de una voluntad de realización exclusiva. La verdad una, eterna e inmutable, es el Espíritu, y sin el Espíritu la verdad pragmática del universo carecería de origen y de fundamento; el mundo estaría desprovisto de sentido, vacío de dirección interior, sin destino, un fuego de artificio que gira en el vacío para desvanecerse en ninguna parte. Pero tampoco la verdad pragmática es un sueño de lo no-existente, ni es una ilusión ni una prolongada caída en un delirio fútil de la imaginación creadora; sería como decir que el Espíritu eterno es un ebrio o un soñador, o el demente de su propia alucinación gigantesca. Las verdades de la existencia universal son de dos géneros: eternas, inmutables, las verdades del Espíritu -mas ellas son las que se arrojan al Devenir, ellas las que, aquí abajo, realizan constantemente sus poderes y sus signos- y la conciencia que juega con ellas: disonancias, variaciones, exploración de los posibles, reversiones, perversiones y conversiones ascendentes en un motivo armónico cada vez más alto; y de todo eso el Espíritu ha hecho y hace siempre su universo. Mas es El mismo el que obra en sí; El mismo, el creador y la energía creadora, la causa y el método y el resultado de las operaciones, el mecánico y la máquina, la música y el músico, el poeta y el poema, El mismo, el supramental, la mente, la vida y la materia, el alma y la naturaleza".⁵

Mas a Sri Aurobindo no le basta con reconciliar en el papel al Espíritu y la Materia. Que el Espíritu sea o no sea de este mundo, importa poco si el conocimiento del Espíritu en la vida no se ve acompañado de un poder sobre la vida: "La verdad y el conocimiento son un rayo inútil, si el Conocimiento no apareja el poder de cambiar el mundo". El secreto perdido no era una verdad teórica, sino un poder real del Espíritu sobre la Materia. Este Secreto pragmático es el que Sri Aurobindo iba poco a poco a redescubrir experimentalmente, al mismo tiempo que saltaba valerosamente sobre la cultura occidental y por cima de la tradición religiosa hindú; muy cierto es que lo esencial emerge cuando se ha olvidado todo.

III

OCASO DEL INTELECTO

Trece años había necesitado Sri Aurobindo para recorrer los caminos de Occidente; de un término casi igual habrá menester para recorrer los de la India y para llegar a la "cima" de la realización de los yogas tradicionales; es decir, al comienzo de su propio trabajo. Mas lo interesante para nosotros es que aun esos caminos tradicionales, que nosotros consideramos como una preparación, Sri Aurobindo los recorrió libre de todas las reglas habituales, como francotirador podría decirse o, más bien, como explorador que se cuida poco de las precauciones y de los mapas, y que por ello mismo evita muchos rodeos innecesarios, simplemente porque tiene el valor de hacer, decididamente su camino. Sri Aurobindo no buscó la soledad, ni se sentó con las piernas cruzadas para entregarse a su aventura espiritual, ni lo hizo bajo la dirección de un maestro calificado, sino como podríamos hacerlo nosotros mismos, solos, sin saber nada de ello, en medio de las sollicitaciones corrientes de la vida -una vida tan turbulenta y agitada como la nuestra puede serlo-. Sin duda alguna, el primer secreto de Sri Aurobindo es el haber rehusado siempre partir la vida en dos: acción, meditación; interior, exterior, y toda la gama de nuestras falsas divisiones; desde el día que pensó en el yoga, lo puso todo en él: lo alto y lo bajo, lo de adentro y lo de afuera, todo le parecía bien, y emprendió el camino sin volver atrás los ojos. Sri Aurobindo no ha venido a darnos testimonio de cualidades excepcionales en un medio también excepcional, sino a demostrarnos lo que es posible al hombre, que lo excepcional es solamente una normalidad no conquistada todavía, así como "lo sobrenatural -decía- es un natural que no hemos alcanzado aún o que todavía no conocemos, o del cual no tenemos aún la llave". En el fondo, todo en este mundo es asunto de adecuada concentración; nada hay que no acabe por ceder a una concentración bien dirigida.

Cuando desembarca del Apollo Bunder en Bombay, le sobrecoge una experiencia espiritual espontánea, una calma inmensa se apodera de él; pero él tiene ante sí otros problemas: comer, vivir. Frisa entonces en los veinte años. El Maharajá de Baroda le confiere el puesto de profesor de francés, luego el de lengua inglesa en el College del Estado, del que muy pronto llega a ser director adjunto. Al mismo tiempo desempeña las funciones de secretario particular del Príncipe. La corte y la enseñanza absorben su tiempo, pero a él le preocupa la suerte de la India. Hace numerosos viajes a Calcuta, se entera de la situación política, escribe artículos que suscitan escándalo, porque no se da por satisfecho con decir que la reina-emperatriz de la India es una "vieja dama así llamada por cortesía",² sino que invita a sus compatriotas a sacudir el yugo y critica vivamente la "política pordiosera" del Congreso indio: "nada de reformas, nada de colaboración". Su propósito es organizar todas las energías de la nación con miras a una acción revolucionaria. No poco valor era menester para ello, si se considera que en 1892 la hegemonía británica se extendía sobre tres cuartas partes del mundo. Mas Sri Aurobindo posee una manera particular de afrontar el problema; no la toma contra los ingleses, sino contra los propios indios: "Nuestro verdadero enemigo no se halla en una fuerza ajena a nosotros mismos, sino en nuestras estridentes debilidades, en nuestra cobardía, en nuestro miope sentimentalismo". Ya aquí nos encontramos con una nota dominante del carácter de Sri Aurobindo, quien, así en la lucha política y en la batalla espiritual como en todas las circunstancias, nos invita a buscar en nosotros mismos, no fuera ni en ningún otro sitio, las causas de nuestro infortunio

y de los males del mundo: "Las circunstancias externas son justamente el fruto de lo que nosotros somos", dirá más tarde a la que había de compartir su obra. Pronto hubo de reconocer Sri Aurobindo que los artículos de periódico no bastaban para despertar a su país; se entrega entonces a la acción secreta, que le llevará hasta los umbrales de la horca. Durante trece años, juega Sri Aurobindo con fuego.

Sin embargo, no era un hombre inquieto y exaltado: "Su risa era simple como la de un niño, límpida y dulce", escribía su profesor de bengalí, quien vivió dos años en su compañía (Sri Aurobindo se había dedicado, como era natural, al estudio de su lengua materna), y con ingenuidad conmovedora, su profesor agrega: "Antes de conocer a Aurobindo yo me imaginaba una silueta vigorosa, de pies a cabeza, un acento espantoso (de Cambridge, evidentemente) y un carácter difícil en extremo... ¿Quién hubiera dicho que aquel mozo de tez bronceada, de ojos dulces y soñadores, de largos y dóciles cabellos partidos en dos que caían sobre la nuca, vestido de un ordinario dhoti de Ahmendabad, de tela gruesa, y una chaqueta india ajustada, calzado con babuchas a la antigua usanza con las puntas respingadas, y el rostro ligeramente señalado por las huellas de la viruela, no fuese otro sino Monsieur Aurobindo Ghose, un vivo pozo de francés y de latín y griego?".

Por lo demás, Sri Aurobindo no ha dejado aún la compañía de los libros, todavía se halla dentro de la corriente occidental; devora por cajas los libros pedidos a Bombay y a Calcuta. "Aurobindo sentábase a su mesa de trabajo -agrega su profesor bengalí- y leía, a la luz de una lámpara de aceite, hasta la una de la mañana, sin cuidarse de la picadura intolerable de los mosquitos. Yo lo veía permanecer sentado sin mudar de postura, con los ojos fijos sobre su libro durante largas horas, como un yogui sumido en la contemplación divina, ajeno a todo cuanto ocurría en torno suyo. Ni el incendio de la casa hubiera podido interrumpir, su concentración". Las novelas inglesas, rusas, alemanas y francesas pasaban así bajo su mirada, mas también los textos sagrados de la India, los Upanishads, la Gita, el Ramayana, sin que él pusiera nunca los pies en un templo, a no ser por mera curiosidad. "Un día - cuenta uno de sus compañeros- a su retorno del Colegio, Sri Aurobindo se sentó y, tomando al azar un libro, se dedicó a la lectura en tanto que Z... y algunos amigos suyos se entregaban a una bulliciosa partida de ajedrez. Al cabo de media hora dejó el libro y bebió una taza de té. Muchas veces lo habíamos visto hacer lo mismo y aguardábamos con impaciencia la ocasión de comprobar si en verdad leía sus libros de un cabo al otro o si solamente recorría, aquí y allá, algunas páginas. La prueba comenzó en seguida. Z... abrió el libro al acaso, leyó en voz alta un renglón y pidió a Sri Aurobindo que recitase lo que seguía. Sri Aurobindo se concentró un momento y repitió toda la página sin la menor equivocación. Si era capaz de leer un centenar de páginas en media hora, ¡cómo asombrarse de que leyese una caja de libros en un tiempo increíblemente corto!". Mas Sri Aurobindo no se atenía a la traducción de los textos sagrados; se dio al estudio del sánscrito, que aprendió sin ayuda de nadie; hecho muy característico, porque basta que algo se repute difícil o imposible, para que él no permita que nadie -gramático, pandit o clérigo- le engañe, y para que quiera hacer él mismo la experiencia. Es preciso creer que el método resultaba eficaz porque no sólo aprendió el sánscrito, sino que descubrió, algunos años después, el sentido ya olvidado de los Vedas.*

Un día llegó, empero, en que Sri Aurobindo sintió el hastío de esta gimnasia intelectual.

* La época de los Vedas, anterior a la de los Upanishads y ésta, por lo tanto, heredera de aquélla, se sitúa más allá del cuarto milenio antes de Cristo.

Sin duda se había percatado de que el hombre puede continuar indefinidamente amasando conocimientos, leyendo sin cesar y aprendiendo idiomas, y aun leer todos los libros y aprender todas las lenguas del mundo sin conseguir con ello avanzar siquiera una pulgada. Porque la mente no trata de conocer de verdad, aunque en apariencia lo haga; trata más bien de moler. Su necesidad de conocimiento es, ante todo, una necesidad de tener algo que moler. Y si por ventura la máquina se para porque se ha encontrado el conocimiento, la mente se rebelará sin dilación y hallará alguna nueva molienda para darse el gusto de continuar moliendo siempre. Tal es su función. Y no es por cierto la mente la que en nosotros trata de conocer y de progresar, sino algo que se halla detrás y que se sirve de ella. "El período decisivo de mi desarrollo intelectual -dirá Sri Aurobindo a un discípulo suyo- se produjo cuando pude ver claramente que cuanto decía el intelecto podía ser a la vez exacto e inexacto, que cuanto el intelecto justificaba era verdadero y que lo contrario también lo era. Yo no admitía nunca una verdad en mi mente sin admitir al propio tiempo su contrario... Resultado: la magia del intelecto se había esfumado".⁴

Sri Aurobindo ha llegado a una encrucijada; los templos no le interesan, y los libros carecen de contenido. Un amigo le aconsejó el yoga. Sri Aurobindo rechaza el consejo: "Un yoga que exige que yo abandone el mundo, no está hecho para mí y aún agrega: "el bien solitario que deja al mundo entregado a su suerte, es una cosa casi repugnante".⁶ Un día tiene lugar en presencia de Sri Aurobindo una escena curiosa, aunque trivial en la India; mas la trivialidad es a menudo el medio más eficaz de producir el desencadenamiento de fenómenos internos; hallándose su hermano Barin enfermo de una fiebre maligna (Barin, nacido después del arribo de Sri Aurobindo a Inglaterra, le servía de emisario secreto para la organización de la resistencia india en Bengala), acertó a pasar uno de esos monjes errantes, semidesnudos y con el cuerpo cubierto de cenizas, a quienes se da el nombre de *nagasannyasin*. Sin duda mendigaba el monje de puerta en puerta, como de costumbre, sus alimentos, cuando vio a Barin temblando de fiebre.

Sin decir una sola palabra, pidió un vaso de agua, trazó sobre él un signo y, salmodiando un mantra, dio a beber el vaso de agua al enfermo. Cinco minutos después Barin estaba curado y el monje había desaparecido. Sri Aurobindo ya había oído hablar de los extraños poderes de tales ascetas, mas esta vez pudo verlos con sus propios ojos. Se percata entonces de que el yoga puede servir para algo más que como una simple evasión del mundo.

Ahora bien, Aurobindo necesita de poder para liberar a la India. "Había en mí un agnóstico, había un ateo, un escéptico; yo no estaba siquiera de todo punto seguro de que un Dios existiese... Sólo sentía que alguna poderosa verdad debía existir alguna parte de ese yoga. Me entregué, pues, al yoga y decidí practicarlo a fin de comprobar si mi idea podía justificarse; con esa intención lo hice, dirigiéndole esta plegaria: «Si Tú existes, Tú conoces mi corazón... Bien sabes que no pido la liberación -*mukti*-; nada pido de lo que reclaman los demás. Sólo quiero la fuerza necesaria para sublevar a esta nación, no pido sino poder vivir y trabajar por este pueblo que amo»".⁷

De este modo emprendió Sri Aurobindo la marcha.

IV

EL SILENCIO MENTAL

Las construcciones mentales

El silencio mental es la primera etapa del yoga de Sri Aurobindo; es, asimismo, la tarea fundamental que da la clave de no pocas realizaciones: ¿Por qué el silencio mental? Es evidente que si queremos descubrir en nosotros mismos un mundo nuevo, debemos ante todo abandonar el viejo, y todo depende de la determinación con que crucemos el umbral. Algunas veces, con una chispa es suficiente; algo en nosotros exclama: "¡Basta de majaderías!" y nos decidimos de una vez y avanzamos sin volver los ojos atrás. Otros dicen a veces sí, otros dicen no y oscilan indefinidamente entre ambos mundos. Digámoslo con toda claridad: no se trata de amputarnos, en nombre de no se sabe cuál Sabiduría-Paz-Serenidad (en este orden de cosas tampoco haremos alarde de grandes palabras), de un bien penosamente adquirido, pues no nos interesa la santidad, sino la juventud -la juventud eterna de un ser que crece-, ni tratamos de ser menos, sino de ser mejores y, sobre todo, de ser más grandes. "¡Y no se os ha ocurrido pensar que si buscasen algo frío, oscuro y triste los sabios no serían sabios, sino asnos!", exclamaba con humorismo Sri Aurobindo.

No pocos descubrimientos se hacen cuando lo mecánico deja de funcionar, y el primero de ellos es que si el poder de pensar es un don maravilloso, mucho mayor lo es el poder de no pensar; ² que trate el aspirante de conseguirlo durante cinco minutos solamente y verá lo que le ocurre. Advertirá que vive dentro de un estrépito solapado, dentro de un torbellino agotador, pero no agotado nunca, en el que no hay lugar sino para sus pensamientos, para sus impulsos, para sus sentimientos y sus reacciones; él, siempre él, enorme, gnomo que todo lo encubre, que no se oye ni se ve sino a sí mismo, ni conoce más que a sí propio, cuyos temas perpetuos, más o menos alternos, pueden crear la ilusión de la novedad. "En cierto sentido no somos otra cosa sino una compleja masa de hábitos mentales, físicos y nerviosos, unidos todos por algunas ideas directoras, por deseos y asociaciones; no somos sino la amalgama de innumerables y minúsculas fuerzas que se repiten, con algunas vibraciones mayores".³ Puede decirse que a los dieciocho años estamos ya definidos, que se han fijado ya nuestras vibraciones mayores y que en torno a ellas vendrán a agregarse de manera ilimitada, en capas cada vez más densas, pulidas y refinadas, los sedimentos de una misma y sempiterna cosa de mil facetas, que nosotros llamamos cultura o "nosotros mismos"; en una palabra, nos hallamos encerrados en una construcción que puede ser de plomo y sin un solo tragaluz, o esbelta como un minarete, pero encerrados siempre, rumorosos, reiterativos, hombres en una piel de granito o en una estatua de vidrio. El primer trabajo del yoga es el de respirar con libertad, y, naturalmente, el de hacer pedazos esa pantalla mental que no deja pasar sino una sola clase de vibración, destrozarla para conocer la infinidad multicolor de las vibraciones; es decir, el mundo y los seres tal como son, y otro "nosotros mismos" que vale más de lo que ordinariamente se cree.

Meditación activa

Cuando uno se sienta con los ojos cerrados para procurarse el silencio mental, se ve en seguida anegado por un torrente de pensamientos que surgen de todos lados como ratas

enloquecidas, y aun agresivas. No existen muchos métodos para superar ese tumulto, sino solamente el de ensayar y ensayar de continuo, con paciencia y obstinación. Y sobre todo no cometer el error de luchar mentalmente contra la mente; es preciso desplazar el centro. Cada uno de nosotros tiene, por encima de la mente, o en un sitio más profundo, una aspiración, la misma que nos ha movido a poner los pies en el sendero, una necesidad de nuestro ser, como un santo y seña valedero sólo para nosotros; si uno se aferra a ello, más fácil se hace el trabajo, porque de una actitud negativa- pasamos a una actitud positiva, y mientras más repetimos nuestro santo y seña mayor poder adquirirá éste. Puede uno también servirse de una imagen, como la de un mar inmenso, sin una sola ondulación, en el que uno se deja flotar, se tiende boca arriba en el agua y se identifica con esa tranquila inmensidad; al mismo tiempo aprendemos no sólo el silencio, sino que conseguimos el ensanchamiento de la consciencia. En realidad, cada cual debe encontrar su propio método, y mientras menor sea la tensión que en ello ponga, más rápidamente conseguirá su propósito: "Se puede comenzar por un procedimiento cualquiera, que de ordinario requerirá una larga labor, y ser sobrecogido desde el principio por una rápida intervención o una manifestación del Silencio, con efectos en absoluto desproporcionados a los medios de que se ha echado mano en un comienzo. Se empieza por un método, pero el trabajo se ve continuado por una Gracia de lo alto, de Eso mismo a que se aspira, o por una irrupción de las infinitudes del Espíritu. De este modo hallé yo mismo el silencio absoluto de la mente, inimaginable para mí antes de haber tenido la experiencia concreta".⁴ Tocamos aquí un punto muy importante, porque nos sentimos tentados a pensar que estas experiencias yóguicas son muy hermosas e interesantes, pero que, después de todo, se hallan lejos de nuestra humanidad ordinaria; ¿cómo podríamos nosotros, tal como somos, llegar alguna vez a ellas? El error está en juzgar con nuestro yo actual las posibilidades que pertenecen a otro yo. Mas, de modo automático, el yoga despierta, precisamente con sólo poner nuestros pies en su camino, toda una gama de facultades latentes y de fuerzas invisibles que superan considerablemente las posibilidades de nuestro ser externo y pueden hacer por nosotros lo que nosotros somos normalmente incapaces de hacer: "Lo que se necesita es aclarar el paso entre la mente externa y el ser interior ... porque la consciencia yóguica y sus poderes ya se hallan en vosotros",⁵ y la mejor manera de "aclarar" es hacer el silencio. No sabemos qué somos, y menos aún sabemos de qué somos y de qué no somos capaces.

Pero los ejercicios de meditación no dan la verdadera solución del problema (si bien es verdad que al principio son muy necesarios para dar el impulso inicial), porque alcanzaremos tal vez un silencio relativo, mas en cuanto pongamos los pies fuera de nuestra cámara o de nuestro retiro, volveremos a caer en el tumulto habitual y se repetirá la eterna separación de lo de adentro y lo de afuera, de la vida interior y de la vida del mundo. Pero nosotros necesitamos una vida completa, necesitamos vivir la verdad de nuestro ser, todos los días, en todo momento, no solamente los días de asueto o en la soledad, y ninguna solución se encuentra para ello en las meditaciones beatas y practicadas en el aislamiento: "Corremos el riesgo de encastillarnos en nuestra reclusión espiritual y después nos será difícil proyectarnos victoriosamente hacia afuera, para aplicar a la vida lo que hayamos ganado en la Naturaleza superior. Y cuando queramos agregar también este reino exterior a nuestras conquistas interiores, nos encontraremos en extremo acostumbrados a una actividad puramente subjetiva y no tendremos ningún poder en el orden material. Tropezaremos con una inmensa dificultad para transformar la vida exterior y el cuerpo. Y aun nos daremos cuenta de que nuestra acción no corresponde a la luz interior, que continúa por los viejos caminos habituales y llenos de errores, y que todavía obedece a las viejas

influencias imperfectas; un abismo doloroso se interpondrá entre la Verdad que se halla en nosotros y el oscuro mecanismo de nuestra naturaleza externa... Es como si se viviese en otro mundo, más vasto y sutil, pero sin influencia de ningún género sobre la vida material y terrestre".⁶ La única solución consiste en practicar el silencio mental allí donde parece más difícil, en la calle, en el tranvía, en el trabajo, por dondequiera. En vez de recorrer cuatro veces por día el bulevar Saint Michel como un hombre extenuado que va de prisa, se puede hacer conscientemente el recorrido cuatro veces, como un hombre que busca la verdad. En vez de vivir a tontas y a locas, disperso en una multitud de pensamientos que no sólo carecen de interés, sino que son agotadores como un engorro, se unen todos los hilos dispersos de la consciencia y se trabaja -se trabaja en uno mismo en todo momento, y la vida comienza a revestirse de un interés de todo punto inusitado, porque las más pequeñas circunstancias vienen a ser la ocasión de una victoria; caminamos entonces bien orientados, llevamos un rumbo fijo, en vez de ir -sin saber a dónde.

Porque el yoga no es una manera de hacer, sino una manera de ser.

Transición

Vamos, pues, en busca de otro país, pero, preciso es decirlo, entre el que dejamos atrás y el que todavía tenemos por delante, existe una tierra de nadie en extremo penosa. Es un período de prueba más o menos largo, según sea nuestra determinación; mas en todos los tiempos -bien lo sabemos-, desde las iniciaciones asiáticas, egipcias y órficas hasta la búsqueda del Santo Grial, la historia de nuestra ascensión ha estado siempre acompañada de pruebas. Antiguamente esas pruebas eran de índole romántica y nada de maligno tenía el hecho de hacerse encerrar en un sarcófago al son de los pífanos o de celebrar los propios ritos fúnebres en torno de una hoguera; hoy conocemos sarcófagos públicos y vías que son una manera de enterramiento. Bien vale, pues, la pena hacer un esfuerzo para salir de allí. Por lo demás, si bien se mira, no tenemos mucho que perder.

La prueba principal de esta transición es el vacío interior. Después de haber vivido en febril desasosiego mental, se encuentra uno de súbito como un convaleciente, un poco flotante, con extrañas resonancias en la cabeza -como si este mundo fuese espantosamente ruidoso, fatigante- y una sensibilidad sobreaguda que da la impresión de que uno choca por dondequiera con hombres opacos y agresivos, con objetos groseros, con acontecimientos brutales; el mundo parece enormemente absurdo. Es el signo evidente de un comienzo de vida interior. Sin embargo, si por medio de la meditación se trata de descender conscientemente al interior, se encuentra asimismo el vacío, una especie de pozo oscuro o de neutralidad amorfa; si se persiste en descender, puede caerse bruscamente en el sueño un instante, diez segundos, tal vez dos minutos, algunas veces más, aunque no, por cierto, en un sueño ordinario; sólo hemos pasado a otra consciencia pero aún no hay unión entre las dos, y se sale de ella en apariencia menos adelantado de lo que uno se hallaba al entrar. Esta situación transitoria podría fácilmente conducir a una especie de nihilismo absurdo: nada afuera, adentro nada tampoco. Ni de un lado ni de otro. Después de haber demolido nuestras construcciones mentales externas, debemos tener mucho cuidado de no encerrarnos de nuevo en una falsa hondura, bajo otra construcción absurda, ilusoria o escéptica, sublevada acaso. Hay que ir más allá. Cuando se ha tomado el camino del yoga es preciso ir hasta el fin, cueste lo que costare, porque si se suelta el hilo, se corre el peligro de no volver a cogerlo nunca. En esto reside en verdad la prueba. El aspirante debe comprender, sencillamente, que empieza a nacer a otra cosa y que sus nuevos ojos, sus

nuevos sentidos, como los de un recién nacido que arriba al mundo, no están formados aún. No significa esto una disminución de consciencia, sino el paso a una consciencia nueva: "Es preciso que la copa del ser quede vacía y limpia para llenarse de nuevo de licor divino".⁷ El único recurso que en tales circunstancias tenemos a mano es el de aferrarnos a nuestra aspiración y el de hacerla crecer justamente por medie, de esa terrible carencia total, como una hoguera a la que arrojamos todas nuestras viejas cosas, nuestra vieja vida, nuestras viejas ideas, nuestros sentimientos; tenemos, sencillamente, una fe inquebrantable en que, tras ese paso, existe una puerta que se abre. Y nuestra fe no es absurda; no es la ceguedad del carbonero, sino un preconocimiento, algo en nosotros que sabe más que nosotros mismos, que ve más allá que nosotros mismos y que, bajo forma de necesidad, de búsqueda, de fe inexplicable, envía su visión a la superficie. "La fe, dice Sri Aurobindo, es una intuición que no sólo espera la experiencia para verse justificada, sino que conduce a la experiencia misma".⁸

Descenso de la Fuerza

Y paulatinamente se va llenando el vacío. Uno hace entonces una serie de observaciones y pasa por experiencias de importancia considerable, que sería impropio presentar como una secuencia lógica, porque desde el momento en que se deja el viejo mundo, uno se da cuenta de que todo es posible, principalmente que no hay dos casos semejantes; de ahí el error de todos los dogmatismos de orden espiritual. Nosotros sólo podemos trazar algunas líneas generales de la experiencia.

Ante todo, cuando la paz mental, a falta de silencio absoluto, se halla relativamente establecida y nuestra aspiración o nuestra necesidad han crecido, son ya permanentes, punzantes, como un vacío que llevamos con nosotros, se observa un primer fenómeno que tendrá ¡}calculables consecuencias sobre todo el resto de nuestro yoga. Se siente en torno de la cabeza y de modo especial en la nuca, una como presión inusitada, que puede parecer un falso dolor de cabeza. Al principio no se le puede soportar mucho tiempo, y uno se sacude, pierde la concentración, "piensa en otra cosa". Poco a poco esta presión toma una forma más distinta y se siente una verdadera corriente que desciende, una corriente de fuerza que no es semejante a una corriente eléctrica desagradable, sino más bien a una masa fluida. Se da uno cuenta entonces de que la "presión" -o falso dolor de cabeza- del principio era causada simplemente por nuestra resistencia al descenso de esa Fuerza y que lo único que debe hacerse es no obstruir el paso, es decir, no bloquear la corriente en la cabeza, sino dejarla descender a todas las zonas de nuestro ser, de arriba abajo. En un principio esa corriente es muy esporádica, irregular, y es preciso un pequeño esfuerzo consciente para recobrarla cuando se ha desvanecido; después se vuelve continua, natural, automática, y da la impresión, muy agradable por cierto, de una energía fresca, como otra respiración, más vasta que la de los pulmones, que nos envuelve, nos baña, nos aligera y, al mismo tiempo, nos llena de solidez. El efecto físico es exactamente igual al que se siente cuando se camina de cara al viento. En realidad no nos percatamos de su efecto (porque éste se produce gradualmente, por menudas dosis) sino cuando, por una o por otra razón -distracción, yerro, exceso-, perdemos el contacto de la corriente; entonces nos encontramos de pronto vacíos, como si repentinamente nos faltase el oxígeno, con la sensación muy desagradable de un endurecimiento físico; somos entonces como una vieja manzana que ha perdido su jugo y su sol. Y nos preguntamos cómo habíamos podido antes vivir sin ello. Esto es ya una primera transmutación de nuestras energías. En vez de recurrir a la fuente común, a la vida

universal, acudimos a lo alto. Y esta es una energía mucho más clara y sostenida, sin lagunas y, sobre todo, mucho más viva. En la vida cotidiana, en medio de nuestro trabajo y de nuestras múltiples ocupaciones, la corriente de esa fuerza se halla al principio muy diluida, pero tan pronto como nos detenemos un momento y nos concentramos, se produce el flujo masivo. Todo se inmoviliza. Uno es como un cántaro lleno; aun la sensación de "corriente" desaparece como si, de la cabeza a los pies, estuviese el cuerpo cargado de una masa de energía compacta y cristalina a la vez ("un bloque de paz sólida y fresca", dice Sri Aurobindo)⁹, y si nuestra visión interna ha comenzado ya a abrirse, advertimos que todo tiene un matiz azul; somos como una aguamarina, y vastos, vastos. Tranquilos, sin una sola onda. Y esta frescura inefable. En verdad, nos hallamos sumergidos, en la Fuente. Porque esta "fuerza descendente" es la Fuerza misma del Espíritu -Shakti-. La fuerza espiritual no es una palabra. Finalmente, ya no será necesario cerrar los ojos y retirarse de la superficie para sentirla; en todo momento estará presente, sin que tenga ninguna importancia lo que uno haga, lo que uno coma o lo que lea o hable, y se verá que cobra mayor intensidad a medida que el organismo se habitúa; en realidad, es una masa de energía formidable limitada sólo por la estrechez de nuestra receptividad o de nuestra capacidad.

Cuando hablan de su experiencia respecto de esta fuerza descendente, los discípulos de Pondichery dicen: "La fuerza de Sri Aurobindo y de la Madre"; con ello no quieren decir que esta Shakti sea propiedad personal de Sri Aurobindo o de la Madre; sin quererlo, dan así expresión al hecho de que esa fuerza no tiene equivalente en ningún yoga conocido. Aquí palpamos experimentalmente la diferencia fundamental que existe entre el Yoga integral de Sri Aurobindo (purna yoga) y los demás yogas. Si se ejercitan otros métodos de yoga antes que el de Sri Aurobindo, puede uno percatarse, en efecto, de una diferencia práctica esencial: al cabo de algún tiempo se tiene la experiencia de una Fuerza ascendente (llamada kundalini en la India), que se despierta muy bruscamente en nuestro ser, en la base de la columna vertebral, y se eleva de nivel en nivel, hasta que alcanza el ápice del cráneo, donde parece abrirse en una especie de pulsación luminosa, radiante, acompañada de una sensación de inmensidad (y, a menudo, de una pérdida de consciencia, llamada éxtasis) como si re desembocase eternamente en otra Parte. Todos los procedimientos yóguicos, que podríamos llamar termogeneradores (asana del Hatha Yoga, concentraciones del Raya-Yoga, ejercicios respiratorios o pranayama, etc.) tratan de despertar esa Fuerza ascendente; tales procedimientos no carecen de peligros y pueden aparejar hondas perturbaciones, por lo cual son indispensables la presencia y la protección de un Maestro experimentado. Más adelante nos referimos a este punto. Semejante diferencia de sentido de la corriente - ascendente o descendente- obedece a una diferencia de orientación que no sabríamos subrayar bastante.

Los diversos yogas tradicionales, y -así lo suponemos- también las disciplinas religiosas de Occidente, buscan esencialmente la liberación de la consciencia: todo el ser se halla tenso hacia lo alto en una aspiración ascendente; trata de romper las apariencias y de emerger allá arriba, en la Paz o el éxtasis. De ahí el despertar de esa Fuerza ascendente. Pero, ya se ha visto, la meta de Sri Aurobindo no es sólo subir, sino descender, no sólo alcanzar la Paz eterna, sino transformar la Vida y la Materia, y, en primer lugar, esta pequeña vida y este trocito de materia que somos nosotros. De ahí el despertar o, más bien, la respuesta de esta Fuerza descendente. Nuestra experiencia de la corriente descendente es la experiencia de la Fuerza transformadora. Ella es la que hará el yoga por nosotros, automáticamente (con tal que la dejemos actuar); ella es la que reemplazará nuestras energías muy pronto agotadas, y nuestros atolondrados esfuerzos; ella la que empezará por

donde concluyen los demás yogas, iluminando primero el ápice de nuestro ser, descendiendo luego, de nivel en nivel, suavemente, apaciblemente, de manera irresistible (debamos observar que nunca es violenta, que su poderío se halla extrañamente dosificado, como si Ella fuese guiada de modo directo por la Sabiduría del Espíritu) y Ella la que universalizará todo nuestro ser, hasta abajo. Esta es la experiencia básica del yoga integral. "Cuando la Paz se ha establecido, la Fuerza superior o divina, de lo alto, puede descender y trabajar en nosotros. Por lo común, desciende primero a la cabeza y libera los centros mentales, luego al centro del corazón... después a la región del ombligo y de los centros vitales... en seguida a la región del sacro y más abajo... Trabaja a un tiempo mismo en el perfeccionamiento y en la liberación de nuestro ser; se adueña de nuestra naturaleza entera, parte por parte, desechando lo que debe desecharse, sublimando cuanto debe ser sublimado, creando lo que debe crearse. Ella, integra, armoniza, establece un ritmo nuevo en nuestra naturaleza".¹⁰

Nacimiento de un nuevo modo de conocimiento

Con el silencio mental se produce otro fenómeno, muy importante, pero más difícil de desentrañar, porque a veces se extiende a lo largo de muchos años y al principio son imperceptibles los signos que lo revelan; es lo que podríamos llamar nacimiento de un nuevo modo de conocimiento y, por lo tanto, de un nuevo modo de acción. Se puede comprender que sea posible alcanzar el silencio mental cuando se camina entre la muchedumbre, cuando se come, cuando se hace el aseo personal o cuando se descansa, pero ¿cómo es posible alcanzarlo cuando se trabaja en la oficina, por ejemplo, o cuando se discute con amigos? Nos vemos entonces obligados a reflexionar, a apelar a la memoria, a buscar, a hacer que intervengan toda clase de mecanismos mentales. La experiencia nos enseña, sin embargo, que esta necesidad no es inevitable, que sólo es el resultado de una larga evolución, en el curso de la cual nos hemos acostumbrado a depender de la mente para conocer y actuar, pero que se trata solamente de un hábito que puede cambiarse. En el fondo, el yoga no es tanto una manera de aprender, sino más bien una manera de desaprender una multitud de hábitos que se consideran imperativos y que hemos heredado de nuestra evolución animal.

Si el aspirante se acoge al silencio mental en el trabajo, por ejemplo, pasará por muchas etapas. Al principio será muy capaz de recordarse de vez en cuando de su aspiración y de interrumpir por un momento su labor para colocarse de nuevo en la verdadera longitud de onda, luego todo será otra vez absorbido por la rutina. Mas a medida que vaya adquiriendo el hábito de esforzarse en otra parte, en la calle, en su casa, dondequiera, el dinamismo de esta fuerza tenderá a perpetuarse y a solicitarlo inesperadamente en medio de sus demás actividades, y él se recordará de ella cada vez con mayor frecuencia. Luego, ese recuerdo cambiará poco a poco de carácter; en lugar de una interrupción voluntaria para volver a ajustarse al verdadero ritmo, el aspirante sentirá algo que vive en el fondo de sí, en un lugar remoto de su ser, como una pequeña vibración sorda; le bastará con adentrarse un tanto en su consciencia para que, en cualquier momento, reaparezca en un instante la vibración del silencio. Descubrirá entonces que está allí, siempre allí, atrás, como una profundidad azulada, y que puede, a voluntad, refrescarse en ella, relajarse en ella, aun en medio del tumulto y de las contrariedades; descubrirá que lleva consigo un retiro inviolable y apacible.

Pronto, empero, esta vibración remota será cada vez más y más perceptible y continua, y el aspirante sentirá operarse una separación en su ser: una profundidad silenciosa que vibra,

que vibra atrás, y en la superficie, muy tenue -allí donde se desarrollan las actividades-, los pensamientos, los gestos, las palabras. Habrá descubierto en él al Testigo y cada vez se dejará acaparar menos por el juego exterior que trata sin cesar, como un pulpo, de tragarnos vivos; es un descubrimiento tan viejo como el Rig-Veda. "Dos pájaros de alas espléndidas, amigos y compañeros, se hallan ligados a un árbol común, y el uno come el fruto dulce, y el otro lo mira y no come" (I. 164.20). En esta etapa le será cada vez más fácil al aspirante intervenir, voluntariamente al principio, para reemplazar los viejos hábitos superficiales de reflexión mental, de memoria, de cálculo, de previsión, por el hábito de acudir silenciosamente a esta profundidad que vibra. En la práctica, éste será un largo período de transición con retrocesos y avances (la impresión, por lo demás, no es tanto de un retroceso o de un avance, como la de algo que se cubre y se descubre alternativamente), en que los dos funcionamientos se encontrarán frente a frente, los viejos mecanismos mentales tenderán constantemente a interferir y a recobrar sus antiguos derechos; en una palabra, a persuadirnos de que no podemos prescindir de ellos; ellos se beneficiarán principalmente de una especie de pereza que nos mueve a encontrar que es más cómodo proceder "como de costumbre". Mas este trabajo de desligadura será poderosamente ayudado, de una parte por la experiencia de la Fuerza descendente que, de manera automática, incansablemente, pondrá orden en la casa y ejercerá una presión silenciosa sobre los mecanismos rebeldes, como si cada asalto de pensamiento fuese apresado, congelado allí mismo, y, de otra parte, por la acumulación de millares de pequeñas experiencias, más perceptibles cada vez, que nos harán palpar y comprender que muy bien podemos prescindir de la mente, y que así nos hallamos, en verdad, mucho mejor.

Paulatinamente, en efecto, nos percataremos de que no es necesario reflexionar, que alguna cosa por atrás o por encima realiza toda la labor, con una precisión y una infalibilidad cada vez mayor a medida que adquirimos el hábito de acudir a ella; nos daremos cuenta de que no es necesario apelar a la memoria, y de que en el momento justo surge la indicación precisa; nos percataremos asimismo de que no es necesario combinar su acción, pues un secreto resorte la pone en movimiento sin que nosotros lo queramos o sin que pensemos en ello, y nos mueve a hacer exactamente lo que debemos hacer, con una sabiduría y una previsión que nuestra mente, siempre miope, es incapaz de alcanzar. Y veremos que cuanto mayor obediencia prestemos a esas inesperadas intimaciones, a esas sugerencias-relámpago, mayor tendencia tendrán éstas a ser cada vez más frecuentes, más claras, más imperiosas, más habituales, un poco semejantes a lo que sería un funcionamiento intuitivo, con la diferencia capital de que nuestras intuiciones son casi siempre confundidas, deformadas por la mente, la cual, por otra parte, es muy experta para imitarlas y para hacernos tomar nuestros caprichos por verdaderas revelaciones, en tanto que en el otro caso se tratará de una transmisión clara, silenciosa, correcta, por la sencilla razón de que la mente estará muda. Todos hemos pasado por la experiencia de esos problemas "misteriosamente" resueltos en el sueño, es decir, precisamente cuando la máquina de pensar se encuentra callada. Sin duda alguna se incurrirá en no pocos errores y en numerosos pasos falsos antes de que el nuevo funcionamiento se establezca con alguna seguridad, pero el aspirante debe estar dispuesto a equivocarse muy a menudo; se dará cuenta, en realidad, de que el error procede siempre de una intrusión de la mente; cada vez que ésta interviene, lo confunde todo, lo fracciona todo, lo retarda todo. Luego, un día, a fuerza de errores y de reiteradas experiencias, habremos comprendido para siempre y visto con nuestros propios ojos que "la mente no es un instrumento de conocimiento, sino solamente un organizador del conocimiento", como la Madre lo ha comprobado, y que el

conocimiento procede de otra parte.* En el silencio mental vienen las palabras, vienen los actos, todo viene, automáticamente, con una exactitud y una rapidez sorprendentes. Es, en realidad, otra manera de vivir, muy desahogada. Porque, a la verdad, "nada hay de cuanto hace la mente que no se pueda hacer, y hacerse mejor, en la inmovilidad mental y en una tranquilidad sin pensamiento".¹¹

La Mente Universal

Hasta ahora hemos analizado los progresos del aspirante en el desarrollo de su vida interior, pero tales progresos se traducen igualmente en el orden externo, y, por otra parte, el tabique que separa lo interno de lo externo es cada vez más delgado, y cada vez nos parece más de una convención artificial establecida por la mente no madura todavía, encerrada en sí, que no se ve sino a sí misma. El aspirante sentirá que este tabique pierde lentamente su dureza, y experimentará una manera de mudanza en la substancia de su ser, como si se volviese más liviano, más transparente, más poroso me atrevería a decir. Esta diferencia substancial se revelará en un principio por síntomas desagradables, porque el hombre común se halla generalmente protegido por una fuerte coraza, en tanto que el aspirante carecerá de semejante protección: recibirá los pensamientos de la gente, los deseos de la gente en su verdadero aspecto y en su total desnudez, como lo que son en realidad: verdaderos atentados. Y notemos que los "malos pensamientos", o las "malas voluntades" no son los únicos que comparten esta virulencia; nada hay más agresivo que las buenas voluntades, los buenos sentimientos, los altruismos; de una parte o de la otra, es el ego el que se nutre, por la dulzura o por la fuerza. No somos civilizados sino en la superficie; por debajo subsiste en nosotros el caníbal. Será, pues, menester que el aspirante se halle en posesión de esta Fuerza de que hemos hablado -con Ella podrá pasar por dondequiera-, y por otra parte, gracias a la sabiduría cósmica, la transparencia no vendrá si no la acompaña la protección correspondiente. Armado de "su" Fuerza y del silencio mental, el aspirante verá gradualmente que por fuera es permeable, que recibe -que recibe de todas partes-, que las distancias son barreras irreales -nadie está lejos, nadie se ha ido, todo está junto y todo es al mismo tiempo- y que a diez mil kilómetros puede percibir claramente las preocupaciones de un amigo, la cólera de una persona, el sufrimiento de un hermano. Bastará, en el silencio, con que el aspirante se incline hacia un lugar o hacia una persona, para que tenga una percepción más o menos exacta de la situación, más o menos exacta de acuerdo con su capacidad de silencio, porque aquí también la mente lo embrolla todo, porque la mente tiene deseos, porque abriga temores, porque quiere y nada le llega que no sea falseado en seguida por ese deseo, por ese temor, esa voluntad (existen otros elementos de confusión, de los cuales trataremos más adelante). Parece, pues, que con el silencio mental se hubiera producido un ensanchamiento de la consciencia y que ésta puede dirigirse a voluntad hacia cualquier punto de la realidad universal a fin de conocer allí lo que ella necesita conocer.

Mas en esta transparencia silenciosa haremos otro descubrimiento, capital por todo cuanto implica. No sólo advertiremos que los pensamientos de la gente nos llegan del exterior, sino también que nuestros propios pensamientos también llegan a nosotros de afuera. Cuando seamos lo bastante transparentes podremos sentir, en el silencio inmóvil de la mente, unos como

* Nos referiremos más adelante a esta "otra parte", al estudiar el Supraconsciente. pequeños remolinos que vienen a golpear nuestra atmósfera, o unas como leves vibraciones

que llaman nuestra atención, y, si nos inclinamos un poco para "ver de qué se trata", es decir, si aceptamos que uno de esos remolinos entre en nosotros, nos encontraremos repentinamente pensando en algo: lo que hemos tomado en la periferia de nuestro ser es un pensamiento en estado puro, o más bien una vibración mental, antes de que, sin percatarnos de ello, haya tenido tiempo de penetrar en nosotros y de volver a salir a nuestra superficie, revestida de una forma personal que nos hará exclamar triunfalmente: "Es mi pensamiento". Un buen lector del pensamiento puede leer así lo que pasa en una persona de quien no conozca siquiera el idioma, porque no son "pensamientos" los que capta, sino vibraciones a las que da en él la forma mental correspondiente. Pero lo contrario sí sería lo sorprendente, porque si fuésemos capaces de crear nosotros solos alguna cosa, aun cuando no fuese sino un pequeño pensamiento, seríamos los creadores del mundo. "¿Dónde está en vosotros el yo que pueda fabricar todo eso?", preguntaba la Madre. Lo que ocurre es que el mecanismo es imperceptible para el hombre común, primero porque el hombre común vive en medio de un bullicio constante, y luego porque el mecanismo de apropiación de las vibraciones es casi instantáneo, automático; por su educación y por su ambiente, el hombre se halla habituado a seleccionar en la Mente universal cierto tipo, muy reducido, de vibraciones, con el cual tiene afinidad, y hasta el fin de su vida captará la misma longitud de onda y producirá el mismo modo vibratorio, con palabras más o menos sonoras o giros más o menos nuevos, volviéndose y revolviéndose en la jaula; solamente la extensión más o menos variable de nuestro vocabulario puede darnos la ilusión de que progresamos. Ciertamente, cambiamos de ideas, pero cambiar de ideas no es progresar, no es elevarse a un modo vibratorio más alto o más rápido, sino más bien otra pirueta en el seno del mismo medio. Por eso hablaba Sri Aurobindo de cambio de consciencia.

Una vez que haya visto que sus pensamientos le llegan de fuera y que haya repetido la experiencia centenares de veces, el aspirante poseerá la clave del verdadero dominio mental, porque si bien es cosa difícil desprenderse de un pensamiento que creemos nuestro, cuando ya se halla bien instalado dentro de nosotros, fácil es rechazar los mismos pensamientos cuando los vemos llegar de afuera. Y una vez que nos hayamos adueñado del silencio, seremos indefectiblemente dueños también del mundo mental, pues en lugar de hallarnos de modo sempiterno sujetos a la misma longitud de onda, podemos recorrer toda la gama de las ondas y escoger o desechar lo que nos plazca. Mas dejemos que Sri Aurobindo nos describa la experiencia tal como él mismo la tuvo por primera vez con otro yogui llamado Bhaskar Lelé, quien pasó tres días en su compañía: "Todos los seres mentales desarrollados, al menos los que sobrepasan el término medio, deben, en ciertos momentos de su existencia, de una manera o de otra, y con ciertas finalidades, separar las dos partes de su mente: la parte activa, que es una fábrica de pensamientos, y la parte reservada, maestra, Testigo y Voluntad a la vez, que observa, juzga, desecha, elimina o acepta los pensamientos, ordenando las correcciones y los cambios necesarios; esta parte es el Amo verdadero de la casa mental y realmente capaz de independencia. Pero el yogui va más lejos aún; no sólo es dueño de la mente, sino que aun hallándose en ella, de ella sale, por decirlo así, y se mantiene por encima o enteramente atrás, libre. Para él ya no es válida la imagen de la fábrica de pensamientos, porque ve que éstos proceden del exterior, de la Mente universal, formados y distintos algunas veces, otras veces sin forma alguna, pues esta forma la toman en algún lugar de nosotros mismos. La labor principal de nuestra mente consiste en responder y aceptar o rechazar esas ondas de pensamiento (de igual manera que las ondas vitales y las ondas de energía física sutil) y en dar una forma mental personal a esa substancia mental (o a los movimientos vitales) procedentes de la Naturaleza-Fuerza

circundante. Mucho debo yo a Lelé por haberme mostrado ese mecanismo: «Siéntese usted en meditación -me dijo-, pero no piense, mire sólo su mente; usted verá los pensamientos meterse dentro. Rechácelos antes de que consigan entrar, y continúe hasta que su mente sea capaz de completo silencio». Antes de entonces nunca había yo oído decir que los pensamientos pudiesen llegar visiblemente de afuera de la mente, mas no puse en duda esta verdad o esta posibilidad; simplemente me senté e hice lo que Lelé me decía. En un instante se hizo silenciosa mi mente, como el aire sin movimiento en la cima de una alta montaña; luego vi venir de fuera, de modo enteramente concreto, uno, dos pensamientos. Los rechacé antes de que pudiesen entrar e imponerse a mi cerebro. En tres días quedé libre. A partir de ese momento, el ser mental en mí se convirtió en una Inteligencia libre, una Mente universal. Ya no era un ser limitado al círculo estrecho de los pensamientos personales, como un obrero en una fábrica de pensamientos, sino un receptor de conocimiento que recibía centenares de reinos del ser, libre de elegir lo que quisiese en ese vasto imperio de visión, en ese vasto imperio de pensamiento".¹²

Procedente de una pequeña construcción mental en la que se creía cómodo y muy iluminado, el aspirante mira tras sí y se pregunta cómo ha podido vivir en semejante prisión. Se siente sorprendido sobre todo de ver que por innumerables años ha vivido rodeado de imposibilidades y que los hombres viven circundados de barreras: "No se puede hacer esto, no se puede hacer aquello, es contrario a esta o aquella ley... es ilógico... eso no es natural... eso es imposible..." Y descubre que todo es posible y que la verdadera dificultad consiste en creer que es difícil. Tras haber vivido veinte, treinta años en su concha mental, como una especie de molusco pensante, comienza a respirar con plenitud.

Y se percata de que la eterna antinomia interior-exterior está resuelta, que ella también formaba parte de nuestras calcificaciones mentales. En realidad, el "afuera" se halla por doquiera, adentro. ¡Estamos en todas partes! El error consiste en creer que si pudiésemos reunir admirables condiciones de paz, de belleza, de campestre soledad, ello sería mucho más fácil; la verdad es que en todas partes habrá siempre algo para perturbarnos, y más vale decidarnos a romper nuestras construcciones y abrazar todo ese "afuera"; entonces, dondequiera que nos hallemos, estaremos en nuestra propia casa. Lo mismo ocurre con la antinomia acción-meditación; el aspirante ha hecho en sí mismo el silencio y su acción es una meditación (y aun advertirá que la meditación puede ser una acción); ora se encuentre haciendo su aseo personal, ora entregado a sus negocios, la Fuerza pasará, pasará en él, ya él estará para siempre establecido en otra parte. Y verá, por último, que su acción se hace más clarividente, más eficaz, más poderosa, sin perturbar por ello la paz: "La substancia mental está tranquila, tan tranquila que nada puede conturbarla. Si los pensamientos o las actividades llegan... pasan por la mente como una bandada de pájaros que cruzan el cielo en el aire inmóvil. Los pensamientos y las actividades pasan, nada alteran, ninguna huella dejan. Aun si un millar de imágenes o de los más violentos sucesos nos atraviesan, la inmovilidad tranquila permanecerá, como si la contextura misma de la mente estuviese hecha de una substancia de paz, eterna e indestructible. La mente que ha alcanzado esa calma puede comenzar a actuar, puede aún actuar intensa y poderosamente, mas siempre conservará esa inmovilidad fundamental, no poniendo nada en movimiento por iniciativa propia, recibiendo de lo Alto y dando a cuanto recibe una forma mental, sin agregar nada de su propia cosecha, tranquila, imparcialmente, pero con la alegría de la Verdad y el poder, la luz de su paso."¹³

¿Será acaso necesario recordar que Sri Aurobindo dirigía en ese entonces un movimiento revolucionario y preparaba la guerra de guerrillas en la India?

V

LA CONSCIENCIA

Un discípulo de Sri Aurobindo que debía tomar una grave decisión, escribió un día pidiendo consejo; cuál no sería su asombro cuando se le respondió diciéndole que tomase su determinación "en la cima de su consciencia". Se trataba de un discípulo occidental que no sabía a ciencia cierta lo que aquella respuesta podía significar: si esa "cima de la consciencia" era una manera de pensar muy intensamente o una especie de entusiasmo cuando el cerebro se halla bien caliente. Porque esa es la única forma de consciencia que conocemos en Occidente. Es decir, que para nosotros los occidentales, la consciencia es siempre un fenómeno mental: pienso, luego existo. El nuestro es un mero punto de vista; nos colocamos en el centro del mundo y otorgamos el beneficio de la consciencia a quien comparte con nosotros nuestro modo de ser y de sentir. No hace todavía mucho tiempo nos asombrábamos de que alguien pudiese ser persa. No obstante, si queremos comprender y descubrir lo que es la consciencia, y si queremos gobernarla, es preciso superar ese estrecho punto de vista. Desde que llegó a cierto grado de silencio mental, Sri Aurobindo pudo hacer las observaciones siguientes: "La consciencia mental no es sino una gama humana y no agota todas las gamas de posibles consciencias, así como la vista humana no agota todas las gradaciones del color ni el oído todas las gradaciones del sonido, porque existe, arriba tanto como abajo, el gran número de cosas que el hombre no puede ver ni oír. De igual manera existen gamas de consciencia que se hallan por encima y por debajo de la gama humana, con las que el ser humano normal no está en contacto y que, por eso mismo, le parecen «inconscientes» gamas supramentales y gamas submentales... En realidad, eso que llamamos «inconsciencia» es, simplemente, otra consciencia. No somos más «inconscientes» cuando estamos dormidos o sin sentido, cuando nos hallamos bajo el efecto de las drogas o estamos «muertos» o en cualquier otro estado, que cuando nos encontramos sumergidos en un pensamiento interior y nos hemos olvidado de nuestro yo físico y de todo cuanto nos rodea. Para quienquiera que haya avanzado un tanto en el camino del yoga, es ésta una proposición de todo punto elemental". Y Sri Aurobindo agrega: "A medida que progresamos y que nos despertamos a la vida del alma en nosotros y en las cosas, comprobamos que también existe una consciencia en la planta, en el metal, en el átomo, en la electricidad, en todo cuanto pertenece a la Naturaleza física; descubrimos asimismo que en modo alguno se trata de una consciencia inferior o más limitada que la mente; antes por el contrario, en muchas formas que llamamos «inanimadas», la consciencia es más íntima, más rápida, más aguda, aunque menos desarrollada en la superficie".² La tarea del aprendiz de yogui será, pues, la de ser consciente de todas las maneras, en todos los niveles de su ser y en todos los grados de la existencia universal, y no sólo mentalmente; su tarea será la de ser consciente en sí mismo y en los demás y en las cosas, en la vigilia y en el sueño, y, por último, la de aprender a ser consciente en eso que los hombres llaman "muerte", porque del grado de consciencia que hayamos tenido en vida, depende el grado de consciencia que también tengamos en la muerte.

Mas no estamos obligados a creer bajo palabra a Sri Aurobindo; él nos estimula vivamente más bien a probarlo nosotros mismos. Es necesario, pues, desenmarañar eso que en nosotros hace la unión de nuestras diversas maneras de ser -dormidos, despiertos o "muertos"- y que nos permite relacionarnos con las demás formas de consciencia.

Los centros de Consciencia

Si proseguimos nuestro método experimental fundado en el silencio de la mente, llegaremos a hacer numerosos descubrimientos que poco a poco nos pondrán sobre la pista. Primero veremos decantarse lentamente la confusión general en que vivimos, y cada vez con mayor claridad se distinguirán diversos pisos en nuestro ser, como si estuviésemos formados por cierto número de fragmentos, con personalidad propia cada uno de ellos y con un centro bien distinto también y, cosa más notoria aún, con vida independiente además. Esta polifonía, si así puede decirse, porque se trata más bien de una cacofonía, se halla en nosotros disfrazada por la voz de la mente, que todo lo recubre y de todo se apodera. No hay un solo movimiento de nuestro ser, en cualquier nivel en que se halle; no hay un solo sentimiento, tina aspiración, un parpadeo, que no sea inmediatamente atrapado por la mente y recubierto por una capa pensante; es decir, que todo lo mentalizamos. Esa es la gran utilidad que tiene la mente en nuestra evolución: nos ayuda a sacar a nuestra superficie consciente todos los movimientos de nuestro ser, que de otro modo quedarían en estado de magma informe, subconsciente o supraconsciente. Nos ayuda igualmente a establecer una apariencia de orden en toda esta anarquía y, bien que mal, coordina bajo su soberanía todos esos pequeños feudos. Pero al mismo tiempo pone un velo sobre la voz y el verdadero funcionamiento de cada uno de ellos, pues de la soberanía a la tiranía no hay sino un paso. Los mecanismos supramentales se ven enteramente obstruidos o lo poco que de las voces supraconscientes consigue filtrarse, es falseado, diluido, oscurecido en seguida; los mecanismos subconscientes se atrofian y perdemos varios sentidos espontáneos que fueron muy útiles en un estado anterior de nuestra evolución y que aún podrían serlo; otras minorías se rebelan y otras acumulan sordamente sus pequeños poderes en espera de la primera ocasión para saltarnos al rostro. Pero el aspirante que ha reducido su mente al silencio, comenzará a distinguir todos estos estados en su realidad desnuda, sin su revestimiento mental, y sentirá en diversos niveles de su ser una especie de puntos de concentración, como nudos de fuerza, cada uno de ellos dotado de una cualidad vibratoria particular o de una frecuencia especial; mas todos hemos tenido, al menos una vez en la vida, la experiencia de vibraciones diversas que parecen irradiar de diferentes alturas de nuestro ser; la experiencia de una gran vibración reveladora, por ejemplo, cuando un velo parece rasgarse de repente y entregarnos todo un lienzo de verdad, sin palabras, sin que uno sepa con exactitud en qué consiste la revelación; sencillamente, se trata de algo que vibra y que, de modo inexplicable, hace al mundo más amplio, más leve, más claro; o bien, hemos pasado por la experiencia de vibraciones más densas: vibraciones de cólera o de miedo, vibraciones de deseos, vibraciones de simpatía, y bien sabemos que todo esto palpita en niveles diferentes, con intensidades diferentes. Así pues, existe en nosotros toda una gama de nódulos vibratorios o de centros de consciencia, cada uno de ellos especializado en un tipo de vibración, que nosotros podemos distinguir y aprehender directamente, según el grado de nuestro silencio y la agudeza de nuestras percepciones. Y la mente es sólo uno de esos centros, un tipo de vibración, solamente una de las formas de consciencia, aunque quiera ella arrogarse el primer puesto.

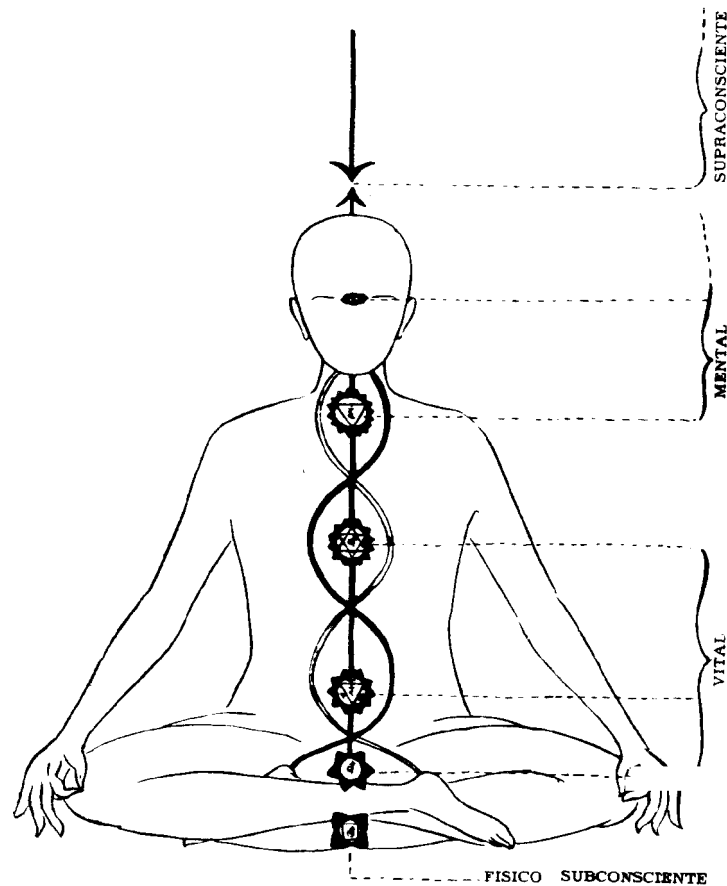
No nos detendremos a hacer la descripción de esos centros tal como de ellos nos habla la tradición -más vale verlos uno mismo que hablar de ellos ni nos referiremos a su localización; el aspirante los sentirá sin dificultad en sí mismo cuando ya se halle un poco despejado. Digamos simplemente que tales centros (llamados chakras en la India) no se

sitúan en nuestro cuerpo físico, sino en otra dimensión, aunque en ciertos momentos pueda su concentración ser tan intensa que se llegue a tener la aguda impresión de una localización física. Algunos de ellos -no todos corresponden, en efecto, de modo muy aproximado, a los diferentes plexos que conocemos. Grosso modo pueden distinguirse siete centros repartidos en cuatro zonas, a saber: 1) El Supraconsciente, con un centro situado un tanto arriba del ápice de la cabeza,* que gobierna nuestra mente pensante y nos pone en comunicación con regiones mentales más altas: iluminadas, intuitivas, supermentales, etc. 2) La Mente, con dos centros; uno situado en el entrecejo, que gobierna la voluntad y el dinamismo de todas nuestras actividades mentales cuando queremos actuar por medio del pensamiento; es éste, también, el centro de la visión sutil o el "tercer ojo" de que hablan algunas tradiciones; el otro, que se halla a la altura de la garganta, gobierna todas las formas de expresión mental. 3) El Vital, con tres centros: uno, a la altura del corazón que gobierna nuestro ser emotivo (odio, amor, etc.); el segundo se encuentra a la altura del ombligo y gobierna nuestros movimientos de dominio, de posesión, de conquista, nuestras ambiciones, etc., y un tercero -el vital inferior- situado entre el ombligo y las partes pudendas, a la altura del plexo mesentérico, que dirige las vibraciones más bajas: celos, envidia, deseo, codicia, cólera. 4) El Físico y el Subconsciente, con un centro en la base de la columna vertebral, que rige nuestro ser físico y el sexo; este centro nos conduce también, más abajo, a las regiones subconscientes.

Generalmente estos centros se hallan adormecidos o cerrados al hombre "normal", o no dejan pasar sino la pequeña porción de corriente necesaria a nuestra frágil existencia; se encuentran emparedados en sí mismos y no se comunican sino indirectamente con el mundo exterior, en un círculo muy limitado; en realidad, cada uno de ellos no mira a los otros ni a las cosas, se ve a sí mismo en los otros, a sí mismo en las cosas y por dondequiera; ninguno de ellos sale de allí. Estos centros se abren con el yoga, y pueden abrirse de dos maneras, a saber: de abajo arriba o de arriba abajo, según se practiquen los métodos yóguicos y espirituales transmitidos por la tradición, o el yoga de Sri Aurobindo. A tuerza de concentración y de ejercicios, se puede llegar un día -ya lo hemos dicho- a sentir una Fuerza ascendente que se despierta en la base de la columna vertebral y sube de nivel en nivel hasta el ápice del cráneo con un movimiento onduloso, igual que una serpiente; en cada nivel esta Fuerza traspasa (de modo muy violento) el centro correspondiente, el cual se abre y nos abre al mismo tiempo a todas las vibraciones o energías universales que corresponden a la frecuencia de cada centro en particular. Con el yoga de Sri Aurobindo, la Fuerza descendente abre muy lenta, muy dulcemente, estos mismos centros, de arriba abajo. A menudo los centros de abajo no se abren de todo punto sino mucho tiempo después. Este procedimiento tiene sus ventajas, si se comprende que cada centro corresponde a un modo de consciencia o de energía universal; si del primer golpe abrimos los centros de abajo -vitales y subconscientes-, corremos el peligro de ser inundados, no ya por nuestros pequeños asuntos personales, sino por torrentes universales de lodo; quedamos automáticamente cogidos en la Confusión y en el Lodo del mundo. A esto se debe, por otra parte, que los yogas tradicionales exijan absolutamente la presencia de

* Este centro, llamado "loto de los mil pétalos" para simbolizar así la riqueza luminosa que se percibe cuando se abre, se halla situado, conforme a la tradición de la India, en la parte superior del cráneo. Según Sri Aurobindo y la experiencia de otros yoguis, lo que se percibe en el vértice de la cabeza no es el centro mismo, sino el reflejo luminoso de una fuente solar que se encuentra encima de la cabeza.

de un Maestro protector. Con la Fuerza descendente se evita este escollo y no afrontamos los centros inferiores sino después de haber establecido sólidamente nuestro ser en la luz superior, supraconsciente. De allí, una vez en posesión de sus centros, el aspirante comienza a conocer a los seres, a las cosas, al mundo y a sí mismo en su respectiva realidad, tal como son, porque ya no son signos exteriores lo que capta, ni más palabras dudosas, ni gestos, ni toda esa mímica de emparedado, ni la cerrada faz de las cosas, sino la vibración pura que se halla en cada grado, en cada cosa, en cada ser, y que nada puede disfrazar.



LOS CENTROS DE CONSCIENCIA
Según la tradición tántrica en la India

Pero nuestro primer descubrimiento lo somos nosotros mismos. Si seguimos un proceso análogo al que hemos descrito en cuanto concierne al silencio mental y si permanecemos perfectamente transparentes, advertimos que no sólo las vibraciones mentales provienen del exterior antes de entrar a nuestros centros, sino que todo procede de afuera: vibraciones de deseo, vibraciones de alegría, vibraciones volitivas, etc... y que nuestro ser es como un

aparato receptor, de arriba abajo: "En realidad, no pensamos, no tenemos deseos, no actuamos; el pensamiento llega a nosotros, la voluntad llega a nosotros, a nosotros llegan el impulso y la acción" ³ Si decimos "pienso, luego soy"; o "siento, luego soy" o "veo luego soy", nos parecemos un poco al niño que se imagina que el locutor o la orquesta se encuentran ocultos dentro del fonógrafo y que la radio es un órgano pensante. Porque todos esos yos no son nuestro ser, no son propiedad nuestra; su música es universal.

La Personalidad Frontal

Estaremos tentados a protestar, porque, al fin y al cabo, son nuestros sentimientos, nuestras penas, nuestros deseos, es nuestra sensibilidad, en una palabra, somos nosotros. Y es verdad que, en cierto sentido, somos nosotros porque hemos adquirido el hábito de responder a ciertas vibraciones más que a otras; de ser conmovidos, atormentados por ciertas cosas más bien que por otras, y que este conjunto de hábitos ha acabado aparentemente por cristalizarse en una personalidad que llamamos "nosotros mismos". Pero si se mira con mayor atención, no se puede siquiera decir que seamos "nosotros" los que hemos adquirido todos esos hábitos; es nuestro medio, nuestra educación, nuestro atavismo, nuestras tradiciones los que han escogido por nosotros y que a cada instante escogen lo que queremos, lo que deseamos y lo que nos gustaría ó no nos gustaría. Y todo ocurre como si la vida prescindiese de nosotros. ¿En cuál momento restalla todo esto en un verdadero "yo"? "La Naturaleza universal -dice Sri Aurobindo- deposita en nosotros ciertos hábitos de movimiento, de personalidad, de carácter; ciertas facultades, ciertas disposiciones, ciertas tendencias... y esto es lo que llamamos «nosotros mismos» ".⁴ Y tampoco podemos decir que ese "nosotros mismos" tenga una verdadera fijeza. "Solamente la repetición regular y constante de las mismas vibraciones y de las mismas formaciones es lo que nos da una apariencia de estabilidad", porque son siempre las mismas longitudes de ondas las que captamos -o, más bien, las que nos alcanzan- conforme a las leyes de nuestro medio y de nuestra educación, siempre las mismas vibraciones mentales y vitales y otras que se repiten a través de nuestros centros y que nos apropiamos automática, inconsciente, indefinidamente; mas en realidad, todo se halla en estado de flujo constante y todo nos llega de una mente más vasta que nosotros, universal; de una vida más vasta que la nuestra, universal; o de regiones más bajas todavía, subconscientes; o más altas, supraconscientes. Así, esta pequeña personalidad frontal ^s se halla rodeada, sumergida, sostenida, traspasada y movida por toda una jerarquía de "mundos", como ya lo había visto la antigua sabiduría - "Sin esfuerzo se mueven los mundos uno en otro", dice el Rig-Veda (II. 24.5)- o, como dice Sri Aurobindo, por una gradación de planos de consciencia que se escalonan sin interrupción desde el Espíritu puro hasta la Materia y que se hallan en relación directa con cada uno de nuestros centros. Mas nosotros "no somos conscientes sino de ciertas burbujas en la superficie".⁷

¿Qué queda de nosotros en medio de todo esto? No gran cosa, a decir verdad, o todo, según la altura a que pongamos nuestra consciencia.

La individuación de la Consciencia

Comenzamos a entrever lo que es la consciencia y a sentir que se halla por dondequiera en el universo, en todos los grados, a los cuales corresponden nuestros propios centros, pero no hemos encontrado aún "nuestra" consciencia. Acaso porque no se trata de una cosa que

se "encuentra" hecha enteramente, sino que se atiza como un fuego. En ciertos momentos privilegiados de nuestra existencia todos hemos sentido uno como calor en nuestro ser, una especie de impulso interior o una especie de fuerza viviente que carece de palabras para expresarse, que no tiene razón alguna de estar allí, porque surge de la nada, sin causa, desnuda como una necesidad o como una llama. Toda nuestra infancia es testimonio de este entusiasmo puro, de esta nostalgia inexplicable. Pero muy pronto salimos de esta adolescencia, y la mente se apodera de esta fuerza, como se adueña de todo, y la recubre de grandes palabras idealistas; la hace entrar en una obra, en una profesión, en una Iglesia; o bien, se apodera de ella nuestro cuerpo vital y la engalana de sentimientos más o menos nobles, a no ser que la haga participar en alguna aventura o que se sirva de ella para dominar, para vencer, para poseer. Algunas veces esta fuerza se desliza más abajo. Y a veces todo queda anegado; no queda sino una pequeña sombra bajo un peso. Mas el aspirante que ha hecho callar a su mente y que ya no corre el peligro de verse apresado en la trampa de las ideas, que ha sosegado su cuerpo vital y no se ve arrastrado en todo momento por la gran dispersión de los sentimientos y de los deseos, descubre otra vez en esta iluminación de su ser uno como nuevo estado de juventud, uno como nuevo empuje hacia el estado de libertad. A medida que aumente su concentración por obra de sus "meditaciones activas", de su aspiración, de su necesidad, sentirá que ese impulso interior cobra vida. Ese impulso "se agranda y hacer surgir eso que vive, dice el Rig-Veda, despertando a alguien que estaba muerto" (I.113.8), y toma una consistencia cada vez más precisa, una potencia cada vez más densa y, sobre todo, independencia, como si fuese a un tiempo mismo una fuerza y un ser dentro de su ser. Y notará, primero en sus meditaciones pasivas (es decir, en su casa, tranquilo, cerrados los ojos), que esta fuerza que se halla en él tiene movimiento, tiene una masa, intensidades variables y que baja y sube dentro de él, como si no estuviese quieta; se diría el desplazamiento de una substancia viviente; estos movimientos interiores pueden muy bien adquirir una pujanza lo bastante grande como para encorvar el cuerpo cuando la fuerza desciende o para enderezarlo cuando sube. En nuestras meditaciones activas, es decir, en la vida exterior ordinaria, esta fuerza interna está más diluida y da la sensación, como ya lo hemos hecho observar, de una pequeña vibración sorda que se halla en segundo plano; sentiremos, además, que no se trata solamente de una fuerza impersonal, sino de una presencia, de un ser en el fondo de nosotros mismos, como si en ello tuviésemos un sostén, algo que nos da solidez, una armadura casi, y una apacible mirada sobre el mundo. Con esta pequeña cosa dentro, que vibra, se es invulnerable, ya no se está solo nunca. Por dondequiera que uno vaya, ella está siempre allí. Es caliente, está próxima, es fuerte. Y es curioso que cuando uno ha descubierto eso, encuentra la misma cosa por doquiera, en todos los seres, en todas las cosas; se puede entrar en comunicación directa, como si fuese verdaderamente igual, sin muros. Entonces habremos tocado en nosotros algo que no es juguete de las fuerzas universales, no el "pienso, luego existo", asaz raquítrico y seco, sino la realidad fundamental de nuestro ser, nosotros, nosotros en verdad, centro verdadero, calor y ser, consciencia y fuerza.*

A medida que ese impulso o esta fuerza interior vaya cobrando una individualidad distinta, a medida que crezca verdaderamente como crece un niño, el aspirante advertirá que ese impulso o esa fuerza no se mueve al azar como en un principio le había parecido,

* Más adelante hablaremos de este centro, que Sri Aurobindo llama centro psíquico o ser psíquico, y que otros llaman alma.

sino que se recoge en diversos puntos de su ser según las actividades del momento y que, en realidad, es ella la que se encuentra atrás de cada uno de los centros de consciencia: detrás de los centros vitales cuando uno siente, sufre o desea algo; o más abajo, o más arriba; y que es ella en realidad la que ejerce la facultad de conocer. Todos los centros, y entre ellos la mente, no son sino aberturas sobre los diferentes estadios de la realidad universal o sus instrumentos de transcripción o de expresión. Ella es el "viajero de los mundos",⁸ el explorador de los planos de consciencia; ella, la que cohesiona nuestras diversas maneras de ser, de la vigilia al sueño y a la muerte, cuando la pequeña mente exterior ya no se encuentra allí para informarnos o para dirigirnos; ella, la que sube y baja por toda-: a escala de la existencia universal. En otros términos, habremos descubierto la consciencia; habremos desentrañado lo que en el hombre común se halla constantemente disperso, confuso, enmarañado en las mil actividades pensantes y sensibles. En vez de situarnos sempiternamente en algún lugar ubicado entre el abdomen y la frente, podremos desplazar nuestra consciencia hacia regiones más profundas o más altas, inaccesibles a la mente y a nuestros órganos de los sentidos; porque la consciencia no es una manera de pensar o de sentir (en todo caso, no es eso exclusivamente), sino un poder de entrar en relación con la multitud de grados de la existencia, visibles o invisibles. Mientras mayor sea el desenvolvimiento de nuestra consciencia, mayor será su radio de acción, y más numerosos serán los grados que sea capaz de alcanzar. Y veremos que esta consciencia es independiente de todo lo que se piensa, de todo cuanto se siente, de todo lo que se quiere con nuestra pequeña personalidad frontal; que es independiente respecto de la mente, de lo vital y aun del cuerpo físico, porque en ciertos estados particulares, de los cuales hablaremos más adelante, sale del cuerpo físico para irse de paseo por otras partes a fin de tener otras experiencias. Nuestro cuerpo, nuestro pensamiento, nuestros deseos no son sino una tenue película de nuestra existencia total.

Consciencia-Fuerza, Consciencia-Alegría

Al descubrir la consciencia habremos descubierto que es una fuerza. El hecho en verdad notable es que comenzamos por percibir una corriente o una fuerza interior, antes de advertir que se trata de una consciencia. La consciencia es una fuerza, "consciencia-fuerza", dice Sri Aurobindo, porque, en realidad, los dos términos son inseparables y se pueden convertir uno en otro. La antigua sabiduría de la India conocía perfectamente este hecho y no hablaba nunca de consciencia -Chit- sin agregar el término Agni, calor, llama, energía, Chit-Agni (a veces también se emplea la palabra Tapas, que es sinónimo de Agni: Chit-Tapas). El vocablo sánscrito que designa las diversas disciplinas espirituales o yogas es tapasya, es decir, lo que produce calor o energía o, con mayor exactitud, la consciencia-calor o la consciencia-energía. Y este Agni o Chit-Agni es el mismo en todas partes. Nosotros hablamos de Fuerza descendente o de Fuerza ascendente, o de fuerza interior, o decimos fuerza mental, fuerza vital, fuerza material, pero no hay muchas clases de fuerza, no ha y sino una Fuerza en el mundo, una sola corriente única que pasa por nosotros y por toda cosa y que, según el nivel en que opere, se reviste de una substancia o de otra. Nuestra corriente eléctrica puede alumbrar un tabernáculo o un tugurio, una sala de estudio, un refectorio, y no por ello deja de ser la misma corriente, aunque ilumine objetos diferentes. Del mismo modo, esta Fuerza o este Calor -Agni- no deja de ser la misma, ora anime o alumbre nuestro retiro interior, la fábrica de nuestra mente, nuestro teatro vital, o nuestro antro material; se reviste de nivel en nivel de una luz más o menos intensa y de vibraciones

más o menos pesadas -supraconscientes, mentales, vitales, materiales-, pero es ella la que lo cohesiona todo, la que todo lo anima; ella, la substancia fundamental del universo: Consciencia-Fuerza, Chit-Agni.

Si es verdad que la consciencia es una fuerza, cierto es también, a la inversa, que la fuerza es una consciencia y que "todas las fuerzas son conscientes".⁹ La Fuerza universal es una Consciencia universal. Esto es lo que el aspirante descubre. Cuando ha entrado en relación con esta corriente de consciencia-fuerza en él, puede situarse en no importa cuál nivel de la realidad universal, no importa en qué punto, y percibir, comprender la consciencia que allí se encuentra, o aun actuar sobre ella, porque en todas partes está la misma corriente de consciencia con modalidades vibratorias diferentes, así en las plantas como en las elucubraciones de la mente humana, así en el supraconsciente luminoso como en el instinto de los animales, en el metal o en nuestras hondas meditaciones. Si el trozo de madera fuese inconsciente, el yogui no tendría poder para desplazarlo por medio de su concentración, porque no tendría con él ningún punto de contacto. Si un solo punto del universo fuese del todo inconsciente, el universo entero sería del todo inconsciente, porque en el universo no puede haber dos cosas. Einstein nos ha enseñado -y ello es en verdad un gran descubrimiento- que la Materia y la Energía pueden convertirse la una en la otra: $E = mc^2$, la Materia es la Energía condensada. Nos queda por descubrir prácticamente que esta Energía, esta Fuerza, es una Consciencia, y que la Materia también es una forma de consciencia, como la Mente es una forma de consciencia, como lo Vital o el Supraconsciente son otras formas de consciencia. Cuando hayamos encontrado este Secreto, la consciencia en la fuerza, tendremos el verdadero dominio -un dominio directo de las energías materiales. Mas nosotros no hacemos sino descubrir antiquísimas verdades; hace cuatro mil años ya sabían los Upanishads que la Materia es la Energía condensada, o, más bien, Consciencia-Energía condensada: "Por la energía de su consciencia,* Brahmán se ha comprimido; de esto ha nacido la materia, y de la Materia la Vida, la Mente y los mundos" (Mundaka Upanishad I.1.8).

Y todo es Consciencia aquí abajo, porque todo es el Ser o Espíritu. Todo es Chit, porque todo es Sat -Sat-Chit- en diversos niveles de Su propia manifestación. La historia de nuestra evolución terrestre es, finalmente, la historia de una lenta conversión de la Fuerza en Consciencia o, con más exactitud, un lento llamamiento a la memoria de sí, de esta Consciencia sumergida en su Fuerza. En las primeras fases de la evolución, la consciencia del átomo, por ejemplo, es absorbida por su remolino, como la consciencia del artesano es absorbida por la pieza que labra, olvidada de todo lo demás, como la planta es absorbida por su función clorofílica, como nuestra propia consciencia es absorbida por un libro o un deseo, olvidada de todos los demás niveles de su propia realidad. En suma, todo el progreso evolutivo se mide por la capacidad que tiene el elemento consciencia para soltarse o desengancharse de su elemento fuerza; esto es lo que hemos llamado individuación de la Consciencia. En la fase espiritual o yoga de nuestra evolución, la consciencia se halla totalmente desprendida, despegada de sus torbellinos mentales, vitales y físicos, y, dueña de sí misma, es capaz de recorrer toda la escala de las vibraciones de consciencia, desde el átomo hasta el Espíritu; la Fuerza se ha convertido totalmente en Consciencia, se ha recordado totalmente de sí misma. Y recordarse de sí es lo mismo que recordarse de todo, porque es el Espíritu en nosotros el que se recuerda del Espíritu en todas partes.

Simultáneamente, a medida que la Fuerza recobra su Consciencia, recobra el dominio de

* Tapas

su fuerza y de todas las fuerzas, porque ser consciente es ser poderoso. El átomo que gira o el hombre que sigue la ronda biológica y que sufre en su fábrica mental, no es dueño de su fuerza mental, de su fuerza vital, de su fuerza atómica; ese hombre no hace sino girar de continuo, en tanto que en la fase consciente, somos libres y dominadores; entonces comprobamos tangiblemente que la consciencia es una fuerza, una substancia que se puede manipular como otros manipulan óxidos o campos eléctricos: "Si se comienza a percibir la consciencia interior - dice Sri Aurobindo- se puede hacer de ella toda clase de cosas: enviarla al exterior en la forma de corriente de fuerza, trazar un círculo o un muro de consciencia en torno de sí, dirigir una idea para que penetre en el cerebro de alguien que se encuentre en América, etc."¹⁰ Y aun agregaba: "Que esta fuerza pueda producir resultados tangibles en el interior tanto como en el exterior, es el sentido mismo de la consciencia yóguica... Si no hubiésemos experimentado miles de veces que el Poder interno puede modificar la mente, desarrollar sus capacidades, y agregarle nuevas, descubrir otros estratos de consciencia, dominar los movimientos vitales, cambiar el carácter, influir sobre los hombres y las cosas, ejercer autoridad sobre el funcionamiento y el estado del cuerpo, modificar los acontecimientos... no hablaríamos de ello en estos términos. Por otra parte, no sólo por sus resultados, sino también por sus propios movimientos es tangible y concreta la Fuerza. Cuando yo hablo de «sentir la Fuerza o el Poder», no quiero referirme simplemente a tener de ello un vago sentimiento, sino sentirla concretamente y, por lo tanto, ser capaz de dirigirla, de manipularla, de vigilar sus movimientos, de ser consciente de su masa y de su intensidad, y lo mismo respecto de todas las demás fuerzas que puedan oponerse a ella"¹¹. En una fase ulterior veremos que la Consciencia puede actuar sobre la Materia y transformarla. Esta última conversión de la Materia en Consciencia, y un día acaso de Consciencia en Materia, es el objeto del yoga supramental de que más adelante hablaremos. Pero en el desarrollo de la consciencia-fuerza existen muchos grados, desde el aspirante que se despierta al impulso interno hasta el yogui; y aun entre tales grados hay numerosos escalones. Aquí es donde la verdadera jerarquía comienza.

Existe una última equivalencia. No sólo la consciencia es fuerza, no sólo la consciencia es ser, sino también alegría, Ananda -Consciencia-Alegría, Chit-Ananda-, Ser consciente es la alegría. Cuando la consciencia se ha liberado de las mil vibraciones mentales, físicas y vitales que la absorben, entonces se descubre la alegría. Todo el ser se halla como henchido por una masa de fuerza viviente ("como un pilar bien formado", dice el Rig-Veda V.45), cristalino, sin movimiento, sin objeto -consciencia pura, fuerza pura, alegría pura, porque es la misma cosa-, una alegría sólida, una substancia de alegría, vasta, apacible, que parece no tener ni principio, ni fin, ni causa, que también parece hallarse por dondequiera, en las cosas, en los seres, ser su secreto fundamento, su secreta necesidad de crecer; nadie quiere dejar la vida porque ésta en todas partes está. La vida no necesita nada para ser, ella es, irrefutablemente, como roca a través de todos los tiempos, de todos los lugares, como una sonrisa, atrás, dondequiera. En ello reside todo el Enigma del universo. No hay otro. Una sonrisa imperceptible, una nada que lo es todo. Y toda esta alegría, porque todo es el Espíritu, que es alegría, Sat-Chit-Ananda, Existencia-Consciencia-Alegría, tríada eterna que es el universo y que somos nosotros, secreto que debemos descubrir y vivir a través de nuestro largo viaje evolutivo: "De la alegría han nacido todos estos seres; por la alegría existen y crecen; a la alegría retornan" (Taittiriya Upanishad III.6).

VI

LA PACIFICACIÓN DE LA MENTE

Los límites de la moral

Existe en nuestro ser una zona que es causa de grandes dificultades y al mismo tiempo fuente de extraordinario poder. Es causa de dificultades porque enreda todas las comunicaciones que proceden de fuera o de lo alto, oponiéndose frenéticamente a nuestro esfuerzo por alcanzar el silencio mental; rebaja la consciencia al nivel de sus pequeñas ocupaciones y de sus cuidados y le impide moverse libremente hacia otras regiones. Y es una fuente de poder porque encarna el afloramiento en nosotros de gran fuerza de vida. Acabamos de referirnos a la región comprendida entre el corazón y el sexo, y que Sri Aurobindo llama lo vital.

Es el lugar de todas las mezclas; allí está el sufrimiento inextricablemente ligado a la alegría, el mal enlazado con el bien, y la farsa con la verdad. Las diversas disciplinas espirituales del mundo han encontrado allí tantas dificultades que han preferido trazar una cruz sobre ese terreno peligroso y no dejar que subsistan sino las emociones llamadas religiosas, invitando a los neófitos a desechar todo lo demás. Y parece que todo el mundo estuviese de acuerdo: la naturaleza humana no puede cambiarse. Pero esta "cirugía moral", como dice Sri Aurobindo,¹ ofrece un doble inconveniente. Por una parte, no purifica de verdad, pues por refinadas que sean las emociones de arriba, se hallan tan mezcladas como las de abajo, por la sencilla razón de que son de índole sentimental y, por tanto, parciales; y, por otra parte, esa cirugía moral no rechaza realmente; sólo hace retroceder.

Lo vital es en sí una potencia por entero independiente de los argumentos de nuestra razón o de la moral, y si se pretende dominarlo por la tiranía o por el rigor de una ascesis o de una disciplina de carácter radical, puede aprovechar un día la más pequeña oportunidad para rebelarse -y su venganza suele ser terrible- o, si nuestra voluntad es lo bastante fuerte para imponer el imperio de nuestra ley mental y moral, triunfaremos tal vez, pero agostando en nosotros la fuerza de vida; porque lo vital, descontento, se declara en huelga y nosotros nos despertamos purificados del mal, es verdad, pero empobrecidos también del bien de la vida; sin color y sin olor. Por otro lado, la moral no actúa sino dentro de los límites del mundo mental; no tiene acceso a las regiones subconscientes ni a las supraconscientes, ni funciona en la muerte ni en el sueño (éste, a pesar de todo, toma para sí uno de cada tres días de nuestra existencia, tanto que de sesenta años de vida, tenemos derecho a cuarenta de vida moral despierta y a veinte de amoralidad; curiosa aritmética). Dicho de otra manera, la moral no sobrepasa los límites de la pequeña personalidad frontal. No es, pues, una disciplina moral y radical lo que debemos imponer a nuestro ser, sino una disciplina espiritual e integral, que respetará cada parte de nuestra naturaleza, pero liberándola de su mezcolanza; porque, a decir verdad, el mal absoluto no existe en ninguna parte; no existen sino mezclas.

Por lo demás, el aspirante no piensa ya en términos de bien y de mal (si es que todavía "piensa"), sino en términos de exactitud y de inexactitud. Cuando el marino quiere determinar la posición de su barco, no se sirve de su amor por el mar, sino de un sextante, y se cuida de que el espejo de éste se halle bien limpio. Si nuestro espejo no está claro, nada veremos de la realidad de las cosas y de los seres, porque siempre nos encontraremos por

dondequiera con la imagen de nuestras propias ideas o de nuestros temores, con el eco de nuestro propio bullicio, y no solamente en este mundo, sitio en todos los mundos, en la vigilia, en el sueño y en la muerte. Para ver es necesario dejar de formar parte del cuadro. El aspirante hará, pues, una distinción entre las cosas que enturbian su visión y las que la aclaran, y ésta será la esencia de su moral.

El hábito de responder

Lo primero que el aspirante distinguirá en su exploración, vital es una fracción de la mente cuya única función parece ser la de dar forma (y justificación) a nuestros impulsos, a nuestros sentimientos, a nuestros deseos; a esto le llama Sri Aurobindo "mente vital". Ya hemos visto la necesidad del silencio mental; ahora extenderemos nuestra disciplina a esta capa inferior de la mente. Entonces veremos claro; sin todos sus adornos mentales, las diversas vibraciones de nuestro ser se revelarán bajo su verdadera luz y en su nivel verdadero. Y, sobre todo, las veremos llegar a nosotros. En esta zona de silencio que nosotros somos ya, los más leves desplazamientos de substancia (mental, vital o de otra naturaleza) actuarán sobre nosotros como señales; inmediatamente sabremos que alguna cosa ha tocado nuestra atmósfera. Tendremos entonces conocimiento espontáneo de una cantidad de vibraciones que las gentes despiden constantemente, aun sin saberlo, y sabremos de qué se trata o ante quién nos hallamos (a menudo nada tiene que ver la pulcritud exterior con esta pequeña realidad que vibra). Nuestras relaciones con el mundo exterior se volverán claras, conoceremos el porqué de nuestras simpatías, la razón de nuestras antipatías, el origen de nuestros temores y de nuestro malestar; entonces podremos poner en orden, rectificar nuestras reacciones, aceptar las vibraciones susceptibles de, ayudarnos, apartar las que nos ensombrecen, neutralizar las que tratan de dañarnos. Porque nos percataremos de un fenómeno interesante: nuestro silencio interior posee una virtud. Si en vez de responder a una vibración que llega a nosotros, nos quedamos en una inmovilidad interior absoluta, veremos que esa inmovilidad disuelve la vibración; es como si existiese en torno un campo de nieve, donde todos los golpes quedan detenidos, anulados. Podemos tomar la cólera como ejemplo; si en lugar de ponemos a vibrar interiormente al unísono con el que habla, sabemos permanecer inmóviles por dentro, veremos que la cólera del otro se disuelve poco a poco, lo mismo que una humareda. La Madre hacía observar que esta inmovilidad interior, o esta virtud de no responder, puede llegar a detener el brazo de un asesino, el salto de una serpiente. Mas no se trata solamente de revestirse de una impasibilidad aparente, mientras por dentro subsiste la agitación; con las vibraciones no pueden hacerse trampas y bien lo sabe la serpiente; no se trata del supuesto y común "dominio de sí mismo", que no es sino un dominio de las apariencias; se trata del verdadero, que es un dominio interior. Y este silencio puede anular cualquier vibración, por la sencilla razón de que todas las vibraciones, de cualquier naturaleza que sean, son contagiosas (las vibraciones más altas lo mismo que las más bajas; a ello se debe el hecho de que el Maestro pueda transmitir experiencias espirituales o poderes a un discípulo) y de nosotros depende aceptar o rechazar el contagio; si sentimos temor es porque el contagio ha sido aceptado por nosotros y, por tanto, hemos aceptado también el impacto del hombre colérico o el de la serpiente; también se puede aceptar el impacto del amor; en tal sentido es ilustrativa la historia de Sri Ramakrishna: viendo a un carretero maltratar a un buey, lanzó un grito de dolor repentino, y se encontró flagelado, sangrante, con las huellas del látigo en la espalda. Lo mismo ocurre con los sufrimientos físicos: podemos dejar que nos alcance el

contagio de una vibración dolorosa o circunscribir el punto y eventualmente, conforme al grado de nuestro dominio, anular el sufrimiento, es decir, desconectar la consciencia del punto enfermo. El silencio es, en todos los niveles, la clave del dominio, porque en el silencio distinguimos las vibraciones, y distinguirlas es aprehenderlas. Hay gran número de aplicaciones prácticas y, sobre todo, numerosas oportunidades de progresar. La vida exterior ordinaria (que no es ordinaria sino para quienes viven ordinariamente) se convierte en un inmenso campo de experiencia y de manipulación de vibraciones; a ello obedece el que Sri Aurobindo haya querido siempre que su yoga participe de la vida de todos los días. En la soledad es muy fácil vivir con la perfecta ilusión del dominio de sí mismo.

Pero este poder de silencio o de inmovilidad interior tiene aplicaciones mucho más importantes; queremos referirnos a nuestra propia vida psicológica. Lo vital -bien lo sabemos- es la causa de no pocas miserias y perturbaciones, pero también la fuente de una fuerza extraordinaria; se trata, pues -como en la leyenda india del cisne que de la leche separaba el agua-, de extraer la fuerza vital sin sus complicaciones y sin abstraerse uno mismo de la vida. Es preciso decir que las verdaderas complicaciones no se hallan en la vida, sino en nosotros mismo, y que todas las circunstancias exteriores son la imagen de lo que nosotros somos. Ahora bien, la gran dificultad de lo vital consiste en que se identifica falsamente con todo cuanto parece emanar de él, y dice: "mi" pena, "mi" depresión, "mi" temperamento, "mi" deseo, y se toma por toda clase de pequeños yos que no son él. Si estamos persuadidos de que todas esas historias son nuestra historia, es evidente que no queda otro remedio que el de soportar a esa pequeña familia hasta que haya terminado su crisis. Pero si somos capaces de hacer el silencio dentro de nosotros mismos, claramente veremos que nada de ello es nuestro; todo procede de fuera, ya lo hemos dicho. Captamos siempre las mismas longitudes de onda, nos dejamos alcanzar por todos los contagios. Nos hallamos, por ejemplo, en compañía de esta o de aquella persona, y estamos inmóviles y silenciosos por dentro (lo que no nos impide hablar y actuar normalmente); de pronto sentimos, en medio de nuestra transparencia, que algo tira de nosotros o trata de penetrar en nosotros, como una presión o una vibración circundante, que puede traducirse por un malestar indefinible; si captamos la vibración, cinco minutos después estaremos luchando contra una depresión, o tendremos este deseo, o aquella inquietud; es decir, habremos contraído el contagio. Y a veces no son simples vibraciones, sino verdaderas olas las que se nos echan encima. Y para ello no es necesario hallarse acompañado; muy bien puede uno encontrarse en la soledad de los Himalayas y recibir igualmente las vibraciones del mundo. ¿Dónde está, allí adentro, "nuestra" inquietud, "nuestro" deseo, si no en el hábito de captar indefinidamente las mismas vibraciones? Mas el aspirante que ha cultivado el silencio, ya no se deja coger en esa "falsa identificación",² ha acabado por descubrir en torno suyo eso que Sri Aurobindo llama el "circumconsciente",³ ese campo de nieve que puede ser muy luminoso y fuerte y sólido, o que puede oscurecerse, corromperse o aun disgregarse, conforme a nuestro estado interior. Es una especie de atmósfera individual o de envoltura protectora (lo bastante sensible para hacernos descubrir la proximidad de una persona o evitar un accidente en el momento mismo en que va a ocurrirnos) y es allí donde podremos sentir y atrapar las vibraciones psicológicas antes de que entren. Generalmente entran en nosotros con tanta libertad que ni siquiera las sentimos llegar; el mecanismo de apropiación y de identificación es instantáneo; pero nuestra disciplina de silencio ha creado en nosotros suficiente transparencia para que nos sea posible verlas llegar, detenerlas y luego rechazarlas. Algunas veces, cuando las hayamos rechazado, continuarán acechando alrededor del circumconsciente,* a la espera de la más pequeña oportunidad para entrar;

claramente podremos sentir la cólera, el deseo, la depresión, rondar en torno de nosotros; pero a fuerza de no intervención, esas vibraciones perderán su poder y luego nos dejarán tranquilos. Nos habremos desconectado. Y un día quedaremos sorprendidos de ver que ciertas vibraciones, que parecían irresistibles, no nos tocan ya; se hallan como desposeídas de su fuerza y pasan como en una pantalla de cinematógrafo; y aún podremos ver con anticipación la pequeña treta que una vez más tratará de repetir su juego. O bien nos percataremos de que ciertos estados psicológicos se producen a una hora fija, o bien que se repiten conforme a ciertos movimientos cíclicos (esto es lo que Sri Aurobindo y la Madre llaman formaciones, es decir, una amalgama de vibraciones que por su habitual repetición han acabado por adquirir una especie de personalidad independiente) y veremos que, una vez captadas por nosotros, estas formaciones no cesarán sino hasta desarrollarse totalmente, "igual que un disco de gramófono".⁴ Y somos nosotros los que debemos decidir si "continuamos" o no. Existe un número considerable de posibles experiencias; es todo un mundo de observaciones. Pero nuestro descubrimiento esencial será el de que en todo eso muy poco hay de "nosotros" excepto un "hábito de responder".⁵ Mientras por ignorancia nos identifiquemos falsamente con las vibraciones vitales, es imposible realizar el más pequeño cambio en nuestra naturaleza, a no ser por amputación; pero todo puede cambiar desde el momento en que conozcamos el mecanismo, porque muy bien podremos no responder, podremos disolver por virtud del silencio las vibraciones perturbadoras y, si nos place, captar otra onda. Pese a todo cuanto se dice, la naturaleza humana puede cambiarse. Nada hay en nuestra consciencia, o en nuestra índole, que se halle fatalmente fijado; no se trata sino de un juego de fuerzas o vibraciones que por su repetición regular forman en nosotros la ilusión de una necesidad "natural". A ello se debe que el yoga de Sri Aurobindo considere "la posibilidad de un cambio completo de las reglas que de ordinario gobiernan las reacciones de la consciencia".⁶

Una vez que hayamos descubierto el mecanismo, habremos hallado al propio tiempo el verdadero método del dominio vital, que no es cirugía sino pacificación; no se reducen las dificultades vitales luchando vitalmente contra ellas -lo que no hace sino agotar nuestras energías sin agotar nunca su existencia universal-, sino neutralizándolas por medio de una paz silenciosa: "Si conseguís establecer la paz -escribía Sir Aurobindo a un discípulo-, será cosa fácil depurar lo vital; si, por el contrario, no hacéis nada más sino limpiar continuamente, avanzaréis con mucha lentitud, porque lo vital se contamina sin cesar y es menester limpiarlo de continuo. La paz es algo límpido por naturaleza, y si la establecéis en vosotros, ello será una manera positiva de alcanzar vuestro propósito. Buscar el fango solamente, y lavarlo, es un camino negativo".⁷

Las fuerzas adversas

Existe otra dificultad, porque las vibraciones que provienen de la gente o de lo vital universal no son las únicas que conturban al aspirante. Por otra parte, no sería posible distinguirlas unas de otras, porque los individuos no son sino "puestos de relevo"⁸ de lo vital universal o de la mente universal, y las vibraciones pasan de uno a otro, indefinidamente, en un círculo cerrado. Pero hay un tipo de vibración de índole especial que se distingue por lo repentino y lo violento de su naturaleza. El aspirante la sentirá

* A menos que penetren en el subconsciente. A ello nos referiremos de nuevo cuando estudiemos esta región.

realmente desplomarse sobre él, como una masa; en pocos instantes "será otro hombre", otro hombre que ha olvidado todo cuanto constituía su razón de ser, sus esfuerzos, su finalidad, como si todo hubiese sido arrasado, o careciese de sentido, o se hallase descompuesto. Esto es lo que Sri Aurobindo y la Madre llaman fuerzas adversas. Se trata de fuerzas muy conscientes, cuyo único fin aparente es el de desanimar al aspirante o apartarlo del camino que ha elegido. El primer síntoma de su presencia es muy perceptible: se nubla la alegría, la consciencia se cubre de sombras y todo queda envuelto en una atmósfera de drama. En cuanto el sufrimiento aparece, puede uno estar seguro de que el enemigo se encuentra allí. El drama es su ambiente predilecto; en ese ambiente es donde pueden ocasionar mayor daño, porque juegan en nosotros con un viejo compañero, que no puede dejar de complacerse en el drama al mismo tiempo que grita hasta desgañitarse. Generalmente, el primero de sus esfuerzos es el de movernos a tomar decisiones repentinas, extremas, irrevocables, que pondrán la mayor distancia posible entre nosotros y el camino escogido; es una vibración densa más aguda cada vez, que trata de realizarse inmediatamente; o bien, con su suprema habilidad desmontarán esas fuerzas todo el mecanismo de nuestra búsqueda, para demostrarnos que sólo nos hemos forjado ilusiones y que nunca alcanzaremos nada; pero con mayor frecuencia crearán un estado de depresión, valiéndose de la ayuda de otro socio bien conocido, que Sri Aurobindo llama "el hombre de dolor: un hombrecillo que se cubre de una séptuple capa de tragedia y de tristeza, y que no sentiría justificada su existencia si él no pudiera ser tremendamente miserable".⁹ Todas estas vibraciones de desorden, que llamamos "nuestras" tristezas o "nuestras" contrariedades, producen un fruto inmediato: debilitar o descomponer nuestro campo de nieve protector, y esto significa tener la puerta abierta a las fuerzas adversas. Estas disponen de múltiples medios para atacarnos, porque se trata realmente de un ataque, y mientras mayor sea nuestra determinación, mayor encarnizamiento pondrán ellas en la lucha. Puede creerse que exageramos; mas para poner en duda lo que decimos se necesita no haber hecho nunca ningún esfuerzo para progresar; mientras uno hace el camino con el rebaño, la vida es relativamente fácil, con sus buenos y sus malos momentos, sin demasiada pequeñez, pero tampoco sin mucha grandeza. Mas en cuanto uno quiere apartarse de la caravana, muchas fuerzas surgen, vivamente interesadas en que procedamos "como todo el mundo"; entonces se descubre hasta qué punto se halla bien organizada la prisión. Se descubre también que uno es capaz de descender tanto como es capaz de subir y que nuestros descensos son en realidad exactamente proporcionales a nuestra capacidad de ganar altura; muchas vendas se nos caen de los ojos. Con un poco de honradez, se da uno cuenta de que es capaz de todo y que, en suma, como dice Sri Aurobindo, "nuestra virtud es una pretenciosa impureza".¹⁰ Es preciso no haberse apartado nunca de la personalidad frontal para alimentar aún alguna ilusión a ese respecto.

En la historia espiritual del mundo se ha dado toda clase de nombres "negros" y demoníacos a estas fuerzas adversas, como si estuviesen allí únicamente para atormentar al aspirante y para causar molestias gratuitas a la gente honesta. La realidad es un tanto diferente, porque ¿dónde, si no en Dios, se encuentra el diablo? y si el diablo no está en Dios, no queda mucho de Dios, porque este mundo es tan perverso, y los otros no lo son menos, que muy poco queda de puro, a no ser, tal vez, un mero punto matemático sin dimensión. Mas la experiencia nos enseña que esas fuerzas perturbadoras ocupan un lugar en la economía universal, y que no son perturbadoras sino en el nivel de nuestra pequeña consciencia momentánea y aun lo son con un fin determinado. En primer lugar, nos atacan siempre por el lado más débil de nuestra armadura; si fuéramos invulnerables y de una sola

pieza, no podrían conturbarnos un instante siquiera. Luego, si en vez de gemir y de acusar al diablo o a la maldad del mundo, volvemos los ojos a nosotros mismos, nos percataremos de que cada una de esas embestidas han venido a poner al descubierto una de nuestras innumerables artimañas de hombres honrados o al decir de la Madre, "ha levantado un tanto los pequeños velos que uno pone para no ver". Y estos velos, gruesos o delgados, no se hallan solamente sobre nuestras llagas, sino por todas partes, sobre las pequeñas insuficiencias del mundo o sobre sus grandes suficiencias; y si las fuerzas perturbadoras se muestran a veces un poco violentas, no es al azar o por gratuita maldad, sino con el objeto de abrimos los ojos y de forzarnos a una perfección que nos disgusta; porque tan pronto como nos hemos adueñado de una brizna de verdad o de una fracción de ideal, nos asalta la enojosa tendencia a encerrarlas bajo siete llaves en una construcción infalible y hermética, y a no querer ya mover nada. En otros términos, esas fuerzas poco gratas no son, para el individuo y para el mundo, sino instrumentos de progreso. "Lo que te hace caer es lo mismo que te levanta", dice la sabiduría del Kularnava Tantra. Protestamos contra las "catástrofes", aparentemente inútiles y arbitrarias que se abaten sobre nuestro corazón o sobre nuestra carne, y acusamos al "Enemigo", pero "¿no será más bien el alma misma (no la mente externa, sino el Espíritu interior) la que ha aceptado y escogido todas estas pruebas para desarrollarse y para pasar prontamente por la experiencia necesaria y abrirse paso - durchhauen- aun a riesgo de menoscabar gravemente su vida exterior y su cuerpo? Para el alma que se halla en pleno crecimiento, para el Espíritu que mora en nosotros, ¿no serán acaso las dificultades, los obstáculos, los embates, un medio para crecer, para acrecentar su fuerza, para enriquecer su experiencia, para encaminarse hacia la victoria espiritual?".¹¹ Clamamos contra el mal, pero si no estuviese allí, asediándonos, y para desafiarnos, hace mucho que nos hubiéramos apoderado de la Verdad eterna para hacer de ella una cosita insulsa, atildada y bien asentadita. La Verdad se mueve, tiene piernas, y los príncipes de las tinieblas existen para cuidar, aunque de manera un tanto brutal, que no se duerma. "Las negaciones de Dios son tan útiles para nosotros como lo son sus afirmaciones -dice Sri Aurobindo-".¹² "El Adversario no desaparecerá -dice por su parte la Madre- sino cuando ya no sea necesario en el mundo. Y bien sabemos que sí es necesario, como la piedra de toque respecto del oro, para ver si somos verdaderos".

Porque, en resumidas cuentas, acaso no sea Dios un punto matemático puro, situado fuera de este mundo; tal vez sea todo este mundo y toda esta impureza que trabaja y sufre para alcanzar la perfección y para acordarse de Sí aquí abajo.

El método que puede seguirse en cuanto concierne a las fuerzas adversas es el mismo que para las demás vibraciones: silencio, inmovilidad interior que deja pasar la onda. Es posible que consigamos de buenas a primeras disolver sus ataques, pero éstos parecerán desarrollarse cada vez con mayor frecuencia en la superficie de nuestro ser; bien podremos ser sacudidos, desquiciados y, sin embargo, en el fondo sentiremos en nosotros la presencia del "Testigo" intocado -no tocado nunca- que no sufre. Uno cae y se levanta, pero es más fuerte cada vez. El único pecado consiste en perder el ánimo. Prácticamente, el aspirante del yoga integral se hallará más expuesto que los otros (Sri Aurobindo decía a menudo que su yoga es una batalla),¹³ porque quiere "abarcarlo todo en su consciencia", sin quitar nada, y porque no es sólo uno el paso que hay que forzar en el camino que conduce a la beatitud de lo alto, ni es sólo uno el guardián del tesoro por conquistar; muchos son los escollos, a derecha, a izquierda, abajo y en todos los niveles de nuestro ser, y más de uno el tesoro que espera.

Lo vital verdadero

Hay un paso que debemos vencer si queremos hallar la verdadera fuerza de vida tras la vida agitada del hombre frontal. Según las disciplinas espirituales heredadas de la tradición, ese paso se acompaña de toda clase de mortificaciones y de renunciamentos (los cuales, dicho sea entre paréntesis, enaltecen la buena opinión que de sí mismo se forma el asceta), pero nosotros nos proponemos otra cosa; no tratamos de empobrecer la vida, sino de enriquecerla; no tratamos de renunciar al oxígeno por el hidrógeno o viceversa; tratamos más bien de estudiar la composición de la consciencia y de ver en qué condiciones nos da ella un agua transparente y un mejor funcionamiento. El yoga es "un supremo arte de vivir" -decía Sri Aurobindo-.¹⁴ "La actitud del asceta que dice «Yo no quiero nada» y la actitud del hombre de mundo que dice «Yo quiero esto», son la misma cosa -observa la Madre-. El uno puede tener tanto apego a su desprendimiento como lo tiene el otro a su posesión". En realidad, mientras sea menester renunciar a algo, no nos hallamos preparados todavía, aún nos encontramos engolfados en las dualidades. Ahora bien, podemos hacer, sin disciplina especial, algunas observaciones. En primer lugar, basta con decir a lo vital: "renuncia a esto, abandona lo otro", para que lo asalte un apetito inmediato; o bien, si acepta renunciar, es porque pretende cobrarse con creces de otro modo, y entonces a un renunciamento insignificante preferirá uno de importancia, porque es él quien funciona en todos los casos, positiva o negativamente; para él ambos casos son igualmente provechosos. Cuando hayamos desenmascarado este sencillo punto, nos habremos adueñado de todo el funcionamiento de lo vital, de arriba abajo, es decir, de su total indiferencia a nuestra humana sensiblería; el sufrimiento le interesa tanto como la alegría, las privaciones tanto como la abundancia, el odio tanto como el amor, la tortura tanto como el éxtasis; en todos los casos es él quien engorda. Porque es una Fuerza, la misma Fuerza en el sufrimiento y en el placer. Así se revela crudamente la ambivalencia absoluta de todos los sentimientos, sin excepción, que constituyen la delicadeza de nuestra personalidad frontal. Todos nuestros sentimientos son el reverso de otros sentimientos; cualquier día pueden convertirse en el sentimiento "contrario"; el filántropo desengañado -o, más bien, lo vital desengañado en el filántropo- se torna pesimista, el apóstol solícito se retira al desierto, el descreído irreductible se vuelve sectario y el puro se escandaliza de todo cuanto no se atreve a hacer. Y nos habremos apoderado también de otro defecto de lo vital de superficie: es un "charlatán incorregible,"¹⁵ y juega en todas las casillas (no sabemos siquiera si la muerte de nuestra madre escapa a su regocijo). Cada vez que lanzamos un grito de reprobación o de dolor (no importa qué grito), hay un mono que se mofa de nosotros. Todo esto lo sabemos muy bien y, sin embargo, somos sentimentales siempre. Y para coronar sus talentos, se distingue en el arte de confundirlo todo -él es la confusión misma-, toma la fuerza de sus sentimientos por la fuerza de la verdad, y "substituye las alturas por la cúspide de un volcán humeante en el fondo de un abismo".¹⁶

Otra observación que se deriva de la primera se impone en seguida a nosotros: se trata de la absoluta impotencia de lo vital para ayudar a los demás o, simplemente, para comunicarse con los demás, a no ser cuando existe conjunción de egoísmos. No hay una sola vibración vital emitida por nosotros, o más bien retransmitida por nosotros, que en otra persona no pueda cambiarse inmediatamente por su contraria; basta con desear el bien a alguien para que el mal correspondiente se despierte de modo automático, como si fuese atrapado al mismo tiempo que el otro, o la resistencia correspondiente, o la voluntad contraria; el mecanismo parece tan espontáneo y tan ineluctable como una operación

química. Pero, en realidad, lo vital no trata de ayudar, trata de tomar él, siempre, de todas las maneras. Todos nuestros sentimientos están recubiertos del deseo de acapararlo todo. El solo hecho, por ejemplo, de que nos llene de pesar la traición de un amigo -no importa qué clase de pesar- es un signo revelador de nuestro ego, porque si amáramos de veras a los demás, no por nosotros, sino por ellos mismos, los amaríamos de todos modos, aun teniéndolos por enemigos; en todos los casos su existencia nos alegraría. En verdad nuestras penas y nuestros sufrimientos son siempre el signo de una mezcla, y son siempre falaces. Sólo la alegría es verdadera. Porque sólo es verdadero el yo en nosotros que abarca todas las existencias y todos los posibles contrarios de la existencia. Sufrimos porque ponemos las cosas fuera de nosotros. Cuando todo se halla dentro, todo es alegría, porque ya no hay brechas por ninguna parte.

Protestaremos, sin embargo, en nombre de nuestros sentimientos, diciendo: "¿Pero el Corazón?", así, con mayúscula. ¿Hay acaso un lugar de mayores mezclas que el corazón? Por lo demás el corazón se sofoca pronto, y ésta será nuestra tercera observación. Exigua es nuestra capacidad de alegría, exigua nuestra capacidad de sufrimiento, pronto nos vemos embotados por las peores calamidades. ¿Qué agua no ha corrido sobre nuestras grandes penas? Muy poco es lo que nosotros podemos contener de esta gran Fuerza de Vida -"no soportamos la carga", dice la Madre-, basta con un soplo de más para que gritemos de alegría o de dolor, para que gimamos, bailemos y nos desvanecemos. Porque es siempre la misma Fuerza ambigua la que corre y pronto se desborda. La Fuerza de Vida no padece; no se conturba, no se exalta, ni es perversa ni es buena; es ella, sencillamente, ella la que corre, inmensa y apacible. Todos los signos contrarios de que se reviste en nosotros son vestigios solamente de nuestra pasada evolución, porque éramos pequeños, muy pequeños, y estábamos separados, y porque era necesario preservarnos de esa enormidad viviente, demasiado intensa para nuestra pequeñez, y distinguir las vibraciones "útiles" de las "nocivas", afectándose las otras de un coeficiente positivo de placer o de simpatía o de bondad, afectándose las otras de un coeficiente negativo de sufrimiento o de repulsión o de maldad; pero el sufrimiento no es sino una intensidad excesiva de la misma Fuerza, y el placer muy intenso se transmuta en su "contrario" doloroso: "Son convenciones de nuestros sentidos" -dice Sri Aurobindo-,¹⁷ "basta con mover un tanto la aguja de la consciencia -dice la Madre-. En una consciencia cósmica, en su estado de conocimiento completo y de experiencia completa, todos los contactos se perciben como una alegría", Ananda.¹⁸ Solamente la estrechez de consciencia, sólo la exigüidad de consciencia, es la causa de todos nuestros males, de los de orden moral lo mismo que de los de índole física, y de nuestra impotencia y de esta sempiterna tragicomedia de la existencia. Mas el remedio no está, como quisieran los moralistas, en ahogar lo vital, sino en expandirlo, no en renunciar, sino en aceptar cada vez más y ensanchar la consciencia. Porque ése es el sentido mismo de la evolución. En suma, a lo único que es preciso renunciar es a nuestra ignorancia y a nuestra pequeñez. Cuando nos aferramos frenéticamente a nuestra pequeña personalidad frontal, a sus comedias, a su viscosidad sentimental, a sus dolores santificados, no somos verdaderamente humanos, nos hallamos rezagados en el pleistoceno, "defendemos nuestro derecho al sufrimiento y a la pena".¹⁹

El aspirante no será ya víctima del juego equívoco que tiene lugar en su vital de superficie; pero por mucho tiempo mantendrá aún el hábito de responder a las mil pequeñas vibraciones biológico-sentimentales que rondan en torno suyo. Es un tránsito muy largo, como el de pasar de la mente machacona al silencio mental, y esta transición se ve con frecuencia acompañada de períodos de intensa fatiga, porque el organismo pierde el hábito

de renovar sus energías en la fuente superficial ordinaria (que muy pronto parece grosera y pesada cuando ya se ha probado otra clase de energía), sin tener aún la capacidad para mantenerse fijo en la verdadera fuente; tal es el origen de ciertas "brechas"; pero también en este caso contará el aspirante con la ayuda de la Fuerza descendente que contribuirá de modo poderoso a establecer en él un nuevo ritmo; y aun podrá observar con creciente asombro, que si él da un paso hacia adelante, la Ayuda de lo alto dará diez hacia él, como si él fuese esperado. Creer que ello es un trabajo negativo es de todo punto erróneo; ciertamente, lo vital se complace en decir que él hace grandes esfuerzos para luchar contra sí mismo, y ésta es una hábil maniobra para cuidarse, a derecha o a izquierda; pero, en realidad, el aspirante no obedece a un imperativo austero y negativo; sigue una impulsión positiva de su ser, porque crece de veras y las normas de ayer o los placeres de anteaer le parecen tan delgados como la dieta de un niño de pecho; ya no se encuentra cómodo adentro; algo mejor tiene que hacer, tiene que vivir una vida mejor. A ello se debe el que sea tan difícil hacer comprender el camino a quien nunca ha puesto en él un pie siquiera; el tal contemplará en ella sólo su punto de vista de hoy o, más bien, la pérdida de su punto de vista. Y, sin embargo, ¡si supiéramos que cada pérdida de punto de vista es un progreso y que la vida cambia cuando se pasa de la fase de las verdades cerradas a la fase de las verdades abiertas!...: una verdad como la vida misma, muy grande para dejarse coger en la trampa de los puntos de vista, porque abarca todos los puntos de vista y ve la utilidad de cada cosa en cada una de las fases de su infinito desarrollo; una verdad demasiado grande para negarse a sí misma y pasar de continuo a una verdad más alta.

Detrás de ese cuerpo vital infantil, inquieto, que pronto se agota, descubrimos otro cuerpo vital tranquilo y poderoso -eso que Sri Aurobindo llama "lo vital verdadero"- que contiene la esencia misma de la Fuerza de Vida sin ninguna de todas sus excrecencias sentimentales y dolorosas. Entramos en un estado de concentración sosegada, espontánea, como puede serlo la mar bajo el retozo de las olas. Y esta inmovilidad fundamental no es una atonía nerviosa, así como el silencio de la mente no es un entumecimiento cerebral; es una base de acción. Es una potencia concentrada que puede poner en movimiento todos los actos, soportar todos los choques, aun los más violentos y prolongados, sin perder su quietud. En esta inmovilidad vital puede surgir, según el grado de nuestro desarrollo, todo género de nuevas capacidades, pero ante todo una inagotable fuente de energía; mas si sentimos cansancio, ello significa sin duda que hemos caído otra vez en la agitación superficial. La capacidad de trabajar y aun la del esfuerzo físico se ven acrecentadas de modo extraordinario, los alimentos y el sueño dejan de ser el manantial único y absorbente de la renovación de las energías (el sueño, como lo veremos más adelante, cambia de naturaleza y la alimentación puede reducirse a un mínimo higiénico, sin los embotamientos y enfermedades que de ordinario la acompañan). Pueden también manifestarse otros poderes que suelen considerarse "maravillosos", pero que son milagros con método; no hay aquí lugar para hablar de ello; vale más pasar uno mismo por la experiencia. Digamos simplemente que si uno es capaz de dominar una sola vibración vital en uno mismo, es automáticamente capaz de dominar la misma vibración por dondequiera que en el mundo se la encuentre. Luego, en esta inmovilidad se establecerá de modo permanente otro signo: la ausencia de sufrimiento y una como alegría inalterable. En cuanto el hombre común recibe un choque, físico o moral, su reacción inmediata es la de replegarse sobre sí mismo; se contrae, entra en ebullición y acrecienta el mal. El aspirante que haya establecido alguna inmovilidad en sí mismo, verá, por el contrario, que esa inmovilidad disuelve los choques, porque es extensa; porque él ya no es un pequeño individuo encogido sobre sí mismo como

por un dolor de estómago, sino una consciencia que se desborda de los límites de su cuerpo; lo vital pacificado, así como la mente silenciosa, se universalizan espontáneamente: "Con la experiencia del yoga, la consciencia se expande en todas direcciones -arriba, abajo, alrededor- y en cada dirección hasta el infinito. Cuando la consciencia del yogui se ha liberado, ya no vive más en el cuerpo, sino en esa altura, en esa profundidad, en esa extensión infinitas. Su base es un vacío infinito o un silencio infinito pero todo puede manifestarse en ese vacío o en ese silencio: la Paz, la Libertad, el Poder, la Luz, el Conocimiento, la Alegría", Ananda.²⁰ Desde el momento en que aparece el sufrimiento, cualquiera que sea su naturaleza, podemos estar seguros de que ha habido una contracción del ser y una pérdida de consciencia.

Existe una consecuencia natural muy importante de esta expansión del ser; consecuencia que nos hará comprender la necesidad absoluta de la inmovilidad vital, no sólo en cuanto atañe a la claridad de las comunicaciones o a la pujanza de nuestra acción o de nuestra alegría de vivir, sino también en cuanto concierne simplemente a nuestra seguridad. Mientras nos hallamos en el hombrecillo frontal, las vibraciones son pequeñas, los choques son pequeños, pequeñas son también nuestras alegrías; nos encontramos en verdad protegidos por nuestra propia pequeñez; pero cuando desembocamos en lo vital universal, nos topamos con esas mismas vibraciones o con esas fuerzas más bien, sólo que en una escala gigantesca, universal, porque ellas son las que hacen danzar al mundo como nos hacen danzar a nosotros, y si no hemos aprendido la perfecta igualdad o inmovilidad interior, seremos arrasados. Y esto es cierto no sólo respecto de lo Vital universal, sino respecto de todos los planos de consciencia, porque se puede y se debe (sobre todo el aspirante integral lo puede y lo debe) realizar la consciencia cósmica en todos los niveles, en el Supraconsciente, en la mente, en lo vital y aun en el cuerpo; ahora bien, cuando se eleve al Supraconsciente, el aspirante comprenderá que también las intensidades del Espíritu pueden ser fulminantes (en realidad, es siempre la misma Fuerza, divina, la misma Consciencia-Fuerza, en lo alto o abajo, en la Materia o en la Vida, o en la Mente, o más arriba, pero mientras más desciende, más se oscurece, más se deforma, se fragmenta más por obra de los sitios por que Ella atraviesa), y, si saliendo de una pesada densidad quiere el aspirante elevarse demasiado rápidamente, forzar las etapas sin haberse cuidado de establecer una base incommovible y clara, corre el riesgo de estallar como una caldera. La claridad vital no es, pues, un asunto de moral, sino una cuestión técnica, podría decirse, o aun orgánica. Prácticamente, la gran Soledad se halla siempre allí para impedir que hagamos experiencias prematuras. ¿Y no será, acaso, que somos limitados y pequeños mientras es necesario que seamos limitados y pequeños?

Finalmente, cuando hayamos conquistado la inmovilidad vital, nos percataremos de que podemos empezar a ayudar con alguna eficacia a los demás. Porque ayudar a los demás no es un problema de sentimientos o de caridad, sino un problema de poder; un asunto de visión, un asunto de alegría. En semejante tranquilidad tendremos no solamente la alegría que irradia, sino aun la visión que disipa las sombras; percibiremos espontáneamente todas las vibraciones, y poder distinguirlas es lo mismo que el poder de manipularlas, de aquietarlas, de apartarlas y aun de hacerlas cambiar. "La tranquilidad -dice la Madre- es un estado muy positivo; hay una paz positiva que no es lo contrario del conflicto, una paz activa, contagiosa, potente, que domina y que calma, que pone en orden, que organiza". No daremos sino un ejemplo de esta "paz contagiosa", aun cuando tengamos que anticipar algo de la vida de Sri Aurobindo. Ocurrió en Pondichery, hace años ya, durante esa estación en que las lluvias tropicales y a veces los ciclones se desploman de repente y causan grandes

estragos. Puertas y ventanas se aseguran entonces con gruesos barrotes de bambú. Un ciclón soplaba furiosamente esa noche acompañado de lluvias torrenciales. La Madre había corrido a la habitación de Sri Aurobindo para ayudarlo a cerrar sus ventanas. Como de costumbre, Sri Aurobindo se hallaba sentado a su mesa de trabajo (durante muchos años pasaba doce horas escribiendo -de las seis de la tarde a las seis de la mañana-, luego caminaba de arriba abajo durante ocho horas, "para el yoga"); las ventanas se encontraban enteramente abiertas, pero ni una sola gota de agua había caído dentro. La paz que reinaba en el aposento, cuenta la Madre, era tan sólida y compacta, que el ciclón no podía entrar...

VII

EL CENTRO PSÍQUICO

La mente no es nuestro ser, pues todos nuestros pensamientos provienen de una Mente más vasta que la nuestra, universal; nuestro cuerpo vital no es nuestro ser, ni lo son nuestros sentimientos ni nuestros actos, pues todos nuestros impulsos dimanen de un cuerpo Vital más extenso que el nuestro, universal; nuestro cuerpo físico tampoco es nuestro ser, pues sus elementos proceden de una Materia y obedecen a leyes más amplias que las nuestras, universales. ¿Qué es, pues, en nosotros, eso que no es nuestro medio, nuestra familia, nuestras tradiciones, nuestro matrimonio, nuestro oficio, ni es el juego de la Naturaleza universal o de las circunstancias y que hace que cada uno de nosotros sea "yo", aun en el caso de que todo lo demás se desplome? Y, sobre todo, que sigue siendo yo cuando todo lo demás se derrumba, porque es la hora de nuestra verdad.

Hemos visto a lo largo de nuestro estudio que existen diversos centros o niveles de consciencia; hemos visto asimismo que detrás de esos centros había una consciencia-fuerza que se movía y enlazaba nuestros diversos modos de ser (uno de los primeros resultados del silencio de la mente y de la pacificación vital ha sido justamente el de separar esta consciencia-fuerza de las actividades mentales y vitales en que se encontraba habitualmente aprisionada) y hemos sentido que esa corriente de fuerza, o de consciencia era, en el fondo de nuestros estados, la realidad fundamental de nuestro ser. Pero esta consciencia-fuerza es la consciencia de alguien. ¿Quién es, pues, consciente en nosotros? ¿Cuál es el centro? ¿Quién el amo? ¿O somos simplemente los títeres de algún Ser universal que sería nuestro verdadero centro, puesto que todas esas actividades mentales, vitales y físicas no son sino actividades de índole universal? La verdad es doble, y en ningún caso somos títeres sino cuando nos obstinamos en tomar la personalidad frontal por nuestro verdadero ser, porque esa personalidad sí es un fantoche. Nosotros tenemos un centro individual, que Sri Aurobindo llama "ser psíquico", y un centro cósmico o "ser central". Etapa tras etapa debemos llegar a encontrar al uno y al otro, y llegar a ser Amos de todos nuestros estados. De momento iremos sólo en busca de nuestro centro individual, el psíquico, que otros llaman alma.

Es la cosa más sencilla del mundo, pero al mismo tiempo la más difícil. La más sencilla, porque un niño la comprende, más bien la vive, espontáneamente; el niño es rey; el niño ríe, vive en su ser psíquico.* Y la más difícil, porque esa espontaneidad se ve muy pronto recubierta por toda clase de ideas y sentimientos. Entonces se empieza a hablar de "alma", es decir, que ya no se comprende nada. Todos los sufrimientos de la adolescencia constituyen justamente la historia de una lenta encarcelación psíquica (se dice "crisis de crecimiento", pero acaso no sea sino una crisis de opresión; la madurez se alcanza cuando ésta se convierte en estado natural), y todas las dificultades del aspirante constituyen la historia inversa de una lenta extirpación de todas las mezclas mentales y vitales. Sin embargo, ya lo veremos, no se trata solamente de un viaje hacia atrás, primero porque no se regresa nunca, y luego porque el niño psíquico que uno encuentra al final del viaje (un final que es siempre un comienzo) no es ya más un capricho momentáneo, sino un reinado consciente. Porque lo psíquico es un ser, un ser que crece, que encarna el milagro de una infancia eterna en un reino cada vez más vasto. Está "adentro, como un niño por nacer",

dice el Rig-Veda (IX.83.3).

El nacimiento psíquico

La alegría y el amor constituyen las primeras manifestaciones de lo psíquico. Una alegría que puede ser prodigiosamente intensa y poderosa, pero sin exaltación -tranquila, profunda como el mar- y sin objeto. La alegría psíquica no necesita nada para ser, es, simplemente; ni siquiera en el fondo de una prisión puede dejar de ser, porque es un estado, no un sentimiento, como el río que corre y es gozoso por dondequiera que pasa, sobre el fango o sobre las rocas, en la pradera o en las montañas. Un amor que no es lo contrario del odio, que no necesita nada para ser, que es, simplemente; arde tranquilo en todo lo que le sale al paso, en todo lo que toca, porque no puede dejar de amar, porque ese es su estado; nada es bajo para él, nada es alto, ni puro, ni impuro; su llama no puede ser amortiguada, su alegría tampoco. Otros signos lo caracterizan también: es leve, nada le pesa, como si el mundo fuese su juego; es invulnerable, nada lo toca, como si para siempre jamás estuviese por cima de las tragedias, a salvo de todos los accidentes; él es el mago, él mira; es tranquilo, tranquilo como un pequeño hálito en el fondo del ser; vasto, como si fuese por los siglos de los siglos el mar. Porque es eterno. Es libre. Nada puede aherrojarlo, ni la vida, ni los hombres, ni las ideas, ni las doctrinas, ni los países; él está por cima, por cima siempre, y, sin embargo, está, innumerable, en el corazón de toda cosa, como si fuese uno con todo. Porque es Dios en nosotros.

He aquí cómo lo psíquico se presenta a quien tiene ojos para ver: "Cuando se mira a alguien que es consciente de su alma y que vive en su alma -dice la Madre- se tiene la impresión de descender, de entrar, de entrar profundamente en la persona, hondo, muy hondo, muy adentro; en tanto que, por lo común, cuando uno mira los ojos de la gente (hay ojos impenetrables) los encuentra cerrados como una puerta; pero también hay ojos abiertos que permiten entrar; se encuentra uno muy cerca, atrás, con una cosa que vibra, que brilla a veces, que refulge. Y entonces uno, si se equivoca, dice: «Oh, él tiene un alma viviente», y no es eso, sino su cuerpo vital. Para hallar el alma es menester apartarse de la superficie, retirarse profundamente, y penetrar más adentro y descender, descender hasta un agujero muy hondo, silencioso, inmóvil; allí se encuentra entonces algo cálido, tranquilo, rico de contenido, inmóvil; de verdad, muy henchido, algo así como una dulzura; eso es el alma. Si se insiste y uno mismo es consciente, se produce una como plenitud que da la impresión de una cosa completa, de hondura insondable. Y uno siente que si entrara allí, no pocos secretos le serían revelados, como la reflexión de algo eterno en un agua apacible. Ya los límites del tiempo no existen más. Uno tiene la impresión de haber existido siempre y de existir por toda la eternidad".

Pero éstos no son sino signos solamente, una traducción exterior de algo que tiene existencia propia y de lo cual quisiéramos tener experiencia directa. ¿Cómo abrir las puertas de lo psíquico? Porque éste se encuentra muy bien guardado. Y, en primer lugar, encubierto por nuestras ideas y nuestros sentimientos que lo plagian y lo remedan sin compasión; tenemos tantas ideas sobre lo alto y lo bajo, sobre lo puro y lo impuro, sobre lo divino y lo anti-divino, tantas limitaciones sentimentales sobre lo grato y lo ingrato, que este pobre ser psíquico no tiene muchas oportunidades de mostrarse, porque el sitio ha sido ocupado ya por esa acumulación; en cuanto asoma las narices es atrapado por lo vital, que

* Hay excepciones y grados, pero son casi perceptibles a simple vista.

hace de él la substancia de sus entusiasmos, de sus emociones palpitantes y "divinas", de sus amores que quisieran acapararlo todo, de su generosidad conmovedora y de su estética ruidosa; la mente, por su parte, lo mete en sus casillas y lo hace el sustento de sus ideales exclusivistas, de su infalible filantropía, de su moral encadenada, y de sus Iglesias, de sus iglesias sin número que lo encierran en dogmas y artículos de fe. ¿Dónde está en todo esto lo psíquico? Allí está, sin embargo, divino, paciente, esforzándose por penetrar a través de todas las cortezas, sirviéndose de todo, en verdad, de todo cuanto se le da y se le impone; trabaja con lo que tiene a mano, como suele decirse. Y éste es precisamente el mayor escollo: cuando sale por un momento de su escondrijo, de tal manera envuelve su gloria todo lo que toca, que naturalmente confundimos su luminosa verdad con las circunstancias de la revelación. Aquel que un día haya sentido manifestarse su alma cuando escuchaba a Beethoven, dirá que la música es divina y verdadera en este mundo; otro, que haya percibido su alma en la inmensidad del mar, hará del espacio abierto una religión, y un tercero dirá: "mi profeta, mi capilla, mi evangelio". Y cada cual erigirá una construcción en torno del núcleo de su experiencia. Pero lo psíquico es libre, maravillosamente libre de todo. No tiene necesidad de nada para ser; es la esencia misma de la Libertad, y se sirve de toda nuestra música, grande o pequeña, de todas nuestras Escrituras, sublimes o menos sublimes, a fin de abrir una brecha solamente, en esta coraza del hombre, para poder salir; él aporta su poder y su amor, su alegría, su luz, su irresistible Verdad abierta, a todas nuestras ideas, a todos nuestros sentimientos, a todas nuestras doctrinas, porque es la única oportunidad que se le da de salir a la luz, el único medio de que dispone para expresarse; pero, al mismo tiempo, esas emociones, esas ideas, esas doctrinas obtienen de él su aplomo; ellas lo acaparan y lo recubren, y de ese elemento de Verdad pura extraen sus indiscutibles certidumbres, su profundidad exclusiva, su universalidad de sentido único, y "la fuerza misma del elemento de verdad aumenta la fuerza del elemento de error".¹ La mortaja psíquica es tan completa, finalmente, la mezcla es tan perfecta, que uno no se reconoce ya y no se puede extirpar lo falso sin destruir la substancia misma de la verdad; y así va el mundo, abrumado de semi-verdades más pesadas que la mentira. Acaso la verdadera dificultad no consista en entregarse al mal, porque bien se sabe qué clase de cabeza tiene -por poco sincero que uno sea, él no resiste-, sino en entregarse a un bien que sólo es el reverso del mal y que ha cerrado para siempre sus puertas sobre una parcela de la verdad.

Si se quiere tener la experiencia directa de lo psíquico en su pureza cristalina, tan maravillosamente fresca, tal como existe fuera de todas las redes que tendemos para atrapararlo, fuera de todo cuanto se piensa, de todo lo que se siente y de cuanto se dice de él, es preciso hacerse uno mismo transparente -Beethoven, el mar, la capilla no eran sino instrumentos de esa transparencia-, porque es siempre lo mismo: en cuanto uno se hace transparente, la Verdad emerge, espontánea; la visión, la alegría, todo, todo está allí sin que sea necesario hacer algo, porque la verdad es la cosa más natural que en el mundo existe; el resto es el que todo lo enreda, la mente y lo vital con sus vibraciones desordenadas y sus sabihondas complicaciones. Todas las disciplinas espirituales dignas de este nombre, todas las tapasya deben enderezarse hacia ese punto enteramente natural en que ya no es menester ningún esfuerzo (el esfuerzo todavía es un embrollo, todavía una condensación del ser). El aspirante no tratará, pues, de entrar en la confusión de la mente moral ni de hacer una imposible separación del bien y del mal para desentrañar lo psíquico, porque, al fin y al cabo, la utilidad del bien y del mal se halla íntimamente enlazada a su mutua nocividad ("mi amante me tomó mi vestidura de pecado, y con regocijo la dejé caer; luego tomó mi

vestidura de virtud, pero yo, alarmado y lleno de vergüenza, trataba de impedírselo. Sólo cuando por fuerza me hubo despojado de ella, vi hasta qué punto me había sido ocultada mi alma" ²); sencillamente se esforzará por decantarlo todo en el silencio, porque el silencio es límpido por naturaleza, es un agua lustral. "No tratéis de lavar una por una las manchas del vestido -decía una antiquísima tradición caldea- cambiadlo enteramente. Esto es lo que Sri Aurobindo llama un "cambio de consciencia". En efecto, en esa transparencia se desharán tranquilamente los viejos pliegues del ser y sentiremos otra posición de la consciencia, pero no una posición intelectual, un centro de gravedad. A la altura del corazón, pero a mayor hondura que el centro vital del corazón (que precisamente recubre y copia lo psíquico), sentiremos una zona de concentración más intensa que las otras y que es como su punto de convergencia: eso es el centro psíquico. Ya habíamos sentido formarse en nosotros otros una corriente de consciencia-fuerza, la habíamos sentido circular por el cuerpo y, a medida que se desligaba de sus actividades mentales y vitales, ser cada vez más intensa, pero al mismo tiempo algo se encendía en el centro, como un fuego - Agni -. Es el verdadero yo en nosotros. Decimos que tenemos "necesidad de conocer", "necesidad de amar", pero ¿quién es el que en nosotros tiene realmente esta o aquella necesidad? No, desde luego, el pequeño yo, tan satisfecho de sí mismo, ni el hombrecillo mental que gira en redondo, ni el hombrecillo vital que trata de acaparar cada vez más; atrás se halla ese fuego que no suelta; él es el que tiene necesidad, porque tiene el recuerdo de otra cosa. Se dice "presencia", pero se trata más bien como de una ausencia punzante, como de un agujero viviente que uno lleva dentro y que da calor, que quema, que empuja cada vez más y que acaba por ser real, real solamente en un mundo en que uno se pregunta si los hombres viven de veras o sólo parecen vivir. Es el yo de fuego, el único yo verdadero en el mundo, la única cosa que no se derrumba nunca: "Un ser consciente se halla en el centro del yo, que gobierna el pasado y el futuro, es como un fuego sin humo... hay que desentrañarlo con paciencia de su propio cuerpo", dice el Upanishad.* Es él, "el niño encerrado en la caverna secreta", de que habla el Rig-Veda (V.2.1); "el hijo del cielo por el cuerpo de la tierra" (III.25.1); "él, quien está despierto en los que duermen" (Katha Upanishad).** "Él está allí, en medio de la morada (Rig-Veda I.70.2). "Él es como la vida y como el aliento de nuestra existencia, es como nuestro niño eterno" (I.66.1), él es "el Rey brillante que estaba para nosotros oculto" (I.23.14). Es el Centro, el Señor, el lugar donde todo se comunica:

"Un espacio lleno de sol, donde todo para siempre jamás se conoce".³

Si hemos sentido este Sol dentro de nosotros, esta llama, esta vida viviente -hay tantas vidas muertas-, aun cuando no fuese sino un segundo en nuestra existencia, todo habrá cambiado; es un recuerdo en cuya presencia todos los demás palidecen. Es el Recuerdo. Y si somos fieles a este Agni que quema, crecerá cada vez más como un ser viviente en nuestra carne, como una necesidad inagotable y cada vez será dentro de nosotros más concentrado y comprimido y punzante, como algo que no llega a estallar: "Una sensación terrible de algo que impide ver y pasar; uno trata de pasar a través de él y se encuentra ante un muro. Y entonces uno golpea y golpea de continuo y no consigue pasar", dice la Madre. Luego, a fuerza de necesidad, a fuerza de desear y de no poder ya más con ese encarcelamiento, un día alcanzará la tensión psíquica su punto de inversión y tendremos la

* Katha Upanishad IV, 12-13; VI, 17

** Katha Upanishad V, 8.

experiencia: "La presión se vuelve de tal manera grande y la intensidad de tal modo fuerte, que algo oscila en la consciencia. En vez de hallarse afuera y de tratar de mirar adentro, uno está dentro; y desde el momento. en que uno está adentro, todo cambia enteramente. Todo cuanto os parecía verdadero, natural, normal, lleno de realidad, tangible, todo ello os parece en seguida muy grotesco, muy raro, muy irreal y absurdo. Pero se ha dado con algo que es supremamente verdadero y eternamente bello; y esto no se pierde nunca más".

Oh Fuego, oh Agni, cuando naces de veras en nosotros, te conviertes en el supremo crecimiento, en la suprema expansión de nuestro ser; toda gloria y toda belleza están en tu apetecible calor, en tu visión perfecta. Oh Extensión, tú eres la plenitud que nos lleva al cabo del camino, tú eres una multitud de riquezas por todas partes esparcidas" (Rig-Veda III.1.12). Es la vida verdadera que se abre como si uno no hubiera visto nunca la luz: "Poned el prisma de un lado -dice la Madre- y la luz será blanca; dadle vuelta y la luz se descompondrá. Pues bien, esto es justamente lo que ocurre: de nuevo componéis vosotros el blanco. En la consciencia ordinaria os encontráis con la descomposición, pero vosotros restauráis el blanco". Y la Madre explayaba así la experiencia: "Se halla uno como sentado ante una puerta cerrada parecida a un pesado portón de bronce, y se queda allí con la voluntad de que se abra a fin de pasar al otro lado. Entonces toda la concentración, toda la aspiración se junta en un solo haz y va empujando, empujando esa puerta, empujando cada vez más, con una energía creciente, hasta que, de súbito, la puerta cede. Y uno entra, como precipitado en la luz".

Entonces es cuando se nace de veras.

El crecimiento psíquico

Cuando la puerta de lo psíquico se abre, la experiencia inmediata y más irresistible de todas, es la de que uno ha estado siempre dentro y de que allí estará ya para siempre. El hombre emerge a otra dimensión y ve que es - antiguo como el mundo, y eternamente joven, y que esta vida es una experiencia, un eslabón, en la cadena no interrumpida nunca de experiencias que se extienden detrás de nosotros y se pierden en el futuro. Todo cobra las dimensiones de la tierra; ¿qué hombre no hemos sido nosotros? ¿En qué flaqueza no hemos caído? Todos los valores se ven subvertidos. ¿Cuál de todas esas pequeñeces y esas grandezas no es nosotros? ¿Dónde está el extranjero, dónde el traidor, el enemigo, dónde? ¡Oh comprensión divina, oh compasión absoluta! Y todo se orea, como si uno pasase de una vida de cavernícola a una vida de altiplanicies; todo se enlaza y se junta como si el viejo enigma se desgarrase a un soplo de luz. La muerte no existe ya, sólo el ignorante puede morir. ¿Cómo podrá morir lo que no es consciente? "Que yo viva o que muera, yo existo por siempre".⁴ "Viejo y gastado, él es más y más joven cada vez", dice el Rig-Veda (II.4.5), "Esto no nace ni muere, dice la Gita; ha sido siempre y será eternamente. Esto no ha nacido, no es viejo, sempiterno; no se destruye con la destrucción del cuerpo. Así como un hombre desecha sus viejas ropas y se viste de nueva ropa, así el ser encarnado se despoja de sus cuerpos y toma otros nuevos. Cierta es la muerte de lo que nace, cierto el nacimiento de lo que muere".*

Eso que corrientemente se llama reencarnación no es nada privativo de las enseñanzas

* Gita II, 18, 20, 22, 27.

de Sri Aurobindo; todas las doctrinas de la Antigüedad, desde las del Lejano Oriente y Egipto hasta las de los neoplatónicos, * han hablado de ella; pero Sri Aurobindo le da un nuevo sentido. Dos actitudes pueden tomarse desde el momento en que se trasciende la limitada visión momentánea de una vida única truncada por la muerte, a saber: o se puede pensar, como los espiritualistas irreductibles, que todas las vidas forman una cadena dolorosa y fútil de la que es preciso liberarse lo más pronto posible a fin de reposar en Dios, en Brahmán o en algún Nirvana remoto; o se puede creer, con Sri Aurobindo -una creencia que descansa en una experiencia- que el conjunto de todas esas vidas representa un crecimiento de consciencia que culmina en una realización terrestre; o dicho de otra manera, que existe evolución, una evolución de la consciencia en el fondo de la evolución de las especies, y que esta evolución espiritual debe cristalizar sobre la tierra en una realización individual y colectiva. Muy bien puede uno preguntarse por qué los espiritualistas tradicionales -que por lo demás eran sabios de verdad- no han visto esta realización terrestre. En primer lugar, porque se trata de espiritualistas relativamente modernos, pues el Veda (cuyo secreto ha sido redescubierto por Sri Aurobindo) y tal vez otras tradiciones mal descifradas, atestiguan lo contrario; a este respecto parece, más bien, que la espiritualidad de nuestra época histórica se caracteriza por un oscurecimiento de consciencia paralelo a su desarrollo mental. Luego, sería muy sorprendente que los espiritualistas pudiesen llegar a conclusiones diferentes a sus premisas; fundados en la idea de que el mundo terrestre es una mera ilusión o un reino intermedio más o menos entregado a la carne y al diablo, no pueden llegar más allá del punto a donde sus premisas los conducen; y es natural que busquen fuera de este mundo el bien y la liberación. En vez de explorar pacientemente todos los recursos humanos, mentales y vitales, físicos y psíquicos, para liberarlos de su escoria y engrandecerlos; en una palabra, para divinizarlos, como lo hicieron los sabios de la época védica y acaso también los sabios de todos los antiguos Misterios, sin hablar de Sri Aurobindo, lo han desechado todo y han querido "saltar directamente de la mente pura al Espíritu puro",⁵ y entonces, como era natural, no podían ver lo que rehusaban ver. Los materialistas, a su vez, han venido a caer en el atolladero contrario; han explorado una pequeña parcela de realidad física y han negado todo lo demás; fundados en el concepto de que sólo la materia tiene realidad y que todo el resto es mera alucinación, no podían llegar sino al punto a donde sus premisas los conducían. Pero si emprendemos el camino sencillamente, sin prejuicios, como lo ha hecho Sri Aurobindo, armado de una verdad abierta y de una confianza integral en las posibilidades integrales del hombre, acaso se nos presente la coyuntura de llegar a un conocimiento integral y, por ende, a una vida integral también.

Considerada desde el punto de vista de una evolución de la consciencia, la reencarnación deja de ser la ronda fútil que algunos han visto en ella, o la extravagancia de la imaginación que otros se han figurado. Con una claridad propia del espíritu occidental, Sri Aurobindo nos redime, como dice la Madre "del folletín espiritual" en que, desde el fin de la edad de los Misterios, han degenerado numerosos conocimientos serios, y nos invita a hacer una experiencia, no súper-lúcida, sino lúcida simplemente. No se trata de "creer" en la reencarnación, sino de experimentarla y, ante todo, de saber en cuáles condiciones es posible la experiencia. He aquí un asunto de orden práctico que a través del tiempo interesa

* Es curioso notar que en el Concilio de Alejandría se preguntaban los Padres de la Iglesia si debían admitir la reencarnación.

a nuestro desenvolvimiento integral. Ahora bien, no es la limitada personalidad frontal la

que reencarna, aunque ello pueda decepcionar a quien se considere inmortalmente el mismo señor Pérez, en bragas antiguas primero, luego con calzas de satín y después con pantalones de tela sintética, lo cual sería en verdad muy tedioso. El sentido de la reencarnación es más profundo y más amplio a la vez. Toda la fachada se desmorona a la hora de la muerte; el conjunto de vibraciones mentales que se han amalgamado en torno nuestro por su habitual repetición y que forman nuestro verdadero ego o cuerpo mental, se desintegran y vuelven a la Mente universal; lo mismo ocurre con las vibraciones vitales que forman nuestro ego o cuerpo vital, que a la hora de nuestra muerte retornan a lo Vital universal, como se desintegran los componentes naturales de nuestro cuerpo físico y se restituyen a la Materia universal. Solamente el ser psíquico perdura; es eterno, ya lo hemos visto. Nuestra experiencia de la reencarnación dependerá, pues, del descubrimiento del Centro y Dueño psíquico, que lleva sus recuerdos de una vida a otra, y del grado de desarrollo de nuestro ser psíquico. Y si éste se ha mantenido toda la vida sumergido en nuestras actividades mentales, físicas y vitales, no tiene recuerdos que llevar consigo, y vuelve de continuo precisamente para salir a la superficie de nuestro ser, para poder abiertamente cobrar consciencia. Claro que para recordarse es menester dejar de ser amnésico. Apenas se puede, pues, hablar de reencarnación en ciertos grados de desenvolvimiento, porque, ¿de qué sirve decir que lo psíquico reencarna si no es consciente? El despertar de la consciencia encierra el sentido mismo de la evolución.

En el curso de numerosas vidas, lo psíquico crece silenciosamente en el fondo de la personalidad frontal, crece a través de las múltiples sensaciones de nuestro cuerpo, de los incontables golpes de nuestros sentimientos, de los pensamientos sin número que se agitan en nosotros; se desarrolla a través de nuestros impulsos y de nuestras caídas, de nuestros sufrimientos y nuestras alegrías, de nuestro bien y de nuestro mal; todos éstos no son sino antenas destinadas a palpar el mundo; y cuando esta amalgama exterior se disuelve, él se lleva sólo la esencia de todas sus experiencias, ciertas inclinaciones de orden general que han tenido mayor manifestación y que constituyen el primer embrión de la personalidad psíquica detrás de la personalidad frontal;* él lleva consigo ciertas consecuencias de la vida pasada, porque todos nuestros actos obedecen a un dinamismo que tiende a perpetuarse (eso mismo que en la India se llama karma); ciertas improntas que en otra vida se traducirán por predisposiciones especiales, por particulares dificultades, por gustos ingénitos, por obsesiones inexplicables, por preferencias irresistibles y, a veces, por ciertas circunstancias que se repetirán casi mecánicamente como para ponernos en presencia de un mismo problema por resolver. Cada vida representa pues, un tipo de experiencia (creemos pasar por muchas experiencias, mas se trata siempre de la misma), y por esta acumulación de innumerables tipos de experiencia, lo psíquico adquiere lentamente una individualidad cada vez más fuerte, más consciente cada vez y más vasta, como si no comenzase a ser realmente sino cuando ha recorrido toda la escala de las experiencias humanas. Y mientras

* La personalidad psíquica o verdadera personalidad expresa el destino único de cada ser (tal vez deberíamos decir el ángulo único), tras sus revestimientos culturales, sociales y religiosos. De modo que un individuo puede ser sucesivamente navegante, músico o revolucionario, cristiano, mahometano o ateo, pero cada vez expresará un mismo ángulo de amor, por ejemplo, o de voluntad de dominio, de alegría, o de pureza, que dará un tinte especial a todo cuanto él emprenda, y cada vez irá este ángulo precisándose más, depurándose más, cobrando mayor desarrollo.

mayor sea su desarrollo, más se individualará en nosotros la consciencia-fuerza., mayor será

el crecimiento o el empuje de la tensión psíquica, hasta que un día no tendrá ya necesidad de su crisálida frontal y surgirá a plena luz. Directamente podrá entonces cobrar consciencia del mundo circundante; será entonces el dueño de la naturaleza en lugar de ser su prisionero aletargado; la consciencia será dueña de la fuerza en vez de hallarse aprisionada en la fuerza. El yoga es, cabalmente, el punto de nuestro desarrollo en que pasamos de los interminables meandros de la evolución natural a una evolución consciente y directa: es "un proceso de evolución concentrada".

Es evidente, pues, que existe gran diversidad de grados, desde el hombre ordinario en quien lo psíquico no es sino una posibilidad latente, hasta el ser de todo punto consciente. Mal podría uno, sin la reencarnación, explicarse la inmensa diferencia de grados que existe entre unas almas y otras, la de un rufián, por ejemplo, y la de un Dante o un San Francisco de Asís o, simplemente, la de un hombre que busca a Dios y la de un "filisteo de las finanzas", como dice Sri Aurobindo, a no ser que se piense que el desenvolvimiento espiritual es asunto de educación, de medio ambiente o de herencia, lo que en modo alguno es el caso; ¿o sería de creerse que solamente los hijos de buena familia tienen alma y que las otras tres cuartas partes de la humanidad inconsciente están destinadas a la condenación eterna? "La naturaleza misma de nuestra humanidad -dice Sri Aurobindo- supone que las almas han sido formadas por un pasado diferente y que tendrán un futuro (terrestre) a ello correspondiente".⁶ Y si, a pesar de todo, uno se obstina en pensar que el hombre no dispone sino de una sola vida, se encuentra en seguida con un absurdo. "Platón y el hotentote, el hijo privilegiado de los santos y de los rishis,* y el criminal empedernido que ha nacido y que vive de uno a otro cabo en la nauseabunda corrupción de una gran ciudad moderna, ¿habían de crear, por los actos o las creencias de esta sola vida desigual, todo un futuro eterno? Hay en esto una paradoja que ofende a un mismo tiempo al alma y a la razón, al sentido moral y a la intuición espiritual". Pero aun entre los seres superiores existen también grandes diferencias de grado; hay almas -consciencias-fuerza- recién nacidas y otras que tienen una individualidad ya bien modelada; almas que se hallan en el primer florecimiento luminoso de su propio descubrimiento, pero que, fuera de su radiosa alegría, no saben gran cosa, que no tienen siquiera recuerdos precisos de su pasado, ni menos aún tienen consciencia de los mundos que llevan dentro; otras almas hay, muy contadas, que parecen grávidas de una consciencia tan vasta como la tierra. Porque se puede ser yogui luminoso o un santo que vive en su alma, y tener una mente ruda, un cuerpo vital engolfado, un cuerpo físico que se menosprecia y se trata como a un jumento, y un supraconsciente virgen del todo. Es posible que el "bien" haya sido realizado ya, pero no la plenitud de una vida integral.

Al descubrimiento psíquico debe seguir lo que de manera figurada podríamos llamar "la colonización psíquica" o, con mayor mesura, "integración psíquica". La psicología contemporánea habla también de integración, pero cabe preguntarse en torno a qué se llevará la integración a cabo; para integrar es menester un centro. ¿Integrar en torno del desasosiego y de los sobresaltos del ego mental o del ego vital? Eso sería como amarrar una embarcación a la cola de una anguila. Lentamente, con paciencia infinita, será necesario, tras haber descubierto el reino interior, el reino de lo psíquico, será necesario, decimos, colonizar y agregar a él el reino exterior; será preciso que todas nuestras actividades mentales, vitales, y aun, ya lo veremos, toda nuestra naturaleza física, si es que deseamos

* Sabios de la época védica, videntes y poetas a la vez, que compusieron los Vedas.

una realización terrestre, se integren en torno a este nuevo centro. Sólo en esas condiciones sobrevivirán; solamente las actividades que se han "integrado" participan de la inmortalidad psíquica. Todo lo que ocurre fuera del alma pasa, en verdad, fuera de nosotros, y no será más duradero que nuestro cuerpo. Hay vidas vacías de sujeto. Es menester que el alma se halle presente en nuestras actividades externas a fin de que pueda recordarse de cosas exteriores; de lo contrario es igual que un monarca ciego. Entonces, y sólo entonces, podremos comenzar a hablar de reencarnación y de recuerdos de vidas anteriores; recuerdos que no serán forzosamente los grandes hechos más o menos ruidosos y resonantes (¡cuántos Napoleones, cuántos Césares si fuésemos a dar crédito a los folletinistas de la reencarnación!), sino recuerdos de "momentos del alma",⁸ pues para lo psíquico nada es brillante, nada es opaco, nada es alto ni bajo, y la conquista del Everest no es más importante que el viaje cotidiano en ómnibus, cuando se hace conscientemente. El alma es gloriosa por naturaleza.

Esos "momentos del alma" pueden conservar las huellas de las circunstancias físicas que los acompañaban; podemos recordarnos de un cuadro, de un lugar, de un traje que entonces llevábamos, de un detalle baladí que, por decirlo así, se han saturado de eternidad al mismo tiempo que la revelación interior; todos, en realidad, hemos pasado, aun en esta misma vida, por esos instantes de transparencia pura o de eclosión súbita, y veinte o cuarenta años más tarde, encontramos intacto ese instante, con el cielo del mismo color de entonces, y con las mismas piedrecillas que se hallaban en el camino, o con la absurda y efímera actividad cotidiana que por entonces nos ocupaba; lo encontraremos intacto como si estuviese allí para toda la eternidad; pero no es "como si estuviese", sino de veras está allí para toda la eternidad; éstos son los únicos momentos en que hemos vivido realmente, en que un verdadero yo ha surgido dentro de nosotros en todos los millares de horas de nuestra inexistencia. Lo psíquico puede asimismo surgir en circunstancias trágicas, cuando todo el ser se contrae de un solo golpe en una gran intensidad dolorosa, y algo se desgarrar; entonces se siente en el fondo una como presencia que nos mueve a realizar lo que en condiciones normales somos incapaces de hacer. Y ésta es la otra faz del alma, no sólo de alegría y de dulzura, sino de tranquila pujanza, como si para siempre jamás estuviese por encima de todas las tragedias posibles y fuese, para siempre jamás, invulnerable a ellas. En este caso también, los pormenores de la escena pueden fijarse de modo indeleble. Mas lo que pasará a la siguiente vida no son los detalles, sino la esencia de la escena; volveremos a encontrarnos con ciertas conjunciones de circunstancias, con ciertas situaciones sin salida que nos impresionarán en seguida por su aspecto de "obra ya representada" y que se hallan como si estuviesen circundadas de un halo de fatalidad; lo que hemos superado en el pasado vuelve una y otra vez, con aspecto un tanto diferente cada vez que se presenta, pero, en el fondo, lo mismo siempre, hasta que lo hayamos afrontado y hayamos deshecho el viejo nudo. Tal es la ley del progreso interior.

Pero el recuerdo preciso de las circunstancias físicas tiende, por lo general, a perpetuarse, porque son en realidad de poca importancia, pese a lo que pueda pensar de ellas nuestra pequeña consciencia de superficie. Existe, por otra parte, un mecanismo espontáneo que borra la multitud inútil de recuerdos anteriores, como se disuelve su multitud presente. Si de una sola mirada penetrante vemos, sin reflexión alguna, hacia atrás, ¿qué queda en realidad de nuestra vida actual? Una masa muy gris en que flotan dos o tres imágenes; todo lo demás se desvanece. Lo propio ocurre con el alma y sus vidas anteriores. Hay una especie de inmensa selección. La sabiduría de este mecanismo de olvido dura largo tiempo, pues si nos recordáramos prematuramente de todas nuestras vidas pasadas,

correríamos el riesgo de vernos constantemente como agarrotados;, ya en nuestra vida presente hay tantos recuerdos inútiles que se oponen como un muro a nuestro progreso, porque nos congelan en una misma actitud interior, en un mismo crispamiento, una misma repulsión, una misma indocilidad, una misma inclinación. Para crecer hay que olvidar. Y en nuestra consciencia exterior, irremediamente infantil, si nos recordásemos de haber sido en otra vida un virtuoso banquero, por ejemplo, y nos encontrásemos en esta vida presente en el pellejo de un vagabundo menesteroso, no lo comprenderíamos tal vez, porque acaso seamos muy jóvenes aún para comprender que nuestra alma tenía necesidad de aprender lo contrario de la virtud o, más bien, que ella ha permitido que reviente el absceso que su virtud ocultaba. La evolución no consiste en ser cada vez más santo o más inteligente, sino cada vez más consciente. Muchas edades deben pasar antes de poder soportar con fruto la verdad de las vidas anteriores.

Todo depende, pues, del grado de nuestro desenvolvimiento y de la medida en que nuestra alma haya participado en nuestra vida exterior; mientras más "colonicemos" lo externo, mayor número de recuerdos llevaremos con nosotros. Infortunadamente, se dice, nos damos de ordinario por satisfechos con una "vida interior" y por fuera vivimos habitualmente de cualquier manera. Eso es todo lo contrario del yoga integral. Pero si en vez de desechar todas las actividades mundanas para sumergirnos en la sola búsqueda del alma, desde un principio lo abarcamos todo en nuestro empeño, abarcamos todos los niveles de nuestro ser y toda la vida, llegaremos a vivir una vida integral e integrada en que estaremos fuera y dentro al mismo tiempo, pero que si, por el contrario, todo se ha excluido con el objeto de alcanzar los que suelen llamarse propósitos "espirituales", es muy difícil volver sobre nuestros pasos y descender, de esas frágiles alturas para desuncir la mente y universalizarla, para descongelar lo vital y universalizarlo, para lavar el subconsciente y trabajar por último en el craso cuerpo físico a efecto de divinizarlo; uno se encuentra muy bien asentado arriba como para remover toda esta miseria y, a decir verdad, no es posible hacerlo ya. En realidad, ya no se piensa siquiera en ello, pues, ¿cómo concebir la idea de emprender semejante trabajo si por anticipado se considera que la mente es perecedera, que el cuerpo vital es igualmente perecedero, que el cuerpo físico también perece y que el único fin de la vida es el alcanzar la salvación y salir de ella?

La realización psíquica o descubrimiento del alma no constituye una finalidad para el aspirante, es solamente un nuevo comienzo de otro viaje que se realiza en la consciencia y no en la ignorancia, en una consciencia cada vez más desarrollada, porque a medida que el ser psíquico crece y más se asocia a nuestras actividades mundanas, sus recuerdos mentales, físicos y vitales se toman más claros, precisos, continuos de una vida a la otra - entonces empezamos a comprender lo que es la inmortalidad-, y sus nacimientos se convierten también en algo concertado, anhelado, eficaz. Somos libres; estamos para siempre jamás despiertos. La muerte no es ya esa máscara gesticulante que nos recuerda que no nos hemos encontrado a nosotros mismos, sino un tránsito tranquilo de un modo de experiencia a otro modo de experiencia; hemos cogido para siempre el hilo de la consciencia y vamos de aquí a allá como de un país a otro, hasta que un día, como lo anuncia Sri Aurobindo, nos habremos desarrollado lo suficiente no ya sólo para asegurar la continuidad de nuestra existencia mental y vital, sino aun para insuflar en este cuerpo la suficiente consciencia a efecto de que él participe también de la inmortalidad psíquica. Porque todo es, y lo será siempre, cuestión de consciencia, lo mismo para nuestra vida mental, física y vital, que para nuestro sueño y nuestra muerte y nuestra inmortalidad. La consciencia es el medio, la consciencia es la clave, la consciencia es el fin.

VIII

LA INDEPENDENCIA FÍSICA

Después de la mente y de lo vital, el cuerpo físico, en nosotros tercer instrumento del Espíritu, desempeña un cometido especial en el yoga de Sri Aurobindo, porque sin él no es posible la vida divina sobre la tierra. No trataremos ahora sino de algunos puntos de experiencia, puntos de índole preparatoria, que Sri Aurobindo descubrió al principio de su yoga; el yoga del cuerpo necesita, en efecto, de un desarrollo de consciencia mucho más considerable de cuanto hasta hoy se había creído; mientras más se desciende en la Materia, mayor posesión de los elevados poderes de la consciencia debe existir, porque la resistencia es también mayor. La Materia es el campo de la más grande dificultad espiritual, pero es también el campo de la Victoria. El yoga del cuerpo sobrepasa, pues, los límites de nuestro poder vital o mental y depende de un yoga supramental que más adelante abordaremos.

Independencia respecto de los sentidos

La Materia constituye el punto de partida de nuestra evolución; encerrada en ella ha evolucionado poco a poco la consciencia; así, pues, mientras más se desarrolle la consciencia, mayor será su soberanía, mayor la afirmación de su independencia. Ese es el primer paso, pero no el fin, notémoslo bien. Mas nosotros, para subsistir, vivimos en una sujeción casi total a las necesidades del cuerpo, y a los órganos del cuerpo para percibir el mundo; estamos muy ufanos, y con razón, de nuestras máquinas, pero basta con que la nuestra sufra un ligero dolor de cabeza para que todo se trastorne, y si no tenemos a nuestro alcance todo el arsenal que constituyen los modernos medios de comunicación -telégrafos, teléfono, televisión-, somos incapaces de enterarnos de lo que ocurre a nuestro lado y de ver más allá de la punta de nuestra nariz. Somos seres supercivilizados que físicamente no hemos superado la etapa cavemícola. Y es posible que toda la maquinaria de que disponemos no sea el símbolo de nuestro poder, sino el de una terrible impotencia. La falta recae por igual sobre los materialistas, que no han creído en el poder del Espíritu, y sobre los espiritualistas, que no han creído en la divinidad de la Materia. Semejante impotencia en modo alguno es irremediable; existe porque nosotros mismos nos creemos impotentes, nos encontramos, más o menos, en la situación de quien, habiendo heredado un par de muletas, no cree ya en sus piernas. En suma, se trata de hacer uso de nuestras piernas. Se trata de creer en nuestra propia consciencia, que tiene no sólo un par de piernas, sino millares de ojos, millares de brazos, millares de alas.

Por la historia misma de nuestra evolución, la consciencia, sumergida en la Materia, se halla acostumbrada a depender de cierto número de órganos externos para percibir el mundo, y porque hemos visto aparecer las antenas antes que a su dueño, hemos inferido puerilmente que las antenas lo han creado a él, y que éste no existe sin aquéllas, ni puede tener sin ellas ninguna percepción del mundo. Mas se trata de una ilusión. Nuestra dependencia respecto de los sentidos es un hábito solamente, milenario es verdad, pero no más ineluctable que el sílex tallado por el hombre paleolítico: "Para la mente es posible -y lo sería para ella natural de todo punto con sólo que pudiéramos persuadirla a que abandone su consentimiento a ser dominada por la Materia-, es posible llegar a conocer los objetos de los sentidos sin la ayuda de los órganos sensoriales. Podemos ver, podemos sentir de un

continente a otro, como si no existiesen las distancias, porque las distancias no son un impedimento sino para el cuerpo y para sus órganos, no para la consciencia que, si ya ha aprendido a expandirse, puede trasladarse en un segundo adonde ella quiera; existe otro espacio, leve, donde todo se reúne en uno como punto-relámpago. Tal vez estemos esperando alguna "receta" de clarividencia y de ubicuidad, pero las recetas no son sino una tramoya de segundo orden; por eso precisamente nos gustan. Ciertamente, el hatha-yoga posee eficacia, así como todos los métodos más o menos yóguicos que consisten en fijar una vela encendida (tratak), en elaborar dietéticas infalibles, en hacer ejercicios respiratorios y en sofocarse científicamente (pranayama). Todo sirve, todo puede servir. Pero tales métodos tienen la desventaja de ser muy largos y de alcances limitados; por otra parte, son siempre inciertos y peligrosos a veces, cuando los ponen en práctica personas insuficientemente preparadas o insuficientemente purificadas; no basta con desear el poder, es preciso que la máquina no se desquicie cuando el poder llega a ella; no basta con "ver", es preciso estar presto a comprender lo que se ve. Nuestra labor sería prácticamente sencilla con sólo que comprendiésemos que es la consciencia la que se sirve de todos los métodos y la que actúa a través de todos los métodos, y que si nos adueñamos directamente de la consciencia, habremos tomado la palanca central. Y con la ventaja de que la consciencia no se equivoca. Aun en el caso de que por todo método se le diese un trozo de madera, la consciencia acabaría por hacer de él una varita mágica, pero no por gracia del trozo de madera o del método. Aun cuando se le encerrase en el fondo de una caverna, ella encontraría los medios de mirar lo que hay afuera; tal es, por lo demás, toda la historia de la evolución de la consciencia en la Materia.

Para el aspirante integral, el trabajo que efectúa en el cuerpo viene naturalmente a agregarse al trabajo que realiza en la mente y en lo vital; por mera comodidad hemos descrito uno tras otro los diversos planos del ser, pero todo camina al mismo paso, y cada victoria, cada descubrimiento que tiene lugar en un plano cualquiera, repercute sobre todos los demás. Cuando procurábamos alcanzar el silencio mental, pudimos observar diversas capas o estratos mentales, que redujimos al silencio: una mente pensante, que constituye nuestro raciocinio normal; una mente vital, que justifica nuestros deseos, nuestros sentimientos, nuestros impulsos; existe asimismo una mente física, que nos creará muchas dificultades, pero cuya conquista es tan importante para el dominio físico, como la conquista de la mente pensante y de la mente vital lo es para el dominio vital y mental. Decididamente parece que la mente fuera la cabeza de turco del yoga integral, pues se le persigue por todas partes; digamos entre paréntesis que la mente nos ha deparado una ayuda muy preciosa en el curso de nuestra evolución y que para muchos continúa siendo un agente indispensable, pero que todas las ayudas que nos salgan al paso, cualesquiera que sean y por muy altas y divinas que puedan ser, un día se cambian en obstáculo, porque no son valederas sino para un paso no más, y porque son muchos los pasos que debemos conquistar. Si aceptásemos esta sencilla proposición, del primero al último peldaño de nuestra escala de valores, sin olvidarnos de incluir en ello el ideal a que hoy estamos ligados, marcharíamos muy a prisa en el camino de la evolución. Esta mente física, con todo lo estólida que es, encarna en nosotros el vestigio de la primera aparición de la Mente en la Materia; una mente microscópica, empecinada, temerosa, limitada, conservadora (tal era su utilidad evolutiva) que en caso necesario nos hace verificar diez veces si hemos cerrado bien una puerta, que sabemos muy bien haber cerrado; que se conturba con la más pequeña contrariedad y que se ve entregada a las más terribles enfermedades cuando algo camina mal; que posee una desconfianza imperturbable para todo lo nuevo y levanta

montañas de dificultades cuando es preciso cambiar algo, por pequeño que sea, de su rutina, y que se repite monótonamente en nosotros como una solterona murmuradora. Todos hemos tenido que ver con ella alguna vez y nos da mucha vergüenza como para mandarla de paseo; pero allí está, agazapada, gruñendo a solas; es menester todo el estrépito de nuestro ajeteo cotidiano para no oírla. Cuando se ha hecho callar a la mente pensante y a la mente vital, uno se percata de que se halla allí y que es pavorosamente pegajosa. No se puede entrar en razones con ella, porque es torpe en demasía. Pero tendrá que ceder, porque si la mente pensante es una pantalla para la expansión de nuestra consciencia mental, y la mente vital un obstáculo para la universalización de nuestra consciencia vital, la mente física, por su parte, opone un sólido muro a la expansión de nuestra consciencia física, que es la base de todo dominio físico. Mas no sólo esto, pues enreda todas las comunicaciones y atrae todos los infortunios; basta -y ello es un fenómeno cuya importancia no sabríamos subrayar lo suficiente-, basta con pensar en algo. o en alguien para que inmediatamente entremos en comunicación (inconsciente las más de las veces) con todas las vibraciones que representan ese algo o ese alguien, y todas las consecuencias anejas a tales vibraciones. Ahora bien y precisamente por sus temores de trago, la mente física nos pone de continuo en relación con las más enojosas posibilidades. Se imagina siempre lo peor. Esta manía no tiene sino una importancia relativa en la vida ordinaria en que las actividades de la mente física se pierden en el tumulto general, en el cual nos hallamos protegidos justamente por nuestra falta de receptividad; pero cuando nos hemos empeñado sistemáticamente en hacer en nosotros la transparencia y en acrecentar nuestra receptividad, las tretas de la mente física se convierten en un obstáculo muy serio y aun peligroso.

Semejante transparencia mental, vital y física constituye la clave de una doble independencia. Independencia respecto de las sensaciones, porque la consciencia-fuerza, desligada de su innumerable dispersión en los diversos niveles de nuestro ser y reunida como un haz manejable, puede desconectarse de cualquier punto a voluntad: del frío, del hambre, del dolor, etc. Independencia respecto de los sentidos, porque, eximida de su absorción inmediata en nuestras actividades mentales, vitales y físicas, esta misma consciencia-fuerza puede sobrepasar el marco de su cuerpo y, por una especie de proyección interior, entrar a distancia en contacto con los seres y las cosas y los sucesos. Generalmente es menester hallarse dormido o en estado de hipnosis para percibir un poco lejos en el espacio o en el tiempo y desligarse de las sensaciones inmediatas, pero estos medios, primitivos y engorrosos, vienen a ser de todo punto inútiles si se ha acallado el estrépito mental y somos dueños de nuestra consciencia. La consciencia es el "único órgano".² Ella es la que siente, la que mira, la que oye. El sueño y la hipnosis no son sino simples medios rudimentarios de alzar el velo de la mente de superficie. ¡Y es normal! Si nos hallamos abrumados de deseos y de temores, ¿qué otra cosa podemos ver si no la imagen innumerablemente repetida de nuestros deseos y de nuestros temores? Y así como la mente sosegada y lo vital apaciguado se universalizan, también lo físico esclarecido se universaliza espontáneamente. No somos prisioneros sino de nosotros mismos; el mundo se abre, ancho, a nuestra puerta, con sólo que consintamos en retirar la pantalla de nuestras pequeñas construcciones. A esta capacidad de expansión de la consciencia, debe agregarse naturalmente una capacidad de concentración, de modo que la consciencia expandida puede fijarse, inmóvil y silenciosa, sobre el objeto considerado y llegar a ser ese mismo objeto. Pero concentración o expansión vienen a ser espontáneos corolarios del silencio interior. En el silencio interior, la consciencia ve.

Independencia respecto de las enfermedades

Cuando ya nos hemos librado de la tensión de la mente pensante y de su bullicio; cuando nos hemos librado ya de la tiranía de la mente vital y de su febrilidad, de sus insaciables exigencias, y de la densidad y de los temores de la mente física, comenzamos a comprender lo que es el cuerpo sin todos estos sobrepesos agotadores, y descubrimos que es un maravilloso instrumento, dócil, sufrido, lleno de infinita buena voluntad. Es el instrumento que menos se conoce y al que peor trato se da. En este esclarecimiento general de nuestro ser, vemos primero que nuestro cuerpo no se enferma nunca, sencillamente se gasta, mas es posible que este desgaste no sea irremediable, como lo veremos con el yoga supramental. No es el cuerpo el enfermo, sino la consciencia la que falla; en efecto, a medida que se avanza en el camino del yoga, se puede ver que cada vez que uno cae enfermo o aun cada vez que acaece un "accidente" externo, ello es siempre resultado de una inconsciencia o de una mala actitud, de un desorden psicológico. El estudio es tanto más interesante cuanto que, desde el momento en que nuestros pasos se enderezan por el camino del yoga, algo hay en nosotros que se pone sobre alerta y que nos hace ver a cada instante y a cada instante nos hace palpar nuestros errores y la causa de todo cuanto nos ocurre, como si de veras "se tomase en serio nuestra búsqueda; nada se deja en la sombra, y descubrimos cada vez más y a veces con asombro, una rigurosa correlación entre nuestro estado interior y las circunstancias externas (las enfermedades, por ejemplo, o los "accidentes") como si el sentido de la vida no se desarrollase ya de fuera a dentro, sino de adentro a afuera, dándole lo uno forma a lo otro, aun en las más fútiles circunstancias exteriores; en realidad, ya nada es fútil, y la vida cotidiana parece como una red cargada de signos que esperan nuestro reconocimiento. Se tiene todo; el mundo es un milagro. Cometemos tal vez un error infantil cuando nos imaginamos que la vida espiritual consiste en tener visiones, en ver esta o aquella aparición o en contemplar fenómenos "sobrenaturales". Lo Divino se encuentra más próximo a nosotros de lo que nos figuramos; el "milagro" es menos ruidoso y más profundo que toda esa imaginería de Museo del Epinal. Cuando hemos conseguido descifrar uno solo de esos pequeños signos que cruzan por nosotros o adivinado tan sólo una vez el imperceptible lazo que une a las cosas, nos hallamos mucho más cerca del gran Milagro que si hubiésemos tocado el maná del cielo. Porque acaso el milagro no sea otra cosa sino que también lo divino es natural. Pero nosotros no somos lo bastante avisados.

El aspirante será, pues, consciente de esta inversión de la corriente de la vida, de adentro hacia afuera (y, por tanto, el Amo psíquico habrá salido de su encarcelamiento) y descubrirá estos signos cotidianos y verá que la actitud interior posee el poder de modelar las circunstancias exteriores en dos sentidos: bueno el uno, malo el otro; cuando nos hallamos en estado de equilibrio y cuando nuestra acción corresponde a la verdad profunda de nuestro ser, parece que nada puede oponer resistencia alguna; aun los "imposibles" se disuelven, como si otra ley se pusiese sobre la ley "natural" (en realidad, es lo natural verdadero lo que emerge de las complicaciones mentales y vitales) y comienza a gozarse de una libertad regia; pero cuando existe desconcierto interior, mental o vital, uno se percata de que semejante desorden atrae irresistiblemente circunstancias externas enojosas, y facilita la intrusión de enfermedades o el acaecimiento de accidentes. La razón es muy sencilla; cuando nos hallamos en estado de desequilibrio interior, emitimos cierto tipo de vibraciones que automáticamente atraen y captan todas las demás vibraciones del mismo tipo, en todos los niveles de nuestro ser; es una confusión general que conturba las circunstancias exteriores y que hace caminar todo al revés. Y el desconcierto interior no

sólo crea una confusión, sino que debilita asimismo la envoltura protectora, circumconsciente, de que hemos hablado; es decir, que en vez de ser protegidos por cierta intensidad vibratoria, estamos abiertos, somos vulnerables; una vibración disonante basta para que en nuestra envoltura protectora se hagan brechas, o más bien para que se descomponga, y todo puede entrar en nosotros. Es de observar que el desconcierto interior es contagioso: hay compañías que siempre atraen accidentes o molestias. Cuando hayamos pasado diez veces o ciento por la misma experiencia, desde un simple catarro, una caída sin importancia, a un accidente grave, según sea nuestro estado interno, comprenderemos que ni nuestro cuerpo ni el pretendido "azar" han influido en todo ello, y que el remedio no se halla en ninguna droga externa, sino en la restauración de la actitud verdadera, en el orden interior; en una palabra, en la consciencia. Si el aspirante es consciente, puede pasar en medio de la más terrible epidemia o beber las aguas más inmundas sin que nada le dañe, pues ¿qué cosa puede afectar al Amo despierto? La ciencia ha conseguido aislar virus y bacterias, pero aún no hemos comprendido que éstos no son sino agentes y que la enfermedad no es el virus, sino la fuerza que se sirve de él; y si somos transparentes, ningún microbio podrá hacernos daño, porque nuestra fuerza interior es más poderosa que la otra o, mejor dicho, porque nuestro ser vibra con una intensidad demasiado alta en relación con la baja intensidad de la otra fuerza. Solamente lo semejante puede entrar en lo semejante. Por esta misma razón puede vencerse el cáncer, por ejemplo, después de haber vencido otras enfermedades medievales; pero no habremos eliminado a las fuerzas de la enfermedad, las cuales se servirán de otra cosa, de otro agente, de otro virus, cuando su intermediario actual haya sido vencido. Nuestra medicina no toca sino la superficie de las cosas, no llega al fondo. No hay sino una sola enfermedad: la inconsciencia. En una etapa más avanzada, cuando hayamos establecido el silencio interior con suficiente firmeza y cuando ya nos hallemos en capacidad de percibir las vibraciones mentales y vitales a su entrada en nuestro circumconsciente, podremos también percibir las vibraciones de enfermedad y arrojarlas antes de que penetren en nosotros. "Si pudierais llegar a ser consciente de vuestro yo circumconsciente -escribía Sri Aurobindo a un discípulo-, podríais atrapar los pensamientos, las pasiones, las sugerencias de enfermedad o las fuerzas de enfermedad, e impedirles la entrada en vuestro ser."³

Hay dos categorías más de enfermedades que no dependen directamente de nuestros errores: las que deben su origen a una resistencia subconsciente (hablaremos de ello más adelante, cuando tratemos de la purificación del subconsciente) y las que podríamos llamar "enfermedades yóguicas", que provienen de un desajuste entre el desarrollo de los estados superiores de nuestra consciencia y el desenvolvimiento de nuestra consciencia física. Puede también ocurrir que nuestra consciencia mental o vital se expanda, por ejemplo, de modo considerable y reciba nuevas intensidades en tanto que nuestra consciencia física se queda rezagada en el viejo movimiento vibratorio y no puede soportar ese acrecentamiento de intensidad. Resulta de ello una ruptura de equilibrio que puede aparejar ciertas enfermedades no por intrusión de un agente externo, virus o microbio, sino por la ruptura de las relaciones normales entre los elementos internos: alergias, trastornos coloidales de la sangre, etc. o desórdenes nerviosos y mentales. Tocamos aquí el problema de la receptividad de la materia a las fuerzas superiores de consciencia, uno de los grandes problemas del yoga supramental. En todo caso es ésta una de las razones por las cuales Sri Aurobindo y la Madre insisten tanto en el desarrollo de nuestra base física; sin ella puede uno alcanzar el éxtasis y enderezar su barca hasta el Absoluto tal vez, pero no hacer que descendan las intensidades y la amplitud del Espíritu a nuestro reino "inferior", mental,

vital y material para crear en él una vida divina.

Independencia respecto del cuerpo

Cuando ya ha descubierto el inagotable receptáculo de la gran Fuerza de Vida, la consciencia puede, pues, ser independiente de los órganos de los sentidos, independiente de las enfermedades, independiente en gran medida de la alimentación y del sueño, independiente hasta del cuerpo mismo. Cuando la corriente de consciencia-fuerza en nosotros se haya individualizado lo suficiente, advertiremos que nos es posible no sólo desligarla de los sentidos y de los objetos de los sentidos, sino aun desligarla del cuerpo. En nuestras meditaciones primero, porque es el primer campo de entrenamiento antes del dominio natural, observamos que esta consciencia-fuerza viene a ser particularmente homogénea, compacta, y que, tras haberse desentendido de la mente y de lo vital, se retira lentamente de todos los rumores del cuerpo, que viene a ser perfectamente inmóvil, como un bloque transparente o como algo que ya no ocupa lugar, que ya no tiene peso, que parece casi inexistente; la respiración es cada vez más imperceptible, los latidos del corazón cada vez más suaves; luego, súbitamente se produce un brusco desenganche y uno se encuentra en "otra parte", fuera del cuerpo. Esto es lo que en lenguaje técnico se llama "exteriorizarse".

Existen tantas "otras partes", como planos de consciencia, y se puede salir aquí o allá conforme al nivel en que hayamos fijado nuestra consciencia (ya conocemos la Mente universal y lo Vital universal), pero la "otra parte" más inmediata, que confina con nuestro mundo físico y se le parece, pero que posee mayor intensidad, es lo que Sri Aurobindo ha llamado el "físico sutil". Este conocimiento es tan viejo como el mundo y no es un signo especial del yoga de Sri Aurobindo; forma parte, simplemente, de nuestro desarrollo integral y nos prepara para el día en que dejaremos nuestro cuerpo por un término más largo de eso que por ignorancia llamamos "muerte". Para mayor claridad a este respecto, relataremos aquí, habiéndola escogido entre muchos otros casos, la experiencia del físico sutil tal como nos la ha narrado un mozalbete de Ashram de Pondichery, que la tuvo cuando salió de su cuerpo por primera vez: "Yo estaba tendido en mi silla de descanso, en concentración; repentinamente me encontré en casa de mi amigo Z... que, en unión de numerosas personas, se dedicaba en ese momento a la música. Yo lo veía todo con mucha claridad, con mucha mayor claridad que en lo físico; me deslizaba con rapidez, sin impedimento alguno. Me quedé allí, por un momento, mirándolo todo; traté de llamar la atención de aquella gente, pero ninguno de ellos era consciente. Luego, algo tiró de mí de repente, como un instinto: «Es preciso que yo vuelva». Yo tenía una sensación de dolor en la garganta. Recuerdo que para salir de aquella estancia que se hallaba cerrada y sólo tenía una pequeña abertura en la parte superior, mi forma se había evaporado (porque yo tenía una forma aún, pero no era como la de la materia, sino más luminosa, menos opaca) y salí lo mismo que el humo por una ventana abierta. Luego, me encontré de nuevo en mi aposento, junto a mi cuerpo; vi que tenía la cabeza de lado, rígida contra el cojín, y que respiraba con dificultad; yo quería volver a mi cuerpo, mas no me era posible. Entonces me sobrecogió el miedo. Entré por las piernas y cuando llegué a la altura de las rodillas, fue como si me deslizase hacia afuera; y así dos, tres veces; la consciencia subía, luego se deslizaba hacia afuera, como un resorte. Yo me decía: «Si pudiese darle vuelta a este taburete (había un taburete bajo mis pies), haría ruido y me despertaría». Pero no podía. Y cada vez respiraba con mayor dificultad. Yo tenía un miedo terrible. De pronto me acordé

de la Madre y la llamé: «¡Madre! ¡Madre!», y me encontré de nuevo en mi cuerpo, despierto, con tortícolis".*

Así, después de muchos ciclos de soterramiento y de despertar, y tras innumerables choques que la obligaban a recordarse de sí y a poseerse y a encerrarse para crecer a salvo, convertida en una individualidad formada, la consciencia rompe el caparazón y afirma su independencia. Esta independencia, escribe Sri Aurobindo, "acaba por ser de tal modo normal para todo el ser, que llegaremos a sentir este cuerpo como algo exterior y separable, igual que el traje que se lleva puesto o como un instrumento que por acaso se tiene en la mano. Y aun es posible que acabemos por sentir que en cierto modo el cuerpo es inexistente o que no tiene existencia sino como una especie de expresión parcial de nuestra fuerza vital o de nuestra mentalidad. Estas experiencias encarnan el signo de que la mente llega a una posición correcta en cuanto atañe al cuerpo y que cambia su falso punto de vista de mentalidad cercada y atrapada en la maraña de las sensaciones físicas, por el punto de vista de la genuina verdad de las cosas."⁴

Porque el punto de vista verdadero es siempre el del Maestro, al ser psíquico, el Espíritu de nosotros; cada vez que un imposible nos sale al paso, o una limitación o una barrera, podemos estar seguros de que ello será nuestra victoria de mañana, porque si el obstáculo no apareciese en nuestro camino, no trataríamos de superarlo, y porque hemos sido hechos para vencerlo todo y para vivir todos nuestros sueños, porque es el Espíritu el que sueña en nosotros. Y en un mundo en que los entredichos se cierran cada vez más como una jaula de hierro, acaso el primero de esos sueños sea el de navegar con amplitud, independientes del cuerpo y de las limitaciones. Ya no tenemos entonces necesidad de pasaportes, somos apátridas, dueños de todas las patrias del mundo, sin obstrucciones; conocemos una amplitud de vida y una libertad de veras deleitosa. "Oh Extensión...", dice el Rig-Veda.

* Podemos hacer tres observaciones. Notemos, en primer lugar, que por inexperiencia muy divertida, este muchacho trataba de volver a entrar a su cuerpo "por las piernas". Y no es sorprendente que haya tenido dificultades para conseguirlo. Por lo general se sale y se entra por el centro del corazón. Se puede salir también por la parte superior de la cabeza, pero no es recomendable hacerlo. Cuando los yoguis quieren dejar su cuerpo definitivamente (lo que en la India recibe el nombre de itcha-mrityou o muerte voluntaria) salen por la parte alta del cráneo. Observemos en seguida que cuando uno se exterioriza, el cuerpo se enfría y la circulación se reduce a lo mínimo; este enfriamiento puede llegar hasta la catalepsia completa, con todos los signos exteriores de la muerte, según sea el grado en que la consciencia "se aleje" del nivel físico. Es ésta una buena ocasión para comprobar de manera muy concreta que si la consciencia se retira, la fuerza se retira también, porque es la misma cosa. Cuando nos desvanecemos, la consciencia se retira igualmente, porque somos incapaces de soportar ciertas intensidades, pero como no hemos aprendido a establecer un puente consciente entre los diversos estados de nuestro ser, nuestro retiro involuntario se traduce por una laguna. Notemos, por último, que el solo hecho de recordarse de su Maestro, es decir, en este caso, de la Madre, fue suficiente para restaurar el orden alterado por el miedo y para que el discípulo hiciese el movimiento correcto para entrar de nuevo en su cuerpo: pensando en la Madre, pudo ajustarse instantáneamente en la verdadera vibración, que lo puso todo en orden. Es éste uno de los mecanismos de la protección o de la ayuda que el Maestro dispensa al discípulo.

IX

EL SUEÑO Y LA MUERTE

Los planos de consciencia

No todo el mundo es capaz de salir conscientemente de su cuerpo, ni de expandir conscientemente su espíritu o su cuerpo vital, pero mucha gente lo hace de manera inconsciente mientras duerme, es decir, cuando los pequeños "yos" de la personalidad frontal son menos engorrosos y se hallan menos estrechamente absorbidos en sus preocupaciones superficiales. Estos diversos "yos" expresan una fracción de la realidad, esa que se ve con los ojos abiertos, pero atrás se extienden inmensos dominios; ya hemos hablado de una Mente universal, de un cuerpo Vital, universal, de un cuerpo Físico sutil que se halla detrás de esta película física; se trata, pues, de recobrar la integridad de nuestra realidad universal. Hay tres métodos o modos de hacerlo; el primero, que se halla a la disposición de toda la gente, es el sueño; el segundo, más raro, descansa en la exteriorización consciente o en las meditaciones profundas, y el tercero, que representa un grado ya avanzado de desarrollo, en que todo es sencillo: se puede prescindir del sueño y de las meditaciones, y ver de todas las maneras, con los ojos bien abiertos aun en medio de las demás actividades, como si todos los grados de la existencia universal estuviesen presentes bajo nuestros ojos y fuesen accesibles mediante simples desplazamientos de consciencia, algo así como cuando uno ajusta su mirada pasando de un objeto próximo a otro que está lejos. El sueño es, pues, el primer instrumento de trabajo; el sueño puede llegar a ser consciente, cada vez más consciente, hasta el momento en que nuestro desarrollo sea bastante para ser conscientes de continuo, aquí o allá, y en que el sueño, lo mismo que la muerte, no serán ya un retorno al estado vegetativo, o una dispersión de nuestros componentes naturales, sino simplemente el paso de un modo de consciencia a otro modo de consciencia. Porque, en verdad, la línea de separación que hemos trazado entre el sueño y la vigilia, entre la vida y la muerte, responde tal vez a una observación de las apariencias exteriores, pero carece de realidad esencial, así como nuestras fronteras nacionales carecen de realidad para la geografía física, o como el exterior coloreado e inmutable de un objeto carece de realidad para la física nuclear. De hecho, no existe separación alguna, salvo para nuestra inconsciencia, y los dos mundos (o más bien, éste y los otros, innumerables) coexisten constantemente, se hallan constantemente entremezclados, y sólo cierta manera de percibir la misma cosa es lo que nos hace decir en un caso "yo vivo" y en otro "duermo" o "estoy muerto" (si es que somos lo bastante conscientes para percatarnos de ello), así como es posible tener diferentes experiencias de un mismo objeto, según que se le mire desde un punto de vista particular, atómico, molecular o exterior -la "otra parte" se halla aquí por dondequiera-. Hemos atribuido un valor único y exclusivo a los diversos símbolos que forman nuestra vida física exterior, porque tales símbolos se encuentran inmediatamente bajo nuestras narices, pero no son más ni son menos valederos que los otros símbolos que constituyen nuestra vida extra-física; la realidad atómica de un objeto no anula ni se encuentra separada de su realidad externa, y viceversa. Y no solamente los demás símbolos son tan valederos como nuestros símbolos físicos, sino que no podemos comprender verdaderamente nada de nuestros propios símbolos si no comprendemos todos los demás. Sin el conocimiento de los demás grados de realidad, nuestro conocimiento del

mundo humano ordinario es tan incompleto y tan falso como lo sería un estudio del mundo físico sin el conocimiento de las moléculas, de los átomos y de las partículas. Nada se comprende mientras no se ha comprendido todo.

De suerte que existe una gradación infinita de realidades coexistentes, simultáneas, sobre las cuales nos abre el sueño una ventana natural. Porque, en definitiva, si salimos de la clasificación superficial vida-muerte-sueño, para encaminarnos hacia una clasificación esencial del universo, vemos que de arriba abajo (al menos mientras haya un arriba y un abajo) este universo no es otra cosa que un continuum de consciencia-fuerza, o, como dice Sri Aurobindo, "una gradación de planos de consciencia" que se escalonan sin interrupción de la Materia pura al Espíritu puro -Físico sutil, Vital, Mental, Supramental (si nos place bien podemos emplear otros términos, otro vocabulario, pero el hecho no cambiará)- y que todo se sitúa en el seno de estos planos: nuestra vida, nuestro sueño y nuestra muerte; fuera de allí a ninguna parte se puede ir; y no solamente todo se sitúa allí, sino que allí coexiste todo, sin separación. Vida, muerte, sueño no son sencillamente sino diferentes posiciones de la consciencia en el seno de esta misma gradación. Cuando estamos despiertos, recibimos vibraciones mentales o vitales que se traducen por ciertos símbolos, por ciertos modos de ver, de comprender o de vivir; cuando estamos dormidos o "muertos", recibimos las mismas vibraciones, mentales, vitales y de otra naturaleza, que se traducen por otros símbolos, por otra manera de ver, de comprender o de vivir la misma realidad. En todos los casos, la clave de nuestra existencia, aquí o en otra parte, es siempre nuestra capacidad de consciencia; si somos inconscientes en nuestra vida, lo seremos también en todo lo demás; la muerte será realmente una muerte y el sueño será en verdad un letargo. Cobrar consciencia de estos diversos grados de realidad es, pues, nuestra tarea fundamental, y cuando hayamos realizado íntegramente esta labor, desaparecerán las artificiales líneas de demarcación que separaban nuestros diversos modos de vida, y pasaremos sin interrupción o sin lagunas de consciencia, de la vida al sueño y a la muerte, o, más exactamente, ya no habrá ni muerte ni sueño como nosotros lo entendemos, sino diversas maneras de percibir continuamente la Realidad total, y, acaso, por último, una consciencia integral que todo lo percibirá simultáneamente. Nuestra evolución no ha llegado aún a su término. La muerte no es una negación de la vida, sino un proceso de ésta".¹

Esta vida física en un cuerpo físico se reviste, en consecuencia, de importancia particular entre todos nuestros demás modos de vida, porque en ella podemos llegar a ser conscientes; es el "lugar del trabajo", dice la Madre, el punto en que todos los planos se juntan en un cuerpo. El lugar del trabajo, porque es el punto cero o casi cero de la evolución y porque, partiendo del cuerpo, lentamente, a lo largo de vidas innumerables, un "nosotros", indiferenciado al principio, se va individualizando al entrar en contacto con planos de consciencia cada vez más elevados y, en cada plano, con extensiones de consciencia más vastas cada vez. Habrá; pues, tantas muertes o tantos sueños diferentes como vidas diferentes haya, porque es la misma cosa; todo dependerá del grado de nuestro desarrollo evolutivo. Y existen todos los grados posibles, como en la vida, desde la nulidad total hasta la consciencia perfectamente despierta e individualizada. No se pueden pues, establecer leyes generales para el sueño y para la muerte, porque todos los casos son posibles, como aquí abajo. A lo sumo sólo pueden indicarse algunas líneas de desarrollo.

Hemos dicho que nos hallamos constituidos por cierto número de centros de consciencia, que se escalonan desde la parte alta de la cabeza hasta abajo, y que cada uno de esos centros, algo semejante a un puesto receptor correspondiente a diversas longitudes de onda, está unido a diversos planos de consciencia de donde recibimos constantemente,

las más de las veces sin saberlo o darnos cuenta de ello, toda clase de vibraciones, físicas sutiles, vitales, mentales, o más altas, o más bajas, que determinan nuestro modo de pensar, de sentir y de vivir, siendo la consciencia individual como un filtro que escoge unas vibraciones más bien que otras, conforme a su medio, a sus tradiciones, a su educación, etc. El principio general es que, a la hora del sueño o de la muerte, iremos, por afinidad, a los lugares o a los planos con los cuales hayamos ya establecido un vínculo. Pero en esta fase elemental, la consciencia no se halla en verdad individualizada, aun cuando pueda ser muy refinada y muy cultivada mentalmente; piensa más o menos lo que todo el mundo piensa, siente lo que siente todo el mundo y vive como todo el mundo vive; es simplemente un agregado temporal que no tiene otra continuidad que la del cuerpo en torno del cual todo se encuentra centrado. Cuando este centro corporal muere, todo se disgrega en pequeños fragmentos vitales, mentales, etc., que van a incorporarse a sus medios respectivos, porque carecen de centro que los una. Y cuando ese centro se duerme, todo se halla más o menos dormido, pues los elementos no corpóreos, vitales y mentales, no existen realmente sino en función de la vida corporal y para ella. Cuando en este estado embrionario la consciencia se duerme, cae de nuevo, pues, en el subconsciente (usamos la palabra como lo hacía Sri Aurobindo, en su sentido etimológico, es decir, lo que es históricamente subconsciente, no en el sentido de que se encuentre por debajo de nuestra consciencia de vigilia, sino por debajo del nivel consciente de la evolución, como en el animal o en la planta),² o, dicho de otro modo, la consciencia retorna a su pasado evolutivo, que podrá enviarle toda clase de imágenes caóticas fabricadas por la combinación fantásica de innumerables fragmentos de recuerdos y de impresiones, a menos que continúe de modo más o menos desordenado sus actividades habituales de vigilia; de allí se deslizará la consciencia hacia un pasado más remoto, vegetativo o larvario, que será su sueño propiamente dicho, como el de las plantas y el de los animales. Muchas etapas serán necesarias antes de que el centro verdadero - psíquico- y su consciencia-fuerza se hallen formados y den alguna coherencia y alguna continuidad a esta volátil amalgama. Pero desde el momento en que el cuerpo deja de ser el centro principal y en que uno comienza a tener una vida interior independiente de las circunstancias físicas y de la vida física, y sobre todo cuando se practica el yoga, que es un proceso de evolución acelerada, la vida cambia realmente, y la muerte y el sueño también; entonces comienza uno a existir. Y esto es lo primero de que uno se percata, como si los cambios exteriores, visibles, estuviesen precedidos por mutaciones interiores de orden más sutil, que se traducirán principalmente por sueños de naturaleza particular. Pasamos del sueño animal a un sueño consciente o sueño de experiencia y de una muerte que desintegra a una muerte que vive. Se derrumban los tabiques que dividían nuestra vida integral. En vez de ser proyectados, faltos de centro, en una completa dispersión, habremos encontrado el Amo y cogido el hilo de la consciencia-fuerza que une todos los planos de la realidad universal.

Sueño de experiencia

En este nuevo sueño hay, según el desarrollo de nuestra consciencia, numerosos grados, desde los raros relámpagos espasmódicos de éste o de aquel plano, hasta la visión continua, dueña de sí misma, que puede moverse a voluntad de abajo arriba y de arriba abajo, como mejor le plazca.* En este caso también todo dependerá de nuestra consciencia de vigilia. Normalmente, iremos por afinidad a los planos con los cuales hayamos establecido una vinculación; las vibraciones vitales, mentales o de otra índole que hemos aceptado y que en

nosotros se han traducido por ideales, aspiraciones, deseos, ruindades y noblezas, constituyen ese vínculo y, saliendo de nuestro cuerpo, iremos a la fuente, una fuente sobremanera viva y admirable; nuestras traducciones mentales y vitales en el mundo físico parecen pobres y casi abstractas al lado de ese original. Entonces comenzaremos a cobrar consciencia de mundos inmensos, innumerables, que penetran y envuelven y dominan nuestro pequeño planeta terrestre, y que determinan su destino y el nuestro. Es evidente que esos mundos no se pueden describir en unas cuantas páginas, ni siquiera en muchos volúmenes; sería como describir toda la tierra por la impresión que Normandía pudiera darnos. Por lo demás, no nos proponemos describirlos, sino solamente dar al aspirante algunas indicaciones que le permitan hacer, conforme a su propia experiencia, algunas modificaciones. La cualidad esencial necesaria para esta exploración -Sri Aurobindo lo hizo ver así muchas veces- es una clara austeridad y la ausencia de deseo, el silencio mental, de lo contrario seremos juguete de todo género de ilusiones. Pacientemente, a fuerza de experiencias, aprenderemos primero a reconocer en qué plano se sitúa nuestra experiencia; luego, de qué nivel se trata en cada plano. Esta localización es tan importante para nuestra investigación, como lo es el distinguir en la tierra la calidad del medio en que uno se encuentra y del país por donde se viaja. Después aprenderemos a comprender el sentido de nuestras experiencias; es un lenguaje extranjero, muchos lenguajes más bien, que debemos asimilar sin que se mezcle en ellos nuestro propio lenguaje mental; en efecto, una de las grandes dificultades consiste en que la mente es el único idioma terrestre que conocemos, y, al despertar, sus transcripciones tenderán inconscientemente a embrollar o a deformar la pureza de la experiencia. A falta de un guía avisado que pueda desenredar esta complicada madeja, será necesario habituarse a permanecer mentalmente tan silencioso como sea posible cuando uno se despierta y a percibir, de modo intuitivo, el sentido de los demás lenguajes; a ello se llega muy pronto, a medida que la consciencia se desarrolla y que las experiencias se multiplican. Al principio es como una selva virgen o como un mercado chino, todo parece igual; luego, con los meses y los años, se acaba por reconocer caminos y fisonomías, signos y lugares, y una diversidad más bullente que la de la tierra.

¿Pero cómo acordarnos de nuestro sueño? Es una laguna absoluta para la mayor parte de los seres; hay una articulación que falta. En realidad, hay gran número de articulaciones o de "puentes", como dice la Madre, igual que si estuviésemos hechos de una serie de países unidos por un puente. Es posible, pues, que conservemos fácilmente el recuerdo de ciertas partes de nuestro ser y de sus viajes, en tanto que otras quedarán relegadas en el olvido, a falta de un puente que las una con el resto de nuestra consciencia; cuando se pasa a través de este vacío, o de esta parte mal educada de la consciencia, se cae en el olvido (es lo que ocurre generalmente a los que entran en "éxtasis", ya volveremos a referirnos a ello). En principio, un ser suficientemente desarrollado recorrerá en su sueño toda la gama de los planos de consciencia y llegará hasta la suprema Luz del Espíritu -Sat-Chit-Ananda-, inconscientemente lo más a menudo, y esos pocos minutos constituirán un verdadero sueño, el reposo verdadero en el sosiego absoluto de la Alegría y de la Luz. Sri Aurobindo decía que la verdadera razón de ser del sueño es la de volver espontáneamente a la Fuente y remozarse en ella. De allí descenderemos lentamente a través de todos los planos -Mental, Vital, Físico sutil y subconsciente (el último, del cual nos recordamos más fácilmente)- y

* Usamos aquí un lenguaje de tres dimensiones que carece de sentido verdadero, porque no hay dentro ni fuera, alto ni bajo; nuestro lenguaje mental es plano, fotográfico, no expresa gran cosa de la realidad del mundo; mas, ¿qué hacer?

cada parte de nuestro ser tendrá allí las experiencias correspondientes. Hay en el seno de cada plano muchas zonas, cada una con su puente. La principal dificultad es el establecer el primer puente, con la consciencia exterior de vigilia, y no hay sino una manera de conseguirlo: la inmovilidad total y el silencio completo al despertar. Si uno da vuelta o se mueve, todo se desvanece, o más bien todo se cubre de pequeñas ondas, si no de fangosos remolinos que todo lo cubren; el pensamiento no tiene nada que ver en este caso, pues no es con la mente con lo que uno debe tratar de recordar. Es preciso quedar inclinado sobre el gran lago tranquilo como en una contemplación sin objeto, pero muy sostenida, como si fuese menester traspasar esa espesura azul oscuro a fuerza de mirarla. Y de repente, si somos lo bastante perseverantes, veremos flotar una imagen bajo nuestros ojos, o tal vez sólo una huella, un olor como de un país lejano saturado de efluvios, muy familiar, pero inasible. Será entonces necesario no precipitarse sobre esa huella, porque se desvanecería en seguida, sino dejarla precisarse por sí sola poco a poco, dejarla formarse, y finalmente encontraremos de nuevo una escena. Cuando tengamos el hilo bien cogido, bastará, en principio, tirar lentamente de él, sin tratar de pensar ni de comprender (la comprensión quedará para después; si tratamos de interpretar mientras nos hallamos en camino, cortaremos todas las comunicaciones) y el hilo nos llevará de país en país, de recuerdo en recuerdo. Algunas veces nos quedaremos detenidos durante años en un mismo punto del camino, como si hubiese una laguna de memoria. Para construir la articulación que falta, no hay sino ser paciente y desearlo de continuo; si uno se obstina, el camino acabará por abrirse, como en la selva virgen. Pero el recurso al despertar no es el único método; también puede uno concentrarse por la noche, antes de dormirse, con la voluntad de recordarse y de despertar a intervalos fijos, una o dos veces durante la noche, para coger el hilo en niveles diferentes. Este método es particularmente eficaz. Todos sabemos que basta el deseo de despertarse a cierta hora para que el mecanismo funcione a perfección; esto es lo que se llama "hacer una formación". Estas formaciones son como pequeños nódulos vibratorios despedidos por la voluntad, que adquieren existencia propia, independiente, y que realizan puntualmente su trabajo.* Es posible hacer formaciones más o menos poderosas, más o menos duraderas (que se puedan reforzar de cuando en cuando) con toda clase de fines, y principalmente para recordarse y para despertar a intervalos regulares. Y si persistimos durante meses y años, si fuere necesario, acabaremos por ser automáticamente advertidos cada vez que un acontecimiento importante se produzca en un plano cualquiera de nuestro sueño. Entonces nos detendremos en el sueño mismo, repetiremos dos o tres veces el recuerdo, a fin de tomar buena nota de él, y luego proseguiremos.

En este enorme campo de experiencias no podemos subrayar sino algunos puntos prácticos, de orden general, que impresionarán al aspirante al comienzo de su búsqueda. En primer lugar, hay que distinguir bien lo que son los sueños ordinarios del subconsciente, de

* Todos, con nuestros deseos y nuestros pensamientos -buenos o malos-, todos, involuntariamente, hacemos formaciones que ponemos luego en olvido; mas nuestras formaciones no se olvidan de nada y dos o diez años después, cuando ya nosotros no pensamos siquiera en ello, vuelven con su trabajo hecho, con la realización del deseo o del pensamiento, o con la organización de las circunstancias; y nosotros no reconocemos ya el fruto de nuestro pensamiento ni de nuestros deseos. Nos vemos así acosados por toda clase de pequeñas entidades vivas que continúan tratando de realizarse, al paso que nosotros ya no lo queremos más.

lo que son las experiencias. Estas no son sueños, aunque nosotros estemos habituados a mezclarlo todo; las experiencias son hechos reales en los que hemos participado nosotros en este o aquel plano; se distinguen de los sueños ordinarios por su particular intensidad: todos los acontecimientos del mundo físico exterior, por excepcionales que sean, parecen pálidos al lado de tales hechos; éstos dejan una impresión profunda y un recuerdo más vivo que cualquiera de nuestros recuerdos terrestres, como si de pronto hubiésemos tocado un modo de vida más rico, no necesariamente más rico por la figuración exterior ni por los colores, que no obstante pueden ser de increíble esplendor (sobre todo en lo Vital), sino por el contenido. Cuando el aspirante tenga al despertar esta impresión desbordante, como la de haberse bañado en un mundo cargado de signos, que significan más de una cosa a la vez (nuestros acontecimientos del mundo físico no significan sino una sola cosa al mismo tiempo, raramente significan más) y ante los cuales podría uno quedarse largo tiempo sin agotar su sentido, tan llenos parecen de ramificaciones invisibles y de profundidades escalonadas; o cuando haya asistido o participado en ciertas escenas que parecen infinitamente más reales que nuestras escenas físicas, siempre chatas, como si se toparan en seguida contra un fondo duro y un tanto fotográfico, sabrá que ha tenido una experiencia verdadera, no un sueño.

Existe otro hecho muy notable: mientras más se sube en la escala de la consciencia, más cambia la calidad de la luz -las diferencias de luminosidad constituyen una indicación muy segura del lugar en que uno se halla y aun del sentido de las cosas- y hay toda una gama, desde los tonos sórdidos del subconsciente, grises, marrones y negros; los tintes vibrantes del Físico sutil, los chillantes colores de lo Vital que tienen siempre -cosa que debemos observar- un matiz artificial y de falso brillo, un poco duro (es la región más engañosa de todas), hasta las luces de la Mente, las cuales, a medida que uno sube hacia el Origen, van siendo cada vez más puras y poderosas; a partir del Supramental, del que más adelante hablaremos, hay una diferencia radical de visión: los objetos, los seres o las cosas que uno ve, no parecen más iluminados por fuera, simplemente, como a nosotros nos ilumina el sol, sino que son en sí luminosos y finalmente ya no se trata tanto de una "exteriorización", sino de un éxtasis en una Luz inmóvil, deslumbradora, despojada de todos los ruidos y de los incidentes sensoriales de los planos inferiores. Cuando se puede entrar en contacto con esta Luz, uno descansa en cinco minutos tanto como en ocho horas de sueño; así es como los yoguis pueden prescindir de éste; así es como en unos cuantos minutos de concentración durante el día, pueden descansar tanto como en una caminata al aire libre. El cuerpo posee una resistencia increíble; es la agitación psicológica lo que fatiga.

Fuera de los acontecimientos de orden universal con los cuales podemos estar mezclados, nos damos cuenta de que el sueño es una mina de informaciones relativas a nuestro propio estado individual; todas las zonas de nuestro ser se iluminan con una luz exacta, como si, afuera, durante la vigilia, hubiéramos vivido como sordo-mudos o como hombres de yeso, y que, súbitamente, todo se despertase a una vida más cierta que la vida. Estos diversos estados internos pueden presentarse como estancias o moradas cuyos menores detalles son reveladores: "Cuando se va hacia el descubrimiento del ser interior - cuenta la Madre- y de las diferentes partes que lo componen, tiene uno muy a menudo la impresión de penetrar en una sala o en un aposento y, según el color, la atmósfera, las cosas que contiene, se percibe muy claramente la parte del ser que en ese momento se visita. Entonces puede uno pasar a las piezas cada vez más profundas, cada una de las cuales tiene carácter propio. O, a veces, en lugar de aposentos, encontraremos seres de toda clase -toda una familia, tal vez hasta una casa de fieras- que forman la expresión de las diversas fuerzas

o vibraciones que hemos tomado el hábito de acoger en nosotros y que constituyen "nuestra" naturaleza. Y los tales no son seres "de sueño", sino seres verdaderos que nosotros abrigamos: las fuerzas son conscientes, las vibraciones son conscientes; seres o fuerzas, consciencia o fuerza, son dos caras simultáneas de una misma realidad. Veremos así, de manera singularmente viva, lo que queremos y lo que no queremos ya tolerar en nosotros.

Otra observación impresionará al aspirante por su recurrencia casi cotidiana. Se percatará a destiempo de que durante la noche ha tenido la premonición exacta de todos los hechos psicológicos que tienen lugar durante el día. Primero pensará en una simple coincidencia, o no verá bien la relación; luego, cuando el hecho se haya repetido centenares de veces, comenzará a ponerse en guardia, y finalmente, cuando se halle despierto del todo, podrá verlos venir y tomar por anticipado las medidas protectoras necesarias.. Por ejemplo, durante el día hemos tenido una crisis de depresión, o nos hemos encolerizado de manera violenta, o hemos pasado por un momento de rebeldía o por una obsesión de carácter sexual, etc., o, para tomar un caso de índole en apariencia diferente, hemos estado dos o tres veces a punto de caer por tierra y de fracturarnos un miembro, o hemos pillado una buena fiebre; y nos percatamos de que cada uno de estos pequeños incidentes, enteramente fútiles, corresponden con toda exactitud a otros incidentes, simbólicos las más de las veces (simbólicos, porque no se trata del hecho exacto, sino de una transcripción mental al despertar), de los cuales hemos tenido la experiencia la noche precedente, ora sea que hayamos sido atacados en "sueños" por algún enemigo, ora que hayamos estado mezclados a peripecias infortunadas, o que hayamos visto, a veces exactamente, todos los pormenores que circundarán la escena psicológica, del día siguiente. Decididamente, parecería como si "alguien" se hallase del todo despierto en nosotros y fuese muy cuidadoso de hacernos tocar con nuestra propia mano todos los porqués y todos los engranajes ocultos de nuestra vida psicológica, las razones todas de nuestras caídas y de nuestros progresos. Porque también podemos tener a la inversa, el presagio de todos los movimientos psicológicos felices que al día siguiente se traducirán por un progreso, una apertura de consciencia, una levedad, una expansión interior, y veremos que la noche anterior había habido tal o cual luz, tal o cual ascensión, tal o cual desplome de muro o de morada (simbólicos de las resistencias o de las construcciones mentales que nos encerraban). Y nos sentiremos tanto más impresionados cuanto que, por lo común, estos presagios no se relacionan con hechos que en nuestro plano físico se consideran importantes, como la muerte de un pariente o un éxito mundano (aunque esas premoniciones pueden presentarse también), sino que se relacionan con detalles sin importancia exterior, enteramente triviales, pero muy útiles siempre para nuestro progreso interior. Eso será el signo de que nuestra consciencia se desarrolla; en vez de recibir inconscientemente las vibraciones mentales, vitales, etc., que van a modelar nuestra vida sin que nosotros sepamos nada y que nosotros tomaremos ingenuamente por nuestras (diremos: es nuestra cólera, nuestra depresión, nuestra obsesión sexual, o nuestra fiebre), comenzaremos a verlas venir; esa será la prueba visible, enriquecida por centenares de experiencias noche tras noche, de que todo el juego de nuestra naturaleza frontal viene de fuera, de una mente universal, de un cuerpo Vital universal, o de regiones más altas si somos capaces de posarnos más arriba. Y ese será asimismo el comienzo del dominio, porque una vez que uno ha visto, y aun previsto, le es posible cambiar el curso de las circunstancias. La vida terrestre es el lugar del determinismo más riguroso y ciego, a la vez que el de la libertad conquistada; todo depende de nuestra consciencia. Un discípulo había escrito a Sri Aurobindo para contarle sus "sueños" y esa especie de rara coincidencia entre

los incidentes diurnos y nocturnos; he aquí la respuesta que recibió:

"Comprenda usted que estas experiencias no son meras imaginaciones o «sueños», sino hechos verdaderos... Es un error creer que sólo vivimos físicamente, con nuestra vida y nuestra mente exteriores. Constantemente vivimos y actuamos en otros planos de consciencia, nos encontramos allí con otras personas y actuamos sobre ellas, y lo que allí hacemos, pensamos o sentimos, las fuerzas que reunimos, los resultados que preparamos, tienen una importancia y un efecto incalculables, desconocidos por nosotros, sobre nuestra vida exterior. No todo lo que allí vemos o hacemos se realiza, y lo que se realiza toma con frecuencia otra forma en el mundo físico, si bien puede ser a veces muy exacta la correspondencia, pero lo poco que se filtra constituye la base misma de nuestra existencia exterior. Todo cuanto llegamos a ser, todo cuanto hacemos y soportamos en la vida física se prepara tras el velo, dentro de nosotros. Es pues, de suprema importancia para este yoga, que busca la transformación de la vida, llegar a ser consciente de todo cuanto ocurre en tales dominios, ser allí el amo y ser capaz de sentir, de conocer y de manipular las fuerzas secretas que determinan nuestro destino y nuestro crecimiento exterior e interior o nuestra declinación".³

Sueño de acción

Del sueño animal hemos pasado al sueño consciente o sueño de experiencia, luego pasamos a la tercera fase, el sueño de acción. Durante largo tiempo, en efecto, por muy consciente que sea, nuestro sueño sigue siendo un estado pasivo; somos solamente el testigo de los acontecimientos, el espectador impotente de cuanto ocurre a esta o aquella parte de nuestro ser, porque se trata siempre -subrayémoslo- de una parte de nuestro ser, aun cuando en el momento de la experiencia podamos tener la impresión de que es todo nuestro ser el que sufre, lucha o viaja, etc.; así como podemos tener la impresión, cuando discutimos sobre política o sobre filosofía con un amigo, de que es todo nuestro ser el que discute, cuando, a decir verdad, sólo se trata de una fracción mental o vital. A medida que el sueño va siendo consciente, pasamos de las impresiones a las realidades sorprendentes (uno se pregunta dónde está lo "concreto", dónde lo "objetivo") y veremos que nos hallamos formados por una masa heteróclita de fragmentos mentales, vitales y de otra índole, que poseen existencia independiente, que tienen experiencias independientes, cada uno en su plano particular. Durante la noche, cuando el vínculo del cuerpo no está allí ni lo está en la tiranía del mentor mental, esta independencia estalla de modo muy notable; las pequeñas vibraciones aglutinadas por nosotros, que constituyen "nuestra" naturaleza, se desbandan en pequeños seres de nuestro ser que corren aquí y allá, y descubrimos en nosotros toda una caterva de desconocidos cuya existencia no sospechábamos siquiera. En otras palabras, estos fragmentos no se hallan integrados en torno del centro psíquico verdadero, y no estando integrados, no nos es posible intervenir para modificar el curso de las circunstancias. Somos pasivos porque el verdadero "nosotros" es el ser psíquico, y porque la mayor parte de esos fragmentos no tiene ningún vínculo con él.

La necesidad de la integración se manifiesta muy pronto si queremos ser el amo, no sólo aquí y allá, sino de todas las maneras. Cuando salimos de nuestro cuerpo y vamos, por ejemplo, a ciertas regiones de lo Vital inferior (que corresponde a las zonas bajas del vientre y del sexo), la parte de nuestro ser que se ha exteriorizado en este dominio pasa allí con frecuencia por experiencias muy desagradables; se ve atacada por toda clase de fuerzas voraces y tenemos entonces lo que se ha convenido en llamar "pesadillas", de las que nos

salvamos precipitándonos lo más rápidamente posible en nuestro cuerpo, donde nos encontramos a salvo. Si esta misma parte de nuestro ser ha consentido en integrarse en torno del centro psíquico, puede sin peligro alguno salir a las mismas regiones, verdaderamente infernales, porque se hallará escudada por la luz psíquica -lo psíquico es una luz, un fragmento de la gran Luz original; bastará con que se recuerde de esta luz (o del Maestro, que es igual) en el momento en que es atacada, para que todas las fuerzas adversas se dispersen.-

Así, al recordarse habrá apelado a la verdadera vibración, que posee el poder de disolver o de dispersar todas las vibraciones de menor intensidad. Hay también un estado de transición, muy instructivo, en que asistimos, impotentes, a terribles persecuciones, principalmente; luego, de pronto, en su miseria, este fragmento de nosotros mismos se recuerda de la luz (o del Maestro) y la situación se invierte. Asimismo, podemos encontrarnos con toda clase de gentes en esos planos, conocidas y desconocidas, próximas o lejanas, vivas o muertas -"estos vivos, siempre, que uno llama muertos", dice Sri Aurobindo⁴ que se hallan en la misma longitud de onda, y ser el testigo o el socio impotente de sus infortunios (que, bien lo sabemos, podrán traducirse por acontecimientos terrestres enojosos para los seres vivos; todos los golpes de allá son también golpes aquí; todo lo que allá ocurre prepara todo cuanto aquí pasa), pero si, a la hora de la experiencia, este fragmento de nosotros mismos que está con el fragmento correspondiente de este amigo, de esos desconocidos o de aquellos "muertos", se recuerda de la Luz, es decir, si se ha integrado en torno de lo psíquico, puede mudar el curso de las circunstancias: ayudar a un amigo o a un desconocido que se halla en apuros, o ayudar a un desencarnado a franquear un mal paso o a salir de un sitio indeseable, o liberarse a sí mismo de ciertas asociaciones malsanas (hay tantos lugares en que somos realmente prisioneros). Daremos un solo ejemplo que voluntariamente hemos escogido de naturaleza negativa y tan fútil como nos ha sido posible: La señorita X "sueña" que va de paseo con una amiga por la orilla de un estanque de aguas maravillosamente claras en apariencia; de pronto una serpiente salta del fondo del estanque y muerde a su amiga, pero el miedo la sobrecoge y, perseguida a su vez por la serpiente, se escapa "hacia la casa" (su cuerpo). Al día siguiente se entera de que su amiga está enferma, enteramente afónica, y ella misma se ve perseguida durante todo el día por una serie de pequeños accidentes larvados, interiores y exteriores. Si ella hubiese sido activamente consciente, centrada, nada hubiera ocurrido, la fuerza adversa se habría esfumado; en realidad, existen ejemplos contrarios en que los accidentes han sido "milagrosamente" evitados, porque habrían sido vencidos la noche anterior por un amigo concienzudo, si no por uno mismo. Podemos, pues, participar útilmente en toda clase de actividades que preparan nuestros mañanas personales, o mañanas más vastos, según sean nuestras capacidades: "Un ser consciente, no más grande que el pulgar de un hombre, se halla en el centro de nuestro yo; él es el dueño del pasado y del presente... él es hoy y es mañana", dice el Katha Upanishad (IV, 1213). Es menester haber tenido numerosas experiencias, comprobándolas cada vez que ello haya sido posible, para comprender hasta qué punto esos sueños no son sueños. Hay aquí encarcelamientos que no pueden ser desenlazados sino cuando hemos desenlazado el encarcelamiento de allá. El problema de la acción se relaciona, pues, con el problema de la integración.

Esta integración es tanto más indispensable cuanto que, cuando ya no tenemos cuerpo -es decir, cuando estamos "muertos"-, estos fragmentos ya no tienen el recurso del cuerpo para precipitarse de nuevo en él y protegerse. Si no se hallan integrados, sufren grandes disgustos. Este es, sin duda, el origen de nuestras historias relativas al infierno, que no

atañen -no sabríamos repetirlo bastante- sino a algunos fragmentos inferiores de nuestra naturaleza. Porque los planos inferiores (principalmente lo Vital inferior, que corresponde a la región del ombligo y del sexo, la más difícil de integrar naturalmente) se hallan poblados de fuerzas famélicas; como decía un joven discípulo de Pondichery, desaparecido prematuramente, que en el sueño vino a contar a un amigo suyo, cómo había ocurrido el viaje: Just behind your world there is not law and order (detrás de vuestro mundo no existe orden público), laconismo muy británico para hablar del infierno. Y agregó: "Yo tenía la luz de la Madre (el Maestro) y crucé". Acaso sea necesario precisar, porque la experiencia es típica de muchos muertos, que el encuentro de los dos amigos había tenido lugar en las regiones superiores de lo Vital (que corresponde al centro del corazón) en medio de los hermosos jardines multicolores que con frecuencia encuentra uno allá y que constituyen uno de los innumerables y supuestos "paraísos" del otro mundo, paraísos que se hallan a poca altura. Generalmente, el desencarnado permanece allí tanto tiempo como lo desea, después se cansa y se dirige al sitio del reposo verdadero, a la luz original, con su alma, en espera de la hora del retorno. Decir que alguien se va al "infierno eterno" es un cruel absurdo; ¿cómo podría el alma -esta Luz- ser para siempre jamás prisionera de esas bajas vibraciones? Sería como decir que el infrarrojo es el dueño del ultravioleta. Lo semejante busca lo semejante, siempre, por dondequiera, aquí abajo o en otra parte. ¿Y qué otra cosa, si no el alma, la alegría, podría ser de veras "eterna"? "Si existiese un infierno sin fin, no podría ser sino un éxtasis sin fin -dice Sri Aurobindo-, porque Dios es alegría, Ananda; no existe otra eternidad que la eternidad de Su Beatitud."⁵

De modo que a medida que nuestro ser se integra en torno de lo psíquico, pasará de un sueño pasivo a un sueño activo -si es que aún se puede hablar de "sueño"-, y de una muerte difícil a un viaje interesante o a otra forma de trabajo. Pero allá se encontrarán también todos los grados -según la amplitud de nuestra consciencia-, desde la pequeña acción que se limita al círculo restringido de las gentes, vivas o muertas, que conocemos, o de los mundos que son familiares para nosotros, hasta la acción universal de algunos grandes seres cuyo centro psíquico ha colonizado, en cierto modo, grandes extensiones de consciencia, y que, por virtud de su luz silenciosa, protegen al mundo.

Para concluir con estas breves generalidades, que no son sino señales orientadoras para el aspirante, podemos hacer una postrera observación. Se trata de las premoniciones. Acaso no se haya dicho lo suficiente que el solo hecho de que uno pueda tener un presagio es el signo de que los acontecimientos existen ya en alguna parte antes de producirse aquí; no existen en el aire. Nosotros, que somos tan minuciosos respecto de las realidades materiales, atribuimos gratuitamente a los fenómenos de mundos menos materiales que el nuestro, una incoherencia o una vaguedad que no existen sino en nuestro propio espíritu. Ahora bien, con la experiencia se da uno cuenta de que todo es perfectamente racional si no razonable: no sólo la luminosidad se intensifica a medida que uno sube por los grados de la consciencia, sino que el tiempo viene a ser más rápido cada vez, que abarca un espacio cada vez mayor, si así puede decirse, o acontecimientos cada vez más lejanos (en el futuro o en el pasado) y que finalmente se desemboca en esta Luz inmóvil en que todo está ya. Simultáneamente, o como un corolario, se observa que, según el plano de consciencia en que se sitúa nuestra visión premonitoria, la realización terrestre se halla más o menos próxima o remota. Cuando uno, por ejemplo, ve algo en el Físico sutil -que está contigo a nuestro mundo-, la transcripción terrestre es casi inmediata; es decir, que se produce algunas horas o un día después; se ve el accidente y un día más tarde se tiene el accidente, y la visión es muy precisa, en sus más pequeños detalles. Mientras más se eleva uno en la

escala de la consciencia, mayor alcance tiene la visión y mayor es su importancia universal, pero los pormenores de la realización son menos visibles, como si el hecho visto fuera ciertamente ineluctable (con tal que nuestra visión se halle purificada de todo egoísmo), pero con un margen de certidumbre en cuanto concierne a las modalidades de su realización; este margen de incertidumbre representa, en cierto sentido, las peripecias o las deformaciones de la verdad de arriba cuando de plano en plano desciende a realizarse sobre la tierra. De esta observación puede desprenderse todo género de conclusiones interesantes, pero de modo principal el hecho de que mientras más consciente es uno en la tierra, es decir, capaz de subir muy arriba en la escala de la consciencia y de aproximarse al Origen, más se acerca también a la tierra del Origen, anulando los determinismos deformantes de los planos intermedios. Esto puede tener no sólo consecuencias individuales considerables para el dominio y la transformación de nuestra propia vida, sino también consecuencias generales para la transformación del mundo. Se ha discutido mucho sobre el problema de la libertad y del determinismo, pero es un problema mal planteado. No hay libertad o determinismo; hay libertad y gran número de determinismos. Estamos sometidos, dice Sri Aurobindo, a una serie de "determinismos superpuestos", físico, vital, mental y más alto, y el determinismo de cada plano puede modificar o anular el determinismo del plano inmediatamente inferior. Por ejemplo, en el microcosmos, una buena salud física y una longevidad dada pueden ser modificadas por el determinismo vital de "nuestras" pasiones y de "nuestros" desórdenes, y éste a su vez puede ser modificado por el determinismo mental de nuestra voluntad y de nuestro ideal, que también puede ser modificado por la ley más amplia del ser psíquico, y así sucesivamente. La libertad consiste en pasar a un plano superior. Y lo mismo ocurre en cuanto al destino de la tierra: son las mismas fuerzas las que mueven el microcosmos y el macrocosmos. Y si nosotros, que somos en verdad el punto de inserción de todos esos determinismos en la Materia, somos capaces de elevarnos a un plano superior de consciencia, contribuimos a la modificación de todos los determinismos inferiores y al acceso de la tierra a una libertad más grande; hasta el día en que -ya lo veremos- por medio de los exploradores de la evolución, podamos elevarnos a un plano supramental que modificará el destino presente del mundo, como fue su destino modificado por la Mente hacia la época del terciario. Y tal vez al final -si es que hay un final- tocará la tierra el Determinismo supremo, que es la Libertad suprema y la realización perfecta. Por su labor de consciencia, cada uno de nosotros es un agente de la resistencia a las fatalidades que pesan sobre el mundo y un fermento de libertad o de divinización de la tierra. Porque la evolución de la consciencia tiene sentido para la tierra.

X

EL YOGUI REVOLUCIONARIO

Estos habían de ser los descubrimientos de orden mental, vital, físico y psíquico que Sri Aurobindo hizo él solo, paso a paso, entre los veinte y los treinta años, siguiendo sencillamente el hilo de la consciencia. El hecho más notable es que su yoga se desarrollaba en todos los sitios en que de ordinario no se practica el yoga, en medio de los cursos de lengua inglesa y de francés que daba en el College del Estado de Baroda, de sus ocupaciones en la corte del Maharajá y, cada vez en mayor medida, en medio de sus actividades secretas y revolucionarias. Las horas de la noche no absorbidas por el estudio de su lengua materna y del sánscrito o por su labor política, las pasaba escribiendo poemas: "Sri Aurobindo tenía la costumbre de escribir poesía hasta altas horas de la noche -observa su profesor de bengalí-, si bien no se levantaba muy temprano... Se concentraba un momento antes de comenzar, luego la poesía manaba de su pluma como un torrente". Sri Aurobindo pasó de la poesía a su sueño experimental. En 1901, a los 29 años de edad, contrajo matrimonio con Mrinalini Devi, con quien hubiera querido compartir su vida espiritual: "Me hallo en vías de experimentar todos los signos, todos los síntomas -se lee en una carta encontrada en los archivos de la policía británica-. Quisiera llevarte conmigo por este sendero". Mrinalini no lo comprendió; Sri Aurobindo se quedó solo. En vano buscaremos en su vida ese género de historias conmovedoras y milagrosas que adornan la vida de los grandes sabios o de los místicos; en vano buscaremos igualmente los métodos yóguicos sensoriales; todo es en ella tan corriente en apariencia que nada se ve, como en la vida misma. Acaso había encontrado mayor número de milagros en lo corriente que en lo extraordinario: "Para mí todo es diferente, todo es extraordinario --decía-en una carta a Mrinalini-. Todo es extraño, todo es profundo para el ojo que ve".¹ Y puede ser que cuanto Sri Aurobindo quiere hacernos descubrir, por su vida, su obra y su yoga, sean las riquezas desconocidas que se encuentran bajo la corteza ordinaria: "Nuestras vidas constituyen un misterio más grande de lo que nos habíamos imaginado"² Si supiésemos cuán carentes de importancia y cuán vacíos son nuestros "milagros", que vienen a ser una especie de prestidigitación para adultos -en cuanto tenemos dos ardites de conocimiento vemos cómo se fabrican los milagros-, veríamos que la Verdad es mucho más sencilla que todo ese tecnicolor sobrenatural. A medida que progresaba por el camino de su yoga, dejaba Sri Aurobindo toda esta imaginiería para pasar a lo que él llamaba un "realismo espiritual",³ no por desconfianza en las bellas imágenes -¡él, el poeta!-, sino porque veía que esas mismas imágenes serían mucho más bellas si tomasen forma en la tierra y si lo suprafísico se convirtiese en nuestro físico normal, y lo viésemos con los ojos bien abiertos. Esta naturalización del más allá y el tranquilo dominio de la vida que Sri Aurobindo alcanzaba, no eran posibles sino porque él no ha separado nunca los dos mundos: "Desde mi arribo a la India -dice en una carta dirigida a un discípulo suyo-, mi vida y mi yoga han sido siempre a un tiempo mismo de este y del otro mundo, sin que el uno excluya al otro.

Todas las preocupaciones humanas pertenecen, supongo, a este mundo; la mayor parte de ellas han entrado en el campo de mi pensamiento, y algunas, como la política, en mi vida; pero al mismo tiempo, desde que puse los pies en el Apollo Bunder en Bombay, comencé a tener experiencias espirituales, y éstas no se hallaban divorciadas del mundo, sino antes por el contrario, tenían infinitas repercusiones sobre él; así, por ejemplo, el

sentimiento de que el Infinito impregnaba el espacio material y el sentimiento de lo Inmanente en el corazón de todos los objetos y de los cuerpos materiales. Además, ocurría que yo entraba en mundos o planos suprafísicos cuya influencia se hacía sentir, lo mismo que sus efectos, en el plano material; no podía yo, en consecuencia, establecer una separación categórica o una posición irreductible entre esos dos extremos de la existencia y todo cuanto se halla entre ellos. Para mí, todo es lo Divino y encuentro lo Divino por doquiera".⁴

Problema de acción

El realismo espiritual de Sri Aurobindo lo descubrimos ante todo en sus actividades revolucionarias. Muy pronto se había elaborado un programa de cuatro puntos: despertar en la India la noción de independencia (para ello bastaban el periodismo y los discursos políticos); mantener a la gente en estado de rebelión permanente, y él fue, sin duda, uno de los primeros que, juntamente con Tilak -otro gran hombre de la India habló a principios de siglo de liberación total, de resistencia pasiva y de no-cooperación (Ghandi no entrará en la escena política india sino quince años más tarde)-; transformar el Congreso indio y sus tímidas reivindicaciones en un "movimiento extremista", declarando sin ambages el ideal de independencia completa, y, por último, preparar secretamente una insurrección armada. Con su joven hermano Berin, se dio a organizar grupos de guerrilla en Bengala, bajo la capa de asociaciones deportivas o culturales, y aun envió a Europa, pagando los gastos de su propio peculio, a un emisario que debía aprender a fabricar bombas. Cuando Sri Aurobindo decía: "Yo no soy ni un moralista impotente ni un pacifista débil estas palabras estaban preñadas de sentido. Había estudiado con detenimiento la historia de Francia y la de las revoluciones de Italia y de América, para saber que la rebelión armada puede ser justa; ni Juana de Arco ni Mazzini ni Washington fueron apóstoles de la "no-violencia". Cuando el hijo de Ghandi lo visitó en Pondichery en 1920 y le habló de no-violencia, Sri Aurobindo le respondió con esta sencilla pregunta, por cierto muy actual: "¿Qué harían ustedes si mañana fuesen invadidas las fronteras del Norte?". Veinte años más tarde, en 1940, Sri Aurobindo y la Madre se declaraban en favor de los aliados, al paso que Ghandi, movido por un impulso sin duda alguna digno de encomio, escribía una carta abierta al pueblo inglés, instándolo a no tomar las armas contra Hitler y a apelar solamente a la "fuerza espiritual". Podríamos, pues, precisar la posición espiritual de Sri Aurobindo en cuanto mira a la acción violenta.

La guerra y la destrucción -dice- constituyen un principio universal que gobierna no sólo nuestra vida puramente material aquí abajo, sino aun nuestra existencia mental y moral. Es de toda evidencia, prácticamente, que en su vida intelectual, social, política y moral, no puede el hombre avanzar, sin lucha alguna, un solo paso; una lucha entre lo que existe y vive y lo que trata de llegar a ser y a vivir, y entre todo cuanto se halla atrás de lo uno y de lo otro. Es imposible, al menos en el estado actual de la humanidad y de las cosas, avanzar, crecer y realizarse y, al mismo tiempo, observar real y absolutamente el principio de inocencia que se nos propone como la mejor y más elevada norma de conducta. ¿Emplearemos nosotros solamente la fuerza del alma y no destruiremos nunca nada por la guerra ni aun por la violencia física para defendernos? Convenido. Pero mientras las fuerzas del alma alcanzan la eficacia necesaria, las fuerzas demoníacas en los hombres y las naciones aplastan, demuelen, asesinan, incendian y violan, como hoy lo vemos; podrán entonces hacerlo cómodamente y sin estorbos, y vosotros habréis causado tal vez con

vuestra abstención la pérdida de tantas vidas como los otros con su violencia... No basta con tener las manos limpias y el alma inmaculada para que la ley de la batalla y de la destrucción desaparezca del mundo; **es menester que cuanto forma su base desaparezca primero de la humanidad.*** La inmovilidad y la inercia que rehúsan emplear los medios de resistencia al mal o que son incapaces de servirse de ellos, no abrogarán la ley, ni mucho menos. En realidad, la inercia hace mucho mayor daño que el principio dinámico de la lucha, que crea, al menos, más de lo que destruye. En consecuencia, desdeñar el punto de vista de la acción individual, abstenerse de la lucha en su forma física más visible y de la destrucción que la acompaña de modo inevitable, nos da tal vez una satisfacción moral, pero deja intacto al Destructor de las criaturas.⁶

Toda la evolución del pensamiento de Sri Aurobindo y de su actitud práctica respecto de la guerra, desde sus actividades clandestinas en Bengala hasta su retiro a Pondichery en 1910, gira en torno de un problema de medios: ¿Cómo alcanzar con mayor seguridad a este "Destructor de las criaturas?" -el "Comilón" decían los rishis védicos-. Y de la independencia de la India Sri Aurobindo pasó a la independencia del mundo. En efecto, a medida que Sri Aurobindo avanzaba por el camino de su yoga, por experiencia propia comprendía cada vez más que ciertas fuerzas ocultas constituyen el fundamento no sólo de nuestros desórdenes psicológicos, sino de los desórdenes mundiales -todo procede, como ya lo hemos visto, de "otra parte"- y que si nuestra abstención deja indemne al Destructor de las criaturas, tampoco nuestras guerras lo suprimen, aunque prácticamente sea necesario mancharse en ellas las manos. A mediados de la primera guerra mundial hacía observar Sri Aurobindo con fuerza profética: "La derrota de Alemania... no basta para extirpar el espíritu que en Alemania se encarna; probablemente se producirá una nueva encarnación del mismo espíritu en otra parte, en otra raza o en otro imperio y será necesario entonces librar una vez más la batalla. Todos los viejos dioses están vivos y no sirve de mucho quebrantar o abatir el cuerpo que ellos animan, porque muy bien saben transmigrar. Alemania abatió el espíritu napoleónico en 1813 y demolió los restos de la hegemonía francesa en Europa en 1870; esta propia Alemania ha venido a ser la encarnación de lo que ella misma había abatido. Fácilmente puede el fenómeno repetirse en una escala mucho mayor".⁷ Hoy sabemos que los viejos dioses saben transmigrar. El propio Gandhi, viendo que todos los años de no-violencia venían a parar en las terribles violencias que caracterizaron la partición de la India en 1947, observaba con tristeza poco antes de su muerte: "El sentimiento de violencia que secretamente hemos alimentado, vuelve sobre nosotros y nos liamos a golpes cuando se trata de compartir el poder... Ahora que ha sido sacudido el yugo de la servidumbre, todas las fuerzas del mal salen a la superficie". Porque ni la no-violencia ni la violencia alcanzan la fuente del Mal. En plena guerra de 1940, por los mismos días en que abrazaba el partido de los Aliados* porque, "prácticamente", así era necesario proceder, Sri Aurobindo escribía a un discípulo: "Usted cree que cuanto ocurre en Europa es una guerra entre las potencias de la luz y las potencias de las tinieblas, pero esto no es más cierto ahora que durante la primera guerra mundial. Es una guerra entre dos especies de Ignorancia... El ojo del yogui no ve solamente los acontecimientos exteriores y los personajes y las causas exteriores, sino también las poderosas fuerzas que los precipitan a la acción. Si los hombres que combaten son instrumentos que se hallan en manos de los jefes de Estado y de los financieros, éstos, a su vez, son simples títeres que se hallan en las garras de fuerzas ocultas. Cuando se ha adquirido el hábito de contemplar las cosas hasta el

* Lo subrayado es nuestro.

fondo, ya no se inclina uno a conmoverse por las apariencias ni siquiera a esperar que los cambios políticos o sociales, o las mudanzas de índole, institucional, puedan poner remedio a la situación".⁸ Sri Aurobindo había cobrado consciencia de esas "enormes fuerzas" ocultas y de la infiltración constante de lo suprafísico en lo físico; sus energías no se desenvolvían ya en torno de un problema moral, hartado somero después de todo -violencia o no-violencia- sino alrededor de un problema de eficacia; y veía claramente, también por experiencia, que para curar el mal del mundo es preciso curar primero "lo que en el hombre se halla en la base" y que nada se puede curar afuera si no se cura primero lo de adentro, porque es la misma cosa; no se puede dominar lo externo si no se domina lo interior, porque es la misma cosa; no se puede transformar la materia externa sin transformar nuestra materia interior, porque es también y será siempre la misma cosa; no hay sino una Naturaleza, un mundo, una materia, y mientras queramos proceder al revés, a ninguna parte llegaremos. Y si nos parece que el remedio es difícil, entonces no queda ninguna esperanza para el hombre ni para el mundo, porque todas nuestras panaceas exteriores y nuestras morales de agua de rosas están condenadas a la nada y a la destrucción en manos de esas potencias ocultas: "La única solución -dice Sri Aurobindo- se halla en el advenimiento de otra consciencia que ya no será juguete de esas fuerzas, sino más poderosa que ellas, y que podrá obligarlas a cambiar o a desaparecer. Hacia esta nueva consciencia -supramental- se encaminaba Sri Aurobindo en medio de su propia acción revolucionaria.

Pero acaso encontraremos oculta adentro cuando todo lo demás haya fallado, la clave de la gran mutación.⁹

Nirvana

En 1906 Sri Aurobindo deja el Estado de Baroda para sumergirse en el núcleo de la agitación política, en Calcuta. Los yerros de Lord Curzon, gobernador de Bengala, habían suscitado la efervescencia de los estudiantes; era el momento de actuar. Juntamente con otro gran nacionalista -Bepin Pal-, Sri Aurobindo publica un periódico en lengua inglesa, *Bandé Mataram* ("Salud a la Madre India"), que estaba llamado a ser el primero en declarar públicamente el propósito de independencia total y a contribuir de manera poderosa al despertar de la India; funda por entonces un "partido extremista" y da forma a un programa de acción nacional: boicoteo de las mercaderías británicas, boicoteo de los tribunales británicos, boicoteo de las escuelas y de las universidades británicas; llega a ser director del primer "colegio nacional" en Calcuta y se agita de tal suerte que menos de un año después ya pesa sobre él una orden de captura. Infortunadamente para los ingleses, los artículos y los discursos de Sri Aurobindo eran legalmente irreprochables; él no predicaba el odio racial ni atacaba al gobierno de Su Majestad, simplemente declaraba el derecho de las naciones a la independencia. Falta de elementos, la acusación caía de su peso; sólo el impresor, que no sabía una sola palabra de inglés, fue condenado a seis meses de prisión. Este frustrado encarcelamiento hizo célebre a Sri Aurobindo; de entonces en adelante había de ser reconocido como dirigente del partido nacionalista y se veía compelido a salir de entre bastidores, donde él hubiera preferido quedarse: "Me importa un comino ver mi nombre

* A riesgo de incurrir en la reprobación de sus compatriotas. (Es preciso recordar que la India habla sufrido mucho bajo la dominación británica para no desentenderse de la suerte que los ingleses corrían en Europa bajo los ataques alemanes.)

grabado en vuestros sitios indeseables - dirá más tarde-, nunca he buscado la celebridad, ni siquiera en la vida política; prefería quedarme entre bastidores, impulsar a la gente sin que ella lo supiese, y que el trabajo fuese ejecutado".¹⁰ Pero nos equivocáramos si imaginásemos un Sri Aurobindo fanático; todos sus contemporáneos se sentían impresionados por ese "joven tranquilo que con una sola palabra imponía silencio en una reunión política tumultuosa". En medio de este hervidero exterior, entre las reuniones políticas y el periódico que debía hacer circular todas las mañanas y bajo la constante amenaza de la policía secreta, se encontró Sri Aurobindo el 30 de diciembre de 1907 con un yogui de nombre Vishnú Bhaskar Lelé, que había de aportarle una experiencia paradójica en su ya paradójica existencia.

Era ésta la primera vez que Sri Aurobindo se encontraba con un yogui, al menos voluntariamente, trece años después de haber llegado a la India. Esto equivale a decir que no confiaba en el ascetismo ni en los espiritualistas. El primer punto que le plantea, característico por lo demás, es el siguiente: "Yo quiero practicar el yoga para trabajar, para actuar, no para renunciar, ni siquiera por el Nirvana, al mundo". La respuesta de Lelé es extraña y digna de recordarse: "Para usted no debería de ser difícil, porque usted es poeta".¹¹ Luego se retiraron ambos a un aposento aislado y allí permanecieron tres días. Desde entonces, el yoga de Sri Aurobindo seguirá una curva imprevista que parecerá apartarlo de la acción, pero sólo para conducirlo al secreto de la acción y del cambio del mundo. "El primer resultado -escribe Sri Aurobindo- fue una serie de experiencias grandemente poderosas y de radicales cambios de consciencia que Lelé no había tenido nunca la intención de procurarme... y que eran de todo punto contrarios a mis propias ideas; me hicieron ver el mundo, con prodigiosa intensidad, como un juego cinematográfico de formas vacantes en la universalidad impersonal del Absoluto, Brahmán."¹²

En los inmensos espacios del yo,
el cuerpo, como una concha errante.¹³

De golpe se derrumbaba todo el yoga integral de Sri Aurobindo, todos sus esfuerzos de transformación mental, vital y física, y su fe en una vida terrena consumada, se disolvían en una enorme Ilusión; ya no quedaba nada, sino formas vacías. "Fui proyectado de repente a un estado alto, sin pensamiento, carente de todo movimiento mental o vital; no había ego ni mundo real; solamente, cuando «uno» miraba a través de los sentidos inmóviles, alguna cosa percibía o llevaba sobre su absoluto silencio un mundo de formas vacías, de sombras materializadas sin substancia verdadera. No había ni Uno, ni muchos, siquiera, sino sólo Aquello, absolutamente, sin rasgos, sin relaciones, puro, indescriptible, impensable, absoluto y, sin embargo, supremamente real y sólo real. Y no se trataba de una realización mental ni de nada que se percibiese en alguna parte, arriba; no era una abstracción, sino algo positivo, la única realidad positiva (si bien no se trataba de un mundo físico espacial) que henchía, ocupaba, inundaba más bien y ahogaba esta apariencia de mundo físico, no dejando ningún sitio, ningún espacio para ninguna otra realidad diferente, ni permitiendo que nada pareciese verdaderamente real, positivo o substancial. .. Esta experiencia me procuraba una Paz inefable, un gran silencio, una infinitud de redención y de libertad"¹⁴ Sri Aurobindo había entrado de rondón en eso que los budistas llaman Nirvana, el Brahmán silencioso de los hindúes, Aquello; el Tao de los chinos, lo Trascendente, el Absoluto, lo Impersonal de los Occidentales. Había alcanzado la célebre "liberación" (mukti) que se considera como la "cima" de la vida espiritual. ¿Qué habría, pues, más allá de lo

Trascendente? Y Sri Aurobindo comprobaba la palabra de Sri Ramakrishna, el gran místico de la India: "Si vivimos en Dios, el mundo desaparece; si vivimos en el mundo, Dios no existe ya". El abismo entre la Materia y el Espíritu que él había tratado de llenar, estaba de nuevo vivo bajo sus ojos abiertos; tenían razón los espiritualistas de Asia y del Occidente, que a los esfuerzos del hombre le asignan como único destino una vida en el más allá - paraíso, Nirvana o liberación-, en otra parte, pero no en este valle de tribulaciones o de ilusión. La experiencia de Sri Aurobindo estaba allí, irrefutable, ante sus ojos.

Ahora bien, esta experiencia, de la que se dice que es la postrera, había de ser para Sri Aurobindo el punto de partida de nuevas experiencias, más altas, que reintegraban en una Realidad total, continua y celeste, la verdad del mundo y la verdad del más allá. Aquí nos hallamos ante una experiencia central cuya comprensión importa al sentido mismo de nuestra existencia, porque de dos cosas, una: o bien la Verdad suprema no es de este mundo, como todas las religiones del orbe lo afirman, y perdemos nuestro tiempo en niñerías, o bien hay algo más de todo lo que se nos dice. Y el asunto es tanto más importante cuanto que no se trata de teoría, sino de experiencia. He aquí lo que al respecto dice Sri Aurobindo: "Noche y día viví en ese Nirvana antes de que él comenzase a admitir en sí otra cosa o a modificarse un tanto... luego empezó a desaparecer en una Supraconsciencia más grande, arriba... El aspecto ilusorio del mundo cedía el lugar a otro aspecto en que la ilusión no era ya sino un fenómeno de superficie, con una inmensa Realidad divina en el fondo, una suprema Realidad divina por arriba y una intensa Realidad divina en el corazón de todas las cosas, que al principio me habían parecido formas vacías o sombras cinematográficas. Y no era un nuevo encarcelamiento en los sentidos, ni una disminución o una caída de la experiencia suprema; antes por el contrario, era una elevación constante y una constante ampliación de la Verdad... El Nirvana se reveló, en mi consciencia liberada, como el comienzo de mi propia realización, un primer paso hacia la cosa completa, no la única realización posible ni siquiera la culminación definitiva".¹⁵

¿Qué es, pues, este Trascendente que parece situarse, no en la cima, sino a una altura muy mediana? Podríamos decir, para echar mano de una analogía muy simple pero cierta, que el sueño representa, con relación a la vigilia, un estado trascendente, pero que no es ni más alto ni más ni menos verdadero que la vigilia. Sencillamente, es otro estado de consciencia. Si nos apartamos de los movimientos mentales y vitales, es natural que todo se desvanezca; cuando uno se halla bajo los efectos de la anestesia, no se siente ya nada, como diría Perogrullo. Nos inclinamos naturalmente, a considerar que esta Paz inmóvil e impersonal es superior a nuestro bullicio, pero, después de todo, ese bullicio es sólo nuestro. Lo superior o lo inferior nada tienen que ver con el cambio de estado, sino con la calidad o con la altura de nuestra consciencia en el estado que se considere. Mas el paso por el Nirvana no se sitúa en lo más alto de la escala, así como el sueño o la muerte no están en la cima de la escalera; puede producirse en cualquier nivel de nuestra consciencia; puede producirse por una concentración en la mente, por una concentración en lo vital y aun por una concentración en la consciencia física; el hatha-yogui inclinado sobre su ombligo, o el basuto que danza en torno a su tótem, pueden pasar repentinamente a otra parte, si ese es su destino, a otra dimensión trascendental en que todo este mundo se reduce a nada, y lo mismo el místico absorto en su corazón, y el yogui concentrado en su mente. Porque, en realidad, uno no se eleva cuando pasa al Nirvana, sino que abre una brecha y sale. Sri Aurobindo no había sobrepasado el plano mental cuando tuvo la experiencia del Nirvana: "Yo tuve la experiencia del Nirvana y del silencio en Brahmán, mucho tiempo antes de tener el menor conocimiento de los planos espirituales que están arriba de la cabeza".¹⁶ Y

no fue precisamente sino después de haberse elevado a planos más altos, supraconscientes, cuando pasó por experiencias superiores al Nirvana, en que este aspecto ilusorio, inmóvil e impersonal, se fundía en una Realidad nueva que abrazaba a un tiempo mismo el mundo y el más allá del mundo. Ese fue el primer descubrimiento de Sri Aurobindo. "El Nirvana no es, no puede ser, el término del camino, sin nada más que explorar... es el término del camino inferior a través de la Naturaleza inferior y el comienzo de la evolución superior".¹⁷

De otro punto de vista, podemos también preguntarnos si la finalidad de la evolución es salir de ella, como lo piensan los adeptos del Nirvana y de todas las religiones que han fijado el más allá como objeto de sus esfuerzos; porque si sobrepasamos las razones sentimentales que constituyen el fundamento de nuestras creencias o de nuestra falta de creencias, para no mirar sino el proceso evolutivo, nos veremos forzados a comprobar que bien hubiera podido la Naturaleza operar esta "salida" cuando nos encontrábamos en una etapa mental elemental y cuando aún vivíamos como seres instintivamente intuitivos, abiertos, maleables. La humanidad de la época de los Vedas o la de los Misterios de la antigua Grecia, o aun la de nuestra Edad Media, se hallaba más próxima de la "salida" que nosotros y, si ese fuera en verdad el objeto de la Naturaleza evolutiva, admitiendo que la evolución no se produce al azar, sino conforme a un Plan, ese tipo de hombre es el que ella debiera haber estimulado; se podía fácilmente "saltar por cima del intelecto", como observa Sri Aurobindo en su *Ciclo Humano*,¹⁸ y pasar de ese estado de instinto evolutivo a un espiritualismo ultra terreno. El intelecto es una excrecencia perfectamente inútil si se considera que la finalidad de la evolución es la de salir de él. Ahora bien, parece que la Naturaleza haya desalentado esta intención primitiva, y que la haya recubierto como a propósito de una capa mental cada vez más densa, cada vez más compleja y universal, cada vez más inútil desde el punto de vista de la salida; todos sabemos de qué modo la maravillosa florescencia intuitiva de la India de los Upanishads en los comienzos de la historia, o la de la Grecia neo-platónica de principios de nuestra era, fueron niveladas en beneficio de una mentalización humana menos elevada, ciertamente, y más densa, pero más general. Podemos sólo plantear la cuestión, sin tratar de resolverla. Nos preguntamos si el sentido de la evolución es sencillamente el de erigir el edificio de la mente para luego demolerlo y volver a una fase religiosa. sub-mental o a-mental, o si, por el contrario, el de desarrollar la mente hasta el extremo,* como la evolución nos mueve a hacerlo, hasta que la mente agote sus pequeñeces y su bullicio superficial para desembocar en sus regiones superiores, supraconscientes, en una fase espiritual y supramental, en que la contradicción Materia-Espíritu se desvanecerá como un espejismo y en que ya no tendremos necesidad de "salir", porque estaremos por dondequiera Dentro.

Sería incorrecto, sin embargo, pensar que la experiencia del Nirvana es una experiencia falsa, una manera de ilusión de la ilusión; en primer lugar, porque no hay experiencias falsas, no hay sino experiencias incompletas, y luego, porque el Nirvana nos despoja en realidad de una ilusión. Nuestra manera habitual de ver el mundo está mutilada, es una especie de ilusión óptica muy eficaz -tan eficaz como la varilla que el agua presenta quebrada a nuestra vista-, pero tan errónea como la de la varilla. Es preciso "limpiar las puertas de la percepción", decía William Blake, y el Nirvana nos ayuda en esa labor de

* Tomemos buena nota de que el yoga de Sri Aurobindo, que trata de superar la Mente, está llamado a comenzar al final de la curva intelectual, y sería imposible -como lo veremos más adelante-, si no hubieran sido recorridos todos los grados intermedios. Hablar de "silencio mental" a un indígena de las islas Fidji o a un campesino bretón no tendría ningún sentido.

limpieza, aunque un tanto radicalmente, a decir verdad. Vemos un mundo plano, en tres dimensiones, con una multitud de seres y de objetos separados unos de otros, como lo están en el agua los dos pedazos de la varilla, pero en realidad es del todo diferente cuando se sube a un escalón más alto, en el Supraconsciente, así como es diferente también cuando se desciende a un escalón más bajo, a la etapa nuclear. La única diferencia entre la varilla quebrada y nuestra visión habitual del mundo es que en un caso se, trata de una ilusión óptica y en el otro de una ilusión seria. Continuamos viendo partida una varilla que en realidad no está quebrada. Que esa ilusión seria se halle adaptada a nuestra vida práctica actual y al nivel superficial en que se desarrolla nuestra existencia, es acaso una justificación de la ilusión, pero es también la causa de nuestra impotencia para dominar la vida, porque ver falsamente es lo mismo que vivir falsamente. El hombre sabio, a quien no conturba la visión de las apariencias, ve mejor y domina mejor también, pero su visión es asimismo incompleta y su dominio igualmente incierto; no ha dominado la vida, ni dominado siquiera las fuerzas físicas, sólo se ha servido de ciertos efectos de esas fuerzas, las más visibles inmediatamente. Este problema de visión no es solamente un problema de goce; no se trata de ver mejor para tener hermosas visiones de rosa y azul, que por lo demás no se sitúan muy arriba, sino para tener un dominio verdadero del mundo y de las circunstancias y de nosotros mismos, lo que es la misma cosa, porque nada se halla separado. Hasta hoy, los que han tenido algún acceso a ese mundo superior de visión (existen muchos escalones) no se han servido de ellos sino para sí mismos o no han sabido encarnar lo que veían, porque todo su esfuerzo se encaminaba -precisamente a salir de esa encarnación; pero esta actitud nebulosa, no es inevitable. Sri Aurobindo va a enseñarnoslo; no en vano había él preparado toda esta base material, mental, vital y psíquica.

El Nirvana representa, pues, una fase intermedia útil (pero no indispensable) en ese paso de la visión ordinaria a la otra visión; nos despoja de la ilusión completa en que vivimos. "Como por encantamiento, miran lo falso por lo verdadero", dice el Maitri Upanishad (VII, 10). Sri Aurobindo no emplea la palabra ilusión, sólo dice que vivimos en la Ignorancia. El Nirvana nos libera de nuestra Ignorancia, para caer en otra Ignorancia, porque la eterna dificultad de los hombres es que corren siempre de un extremo al otro; se sienten siempre obligados a negar una cosa para afirmar otra; se ha tomado, pues, una fase intermedia por un final, como también se han tomado como final otras grandes experiencias espirituales, cuando en verdad no existe ningún final, sino "una elevación constante, una ampliación constante de la Verdad".¹⁹ Podríamos decir que la fase nirvánica o religiosa representa, en general, en la medida en que se halla fija en el más allá, una primera fase de evolución, a fin de apartarnos de cierta manera falsa de ver el mundo, y que su utilidad es esencialmente pedagógica. El hombre que se ha despertado, el hombre verdaderamente nacido, debe prepararse a un próximo estado evolutivo, y pasar del religioso centrado en el otro mundo al espiritual centrado en la Totalidad. Entonces nada está excluido, todo se ensancha. El aspirante integral deberá, por consiguiente, mantenerse en guardia, porque las experiencias interiores, que conciernen a la substancia íntima de nuestro ser, son siempre irrefutables y decisivas cuando se producen; son deslumbradoras en todos los niveles -recordemos lo que decía Vivekananda cuando hablaba del Nirvana: "Un océano de paz infinita, sin una onda, sin un soplo"- y es grande la tentación de echar allí las anclas como en el abra definitiva. Sólo transmitiremos este consejo que daba la Madre a los aspirantes: "Cualesquiera que sean la naturaleza, el poder y lo maravilloso de una experiencia, es preciso no ser dominados por ella al punto de que llegue a gobernar todo nuestro ser... Cuando de una o de otra manera entráis en relación con una fuerza o una consciencia que sobrepasa la vuestra,

en vez de ser enteramente subyugados por esta consciencia o por esta fuerza, es menester no olvidar nunca que no se trata sino de una experiencia entre miles de millares más y que, por consiguiente, esa experiencia no tiene un carácter absoluto. Por muy bella que ésta sea, vosotros podéis y debéis tener mejores; por muy excepcional que sea, hay otras que son mucho más maravillosas; y por muy alta que sea, siempre podréis subir más en el futuro".

Sri Aurobindo vivió meses en ese Nirvana antes de desembocar en otra parte. Lo extraño es que en ese estado haya podido continuar editando un periódico, concurrir a reuniones secretas y hasta pronunciar discursos políticos. La primera vez que tuvo que hablar en público, lo cual ocurría en Bombay, expresaba así su aprieto a Lelé:

"El me pedía que orase, pero yo me hallaba tan absorbido en la consciencia del Brahmán silencioso, que no podía orar... Me respondió que eso no tenía importancia; él y algunos otros harían sus plegarias, yo no tenía sino ir a la reunión pública e inclinarme ante el auditorio como si éste fuese Narayana;* luego esperar, y el discurso me vendría de otra fuente distinta de la mente".²⁰ Sri Aurobindo hizo cuanto se le ordenaba y el discurso descendió como si fuese dictado. "Y desde entonces, todas las palabras, todos los escritos, todos los pensamientos y las actividades exteriores llegaban a mí de la misma fuente, que se hallaba por cima de la mente cerebral".²¹ Sri Aurobindo había entrado en contacto con el Supraconsciente. Vale la pena, por lo demás, recordar este discurso de Bombay: "Tratad de realizar esta Fuerza en vosotros -decía a los nacionalistas militantes- y de extraerla de vosotros; que cada cosa que hagáis no sea ya vuestra acción, sino la acción de la Verdad en vosotros. Porque no sois vosotros, sino algo en vosotros (lo que actúa). ¿Qué pueden todos esos tribunales, qué todos los poderes del mundo contra Eso que está en vosotros, ese Inmortal, ese No-nacido, este Imperecedero que la espada no puede traspasar ni el fuego consumir? La prisión no puede encerrarlo, ni el patíbulo acabar con El. ¿Qué podríais temer, si sois conscientes de El, que está en vosotros?".²²

Al amanecer del 4 de mayo de 1908, la policía británica llegó a despertarlo pistola en mano. Sri Aurobindo tenía treinta y seis años. Acababa de fallar un atentado contra un magistrado británico de Calcuta; la bomba había sido fabricada en el jardín donde Barin, su hermano, entrenaba a algunos "discípulos".

* Uno de los nombres de lo Supremo.

XI

LA UNIDAD

Sri Aurobindo había de pasar un año en la prisión de Alipor en espera del veredicto. Ninguna responsabilidad le cabía en el fallido atentado; la organización de la lucha rebelde nada tenía que ver con los actos individuales de terrorismo. "Cuando fui detenido y llevado con precipitación a la cárcel de Lal Bazar, mi fe se sintió vacilante por un momento, porque no conseguía yo penetrar Sus designios. Yo estaba conturbado y clamaba a El desde mi corazón: «¿Qué me ha ocurrido? Creía que mi cometido fuese el de trabajar por mi país y que mientras no hubiera dado cima a mi labor, contaría con Tu protección. ¿Por qué, pues, estoy aquí, bajo semejante imputación?» Pasó primero un día, luego otro. Al tercer día una voz se hizo oír dentro de mí: «Espera y mira», dijo. Entonces recobré la calma y esperé. Fui transferido a la prisión de Alipor y quedé incomunicado durante un mes. Esperé allí, día y noche, oír dentro de mí la voz de Dios y enterarme de lo que El quería que yo hiciese. Luego recordé que un mes antes de mi arresto, un llamado interior me había ordenado abandonar toda actividad y dirigir mi atención al interior de mí mismo a fin de entrar en comunión más estrecha con El. Yo era débil y no pude atender aquel llamamiento. Estaba muy apegado al trabajo que tenía entre manos;* la arrogancia de mi corazón me movía a pensar que sin mí la labor podía venir a menos, o aun fracasar y perderse de todo punto; no quería yo apartarme de ella. Me parecía que El hablaba aún y me decía: «Los lazos que no has tenido el valor de romper, yo los he roto por ti, porque no era mi intención ni mi voluntad que continuases en ello. Otro designio he formado para ti y por esa causa te he traído a este lugar, a fin de enseñarte todo cuanto no podías aprender por ti solo, y prepararte para mi trabajo»".¹ Este "trabajo" había de ser la realización de la consciencia cósmica o Unidad, y la exploración de los planos de consciencia superiores a la mente ordinaria, o Supraconsciente, que estaba llamada a poner a Sri Aurobindo en la pista del Gran Secreto. "De todo cuanto me ocurrió durante este período, no me siento inclinado a decir sino que, día tras día, El me mostró Sus maravillas... Durante doce meses de prisión, El me dio, día tras día, el Conocimiento".²

Consciencia Cósmica

Sri Aurobindo había vivido por varios meses en una especie de sueño fantasmagórico y vacío que se recortaba en la sola Realidad estática de lo Trascendente; sin embargo, en medio de este Vacío y como salido de él, de modo extraño entró de nuevo el mundo con una nueva faz, como si cada vez fuese menester perderlo todo para recobrarlo todo en una unidad superior: "Dominada, subyugada, inmovilizada, liberada de sí misma, la mente toma este Silencio por lo Supremo. Pero el explorador descubre en seguida que todo se halla dentro de ese Silencio, contenido y como hecho de nuevo... entonces comienza el vacío a henchirse y de él emana o se precipita en él la innumerable diversidad de la Verdad divina y los niveles sin número de un Infinito dinámico".³ No habiendo visto sino un infinito estático, no hemos visto sino un aspecto de Dios, y lo hemos excluido del mundo (y acaso valdría más un mundo que considerásemos vacío de Dios, que un mundo lleno de un Dios

* La independencia de la India.

solemne y justiciero), mas cuando el Silencio ha lavado todas nuestras solemnidades, grandes y pequeñas, dejándonos en blanco por un tiempo, el mundo y Dios se encuentran en todos los grados y en todos los puntos, como si nunca hubiesen estado separados, a no ser por exceso de materialismo o de espiritualismo, En el patio de la cárcel de Alipor fue donde tuvo lugar este nuevo cambio de consciencia, durante la hora de marcha: "Yo veía los muros que me aislaban de los hombres, y no eran ya altas murallas las que me aprisionaban, no, por cierto, sino Vasudeva* quien me circundaba. Yo marchaba bajo el follaje del árbol, frente a mi celda, mas no era un árbol, yo sabía que era Vasudeva, que era Sri Krishna, lo que yo veía allí, de pie, deparándome su sombra. Yo miraba los barrotes de mi celda, la reja que hacía de puerta, y veía también a Vasudeva. Era Narayana* quien montaba la guardia, Narayana el centinela. Y cuando me tendía sobre las mantas de crin que me habían dado a guisa de lecho, sentía los brazos de Sri Krishna en torno mío, los brazos de mi Amigo, de mi Amante... Miraba a los prisioneros del lugar, a los ladrones, a los homicidas, a los estafadores y, viéndolos, veía a Vasudeva, era Narayana quien se hallaba en esas almas ensombrecidas y en esos cuerpos mal empleados".⁴ La experiencia no había de abandonar ya a Sri Aurobindo. Los seis meses que duró el proceso, con unos doscientos testigos y cuatro mil piezas en el expediente, fue Sri Aurobindo encerrado cada día en una jaula de hierro en medio del tribunal, pero no era ya una muchedumbre hostil ni jueces lo que él veía: "Cuando la causa se abrió, la misma visión me seguía. Me dijo El: «Cuando te pusieron en la prisión no desfalleció tu ánimo ni me preguntaste: ¿Dónde está Tu protección? Mira ahora a esos jueces, mira al procurador del Rey». Yo veía y no era al juez a quien miraba, sino a Vasudeva, no era sino Narayana quien se hallaba sentado allí, en el banco. Yo miraba al procurador y no era al procurador a quien veía, era Sri Krishna el que estaba allí sentado y me sonreía. «¿Tienes miedo ahora?, me dijo, Yo estoy en todos los hombres y gobierno sus actos y sus palabras»".⁵ Porque, en verdad, Dios no está fuera de Su mundo, El no ha "creado" el mundo; El ha venido a ser el mundo. Dice el Upanishad: "El se ha convertido en conocimiento y en ignorancia, El ha venido a ser la verdad y la falsía... El se ha convertido en todo lo que es" (Taittiriya Upanishad II, 6). "Todo este mundo está lleno de seres que son Sus miembros" dice el Swetaswara Upanishad (IV, 10). "Para el ojo que ve, todo es el Uno; para la experiencia divina, todo es un bloque de lo Divino".

Fácilmente creemos que se trata en este caso de una visión meramente mística del universo, sin medida común con nuestras realidades; a cada paso tropezamos con la fealdad, con el mal; este mundo está lleno de sufrimiento, rebosante de gritos oscuros; ¿dónde, pues, está allí lo Divino? ¿Lo Divino esta barbarie siempre dispuesta a abrir sus campos de tortura? ¿Lo Divino este egoísmo sórdido, esta maldad que se oculta o se expande? La pureza de Dios es ajena a todos estos crímenes, El es perfecto, El no puede ser todo eso -neti neti-. Dios es tan puro que no puede ser de este mundo, que no hay lugar para El en todo este cieno en que ya nosotros nos ahogamos. "Si nuestro propósito es el llegar a una solución verdadera, cualquiera que ésta sea, es preciso contemplar de frente la existencia. Y ver cara a cara la existencia es lo mismo que ver a Dios frente a frente... Este mundo de nuestra batalla y de nuestra tribulación es un mundo feroz y peligroso, un mundo destructor y voraz en que la vida es precaria, en que el alma y el cuerpo del hombre se mueven en medio de grandes peligros, en que cada paso hacia adelante, lo queramos o no lo queramos, aplasta y destruye alguna cosa, en que cada soplo de vida es también un soplo de

* Uno de los nombres de lo Divino.

muerte. Echar sobre un Diablo semi-omnipotente la responsabilidad de todo cuanto nos parece malo o terrible, o desentenderse de ello diciendo que el mal forma parte de la Naturaleza, creando de tal modo una oposición irreductible entre la naturaleza del mundo y la naturaleza de Dios, o imputar la responsabilidad al hombre y sus pecados como si el hombre hubiese intervenido en la formación del mundo o como si él pudiese crear algo contra la voluntad de Dios, son expedientes torpes y muy cómodos... Erigimos un Dios de Amor y de Misericordia, un Dios del Bien, un Dios justo, recto y virtuoso conforme a nuestro concepto moral de la justicia, de la virtud y del pensamiento correcto, y todo lo demás, decimos, no es El, no es Suyo, no es sino la obra de algún Poder diabólico que por alguna razón ha dejado El cumplir su voluntad proterva, o de algún tenebroso Ahimán que hace contrapeso a nuestro gracioso Ormazd, o aun, se dice, que fue culpa del hombre egoísta y pecador que ha pervertido todo cuando en un principio Dios había hecho bien... Es menester contemplar de frente la realidad, hacerlo valerosamente y ver que Dios y nadie sino El es quien de Su ser ha hecho este mundo y que El lo ha hecho tal como el mundo es. Es preciso ver que la Naturaleza devoradora de sus hijos, y el Tiempo que se ahíta de la vida de las criaturas, y la Muerte universal e ineluctable, y la violencia de las fuerzas de Rudra* en el hombre y en la Naturaleza, son, asimismo, la Divinidad suprema bajo uno de sus aspectos cósmicos. Es preciso ver que el Dios creador, pródigo y benéfico, el Dios que guarda y salva, la misericordia poderosa, es también el Dios que devora y el Dios que destruye. De su mano procede el lecho de angustia y de mal en que somos destrozados y de su mano también la alegría y la dulzura y el goce. Sólo cuando vemos con los ojos de la unión completa y cuando sentimos esta verdad en el fondo de nuestro ser, somos capaces de descubrir de todo punto, tras esta máscara, la calma y la hermosa faz de Aquel que es todo-felicidad, y de sentir en la mano que pone a prueba nuestra imperfección, la mano del amigo y del arquitecto del Espíritu en el hombre. Las discordias de los mundos son las discordias de Dios y solamente aceptándolas y progresando a través de ellas seremos capaces de llegar a las altas concordias de Su suprema armonía y a las cimas, a las inmensidades vibrantes de su Ananda** trascendente y cósmica... Porque la verdad es el fundamento de la auténtica espiritualidad y el valor es su alma".⁷

Se halla, pues, restañada la herida que parecía dividir el mundo entre Satán y el cielo, como si no hubiese otra cosa que el Bien y el Mal, el Mal y el Bien solamente, y nosotros entre los dos, "como un niño que necesita de mimos o de azotes para conocer los caminos de la virtud".⁸ Todo dualismo es una visión de la Ignorancia; no existe por doquiera sino "el Uno innumerable", A y las "discordias de Dios para que el dios se desarrolle en nosotros. Sin embargo, un abismo queda aún entre esta imperfección -divina acaso- y la última Perfección. ¿No es este Divino cósmico un Divino venido a menos? ¿No es a otro lugar hacia donde debemos encaminarnos, hacia un Divino sin mancha, trascendente y perfecto? "Acaso exista una oposición entre la vida espiritual y la vida del mundo, pero ello es para tender un puente sobre este abismo que aquí constituye el explorador integral; el hombre se halla aquí a efecto de hacer de esta oposición una armonía. Acaso se halle el mundo gobernado por la carne y por el diablo, pero ésta es una razón de más para que los hijos de la Inmortalidad vengan aquí mismo a conquistar el mundo para Dios y para el Espíritu. Acaso la vida misma sea una locura, pero justamente por eso tantos millones de almas esperan que se les aporte la luz de la razón divina; acaso la vida sea un sueño, pero un

* Una de las formas de lo Divino.

** La alegría divina.

sueño real mientras uno está dentro, real para tantos soñadores a quienes debe enseñárseles a tener sueños más nobles o a despertarse; y si es una mentira, es necesario entonces dar la verdad a los que están engañados".

Mas nuestro espíritu está inquieto; tal vez aceptemos ver a Dios en todo este mal y en todo este sufrimiento; tal vez aceptemos comprender que el oscuro enemigo que nos agobia es en verdad el constructor de nuestra fuerza, el secreto forjador de nuestra consciencia; tal vez aceptemos ser, como los rishis de antaño, los "guerreros de la Luz en este mundo ensombrecido. Mas ¿por qué esta oscuridad? ¿Por qué El, a quien concebimos eternamente puro y perfecto, ha venido a ser este mundo tan poco divino en apariencia? ¿Por qué tenía El necesidad de la Muerte y de la Mentira y del Sufrimiento? Si es una máscara, ¿cuál es la razón de ser de esta máscara?, y si es una ilusión, ¿por qué este juego cruel?... Acaso, después de todo, sea una bendición que el Señor no haya hecho el mundo conforme a nuestra idea de la perfección, porque nosotros tenemos tantas ideas acerca de lo "perfecto", acerca de lo que Dios debe ser y, sobre todo, respecto de lo que El no debe ser, que al fin de cuentas, a fuerza de recortar todo cuanto sobresale, no queda ya nada en nuestro mundo sino un enorme Cero que no toleraría siquiera la impureza de nuestra existencia, o un cuartel. "La virtud -observa la Madre- ha empleado siempre su tiempo en suprimir elementos de la vida, y se hubiesen puesto juntas todas las virtudes de los diversos países del mundo, muy pocas cosas quedarían en la existencia". Porque nosotros no conocemos sino un tipo de perfección, el que elimina, no el que todo lo abarca; mas la perfección es una totalidad. Porque no vemos sino un segundo de la Eternidad y porque este segundo no contiene todo cuanto nosotros quisiéramos ver y tener, nos lamentamos y decimos que este mundo está mal hecho; mas si salimos de nuestro segundo para entrar en la Totalidad, todo cambia y se contempla la Perfección en obra. Este mundo no es un mundo acabado, sino un mundo que deviene, es una conquista progresiva de lo Divino por lo Divino y para lo Divino, a efecto de llegar a ser "el sin fin que debemos ser".¹¹ Nuestro mundo se halla en evolución y la evolución tiene un sentido espiritual.

"La tierra de millones de caminos se afanaba hacia la divinidad".¹²

¿Qué sabemos nosotros, por cierto, del gran viaje terreno? Nos parece tortuoso, cruel, impuro, mas nosotros acabamos apenas de nacer, apenas hemos salido de la Materia, cenagosos, pequeños, dolientes, como un dios en una tumba, que no sabe más, y que busca, que tropieza por dondequiera. Mas ¿qué otro nacimiento, qué memoria recobrada, qué poder recuperado no nos esperan más allá, en nuestro camino? Este mundo es una senda, y nosotros no sabemos aún toda la historia.

Búscales sobre la tierra...
Porque tú eres El, oh Rey. Sólo la noche
se halla sobre tu alma
por tu propia voluntad. Apártala y recobra
la totalidad serena
que tú eres en verdad.¹³

El Ser Central - La Persona Universal

Tú eres El, tal es la verdad eterna -Tat tvam asi-, tú eres Aquello. Tal es la Verdad que

enseñaban los antiguos Misterios y que las religiones ulteriores olvidaron. Tras haber perdido el secreto fundamental, cayeron en todos los dualismos desorientadores, substituyendo con oscuros misterios el gran Misterio que era muy sencillo. "Yo y el Padre una cosa somos", decía el Cristo (Juan 10, 30), "Yo soy El", dicen los sabios de la India – so'ham-, porque esa es la verdad que descubren todos los hombres libres, de Asia o de Occidente, del pasado o de nuestros días. Porque ese es el Hecho eterno que nosotros todos debemos descubrir. Y este "yo" que proclama su Identidad con Dios, no es el yo de ningún individuo privilegiado -como si todavía quedase lugar para un pequeño yo personal y exclusivo en esta deslumbradora apertura, como si el sabio de los Upanishads, o los rishis o el Cristo hubiesen adquirido para sí solos la filiación divina-; no es sino la voz de todos los hombres, fundida en una consciencia cósmica, y nosotros somos todos los hijos de Dios.

Existen dos maneras o etapas de hacer este Descubrimiento. Consiste la primera en descubrir el alma, el ser psíquico, eternamente uno con lo Divino, pequeño fragmento luminoso de esta gran Luz: "El Espíritu que se halla aquí abajo en el hombre y el Espíritu que está arriba en el Sol, son, en verdad, un solo Espíritu, y no existe otro", dice el Upanishad;* "El hombre que piensa «El es otro y otro soy yo», ése no es".** Este descubrimiento del Espíritu interno es lo que, hace seis o siete mil años, llamaban los Vedas "el nacimiento del Hijo": "Nosotros hemos visto su masa de rojo vivo; un gran dios interno ha sido liberado de la oscuridad" (Rig-Veda V, 1, 2), y en un lenguaje de poder deslumbrador los rishis védicos afirmaban la eterna Identidad del Hijo y del Padre, y la transmutación divina del hombre: "¡Libera a tu Padre! Consérvalo a salvo en tu morada; tu Padre que se convierte en tu Hijo y que te lleva" (Rig-Veda V, 3, 9).

Y desde el momento en que nacemos podemos ver que esta alma que está en nosotros, es la misma que se halla en todos los seres humanos, y no solamente en los seres, sino en las cosas, latente, no revelada: "El es el hijo de las aguas, el hijo de los bosques, el hijo de las cosas que carecen de movimiento y el hijo de las cosas que se mueven. El está aun en la piedra" (Rig-Veda V, 1, 70). Todo es uno porque todo es el Uno. ¿No decía el Cristo, por ventura, "Este es mi cuerpo, esta es mi sangre", tomando estos dos símbolos del pan y el vino -lo más materiales, por cierto, y los más humildes- para indicar que esta Materia es también el cuerpo del Uno, que esta Materia es también la sangre de Dios?*** Y si El no se hallase ya en la piedra, ¿cómo hubiera podido nunca venir al hombre, y por cuál miraculosa caída del cielo? Nosotros somos fruto de una evolución, no de una sucesión de milagros arbitrarios: "Todo el pasado de la tierra está en nuestra naturaleza humana... la naturaleza misma del ser humano implica una fase material y una fase vital que han preparado el florecimiento de su mente, y un pasado animal que ha modelado los primeros elementos de su compleja humanidad. Y no vamos a decir que la Naturaleza material desarrolló primero, por medio de la evolución, nuestra vida y nuestro cuerpo, luego nuestra mente animal, y que solamente después de haberlo hecho, un alma descendió a la forma de tal modo creada... porque ello supondría un abismo entre el alma y el cuerpo, entre el alma y la vida, entre el alma y la mente, un abismo que no existe; no hay cuerpo sin alma, ni cuerpo que no sea en sí una forma de alma; la Materia misma es una substancia y un poder del Espíritu y

* Taittiriya Upanishad. X

** Brihadaranyaka Upanishad I, 4, 10

*** Ver Sri Aurobindo Eighth Upanishads X. XI

no podría existir de otro modo que no sea substancia y poder de lo Eterno..."¹⁴ "Lo que es mudo y ciego, y el animal irracional, es también Aquello, no menos que la existencia humana consciente y refinada o que la existencia animal. Todo este devenir infinito es un nacimiento del Espíritu de las formas".¹⁵

Cuando hemos abierto las puertas de lo psíquico, una primera fase de la consciencia cósmica se descubre. Mas lo psíquico que crece, la consciencia-fuerza que se individualiza y viene a ser cada vez más compacta, adentro comprimida, no siente ya satisfacción en esta estrecha forma individual; sintiéndose una con Aquello, quiere ser vasta como Aquello, universal como Aquello, y recobrar su ingénita Totalidad. "Ser y ser plenamente, tal es el fin que la Naturaleza persigue en nosotros... y ser plenamente, es ser todo lo que es".¹⁶ La totalidad es para nosotros necesaria porque nosotros somos la Totalidad; el ideal que nos reclama, el propósito que mueve nuestros pasos, no se hallan en verdad adelante; no tiran de nosotros, sino que nos impelen, están atrás, y adelante, y adentro. La evolución es el eterno brote de una flor que ha sido flor desde siempre jamás. Sin esta simiente en el fondo, nada se movería, porque nada tendría necesidad de nada. Esa es la Necesidad del mundo. Ese es nuestro ser central. El es el hermano de luz que surge a veces cuando todo parece zozobrar en la desesperanza, la soleada memoria que nos da vueltas y revueltas y que no nos dejará punto de reposo hasta que hayamos recobrado todo nuestro Sol. Ese es nuestro centro cósmico, así como lo psíquico era nuestro centro individual. Mas este ser central no se sitúa en algún lugar de algún punto; él está en todos los puntos; se halla, de modo inconcebible, en el corazón de toda cosa y abraza todas las cosas a un tiempo; está supremamente dentro, y supremamente arriba, y abajo y por doquiera, es un "punto gigante".¹⁷ Y cuando lo hemos hallado, lo hemos hallado todo, todo está en él; el alma adulta vuelve a su origen, el Hijo vuelve a ser el Padre; o más bien el Padre, que había venido a ser el Hijo, vuelve a ser El mismo: "Los muros que aprisionaban nuestro ser consciente han caído por tierra, demolidos; todo sentimiento de individualidad y de personalidad se ha perdido, toda impresión de situación en el espacio y en el tiempo y en la acción y en las leyes de la Naturaleza, desaparece; ya no hay ego, ni persona definida y definible, sino solamente la consciencia, solamente la existencia, solamente la paz y la beatitud; uno viene a ser la inmortalidad, viene a ser la eternidad, viene a ser la infinitud. Del alma personal ya no queda sino un himno de paz y de libertad, una beatitud que en alguna parte vibra en lo Eterno".¹⁸

Nos hemos creído pequeños y separados los unos de los otros; un hombre, mas un hombre en medio de cosas separadas, y teníamos necesidad de esta separación para desarrollarnos bajo la envoltura, de lo contrario no hubiéramos pasado de ser una masa indiferenciada en el plasma universal, un miembro del rebaño sin vida propia. Por esta separación hemos podido llegar a ser conscientes; por esta separación no somos de todo punto conscientes; y sufrimos, porque nuestro sufrimiento se debe a que nos hallamos separados, separados de los demás, separados de nosotros mismos, separados de las cosas y de todo, porque nos hallamos fuera del único punto en que todo se reúne.

El único medio de remediarlo es el de recobrar consciencia;
y es cosa sencilla.
No hay sino un origen.
Este origen es la perfección de la Verdad,
porque ella es la sola cosa que de veras existe.
Exteriorizándose, proyectándose, diseminándose,

ha producido cuanto vemos
y un cúmulo de pequeños cerebros, muy gentiles y brillantes,
en busca de lo que no han encontrado aún,
pero que pueden encontrar un día,
porque cuanto buscan está en su interior.
El remedio se halla en el centro del mal.*

Cuando hayamos sufrido lo bastante, vida tras vida de esta larga evolución, cuando hayamos crecido lo bastante para percatarnos de que todo nos llega de, afuera, de una Vida más grande que la nuestra, de una Mente, de una Materia más vastas que las nuestras, universales, sonará para nosotros la hora de encontrar conscientemente todo cuanto éramos inconscientemente desde siempre, una Persona universal: "¿Por qué habías de limitarte? Siente que tú estás en la espada que te hiere y en los brazos que te estrechan, en el beso del sol y en la danza de la tierra, en todo lo pasado, en todo cuanto ahora es y en todo lo que se esfuerza por llegar a ser. Porque tú eres infinito y toda esta alegría está para ti abierta".¹⁹

Conocimiento por Identidad

Pensaremos tal vez que este conocimiento cósmico es una especie de súper-imaginación poética y mística, una mera subjetividad sin alcances prácticos. Podríamos, sin embargo, preguntarnos primero lo que "objetivo" y "subjetivo" significan, porque si tomamos lo llamado objetivo como el único criterio de la verdad, todo este mundo corre el riesgo de escurrírsenos entre los dedos, como no dejan de proclamarlo nuestro arte, nuestra pintura y nuestra ciencia desde hace cincuenta años, no dejándonos sino algunas migajas de provisiones ciertas. Verdad es que el asado de vaca es más universalmente cierto y, por lo consiguiente, más objetivo que la alegría de los últimos cuartetos de Beethoven; mas nosotros hemos despojado al mundo, no lo hemos enriquecido. Realmente la oposición es falsa: lo subjetivo es una fase avanzada o preparatoria de lo objetivo; cuando todo el mundo haya realizado la consciencia cósmica o simplemente la alegría de Beethoven, acaso tendremos el fenómeno objetivo de un universo menos brutal.

Sri Aurobindo no era hombre que podía darse por satisfecho con ensueños cósmicos. La autenticidad de la experiencia y su eficacia práctica pueden verificarse inmediatamente por medio de una prueba muy sencilla: la aparición de un nuevo modo de conocimiento, por identidad; se conoce una cosa porque uno es esa cosa. La consciencia puede desplazarse a cualquier punto de su universal realidad, colocarse sobre cualquier ser, sobre cualquier acontecimiento y conocerlo en seguida íntimamente, como uno conoce las palpitations de su propio corazón, porque todo ocurre adentro, nada está ya fuera ni separado; ya lo decía el Upanishad: "Cuando se conoce Aquello, se conoce todo".* Los primeros síntomas de esta nueva consciencia son muy tangibles: "Se comienza a sentir que también los demás forman parte de uno mismo o que son repeticiones diversas de uno mismo, el mismo yo modificado por la Naturaleza en otros cuerpos. O se siente por lo menos que los demás viven en un yo universal más vasto que es ya nuestra propia realidad superior. De hecho, todo comienza a cambiar de naturaleza y de aspecto; toda nuestra experiencia del mundo es radicalmente distinta de la de los hombres encerrados en un yo personal. Comienza uno,

* La Madre, en una plática con los jóvenes del Ashram.

* Shandilya Upanishad II, 2.

igualmente, a conocer las cosas por otra clase de experiencia, más directa, que no depende de la mente externa ni de los sentidos. Las posibilidades de error no desaparecen, empero, porque ello no es posible en tanto que la mente siga siendo el instrumento que transcribe el conocimiento, pero hay un nuevo modo, más vasto y profundo, de sentir, de ver, de conocer, de entrar en relación con las cosas, y los confines del conocimiento pueden ser llevados a un grado casi ilimitado".²⁰

Este nuevo modo de conocimiento no es por cierto diferente del nuestro; en realidad, secretamente toda experiencia, todo conocimiento, de cualquier orden que sea, desde el más bajo nivel material hasta las grandes alturas metafísicas, es un conocimiento por identidad: conocemos porque somos lo que conocemos. "El verdadero conocimiento -dice Sri Aurobindo- no se alcanza por medio del pensamiento. Es lo que vosotros sois, lo que vosotros llegáis a ser".²¹ Sin esta secreta identidad, sin esta total unidad subyacente, nada podríamos conocer del mundo ni de los seres; cuando Ramakrishna, viendo al lado suyo azotar un buey, gritaba de dolor y sangraba, o cuando el vidente sabe que tal objeto se encuentra escondido en tal lugar, o cuando el yogui cura a centenas de kilómetros de distancia a un discípulo enfermo, o cuando Sri Aurobindo impide que el ciclón penetre en su aposento, sólo son casos que ilustran de modo palpable un fenómeno natural; lo natural no es la separación, ni lo distinto, sino la unidad indivisible de todas las cosas. Si los seres y los objetos fueran diferentes de nosotros, si estuviesen separados de nosotros, si no fuéramos nosotros, en esencia, este ciclón, aquel buey, aquel tesoro escondido, este discípulo enfermo, no solamente no podríamos actuar sobre ellos, ni sentirlos ni conocerlos, sino que aún serían sencillamente invisibles, inexistentes para nosotros. Sólo lo semejante puede conocer lo semejante, sólo lo semejante puede actuar sobre lo semejante. No podemos conocer sino lo que nosotros somos: "Nada puede ser enseñado a la inteligencia que no sea ya secretamente conocido, que no se halle, en potencia, en el alma que se expande. Asimismo, toda la perfección de que el hombre exterior es capaz, no es más que la realización de la eterna perfección del Espíritu que mora en él. Conocemos lo Divino y llegamos a ser lo Divino, porque ya lo somos en nuestra íntima naturaleza. Toda enseñanza es una revelación; todo devenir, un nacimiento. Descubrirse uno mismo es el secreto; el conocimiento de sí y una consciencia siempre más amplia constituyen el medio y el procedimiento".²²

Nos hemos separado del mundo y de los seres a lo largo de los milenios de nuestra evolución, hemos "egoizado", endurecido algunos átomos de este Gran Cuerpo, y hemos dicho "nosotros-yo" contra todos los demás igualmente endurecidos bajo la corteza egoísta, y habiéndonos separado, nada podíamos ver de lo que antaño era nosotros, en la gran Unidad-Madre. Y entonces hemos inventado ojos, manos, sentidos, una mente para volver a juntar todo cuanto habíamos excluido de nuestro gran Ser, y hemos creído que sin esos ojos, esos dedos, esa cabeza, no podríamos saber nada; pero no es otra cosa sino obra de nuestra ilusión separatista; nuestro conocimiento indirecto recubre y nos oculta el reconocimiento inmediato sin el cual nuestros ojos, nuestros dedos, nuestra cabeza y aun nuestros microscopios no podrían percibir nada, ni comprender nada ni hacer nada. Nuestros ojos no son órganos de visión, sino órganos de división; y cuando el Ojo de la Verdad se abre en nosotros, esos binóculos y esas muletas están de más. Nuestro viaje evolutivo, finalmente, es una lenta reconquista de lo que habíamos excluido un recobro de Memoria; nuestro progreso no se mide por la suma de nuestros inventos -fue no son sino otros tantos medios de acercar artificialmente lo que habíamos alejado-, sino por la suma reintegrada del mundo que reconocemos como nosotros mismos.

Y esta es la alegría -Ananda-, porque ser todo lo que es equivale a poseer la alegría de todo lo que es.

"La beatitud de miríadas de miríadas que son uno".²³

"¿Cómo podría ser engañado, por qué había de afligirse el que ve por doquiera la Unidad?"*

* Isha Upanishad 7.

XII

EL SUPRACONSCIENTE

El Enigma

Un triple cambio de consciencia marca, pues, nuestro periplo sobre la tierra: el descubrimiento del ser psíquico o Espíritu inmanente, el descubrimiento del Nirvana o Espíritu trascendente y el descubrimiento del ser central o Espíritu cósmico. Este es, probablemente, el sentido verdadero de la trinidad Padre, Hijo y Espíritu Santo de que habla la tradición cristiana. No tenemos nosotros que decidir sobre la excelencia de una o de otra de estas experiencias, sino verificarlas nosotros mismos: "Las filosofías y las religiones discuten acerca del orden de prelación de los diferentes aspectos de Dios, y algunos yoguis, algunos rishis o algunos santos han dado preferencia a esta filosofía o a aquella religión. Nuestro cometido no consiste en discutir sobre esos aspectos, sino en realizarlos todos, en llegar a serlos todos; no debemos afanarnos por una realización que excluya las demás, sino abarcar a Dios en todos sus aspectos y por cima de todo aspecto".¹ Tal es el sentido del yoga integral. Bien podemos preguntarnos si más allá de este triple descubrimiento no hay algo más, pues por muy alto que cada uno de ellos pueda parecer a la experiencia, ninguno nos da la integral plenitud a que aspiramos, sobre todo si consideramos que la tierra también y el individuo deben formar parte de esa plenitud. Si descubrimos el ser psíquico, ello en verdad encarna una gran realización, cobramos consciencia de nuestra divinidad, pero ésta queda limitada al individuo, no derriba los muros personales en que nos hallamos encerrados; si descubrimos el ser central, ello representa asimismo una gran realización, el mundo se convierte en nuestro propio ser, pero al mismo tiempo perdemos a nuestro individuo, porque sería erróneo de todo punto pensar que es el señor Pérez quien se encuentra sentado en medio de su consciencia cósmica y quien goza de perspectiva, pues ya semejante señor Pérez no existe; y si descubrimos lo Trascendente, también se trata de una realización muy elevada por cierto, mas a un tiempo mismo perdemos al individuo y al mundo. Ya para siempre no queda sino Aquello fuera del juego. Teóricamente podemos decir que Padre, Hijo y Espíritu Santo son uno -teóricamente podemos decir cuanto nos venga en gana-, pero prácticamente cada uno de estos cambios de consciencia le parece a la experiencia separado del otro por un abismo. Y mientras no hayamos encontrado el camino de experiencia que nos permita conciliar este triple hiato entre el panteísta, el individualista y el monista, no habrá plenitud ni para el individuo ni para el mundo. No nos basta con encontrar nuestro centro individual sin la totalidad del mundo, ni la totalidad del mundo sin nuestro individuo, y menos aún con encontrar la Paz suprema, si ésta disuelve el mundo y nuestro individuo: "¡Yo no quiero ser azúcar - exclamaba el gran Ramakrishna-, yo quiero comer azúcar!" En este mundo caótico, mortificante, en que es preciso devenir, actuar y hacer frente a las cosas, tenemos necesidad de ser. Sin este ser, nuestro devenir se desparrama en la confusión. Mas sin este devenir, nuestro ser se desvanece en un "Cero beatífico".² Y sin individuo ya nada nos importan las maravillosas realizaciones espirituales, porque ya no hay "nosotros". Esta es la contradicción que debemos resolver, mas no en términos filosóficos, sino en términos de vida y de poder de acción. Hasta ahora parece inexistente o desconocido este camino

conciliador; a ello obedece el que todas las religiones y todas las espiritualidades hayan colocado al Padre trascendente en la cima de la jerarquía, fuera de esta aciaga historia, y nos invitan a buscar en otra parte la totalidad a que aspiramos. Sin embargo, la intuición nos dice que si nosotros, seres en un cuerpo, aspiramos a la totalidad, es porque esta totalidad está allí, y porque es posible en un cuerpo, pues de lo contrario no aspiraríamos a ella; lo que llamamos "imaginación" no existe, no hay imaginaciones, sino realidades diferidas o verdades que aguardan su hora. A su manera, Julio Verne da testimonio de ello. ¿No hay, por ventura, otro descubrimiento que hacer, un cuarto cambio de consciencia que haya de mudarlo todo?

En su jaula de hierro en medio del tribunal, había llegado Sri Aurobindo al término del camino; uno a uno había realizado lo Inmanente, lo Trascendente, lo Universal: aquella jaula no encerraba ya sino un cuerpo; él podía situarse en su consciencia dondequiera que lo quisiese. Acaso se recordase de un individuo de nombre Aurobindo que, desde Cambridge y los años de Occidente, no había cesado de amasar consciencia en ese cuerpo, y he aquí que la Consciencia infinita estaba presente, pero que ese cuerpo seguía siendo un cuerpo entre millones de cuerpos sometidos a las mismas leyes de la Naturaleza, y continuaba sintiendo hambre y sed y tal vez enfermándose a veces, lo mismo que los demás cuerpos, y avanzando, de modo lento pero seguro, hacia la desintegración. La consciencia es vasta, luminosa, inmortal, pero abajo todo continúa sin cambio. Y como sus ojos veían con toda claridad, como no lo engañaban las máscaras que la moral o la decencia sobreañaden, acaso viese también, en el subconsciente, la mueca animal bajo la Consciencia infinita y el barro material intacto bajo la hermosa aureola; abajo todo continúa sin alteración, nada cambia. Tal vez veía igualmente todos los demás sí-mismos detrás de la jaula, que continuaban juzgando, que seguían entregados al odio y al sufrimiento. ¿Quién está a salvo? ¿Nada se salva si no se salva todo! ¿Y qué hacía esta Consciencia infinita por todo este mundo, su mundo? Ella ve, y sabe, pero ¿qué puede ella? ¿No se había puesto él en camino, un día, en Baroda, para actuar, para poder? Y mira por doquiera en su consciencia infinita, posee la inmensa alegría de lo alto -"¡la alegría ríe desnuda en las cimas del Absoluto!"³ ¿Pero qué puede su alegría si lo alto no se halla por doquiera en lo de abajo? Abajo todo continúa igual, todo sufre, todo muere. Sri Aurobindo no escuchaba siquiera a los jueces ni daba respuesta a las preguntas de que dependía su vida, sólo escuchaba la Voz que repetía: "Yo te guío; no temas nada. Ocupate del Trabajo para el cual te he traído a la prisión", y Sri Aurobindo mantenía los ojos cerrados en su jaula, y buscaba... ¿No había acaso una totalidad de lo alto que fuese también la totalidad de lo de abajo? ¿Terminaba, pues, el camino con esta "dorada impotencia?"⁴ ¿Cuál era el sentido de todo este viaje?

El alma, que por alguna razón inexplicable había descendido a esta Materia, o se había convertido más bien en esta Materia, evoluciona lentamente en el curso de las edades; crece, se individualiza a través de los sentidos, de su mente, de sus experiencias, se recuerda cada vez más de su divinidad perdida o sumergida, de su consciencia en medio de su fuerza, se encuentra a sí misma después y vuelve finalmente a su Origen, trascendente y nirvánico o cósmico, según su destino o sus inclinaciones. ¿No era, pues, toda esta historia sino un largo y laborioso tránsito de lo Divino a lo Divino a través del oscuro purgatorio de la Materia? Mas, ¿por qué este purgatorio, por qué esta Materia? ¿Por qué entrar alguna vez para salir de nuevo? Se dirá que las beatitudes cósmicas o nirvánicas del final bien valen todo el trabajo que uno se toma para alcanzarlas. Es posible, pero mientras tanto la tierra sufre; nosotros brillamos arriba en nuestras sublimes beatitudes, pero las torturas, las enfermedades, la muerte se multiplican y se acrecientan; nuestra consciencia cósmica no

establece ninguna diferencia respecto del destino de la tierra, y menos aún nuestro Nirvana. Se dirá que los demás no tienen sino hacer otro tanto, no tienen sino despertarse también de su error; convenido; pero cabe preguntarse aún en este caso, ¿por qué la tierra, si es simplemente para despertarse del error de la tierra? Nosotros decimos "la caída", decimos Adán y Eva o algún absurdo pecado que ha pervertido todo cuanto Dios había hecho perfecto en su origen, ¡mas todo es Dios! La serpiente del Paraíso -si es que hubo alguna vez una serpiente- era Dios, y lo son también Satán y sus Pompas y sus Obras, porque no hay más sino Dios. ¿O será Dios tan atolondrado que cae sin darse cuenta, o tan sádico que juega a caer en error para luego tener la beatitud de salir de Su error? ¿No es otra cosa sino un error la tierra? Porque si esta tierra no tiene sentido para la tierra, si el sufrimiento del mundo no tiene sentido para el mundo, si sólo es un campo de transición para purificarse de alguna falta absurda, entonces nada ni nadie, ninguna beatitud eterna, ningún éxtasis final, excusarán nunca este inútil interludio; Dios no tenía necesidad de entrar en la Materia, si era para luego salir de ella; Dios no necesitaba de la Muerte ni de Sufrimiento, ni de la Ignorancia, si este Sufrimiento, esta Muerte y esta Ignorancia no tienen en sí su propio sentido; si, al fin y al cabo, esta tierra y este cuerpo no son la sede de un Secreto que todo lo muda y no el instrumento de una purificación y de una huída.

Yo no me remonto a tu Día sin fin,
así como he rechazado tu Noche eterna...
Tus servidumbres de la tierra más grandes son, oh rey,
que todas las gloriosas libertades del cielo...
Muy lejos de los hombres que sufren se hallan para mí tus cielos.
Imperfecta es la alegría no de todos compartidas.⁵

Mas si contemplamos aún este enigma, este centro de alma en cuyo rededor gira todo el misterio, nos resulta forzoso ver que no necesita ser "salvado" como suele decirse, que es libre para siempre jamás, puro, del todo salvo en su luz; desde el instante en que uno entra, con los ojos abiertos, ve claramente que ese centro es maravillosamente divino y leve, intocado por todo el cieno que se arroja sobre él; es la tierra la que hay que salvar, porque la tierra pesa; es la vida lo que hay que salvar, porque la vida muere. ¿Dónde, pues, se halla la simiente de esta Liberación? ¿Dónde el Poder que libera? ¿Dónde el bien verdadero del mundo? Tienen razón los espiritualistas que quieren hacernos gozar de la suprema levedad del alma; pero también asiste la razón a los materialistas que cavan en la Materia y quisieran extraer grandes maravillas de semejante crasitud. Mas ellos no poseen el Secreto, nadie es dueño del Secreto. Las maravillas de los unos carecen de alma, las de los otros no tienen cuerpo. Sí, el cuerpo que en un principio no parecía sino un oscuro instrumento de liberación del Espíritu, es acaso justamente, paradójicamente, la sede de una totalidad desconocida del Espíritu, es acaso justamente, paradójicamente, la sede de una totalidad desconocida del Espíritu: "Eso que parece no ser sino instrumento es, en verdad, la clave de un secreto sin el cual lo que es fundamental no revelaría todo su misterio".⁶ "Ocúpate del Trabajo", decía la Voz, y ese Trabajo no consistía en sobrenadar en las beatitudes cósmicas, sino en hallar aquí abajo, en este cuerpo y para la tierra, un nuevo camino llamado a conciliar en una misma y única conciencia la libertad de lo Trascendente, la inmensidad viviente de lo Cósmico y la alegría de un alma individual en una tierra consumada y en una vida más cierta. Porque "el verdadero cambio de conciencia -dice la Madre- es el que

mudará las condiciones físicas del mundo y hará de él una nueva creación".

Las condiciones del descubrimiento

Si queremos "transformar las condiciones físicas del mundo", es decir, las llamadas "leyes" naturales que gobiernan nuestra existencia y la del mundo, y si queremos llevar a bien esta transformación por medio del poder de la consciencia, dos condiciones deben cumplirse: por una parte, trabajar en el propio cuerpo individual sin evadirse al más allá, porque este cuerpo es el punto de inserción de la consciencia en la Materia, y, por otro lado, descubrir el principio de consciencia que estará dotado del poder de transformar la Materia. Ahora bien, ninguna de las consciencias o niveles de consciencia conocidos hasta hoy por la humanidad ha tenido el poder de realizar este cambio, ni la consciencia mental, ni la consciencia vital, ni la consciencia física desde luego. Verdad es que, a fuerza de disciplina, algunos individuos han podido desafiar las leyes naturales, y triunfar de la gravedad, del frío o del hambre o de las enfermedades, etc.; mas en primer lugar, se trataba de cambios individuales en ningún momento transmisibles; luego, no eran verdaderas transformaciones de la Materia: las leyes que rigen el cuerpo siguen siendo esencialmente lo que siempre han sido; sólo algunos efectos particulares, en apariencia sobrenaturales, han venido a superponerse, más o menos momentáneamente, a lo natural. Podemos mencionar el ejemplo de otro yogui revolucionario, compañero de Sri Aurobindo, que fue mordido en cierta ocasión por un perro rabioso; empleando la fuerza de su consciencia, consiguió anular en seguida los efectos del virus y vivir sin preocuparse del incidente (observemos, de paso, que si ese yogui se hubiese encontrado en perfecto estado de consciencia no hubiera podido ser mordido). Luego, un día perdió la paciencia en el curso de una reunión política particularmente turbulenta y montó en cólera contra uno de los oradores. Pocas horas después moría en medio de los terribles dolores de la rabia. Todo su poder dependía sólo del dominio de su consciencia, y desde el momento en que esta consciencia le falló, todo volvió a ser lo que era antes, porque las leyes del cuerpo no habían sido cambiadas, sino amordazadas solamente. En consecuencia, para alcanzar la transformación tal como Sri Aurobindo y la Madre lo consideran, no se trata de obtener poderes "sobrenaturales" más o menos momentáneos que vengan a pegarse a lo natural, sino de una verdadera transformación. Además, si deseamos una realización valedera para la tierra toda, es preciso que este nuevo principio de existencia, llamado supramental por Sri Aurobindo, se instale definitivamente entre nosotros, en algunos primero y luego, por irradiación, en cuantos se hallen preparados para ello, así como el principio mental o como el principio de vida se han establecido definitiva y naturalmente sobre la tierra. En otras palabras, se trata de crear sobre la tierra una superhumanidad divina, no sometida ya más a las leyes de la ignorancia, del sufrimiento y de la descomposición.

Bien puede la empresa parecernos grandiosa o fantástica, pero sólo porque la contemplamos en la escala de unas cuantas décadas; estaría de todo punto conforme con la línea evolutiva. Si se considera, en efecto, que todo este devenir terrestre es un devenir del Espíritu en las formas, que todos estos nacimientos humanos no son otra cosa sino un crecimiento del alma o del Espíritu en el hombre, cabe dudar que el Espíritu se dé siempre por satisfecho de la estrechez humana, así como puede dudarse al término del viaje, que El quiera simplemente retornar a su Gloria y a su Alegría supraterrena, de donde, después de todo, no tenía necesidad de salir. Allí está la Luz, eterna, ya está allí, allí está siempre inmutable, ¡para El no representa una conquista! Pero la Materia... he ahí un cielo por

edificar. ¿Quiere El, por ventura, conocer esta misma Gloria y esta Alegría en condiciones al parecer contrarias a las suyas, en una vida sitiada por la muerte, la ignorancia, la oscuridad, y en la innumerable diversidad del mundo en vez de una blanca unidad? Entonces esta vida y esta Materia tendrían sentido; no sería ya un purgatorio o un vano tránsito hacia el más allá, sino un laboratorio en el cual, paulatinamente, a través de la Materia, la planta, el animal y luego el hombre cada vez más consciente, el Espíritu elabora al superhombre o al dios: "El alma no ha terminado su obra simplemente con haber llegado a ser humana; todavía tiene que desarrollar su humanidad y sus posibilidades superiores. Evidentemente, el alma que mora en un caníbal o en un primitivo ignorante, en un apache de París o en un gánster norteamericano, en modo alguno ha agotado la necesidad del nacimiento humano, no ha desarrollado todas sus posibilidades o el sentido total de la humanidad, ni manifestado todo el sentido de Sat-Chit-Ananda en el Hombre universal; ni el alma que reside en un europeo vitalista absorbido por sus preocupaciones dinámicas y sus placeres vitales, ni el campesino de Asia hundido en la ronda ignorante de su vida doméstica y económica. Aún se puede razonablemente dudar de que Platón o Shankara constituyan la culminación y, en consecuencia, el florecimiento del Espíritu del hombre. Nos sentimos inclinados a creer que ellos señalan el límite, porque, justamente con algunos otros de su talla, parecen encarnar el punto más alto que la mente y el alma del hombre pueden alcanzar; pero esto bien puede ser la ilusión de nuestras actuales posibilidades... El alma tiene un pasado prehumano, y tiene un futuro sobrehumano".⁷

Sri Aurobindo no es un teórico de la evolución, es un práctico de ella. Todo cuanto ha podido decir o escribir acerca de la evolución se funda en su propia experiencia; no lo hemos anticipado sino a efecto de dar mayor claridad a las investigaciones que a tientas llevaba él a cabo en la prisión de Alipor. Ahora bien, claramente veía Sri Aurobindo que esta inmensidad cósmica, beatífica, no era por cierto el lugar del trabajo, y que era necesario descender de nuevo hacia el cuerpo, humildemente, y buscar dentro. No preguntaremos, sin embargo, si "la transformación" debe operarse por el poder de la consciencia y no por obra de un mecanismo externo, ¿qué consciencia más alta puede darse que la consciencia cósmica? ¿No se ha alcanzado por ventura la cima de la escala y, por lo tanto, el límite de los poderes? La pregunta es importante si deseamos comprender el proceso práctico del descubrimiento y hacer nosotros mismos, eventualmente, la experiencia. Podemos responder con dos observaciones. Primero, no basta con alcanzar altos poderes de consciencia, es preciso alguien que los encarne, de lo contrario seremos como el cazador que en el extremo de sus gemelos conquistaba tesoros maravillosos. ¿Dónde está ese alguien en la consciencia cósmica? No hay nadie... Una analogía actual nos iluminará mejor: se puede disparar un cohete hacia el sol y acaso se alcance el punto culminante del mundo, pero no el grado más alto del hombre, que no habrá avanzado una pulgada. Nuestro cohete habrá salido de la atmósfera terrestre. Igualmente, el yogui se concentra en un punto de su ser, reúne todas sus energías en el cono de un cohete, hace una brecha en la envoltura y sale a otra parte, a otra dimensión, cósmica o nirvánica. Mas ¿quién ha realizado la consciencia cósmica? No el yogui, por cierto. El yogui continúa bebiendo, sigue alimentándose y durmiendo, enfermándose a veces, como todos los seres humanos, y muere un día. No, no es él; es un minúsculo punto de su ser el que ha realizado la consciencia cósmica, ese punto en el cual se ha concentrado con tanto ahínco para salir de él. Y todo lo demás, toda esta naturaleza humana y terrestre que el yogui ha excluido precisamente y que ha rechazado o mortificado para concentrarse en ese solo punto de evasión, no participa de su consciencia cósmica, a no ser por irradiación indirecta. Sri

Aurobindo hacía, pues, una primera comprobación, muy importante, a saber: que una realización lineal, en un punto, no basta, y que es preciso una realización global, en todos los puntos, que abarque la totalidad del individuo. "Si deseáis transformar vuestra naturaleza y vuestro ser -dice la Madre- y si queréis participar en la creación de un mundo nuevo, esta aspiración, este punto agudo y lineal no basta ya; es menester englobarlo todo, contenerlo todo en su consciencia". De ahí el yoga integral o "yoga pleno", purna yoga. Fíemos querido desembarazarnos del individuo como (le un peso engorroso que nos impide revolotear a gusto en los espacios espirituales o cósmicos, pero sin él nada podemos hacer por la tierra, no podemos conseguir que descendan nuestros tesoros de arriba; "Hay algo más que el estallido simple y puro de una ilusoria concha individual en el Infinito".⁸ Y Sri Aurobindo nos conduce a una primera conclusión: "Bien podría ser que el ahogamiento del individuo sea el ahogamiento del dios en el hombre".⁹

Una segunda observación, más importante aún, se impone. Para volver a la analogía del cohete, digamos que éste puede abrir una brecha en la atmósfera terrestre; puede ser disparado de Nueva York o del Ecuador, y llegar al sol. ¡Mas no es menester trepar a la cumbre del Everest para instalar allí las rampas de lanzamiento! Asimismo, el yogui puede realizar la consciencia cósmica no importa en qué punto de su ser, no importa en qué nivel, en su mente, en su corazón o aun en su cuerpo, porque el Espíritu cósmico se halla por doquiera, en todos los puntos del universo, y porque no importa dónde puede comenzar la experiencia, no importa en qué fase, poniendo la atención en una piedra o en una golondrina, en una idea o una plegaria, en un sentimiento o en eso que desdeñosamente llamamos un ídolo. La consciencia cósmica no es el punto supremo de la consciencia humana; para llegar a ella no damos un solo paso por cima del individuo, sino lo damos hacia afuera: no es necesario elevarse en la consciencia, ni es preciso ser Plotino para ver el Espíritu universal; antes por el contrario, cuanto menos ambiciosa es la mente tanto más fácil viene a ser la experiencia; un pastor que vive a cielo descubierto o un pescador de Galilea tienen mayores oportunidades que todos los pensadores del mundo juntos. ¿De qué sirve, pues, todo este desarrollo de la consciencia humana, si una campesina mística puede conseguir mucho más? Nos vemos compelidos a reconocer o que vamos por camino equivocado o que las evasiones místicas no contienen todo el sentido de la evolución. Una vez asentado lo anterior, si admitimos que la línea evolutiva por seguir sea la de las altas cumbres de la consciencia terrestre -la de un Leonardo da Vinci, la de un Beethoven, un Alejandro el Grande, un Dante-, nos vemos obligados a comprobar que ninguna de esas altitudes ha sido capaz de transformar la vida. Ni las cumbres de la mente o del corazón, ni las cimas cósmicas nos procuran la clave del enigma ni el poder de cambiar el mundo; es preciso otro principio de la consciencia. Mas un principio sin solución de continuidad con los precedentes, porque si hay ruptura de la línea o pérdida del individuo, volvemos a caer en los transportes cósmicos o místicos, sin lazo alguno con la tierra. Ciertamente, la consciencia de la Unidad y la consciencia trascendente constituyen las bases indispensables de toda realización (si ellas faltan, sería igual que construir sin cimientos una casa), mas deben alcanzarse por otros medios respetuosos de la continuidad evolutiva. Una evolución es necesaria, no una revolución. En suma, se trata de salir sin salir de allí nunca. En vez de un cohete que vaya a aniquilarse en el sol, se necesita un cohete que se adueñe del Sol de la consciencia suprema y que tenga el poder de hacerla descender de nuevo a todos los puntos de nuestra consciencia terrestre: "La consciencia última es esa que percibe y acepta a Dios en el universo y más allá del universo, y el yogui integral es aquel que, habiendo encontrado lo Trascendente, puede volver al universo y poseer el universo, conservando a voluntad el

poder tanto de bajar como de subir por la gran escala de la existencia".¹⁰ Este doble movimiento de ascensión y de descenso de la conciencia individual constituye el principio básico del descubrimiento supramental. Mas, a medio camino había Sri Aurobindo de tocar un resorte desconocido que había de desquiciarlo todo.

La ascensión de la conciencia

No basta con decir en qué consiste el descubrimiento de Sri Aurobindo, debemos saber de qué modo es también accesible para nosotros. Mas es muy difícil dar un esquema y afirmar: "Este es el camino", porque el desarrollo espiritual se adapta siempre a la naturaleza de cada uno, y por lo tanto no se trata de enseñar una rareza, sino de enseñarse a sí mismo, y no hay dos naturalezas semejantes. "El ideal que se propone nuestro yoga no es el de ligar toda la vida espiritual ni todas las investigaciones espirituales. La vida espiritual no puede formularse en una definición rígida ni encerrarse en una ley mental invariable; es un enorme campo de evolución, un inmenso reino potencialmente más vasto que los demás reinos de abajo, con centenares de provincias, millares de tipos, de fases, de formas, de caminos, de variaciones en el ideal espiritual y de grados en la espiritual progresión".¹¹ Nosotros sólo podemos dar algunas orientaciones, y nos sentiremos felices de que cada cual encuentre la luz que iluminará su propio camino. Será preciso recordar en todo momento que el verdadero sistema de yoga consiste en coger el hilo de la propia conciencia, -ese "hilo brillante" de que hablaban los rishis *- , en aferrarse a él y en ir hasta el fin.

Ya que la conciencia cósmica y el Nirvana no nos procuran la clave evolutiva que buscamos, reanudemos con Sri Aurobindo nuestra investigación en el punto en que él la había dejado en Baroda antes de sus dos grandes experiencias. La ascensión en el Supraconsciente es la primera etapa. A medida que el aspirante establece el silencio mental, que pacifica su cuerpo vital, y que se libera de su absorción en lo físico, la conciencia se desentiende de las múltiples actividades en que se hallaba inextricablemente embargada, desparramada, y, tal como lo hemos dicho, adquiere una existencia independiente. Es como un ser que está adentro, una Fuerza que vibra de modo cada vez más intenso. Y mientras más crece menos satisfecha se siente de hallarse encerrada en un cuerpo; nosotros nos percatamos primero en el sueño, luego en nuestras meditaciones y finalmente con los ojos bien abiertos, de que es una fuerza radiosa. Mas este movimiento lateral, si así puede decirse, en la Mente universal, en lo Vital universal, en lo Físico universal, no es por cierto su único movimiento. Esa fuerza quiere subir. Y este impulso ascendente no es el fruto indefectible de una disciplina consciente, puede ser más bien una necesidad natural, espontánea (es menester no olvidar nunca que nuestro esfuerzo en esta vida es solamente la continuación de nuestros esfuerzos de muchas otras vidas, de ahí la desigualdad de desarrollo de los individuos y la imposibilidad de establecer reglas fijas). Instintivamente puede sentirse algo por cima de la cabeza, algo que tira de nosotros, como un espacio o una luz, o como un polo que es la fuente de todos nuestros actos y de nuestros pensamientos, o como una zona de concentración en la parte alta del cráneo. El aspirante no ha reducido su Mente al silencio simplemente por el gusto de ser como un tocón, su silencio no es muerte, está vivo; se posa arriba porque siente que arriba se vive. El silencio no es un fin, es un medio, como el solfeo para atrapar la música, y las músicas son muy numerosas. Día tras día, a medida que su conciencia se concreta, pasa por centenares de minúsculas experiencias,

* Rig Veda X, 53

casi imperceptibles, que dimanan de ese Silencio de arriba: no piensa en nada y, de repente, un pensamiento lo cruza -ni siquiera un pensamiento, un relámpago y sabe exactamente lo que debe hacer, cómo debe hacerlo, hasta en sus más pequeños pormenores, como las piezas de un rompecabezas que se montan en un abrir y cerrar de ojos, y con una completa seguridad (abajo, la incertidumbre total; siempre puede esto ser otra cosa); o bien un pequeño choque lo alcanza: "Ve a ver a fulano", y obedece, y "por casualidad" esta persona tiene necesidad de él; o "No hagas esto o aquello", él persiste, sin embargo, y comete una falta grave; o, sin razón, se ve impelido hacia un lugar en que encuentra exactamente las circunstancias llamadas a ayudarlo; y si un problema se presenta, él se queda inmóvil, silencioso, apela a lo alto y la respuesta viene clara, irrefutable. O si habla o escribe, de modo muy concreto puede sentir en lo alto una extensión, de donde él extrae el pensamiento, como el hilo de un capullo luminoso; no se mueve, únicamente mantiene el contacto y transcribe; nada ocurre en la cabeza. Mas si permite a su mente inmiscuirse, todo se desvanece, o más bien se pervierte, porque la mente trata de copiar las intimaciones (es un simio inveterado) y toma sus fuegos fatuos por iluminaciones. Y mientras mayor atención aprende el aspirante a dar a las voces de lo alto y a obedecer tales intimaciones (que no son imperativas ni ruidosas, sino apenas perceptibles, como un hálito, pensadas apenas, sentidas solamente, pero pasmosamente rápidas), más numerosas se volverán, más exactas e irresistibles, y poco a poco verá que todos sus actos, hasta los de menor importancia, pueden ser soberanamente guiados por esta fuente silenciosa de lo alto; que todos sus pensamientos emanan de ella, luminosos, sin discusión, que una especie de conocimiento espontáneo florece en él. Comienza a vivir de pequeños milagros continuos: "Si los hombres entreviesen solamente los goces infinitos, las fuerzas perfectas, los luminosos horizontes de conocimiento espontáneo, las serenas extensiones de nuestro ser, que nos esperan en las alturas que nuestra evolución animal no ha conquistado aún, todo lo abandonarían y no se darían punto de reposo hasta haber adquirido esos tesoros. Mas el camino es estrecho, difíciles de franquear las puertas, y el temor, la duda, el escepticismo están allí, como tentáculos de la Naturaleza que nos impiden abandonar el pasto ordinario".¹²

Una vez que esta extensión de arriba se haya concretado y adquirido vida, como una playa de luz en lo alto, sentirá el aspirante la necesidad de entrar en comunicación directa, de expandirse con amplitud, porque también sentirá con creciente agudeza que la vida de abajo, la mente de abajo, son estrechas, falaces, una manera de caricatura; tendrá la impresión de golpearse por dondequiera, de no estar en ninguna parte cómodo, y que todo, las palabras, las ideas, los sentimientos, son falsos, estridentes; que eso no es eso, nunca eso, sino siempre cerca, siempre más o menos, siempre por debajo. A veces, en el sueño, como un signo precursor, nos veremos tal vez envueltos en una luz deslumbradora, tan deslumbradora que de modo instintivo nos cubrimos los ojos; "el sol es oscuro en esos casos -dice la Madre-". Entonces será preciso hacer que crezca, que crezca esta Fuerza interna, esta Conciencia-Fuerza que camina a tientas hacia lo alto, impulsarla por medio de nuestra propia necesidad de otra cosa, de una vida más cierta, de un conocimiento más verdadero, de una relación más auténtica con el mundo y los seres -"... nuestro mayor progreso es una necesidad que se ahonda"-;¹³ será preciso rechazar todas las construcciones mentales que a cada instante tratan de acaparar el hilo luminoso, mantenerse en estado de apertura, y ser muy grande para las ideas. Porque no tenemos necesidad de ideas sino de espacio: "No sólo hay que destruir la trampa de la mente y de los sentidos, sino hurtarle el bulto a la trampa del pensador, a la trampa del teólogo y del fundador de religiones, y

escapar de las redes de la Palabra y de la esclavitud de la Idea. Todo esto se halla en nosotros, pronto a emparedar al Espíritu en las formas; pero nosotros debemos ir siempre más allá, renunciar de continuo a lo menor por lo más grande, a lo finito por lo Infinito; debemos estar siempre apercebidos para avanzar de iluminación en iluminación, de experiencia en experiencia, de estado de alma en estado de alma... y no apegarnos a nada, ni siquiera a las verdades más sólidamente arraigadas en nosotros, porque son formas solamente y expresiones de lo Inefable, y lo Inefable rehúsa limitarse en ninguna forma, en ninguna expresión; nosotros debemos estar abiertos siempre a la Palabra de lo alto que no se encierra en su propio sentido, y a la luz del Pensamiento que trae en sí sus propios contrarios".¹⁴ Luego, un día, a fuerza de necesidad, a fuerza de ser como una masa comprimida, las puertas se abrirán: "La consciencia se eleva -dice la Madre-, rompe esta recia envoltura, allí, en la parte del cráneo, y se emerge a la luz".

"Una blanca tranquilidad ardiente en lo alto".¹⁵

Esta experiencia es el punto de partida del yoga de Sri Aurobindo. Es el nacimiento en el Supraconsciente, el tránsito de un pasado que nos ata a un futuro que ve. En vez de estar abajo, siempre bajo un peso, se está arriba y se respira: "La consciencia ya no se halla encerrada en un cuerpo o limitada por él; siente que está no sólo arriba del cuerpo, sino extendida en el espacio; el cuerpo está por debajo de esta alta estación y envuelto en la consciencia expandida... se convierte sólo en una circunstancia en la amplitud del ser y su parte instrumental... Cuando esta alta estación se encuentra definitivamente establecida, en realidad ya no se desciende, a no ser con una fracción de la consciencia que puede venir a trabajar al cuerpo o en niveles inferiores, mientras el ser estacionado de modo permanente en lo alto, dirige toda la experiencia y todo el trabajo".¹⁶

¿Éxtasis?

Una vez operado el desprendimiento, se trata de proceder lenta y sistemáticamente. El primer movimiento de la consciencia es, en efecto, el de enderezar su vuelo directamente hacia lo alto, como si fuese aspirada, con una sensación de ascenso infinito, igual que un cohete, luego la estabilización en una especie de Nirvana luminoso. La beatitud que acompaña a este nacimiento en la "cima" (al menos en lo que parece ser la cima) o a esta disolución, es tan irresistible que parecería incongruente volver a bajar a los niveles intermedios para explorar algo; eso sería como decaer; ya no se tiene sino un deseo: el de mantenerse tan inmóvil como sea posible para no estrujar esta Paz del todo unida. En realidad, uno no se ha percatado de que puedan existir niveles intermedios entre la salida por la parte alta del cráneo y la fusión "en lo alto"; deslumbrado como el ternuzuelo que abre los ojos a la luz, el aspirante no se reconoce, todo lo mezcla en una especie de blanco, o de blanco azulado, y pierde el asidero, es decir, que cae en trance o en "éxtasis" como se dice en Occidente, o en samadhi como se dice en la India. Y cuando vuelve de ello, el aspirante no ha avanzado más que antes. "En su prisa de llegar... (el aspirante) supone que nada existe entre la mente pensante y el Altísimo, y, cerrando los ojos en su samadhi, trata de precipitarse tan rápidamente como le es posible, sin ver siquiera los grandes y luminosos reinos del Espíritu que entre ambos se extienden. Acaso consiga su propósito, mas solamente para adormecerse en el infinito".¹⁷

Como es natural, el aspirante dirá que es un estado maravilloso, inefable, supremo, y es verdad, pero como observa la Madre: "Se puede decir cuanto se quiera, porque uno de nada se acuerda... Ciertamente, entráis en samadhi cuando salís de vuestro ser consciente y

entráis en una parte de vuestro ser que es de todo punto inconsciente, o más bien, en un dominio en que no tenéis ninguna consciencia correspondiente... Os encontráis en el estado impersonal; es decir, un estado en que sois inconscientes, y a esto obedece, naturalmente, el que no os acordéis de nada, porque de nada habéis sido conscientes. Sri Aurobindo decía que el éxtasis es una forma superior de inconsciencia. Bien podría ser que eso que llamamos Trascendente, Absoluto, Supremo, no sea el aniquilamiento extático de que con frecuencia hemos oído hablar, sino solamente el límite de nuestra consciencia actual; tal vez sea absurdo decir: "Aquí acaba el mundo y allí comienza lo Trascendente", como si hubiese una grieta entre los dos, porque lo Trascendente puede comenzar en el ápice de la razón de un pigmeo y el mundo desvanecerse no más arriba del intelecto. No hay grieta alguna, a no ser en nuestra consciencia. Acaso consista precisamente el progreso de la evolución en explorar zonas de consciencia cada vez más avanzadas en un inagotable Trascendente, que, a la verdad, no se sitúa en "lo alto" o en otra parte de este mundo, sino aquí abajo, por dondequiera, revelándose lentamente a nuestra mirada; porque si en nuestra prehistoria, un día se situó lo Trascendente un tanto arriba del protoplasma, no fue porque haya dejado el mundo del protoplasma para refugiarse más arriba, por cima del batracio, del chimpancé y luego del hombre, en una especie de carrera en que él se ve excluido poco a poco, sino porque nosotros dejamos la inconsciencia primitiva para vivir un poco más adelante, en un Trascendente por doquiera presente.*

Así, en vez de desvanecerse en la cima, o en lo que él toma por la cima, y de creer que su éxtasis es un signo de progreso, el aspirante deberá comprender que es el signo de una inconsciencia y empeñarse en descubrir la existencia viviente que se oculta tras su deslumbramiento: "Tratad de desarrollar vuestra individualidad interior -dice la Madre- y podréis entrar plenamente conscientes en esas mismas regiones, y tener la alegría de la comunión con las más altas regiones, sin perder por ello consciencia y volver con las manos vacías en lugar de volver con una experiencia".* Y Sri Aurobindo insistía: "La realización debe producirse y perdurar en el estado de vigilia, si es que queremos que sea una realidad de la vida.... Las experiencias y el trance yóguicos son útiles para abrir el ser y prepararlo, pero solamente cuando la realización es constante y uno mantiene los ojos bien abiertos, entonces la posee uno de verdad".¹⁸ El estado de dominio integral, tal es el fin que perseguimos, no por cierto el estado de marmota espiritual, y semejante dominio no es posible sino en la continuidad de la consciencia: cuando entramos en éxtasis, perdemos a "aquel" que podría ser el puente entre los poderes de lo alto y la impotencia de abajo.

Cuando hubo roto la envoltura en el ápice del cráneo, Sri Aurobindo se entregó en la cárcel de Alipor a la exploración metódica de los planos de consciencia que se hallan arriba de la mente ordinaria, así como en Baroda había explorado los planos de consciencia que se

* En esta fase de nuestra investigación, no es posible decir más. Es menester aguardar la experiencia supramental para tener la clave de esta falsa oposición.

* Se ha creído definir mejor el éxtasis hablando de "enstase". ¿Habremos de creer que no está uno "en sí" sino a condición de estar fuera de sí? Porque el éxtasis -ex stare- consiste, por definición, en estar fuera del cuerpo o fuera de la percepción del mundo. Nosotros quisiéramos, para decirlo sencillamente, un en sí que no esté fuera de nosotros. No podremos hablar de veras de "enstase", sino cuando las experiencias supremas se hayan situado en nuestro cuerpo y en medio de la vida cotidiana; de lo contrario, se tratará de un mero abuso de lenguaje, aun cuando, a su manera, exprese perfectamente el abismo que hemos abierto entre la vida y el Espíritu.

encuentran por debajo de ella. Reanudaba allí donde la había dejado, la ascensión de la gran escala de la .consciencia, que se extiende sin grietas ni hiato extático alguno desde la Materia hasta el punto X que había de ser el lugar de su descubrimiento. Porque "no se alcanza la Verdad suprema o el conocimiento integral de sí por medio de un salto a ciegas en el Absoluto, sino por un tránsito paciente a través de la mente y aun más allá de ella".¹⁹

Seres y Fuerzas

Sin caer en la cuenta, todos nosotros recibimos constantemente influencias o inspiraciones de esos planos superiores supraconscientes, que en nosotros se traducen por ideas, por ideales, por aspiraciones, por obras de arte; ellos son los que secretamente modelan nuestra vida y nuestro futuro; así como recibimos, constantemente y sin saberlo, vibraciones vitales o vibraciones físicas sutiles que a cada instante determinan nuestra vida afectiva y nuestros cambios con el mundo. No estamos encerrados en un cuerpo individual personal, sino por una tenaz enajenación visual; en realidad, somos enteramente porosos y nos bañamos en las fuerzas universales igual que la anémona en el mar: "El hombre habla intelectual y atolondradamente, discute los resultados superficiales que atribuye a su «noble yo», ignorando que este «noble yo» se encuentra oculto lejos, muy lejos de su mirada, detrás del velo de su intelecto pálidamente centelleante y la bruma densa de sus sentimientos, sus emociones, sus impresiones, sus sensaciones y sus impulsos".²⁰ Nuestra única libertad consiste en elevarnos, por medio de la evolución individual, a planos cada vez más altos, y nuestro único cometido, el de transcribir y encarnar materialmente las verdades del plano a que pertenecemos. Podríamos, pues, si queremos comprender mejor el mecanismo del universo, poner hincapié en dos puntos importantes, comunes, de arriba abajo, a todos estos planos de consciencia. En primer lugar, esos planos no dependen de nosotros ni de lo que acerca de ellos pensamos nosotros, de igual modo que el mar no depende de la anémona; existen independientemente del hombre. La psicología contemporánea, que mezcla confusamente todos los grados del ser en un llamado "Inconsciente colectivo", como si se tratase de un enorme sombrero de prestidigitador de donde se sacan a la ventura los arquetipos y las neurosis; es a este respecto la prueba de una insuficiencia de visión; de un lado, porque las fuerzas de esos planos no son, salvo para nosotros, inconscientes de todo punto; son, por el contrario, muy conscientes, infinitamente más conscientes que nosotros; y por otra parte, porque esas fuerzas no son "colectivas", en el sentido de que no son el producto de una secreción humana, así como el mar no es el producto de la anémona; es el hombre frontal el producto de esta Inmensidad que se halla detrás de él: "Las gradaciones de consciencia son estados universales que no dependen del modo de ver de la personalidad subjetiva. Antes por el contrario, la manera de ver de la personalidad se halla determinada por el nivel de consciencia a que pertenece y en el cual se encuentra organizada conforme al tipo de su naturaleza o a su fase evolutiva".²¹ Naturalmente, es humano invertir el orden de los valores y colocarse en el centro del mundo. Por lo demás, no es asunto de teoría, siempre contestable, sino de experiencia, a la que cada cual queda invitado: cuando uno se exterioriza, es decir, cuando uno sale de su cuerpo y entra conscientemente en esos planos, se da cuenta de que ellos existen perfectamente fuera de nosotros, así como el mundo entero existe perfectamente fuera de cualquier ciudad de la tierra, con fuerzas y aun con seres y lugares que no tienen nada de común con nuestro mundo terrestre; civilizaciones enteras dan testimonio de ello, y lo han dicho, lo han grabado, lo han pintado en sus muros o en sus templos; civilizaciones que

fueron tal vez menos ingeniosas que la nuestra, pero seguramente no más estólicas.

El segundo punto importante atañe a las fuerzas conscientes y a los seres que pueblan esos planos. Es preciso poner aquí en evidencia la parte de superstición y aun de superchería que representa nuestra contribución "colectiva", y la parte de verdad. Como siempre, las dos se hallan estrechamente mezcladas; por este motivo, el aspirante integral debe, más que ningún otro, estar armado de esa clara austeridad en que Sri Aurobindo tanto insistía y no confundir la supra-razón con la sinrazón. Prácticamente, cuando uno entra de modo consciente en esos planos, ora sea en el sueño, ora en la meditación o en la exteriorización voluntaria, puede ver dos clases de cosas: corrientes impersonales de fuerza, más o menos luminosas, o seres personales. Mas no se trata sino de dos maneras de ver "la misma cosa: El muro entre lo que uno llama conciencia y fuerza, impersonal y personal, se torna muy delgado cuando se pasa tras el velo de la materia. Si un proceso se mira del lado de la fuerza impersonal, se ve una energía o una fuerza en acción que funciona con un propósito y produce un resultado; si se mira del lado del ser, se ve un ser que posee una fuerza consciente que él dirige y emplea, a menos que este ser sea él mismo el representante de una fuerza consciente y sea utilizado por ella como instrumento de una acción particular. La ciencia moderna ha descubierto que si se mira el movimiento de la energía, ésta se presenta por una parte como una onda y se comporta como una onda, y de otro lado, como una masa de partículas que se comportan como una masa de partículas, y cada lado funciona a su manera. Ese es, aquí, más o menos, el mismo principio".²²

Algunos aspirantes no verán nunca seres, sino fuerzas luminosas; otros no verán sino seres, nunca verán fuerzas; todo dependerá de su actitud interior, de su aspiración, de su formación religiosa o espiritual y aun de su cultura. Es aquí donde la subjetividad comienza y con ella los riesgos de error o de superstición. Pero la subjetividad no es una descalificación de la experiencia, es simplemente el signo de que la misma cosa puede ser vista y transcrita de diferentes maneras según nuestra formación; quisiéramos saber si dos pintores han visto alguna vez un paisaje del mismo modo, para no hablar sino de realidades "concretas". A creer a los legisladores de lo natural o de lo sobrenatural, el criterio de la verdad debería ser una inmutable constancia; más bien podría ser que ello fuese el criterio de nuestro aturdimiento. La multiplicidad de las experiencias prueba solamente que nosotros nos aproximamos a una verdad viviente, no a un residuo endurecido como lo son nuestras verdades mentales y materiales. Además, estas fuerzas conscientes -muy conscientes, por cierto- pueden tomar todas las formas que quieran, no por superchería, sino para hacerse accesibles a la conciencia de quienes se abren a ellas o las invocan. Una santa cristiana que tiene, por ejemplo, la visión de la Virgen, o una santa hindú que tiene la visión de Durga, ven tal vez la misma cosa, han entrado tal vez en contacto con el mismo nivel de conciencia y las mismas fuerzas; pero es evidente que Durga nada significaría para una cristiana y que si, por otra parte, esta fuerza se manifestase en estado puro, es decir, bajo forma de vibración luminosa impersonal, no sería accesible a la conciencia del devoto de la Virgen o del devoto de Durga, o, en todo caso, no les hablaría al corazón. La devoción tiene también sus fueros; no todo el mundo se halla lo bastante desarrollado para comprender la intensidad de amor que puede haber, en una simple lucecita dorada, sin forma. Pero lo que es más interesante aún, es que si un poeta, Rimbaud o Shelley, por ejemplo, se abriesen a estos mismos planos de conciencia, ellos verían otra cosa aún, que es, sin embargo, la misma cosa; es evidente de todo punto que ni Durga ni la Virgen forman parte de sus preocupaciones; acaso perciban ellos entonces una gran vibración, o pulsaciones luminosas, ondas coloreadas, que en ellos se traducirán por una emoción poética intensa; recordemos a

Rimbaud: "Oh felicidad, oh razón, yo aparté del cielo el azur, que es negro, y viví, chispa de oro de la luz naturaleza"; y esta emoción será tal vez del mismo nivel de conciencia, si puede decirse así, o de la misma frecuencia que la de la mística hindú o la de la devota de la Virgen, aun cuando la transcripción poética de la vibración percibida pueda parecer que se halla en las antípodas de toda creencia religiosa. Y el matemático, que en un momento de lucidez que lo transporta de alegría, ve de repente una nueva imagen del mundo, ha alcanzado tal vez la misma altura de conciencia, la misma vibración reveladora. Porque nada ocurre "en el aire", todo se halla situado en alguna parte, en algún plano, y cada plano posee su propia longitud de onda, su propia intensidad luminosa, su frecuencia vibratoria particular, y por mil caminos diferentes puede alcanzarse el mismo plano de conciencia, la misma iluminación.

Los que han trascendido o creído trascender la fase de las formas religiosas, llegarán muy pronto a la conclusión de que todas las formas personales son engañosas o de naturaleza inferior, y que solamente las fuerzas impersonales son verdaderas, pero no se trata sino de un abuso de nuestra lógica humana, que quisiera reducir todo el mundo a la uniformidad. La visión de Durga no es más falaz o imaginaria que el poema de Shelley o que esta o aquella ecuación de Einstein que fueron verificadas diez años más tarde. El error y la superstición comienzan cuando se dice que sólo la Virgen es verdadera en el mundo, o que solamente Durga lo es o lo es sólo la Poesía. La verdad conciliadora sería el ver que todas estas formas proceden de una misma Luz, divina, en grados variables.

Mas otro error sería el creer que las fuerzas llamadas impersonales son fuerzas mecánicas mejoradas; ellas tienen una intensidad, un calor, una alegría luminosa que posee todo el aspecto de una persona sin rostro; para quienquiera que alguna vez se haya visto anegado por un torrente de luz dorada, por un brote azul zafiro, por un resplandor de luz blanca, ya no cabe ninguna duda de que ese oro se acompaña de un Conocimiento espontáneo pletórico de alegría; que ese azul se acompaña de un poder muy sólido, y esa blancura de una Presencia inefable. Hay fuerzas que descienden como una sonrisa. Entonces se comprende de veras que el muro personal-impersonal, conciencia-fuerza, es una mera distinción práctica de la lógica humana, sin relación con la realidad, y que no es preciso ver personajes para hallarse en presencia de la Persona.

Prácticamente, lo único esencial es abrirse a esos planos superiores; cuando se entra en ellos, cada cual recibe conforme a su capacidad y conforme a sus necesidades o a su aspiración. Todas las querellas que se suscitan entre materialistas y religiosos, entre filósofos y poetas, entre músicos y pintores, no son sino puerilidades de una humanidad inexperta en que cada cual quisiera ajustar el mundo a su propia medida. Cuando se alcanza la Verdad, se ve que Ella puede contenerlo todo sin que nada se querelle, y que todo el mundo es hijo suyo; el místico recibe la alegría de Aquel a quien ama, el poeta recibe la alegría poética y el matemático la alegría matemática y el pintor recibe revelaciones coloreadas, y todas son alegrías de orden espiritual.

Sin embargo, la "clara austeridad" es una protección poderosa, porque infortunadamente no todo el mundo es capaz de remontarse a las altas regiones en que todas las fuerzas son puras; es mucho más fácil abrirse al nivel vital, que es el mundo de la gran Fuerza de Vida, del deseo y las pasiones (el que bien conocen los mediums y ocultistas), y allí las fuerzas inferiores han cobrado muy pronto apariencia divina bajo colores brillantes, o han tomado formas terribles. Si el aspirante es puro, verá la superchería en ambos sentidos, terrible o maravillosa, y su pequeña luz psíquica disolverá todas las amenazas, todos los ruidosos espejismos del melodrama vital. ¿Mas quién puede nunca estar seguro de su pureza? Si,

pues, no perseguimos formas personales, sino sólo una verdad cada vez más alta, a la que dejaremos el cuidado de manifestarse en la forma que mejor lo tenga a bien, estaremos a cubierto del error y de la superstición.

Podemos ahora tratar de dar una idea de estas gradaciones supra conscientes tal como uno las descubre cuando no sucumbe a la inconsciencia extática, y tal como Sri Aurobindo las conoció por experiencia, y es cierto que lo que más se aproxima a la verdad universal no son las formas siempre limitadas y relativas a una tradición o a una época -aun cuando esas formas tengan su lugar y su verdad-, sino vibraciones luminosas. Y, repitámoslo, cuando decimos "vibraciones" no nos referimos a alguna mecánica ondulatoria sin contenido, sino a movimientos de luz que, de modo indecible, contienen la alegría, el amor, el conocimiento, la belleza y todas las cualidades de que se revisten, de modo muy diverso y en distintos grados, las altas manifestaciones de la consciencia humana, religiosas o ajenas a la religión:

"Una luz no nacida del sol, ni de la luna, ni del fuego.
Una luz que permanece adentro y ve adentro
Derramando una íntima visibilidad"²³

Los planos de la Mente

Antes de alcanzar el plano supramental, que es el comienzo del hemisferio superior de la existencia, el aspirante pasará a través de diversas capas mentales, o mundos, que Sri Aurobindo denominó, en orden ascendente, mente superior, mente iluminada, mente intuitiva y supermente (no confundir con el Supramental). Desde luego, podemos emplear, si queremos, otros términos, mas estas cuatro zonas corresponden a hechos de experiencia bien distintos, verificables por todos los que tienen la capacidad necesaria para emprender conscientemente la ascensión.

Teóricamente estas cuatro zonas de consciencia forman parte del Supraconsciente; decimos teóricamente, porque es claro que la línea supraconsciente varía según los individuos; para algunos, la mente superior o aun la mente iluminada no es del todo supraconsciente, sino que forma parte de su consciencia normal de vigilia, en tanto que para otros la simple razón razonante es una etapa todavía lejana del desarrollo interior; dicho de otro modo, la línea supraconsciente tiende a retroceder a medida que nuestra evolución progresa. Si el subconsciente constituye el pasado de nuestra evolución, el Supraconsciente encarna nuestro futuro evolutivo. Es un Supraconsciente que poco a poco se convierte en nuestra consciencia normal de vigilia.

No diremos aquí lo que independientemente del hombre son en sí esos planos superiores de consciencia; cada uno de ellos es un mundo de existencia, más vasto y activo que la tierra, y nuestro lenguaje mental se halla mal adaptado para describirlos; sería para ello menester un lenguaje de visionario o de poeta, "otro lenguaje", decía Rimbaud. Eso es lo que Sri Aurobindo hizo en Savitri, su epopeya poética, a la cual remitimos al lector.

"Mundos y mundos de éxtasis y de color,
millones de lotos que mece un único tallo,
suben hacia una alta epifanía secreta".²⁴

Pero sí podemos decir lo que esos planos aportan al hombre y cómo cambian nuestra visión del mundo cuando nos elevamos a ellos.

La mente ordinaria, que todos conocemos, ve las cosas paso a paso, una tras otra, linealmente; no puede dar saltos, pues de lo contrario se forman lagunas en su lógica y ya no se reconocería ella misma y diría que eso es "incongruente", irracional o nebuloso. No puede ver más de una sola cosa a la vez, o se diría que es contradictoria; no puede admitir una verdad o un hecho en el campo de su conciencia, sin desechar automáticamente todo cuanto no es esa verdad o ese hecho; es como un obturador que no deja pasar sino una imagen, una sola imagen a la vez. Y todo lo que no figura en su pequeña pantalla momentánea, pertenece a los reinos del error, de la mentira y de la noche. Todo camina, pues, dentro de un sistema antinómico inexorable: blanco-negro, verdad-error, Dios-Satán, y va como un asno en el sendero, que ve una mata de hierba tras otra. En, suma, la mente ordinaria recorta infatigablemente pequeños trozos de tiempo y espacio. Y mientras más se descende en la escala de la conciencia, más se acentúa el recorte; para un escarabajo - supongámoslo así-, todo lo que atraviesa su camino sale del futuro a la derecha, corta la línea de su presente y se dirige hacia el pasado por la izquierda; el transeúnte que puede cruzarlo de un solo paso y hallarse a la vez a derecha e izquierda, es simplemente maravilloso e irracional, a menos que tenga una pierna en la verdad y otra en la mentira, lo que no es posible; en consecuencia, el hombre no existe, desde el punto de vista del escarabajo, el hombre es imposible. Para nosotros el obturador se ha abierto más; el futuro y el pasado no se encuentran ya a la derecha o a la izquierda en el espacio; son el ayer y el mañana en el tiempo; con relación al escarabajo, nosotros hemos ganado tiempo. Mas existe otra conciencia, supramental, que puede abrir más aún el obturador, ganar tiempo aún y abarcar el ayer y el mañana; ve simultáneamente el presente, el pasado y el futuro, el blanco y el negro, la verdad y lo que se ha convenido en llamar error, el bien y lo que se ha convenido en llamar el mal, el sí y el no, porque todos los opuestos son meros recortes del tiempo. Decimos "error", porque no alcanzamos a ver el bien que él prepara o del cual es la mitad bosquejada; decimos "mentira", porque no hemos tenido tiempo de ver al loto emerger del cieno; decimos "negro", pero nuestro día es negro para quien contempla la luz. Nuestro error era la compañía necesaria del bien; el no, la mitad indisoluble del sí; el blanco y el negro y todo el arco iris, las formas varias de una sola luz que poco a poco se descubre; no hay contrarios, sólo complementarios hay. Toda la historia de la ascensión de la conciencia es la historia de una desobstrucción y el paso de una conciencia lineal y contradictoria a una conciencia global.

Pero Sri Aurobindo dice claramente "global", claramente dice hemisferio superior de la conciencia cuando habla del Supramental, porque la verdad llamada superior no es una amputación de la tierra, no es toda la verdad si le falta su mitad inferior. Lo alto no anula lo bajo, sino que lo completa, lo intemporal no es lo contrario de lo temporal, así como los dos brazos que estrechan no son lo contrario del ser abrazado. El secreto consiste justamente en descubrir lo intemporal en el seno mismo de lo temporal, lo infinito en lo finito y la redonda totalidad de las cosas en la más oscura fracción, sin lo cual ninguno es abrazado ni nadie abraza nada.

Esta ascensión de la conciencia no es solamente la historia de una conquista del tiempo; es también la conquista de la alegría, del amor, de la amplitud del ser. Los niveles evolutivos inferiores no se contentan con recortar pequeños cabos de tiempo y de espacio, lo recortan todo. Una "ley de fragmentación"²⁵ creciente preside el descenso de la conciencia, del Espíritu al átomo; fragmentación de la alegría, fragmentación del amor y

del poder y, naturalmente, fragmentación del conocimiento y de la visión; todo se descompone en un bullimiento de minúsculos tropismos, una pulverización de "consciencia sonámbula",²⁶ que ya es una búsqueda de la Luz o, tal vez, un recuerdo de la Alegría. "El signo general de este descenso es una disminución creciente del poder de intensidad - intensidad de ser, intensidad de consciencia, intensidad de fuerza, intensidad de alegría en las cosas y de alegría de existir. Asimismo, a medida que nos remontamos hacia los niveles supremos, estas intensidades crecen".²⁷

a) La mente ordinaria

La calidad de la luz o la calidad de las vibraciones es lo que, en esencia, permite distinguir un plano de consciencia de otro. Si partimos de nuestro propio nivel evolutivo y contemplamos la consciencia bajo su aspecto de luz, del que se derivan todos los demás, la mente ordinaria aparece, para el ojo que ve, en una especie de gris, con una cantidad de pequeños puntos oscuros o de pequeños nudos vibratorios muy oscuros, como una nube de moscas que giran en torno de la cabeza de la gente y que representan sus mil y un pensamientos; van y vienen, giran, circulan de una a otra persona. Luego, de tiempo en tiempo, un pequeño destello de luz desciende de lo alto, una pequeña alegría, una llamita de amor que danza en ese gris. Mas este "fondo neutro", como dice Sri Aurobindo, es tan denso, tan pegajoso, que todo lo absorbe, todo lo decolora, lo hala todo hacia abajo, en su oscura gravitación; no somos capaces de soportar por mucho tiempo ni la alegría ni el sufrimiento; somos incapaces de soportar mucho la luz; es muy pequeñito, espasmódico, pronto extinguido. Y todo se halla sometido a miles de condiciones.

b) La mente superior

Este nuevo grado aparece con frecuencia en los filósofos y los pensadores; es ya menos opaco, más libre. El fondo no es ya gris de todo punto, o el gris tira más a azul, y los pequeños destellos de luz que descienden son menos rápidamente absorbidos; son, asimismo, más intensos, más llenos, más frecuentes. La alegría tiende a durar más, el amor tiende a ser más amplio, y se hallan sometidos en menor medida a las innumerables condiciones de las fases inferiores; se empieza a saber entonces lo que en sí es la alegría, lo que es en sí el amor, sin causa. Pero se trata todavía de una luz fría, un tanto dura. Se trata aún de una substancia mental pesada que atrapa la luz de lo alto y la funde en su propia substancia, la recubre de una capa pensante sin percatarse de ello siquiera, y no comprende de veras sino al fin de cuentas la luz recibida, cuando la luz se ha diluido, cuando ha sido sometida a la lógica y se ha fragmentado en páginas, en palabras o en ideas innumerables. Además, las páginas o los párrafos de la mente superior se fundan en un solo punto de luz, o en un corto número de puntos que ella ha aprehendido (es la conclusión antes de haber comenzado; una gotita de intuición precipitadamente ingerida) y se toma no poco trabajo para eliminar a medio camino todo cuanto sería contrario a su conclusión. Ciertamente, puede abrirse a planos más elevados y recibir destellos, pero ello no es su altura normal; su substancia mental está hecha para descomponer la luz. Comienza a comprender cuando ha explicado.

c) La mente iluminada

La mente iluminada es de otra naturaleza. A medida que la mente superior acepta el silencio, entra en ese dominio; es decir, que su substancia se clarifica y que cuanto llegaba primero gota a gota, viene ahora a torrentes: "El fondo general ya no es neutro, es un contentamiento espiritual, una alegría pura sobre la cual se destacan o de la cual emergen los tonos particulares de la consciencia. Tal es el primer cambio fundamental".²⁸ La consciencia se llena de un torrente de luz, frecuentemente dorada, en la cual se infunden coloraciones variables conforme al estado interior; es una invasión luminosa. Y al mismo tiempo un estado de entusiasmo, en el sentido en que los griegos lo entendían, un súbito despertar, como si el ser todo estuviese alerta, vigilante, sumergido de golpe en un ritmo más rápido y en un mundo enteramente nuevo, con nuevos valores y nuevos relieves y correspondencias inesperadas; la cortina de humo del mundo ha desaparecido, todo se reúne en una gran vibración gozosa; la vida es más amplia, más verdadera, más viviente; pequeñas verdades se encienden por doquiera, sin palabras, como si toda cosa tuviese un secreto, un sentido especial, una vida especial. Se halla uno en un estado de verdad indecible, sin comprender nada, simplemente es. Y esto es maravilloso. Este torrente luminoso se traducirá para cada cual de manera diferente (muy pronto se le ha dado siempre forma en vez de dejarlo tranquilamente impregnar el ser y realizar su trabajo de esclarecimiento de la substancia); para los unos será una expansión poética súbita, otros verán nuevas formas arquitectónicas, algunos se encontrarán sobre la pista de nuevos descubrimientos científicos, y otros amarán a su dios. Ordinariamente, el acceso a esta consciencia nueva se acompaña de una espontánea florescencia de capacidades creadoras, sobre todo en el dominio de la poesía. Es curioso ver gran número de poetas de todas las lenguas -chinos, hindúes, ingleses, etc.- entre los discípulos de Sri Aurobindo, como si la poesía y las artes fuesen el primer resultado práctico de su yoga. "Cuando la apertura de la consciencia se produce -escribía a uno de ellos-, por mí mismo y por otros he visto sobrevenir una repentina aparición de capacidades en todos los órdenes, hasta el punto de que algunos que por largo tiempo se habían afanado en vano por expresarse por medio de ritmos, de la noche a la mañana se convertían en maestros del lenguaje y de las cadencias poéticas. Es un asunto de silencio y de apertura a la Palabra que trata de expresarse, porque la Palabra está allí, lista del todo, formada ya en los planos interiores donde nacen todas las formas artísticas, pero la mente que transmite debe cambiar y convertirse en un canal perfecto en vez de ser un obstáculo".²⁹ La poesía es el medió más adecuado para hacer comprender lo que son esos planos superiores de consciencia; las vibraciones se pueden aprehender fácilmente en el ritmo del poema; nosotros recurriremos a él aquí y más adelante, si bien es verdad que el Supraconsciente no es privilegio exclusivo de los poetas. En su copiosa correspondencia poética y en su Poesía Futura, Sri Aurobindo ha dado numerosos ejemplos de la poesía que se origina en la mente iluminada; infortunadamente, siendo de habla inglesa la mayor parte de sus discípulos, tales ejemplos carecen de interés para los lectores de otro idioma. Rimbaud es quien ofrece para las personas de habla francesa la mejor ilustración, su Bateau Ivre en particular, si es que uno quiere trascender el sentido externo para escuchar lo que vibra atrás; porque en definitiva, la poesía, lo mismo que las demás formas de arte, no es otra cosa que un medio para coger en la liga una indecible notita, que no es nada, y que es lo verdadero de la vida:

Je sais les cieux crevant en éclairs, et les trombes
Et les ressacs et les courants; je sais le soir
L'Aube exaltée ainsi que'un peuple de colombes,
Et j'ai vu quelquefois ce que l'homme a cru voir.

Una poesía no se llama "iluminada" por su sentido; es iluminada porque contiene la nota particular de ese plano; y bien podríamos hallar la misma nota en un cuadro de Rembrandt, en esta o aquella obra de César Franck, por ejemplo, o sencillamente en la palabra de un amigo; es el toque de la verdad por atrás, la pequeña vibración que va directamente a lo vivo y de la cual el poema, el cuadro o la sonata no son sino las cristalizaciones más o menos transparentes; y mientras más se sube, más pura es la vibración, más luminosa, más vasta y pujante. Cuando Rimbaud dice:

O saisons, ô chateaux
Quelle âme est sans défauts?

de intensa que es, la vibración se hace casi visible. Mas, bien se siente, no se trata de una vibración iluminada; eso no procede de la parte alta de la cabeza, sino del centro del corazón y esto nada tiene que ver con el sentido: las palabras sólo son el revestimiento de eso que vibra. Otro verso de Mallarmé, por el contrario, viene directamente de la mente iluminada:

Le transparent glacier des vols qui n'ont pas fui!

Lo que en esencia caracteriza todas las obras procedentes de ese plano es lo que Sri Aurobindo llama a luminous sweep, un aleteo luminoso, una fuente de luz súbita; la vibración no es a ninguna otra semejante: hay-siempre un choque, luego la cosa que vibra después, como un diapasón. Mas no se mantiene largo tiempo pura en una obra, porque el movimiento de la obra sigue al de la conciencia, que consiste en subir y bajar constantemente, a menos que exista una disciplina particular para estabilizarla; el Bateau Ivre contiene mente iluminada, pero también mucho de la mente vital y de la mente ordinaria, y aun un destello de lo supramental, como lo veremos en seguida.

Al mismo tiempo que su belleza, descubrimos los límites de la mente iluminada: la poesía iluminada se traduce por un torrente de imágenes y de palabras reveladoras (porque a menudo la visión se abre en esta fase y uno comienza también a oír), casi un alud de imágenes, lujuriantes, desordenadas a veces, como si la conciencia fuese incapaz de contener la ola luminosa y este exceso de intensidad; hay demasiado, y se desborda.

Él entusiasmo se cambia fácilmente en exaltación, y si el resto del ser no ha sido suficientemente purificado, cualquier parte inferior puede adueñarse de la luz y de la fuerza que descienden, y utilizarlas para sus propios fines; éste es un escollo frecuente. Cuando las partes inferiores de la naturaleza, lo vital sobre todo, se apoderan del torrente luminoso, lo endurecen, lo dramatizan, lo torturan -la potencia se encuentra aún allí, pero endurecida-, en tanto que la esencia de la mente iluminada es la alegría. Bien podríamos citar aquí el nombre de gran número de poetas y de genios creadores.* Además, la substancia de la mente iluminada no es de veras transparente, sólo es translúcida; su luz es difusa, algo así como si palpase por doquiera la verdad sin tocarla realmente; de ahí las frecuentes incoherencias, las ondas. Es el principio de un nacimiento nada más. Antes de remontarse

más, aún es menester una purificación y, sobre todo, mayor paz, más equilibrio, mayor silencio.

Mientras más sube uno en la consciencia, más necesario es un equilibrio de granito.

d) La mente intuitiva

La mente intuitiva contrasta con la mente iluminada por su clara transparencia; es rápida, corre de roca en roca con los pies desnudos; no se halla aherrojada como la mente superior por esta ortopedia pensante que nos clava en el suelo, como si el conocimiento dependiese del pesado volumen de nuestras reflexiones. El conocimiento es un destello que emana del silencio, y todo está ahí, ni más alto ni más profundo en verdad, pero ahí, bajo nuestros ojos, aguardando sólo que seamos un poco claros; no se trata tanto de elevarnos como de desobstruirnos. Los campos de arroz de la India se extienden en la primavera, verdes y tranquilos, con su dulce olor, inmensos bajo el cielo denso; luego, de repente, con unánime grito, millares de cotorras rompen a volar.

Y nosotros, pues, nada hemos visto. Es todo tan rápido, tan fulgurante -terribles rapidez de la consciencia que se aclara. Un punto, un sonido, una gota de luz, y un mundo restallante, henchido, está ahí contenido; millares de pájaros inasibles en un segundo de relámpago. La intuición repite, a nuestra medida, el misterio original de la gran Mirada; un movimiento formidable que lo ha visto todo, lo ha conocido todo y que juega a ver poco a poco, lenta, sucesiva, temporalmente, de una miríada de puntos de vista, lo que El solo había abarcado en una fracción de eternidad.

"Un eterno instante es la causa de los años"³⁰

Con la intuición viene una alegría particular, diferente al parecer a la alegría iluminada. Ya no es un torrente que parece proceder de afuera, es una especie de reconocimiento, como si fuéramos siempre dos, un hermano de luz que vive en la luz y un hermano de sombra -nosotros mismos- que vive por debajo y que repite a tientas, en la sombra, tropezando por doquiera, los gestos del hermano de luz, el movimiento, el conocimiento, la gran aventura del hermano de luz, pero abajo todo es mezquino, esmirriado, torpe; luego, de repente, hay coincidencia, se es uno. Se es uno en un punto de luz. Por una vez ya no hay diferencia, y es la alegría.

Y cuando seamos uno en todos los puntos, esa será la vida divina.

Y este punto de coincidencia es el conocimiento que puede traducirse de una o de otra manera, según la preocupación del momento, pero que siempre es, en esencia, un choque de identidad, un encuentro; uno sabe porque reconoce. Sri Aurobindo decía que la intuición es "un recuerdo de la Verdad".³¹ Y en el instante intuitivo se ve claramente, en efecto, que el conocimiento no es un descubrimiento de lo desconocido -no se descubre uno sino a sí mismo, porque nada más hay que descubrir- sino un lento reconocimiento en el tiempo, de

* Acaso sea necesario subrayar que existe gran diferencia entre el individuo que recibe inspiraciones o iluminaciones ocasionales, dudosas a menudo, y el individuo que ha desarrollado sistemáticamente, grado tras grado, su consciencia, hasta el punto que puede no sólo situarse a voluntad en este o en aquel nivel de consciencia y permanecer en él cuanto quiera, sino también recibir sin deformación alguna las inspiraciones o las luces correspondientes. Tal es la tarea del yoga integral.

este segundo de Luz que todos hemos visto. ¿Quién no lo ha visto alguna vez? ¿Quién no tiene en la vida ese Recuerdo? Cualesquiera que sean nuestras creencias o nuestra falta de creencias, cualesquiera que sean nuestras capacidades o nuestras limitaciones, nuestras alturas pequeñas o menos pequeñas, siempre hay un instante que es nuestro instante. Vidas hay que no han durado sino un segundo, y todo el resto es olvido.

El lenguaje de la intuición se concreta en una fórmula concisa, sin una palabra de más, por oposición al lenguaje pletórico de la mente iluminada (que, sin embargo, también aporta, por su misma abundancia, un ritmo luminoso y una verdad de contornos menos precisos, tal vez, pero más cálida). Cuando Plotino recogía todo el ciclo de los esfuerzos humanos en tres palabras: "Un vuelo de Solo a Solo", empleaba un lenguaje altamente intuitivo, igual que los Upanishads. Mas esta virtud señala también los límites de la intuición; por muy henchidos de vida que estén nuestros destellos, nuestras fórmulas, no pueden contener toda la verdad; sería menester un calor más amplio, eso mismo que la mente iluminada aportaba, pero en una transparencia más alta. Porque "la mente intuitiva ve por destellos, punto por punto, pero no el conjunto".³² El espacio descubierto por el destello es sorprendente, irrefutable, mas no es sino un espacio de verdad.³³ Además, la mente se apodera de la intuición y, como lo hace observar Sri Aurobindo, "de ella obtiene demasiado y al mismo tiempo muy poco;"³³ demasiado, porque generaliza indebidamente su intuición y quisiera hacer su descubrimiento extensivo a todo el espacio; y muy poco porque, en vez de dejar al destello realizar tranquilamente su trabajo de iluminación y de esclarecimiento de nuestra substancia, se adueña de él en seguida, lo recubre de una capa pensante (o pictórica, o poética, matemática o religiosa) y no comprende ya su destello sino a través de la forma intelectual, artística o religiosa que ha puesto encima. Es muy difícil hacer comprender a la mente que una revelación puede ser todo poderosa, formidable aún, sin que uno comprenda nada, y, sobre todo, que es todo poderosa mientras no la hace uno descender algunos grados, o la diluye o la fragmenta en un falso empeño de "comprenderla". Si uno pudiera quedarse tranquilo con este destello que vibra, como suspendido en la luz, sin arrojarse sobre él para reducirlo a pequeños trozos intelectuales, al cabo de algún tiempo se percataría de que todo el ser ha cambiado de altura y que se tiene una visión nueva en vez de una pequeña fórmula extinta. Cuando uno explica, las tres cuartas partes del poder transformador se han evaporado.

Mas si el aspirante, en lugar de precipitarse a tomar la pluma o los pinceles, o en un torrente de palabras para expulsar la demasiada luz recibida, procura conservar su silencio y su transparencia; si es paciente, verá multiplicarse poco a poco los destellos y volverse en cierto modo más apretados, y verá formarse en él otra conciencia, que es a la vez la realización y el manantial de la mente iluminada y de la mente intuitiva y de todas las formas mentales humanas; queremos ahora hablar de la supermente.

e) La supermente

La supermente es la cima rara vez alcanzada de la conciencia humana. Es una conciencia cósmica que no apareja pérdida del individuo. En lugar de arrojarlo todo para estallar en pleno cielo, el aspirante ha subido pacientemente todos los escalones del ser, hasta el punto que lo de abajo queda ligado a lo alto, sin solución de continuidad. Es el mundo de los dioses y la fuente inspirada de los grandes fundadores de religiones; allí es donde han nacido todas las religiones que conocemos, las cuales se han derivado de una experiencia supermental bajo una de sus múltiples facetas. Porque una religión, una revelación, una

experiencia espiritual pertenecen a un plano, no salen del fuego de Dios o de ninguna parte; los que encarnan la revelación no la han sacado de la nada: la supermente es su plano de origen. Esa es también la fuente original de las grandes creaciones artísticas. Mas - subtrayémoslo- es todavía un plano de la mente, aunque el más alto.

Cuando la conciencia se eleva a ese plano, ya no ve "punto por punto" sino "serenamente, por grandes masas".³⁴ Ya no es la luz difusa de la mente iluminada ni los aislados destellos de la mente intuitiva, sino "Un océano de destellos estables", según la admirable expresión de los Vedas. La conciencia ya no se encuentra limitada al fugaz momento presente ni al estrecho espacio de su campo visual, antes bien está desobstruida y ve de una sola buena vez "grandes extensiones de tiempo y espacio".³⁴ La diferencia esencial con los demás planos obedece a la igualdad o a la uniformidad casi completa de la luz: en una mente iluminada particularmente receptiva se podría ver, por ejemplo, una extensión o un fondo azulado con repentinos rayos de luz, destellos intuitivos, brotes luminosos que viajan, a veces grandes cataratas supermentales, mas esto sería un juego luminoso intermitente, nada estable; tal es la condición general de los grandes poetas que conocemos; ellos han alcanzado un nivel dado, o un ritmo, una luminosidad poética general, luego, de vez en cuando, van por un momento a regiones más altas y vuelven con algunas versos deslumbradores (o con algunas frases musicales) que se repiten generación tras generación como un Sésamo. La mente iluminada es, por lo general, el fundamento (un fundamento ya, por cierto, muy elevado) y la supermente un reino divino que se alcanza en las horas de gracia.

Mas para una conciencia supermental completa y permanente, tal como pudieron realizarla los rishis védicos, por ejemplo, ya no hay más intermitencias luminosas; la conciencia es una masa de luz estable. De ello resulta una visión continua, universal; se conoce la alegría universal, la belleza universal, el amor universal, porque todas las contradicciones de los planos inferiores proceden de una insuficiencia de luz, o, si se quiere, de un estrechez de luz, que no ilumina sino un campo limitado; en tanto que en esa luz pareja, las contradicciones, que son como espacios de sombra entre dos relámpagos, o como fronteras oscuras al extremo de nuestra luz, las contradicciones, decimos, se funden en una masa visual unida. Y desde el momento en que la luz se halla por dondequiera, la alegría, la armonía y la belleza se hallan también, indefectiblemente, por doquiera, porque todos los contrarios no se perciben ya como negaciones, o como huecos de sombra entre dos destellos de conciencia, sino como elementos de intensidad variable en una Armonía cósmica continua. Y no es, por cierto, que la conciencia supermental sea incapaz de ver eso que llamamos lo feo, o el mal, o el sufrimiento, sino que todo está enlazado en un gran tema universal en que cada cosa tiene su lugar evidente y su utilidad. Es una conciencia unitaria, no una conciencia separatista. La capacidad de unidad da exactamente la medida de la perfección supermental. Además, teniendo la visión de esta unidad, divina necesariamente (lo Divino ya no es algo supuesto o concebido, sino algo que se ve, que se toca, que se ha convertido en nosotros mismos naturalmente, como nuestra conciencia se convierte en luz), el ser supermental percibe por doquiera la misma luz, en toda cosa, en todo ser, como la percibe en sí mismo; ya no hay vacíos que separen, ni hay fallas de extrañeza, todo se baña continuamente en una substancia única; el ser supermental conoce el amor universal, la comprensión universal, la compasión universal para todos esos otros sí mismos que, ellos también, caminan hacia su divinidad, o más bien, se convierten lentamente en la luz que ellos son.

Es posible alcanzar por toda clase de caminos esta conciencia supermental, por medio de

una intensidad religiosa, de una intensidad poética, o intelectual, o artística, o heroica, por medio de todo cuando ayuda al hombre a superarse a sí mismo. Sri Aurobindo concedía sitio especial al Arte, que consideraba uno de los grandes medios de progreso espiritual; infortunadamente, los artistas y los creadores poseen un ego muy fuerte, que les bloquea el camino, lo cual representa su mayor dificultad. El religioso que se ha afanado por disolver su ego, tiene mayores facilidades, pero es raro que alcance la universalidad por la vía individual de la conciencia; da, más bien, un salto fuera del individuo -un puntapié en la escala- sin preocuparse de desarrollar todas las etapas intermedias de la conciencia personal, y cuando llega a la "cima" ya no tiene escala que le permita descender, o ya no quiere descender, o ya no hay individuo que traduzca lo que ve, o es su viejo individuo de otro tiempo el que trata, mal que bien, de traducir su nueva conciencia, si es que siente la necesidad de traducir algo. Los rishis védicos, que probablemente constituyen el ejemplo único de un progreso espiritual sistemático, continuo, de plano en plano, figuran acaso en el número de los más grandes poetas que ha conocido el mundo; Sri Aurobindo nos lo ha revelado en su Secreto del Veda. La palabra kavi designaba de modo inseparable al vidente de la verdad y al poeta. Se era poeta porque se era vidente. Es ésta una evidencia que ha caído en profundo olvido. Podríamos, pues, decir aquí algunas palabras sobre el Arte concebido como medio de ascensión de la conciencia, y particularmente sobre la poesía de nivel supermental.

f) Poesía mántrica

Los planos de conciencia no se distinguen solamente por vibraciones luminosas de intensidad diferente, sino por vibraciones auditivas diferentes, o ritmos, que se pueden escuchar cuando se tiene ese "oído del oído" de que habla el Veda. Sonidos o imágenes, luces o fuerzas, o seres, son diferentes aspectos de una misma Existencia que se manifiesta diversamente y con distintas intensidades según los planos. Mientras más se desciende por la escala de la conciencia, mayormente se fragmentan las vibraciones auditivas, y las luces y los seres o las fuerzas. En el plano vital, por ejemplo, se pueden oír las vibraciones desordenadas de la vida, golpeadas, sincopadas, como cierta música originada en ese plano, o como cierta pintura, cierta poesía vitales, que traducen ese ritmo quebrado, poderosamente coloreado. Y mientras uno más se eleva, más se armonizan las vibraciones, más se unifican, más se afinan, por decirlo así, como algunas grandes notas de los cuartetos para cuerdas de Beethoven, que parecen arrastrarnos vertiginosamente y sin aliento hacia las deslumbradoras alturas de la luz pura. La pujanza no participa ya del volumen o del estallido coloreado, sino de una alta tensión interior. La rapidez vibratoria hace cambiar el arco iris en un blanco puro, una alta nota tan rápida que es como inmóvil, preñada de eternidad, un solo sonido-luz-fuerza que es tal vez la sílaba sagrada de los hindúes, OM -"la Palabra oculta en el fuego de lo alto".³⁵ "Al principio era el Verbo", dice la Escritura.

Existe en la India un conocimiento secreto que se funda en los sonidos y en las diferencias de modalidad vibratoria, según los planos de conciencia. Si se pronuncia el sonido OM, por ejemplo, se siente que envuelve los centros de la cabeza, en tanto que el sonido RAM toca el centro umbilical, y como cada uno de nuestros centros de conciencia se halla en comunicación directa con un plano, es posible, por medio de la repetición (japa) de ciertos sonidos, ponerse con el plano correspondiente.* Toda una disciplina espiritual llamada "tántrica", porque se deriva de ciertos textos sagrados conocidos con el nombre de tantra, se funda en este hecho. Los sonidos básicos, o sonidos esenciales que tienen el poder

de establecer la comunicación, se llaman mantras. Los mantras, siempre secretos y que el gurú** revela al discípulo, son de todas clases (cada plano de consciencia tiene múltiples grados) y pueden servir para los propósitos más contradictorios. Mediante la combinación de ciertos sonidos, se puede, en niveles de consciencia inferiores, generalmente en el nivel vital, ponerse en relación con las fuerzas correspondientes y obtener muy extraños poderes: mantras hay que matan (en cinco minutos, por obra de vómitos fulminantes) y mantras que atacan con precisión esta o aquella parte del cuerpo, este o aquel órgano, y mantras que curan, mantras que ponen fuego, que protegen, que hechizan. Esta especie de magia, o de química vibratoria, procede simplemente de la manipulación consciente de las vibraciones inferiores. Mas existe una magia superior, que procede también del manejo de vibraciones, pero en planos de consciencia más elevados; es la poesía, la música, son los mantras espirituales de los Upanishads y de los Vedas, o los mantras que el gurú da al discípulo para ayudarlo a entrar conscientemente en comunicación directa con este o aquel plano de consciencia, con esta o aquella fuerza, o con un ser divino. El sonido lleva consigo el poder de la experiencia y de la realización; es un sonido que hace ver.

Se concibe, pues, que la poesía y la música, que constituyen una manipulación inconsciente de vibraciones secretas, puedan ser poderosos medios de apertura de la consciencia. Si consiguiésemos escribir una poesía o una música conscientes que serían el fruto de una manipulación consciente de las vibraciones superiores, crearíamos grandes obras de poder iniciático. En vez de una poesía que fuese una fantasía del intelecto y una "bayadera de la mente" según Sri Aurobindo,³⁶ podríamos crear una poesía o una música mántricas para "hacer que los dioses desciendan a la vida".³⁷ Porque la verdadera poesía es un acto, hace brechas en la consciencia -¡estamos emparedados, atrincherados!- por donde lo Real puede entrar: es un mantra de lo Real,³⁸ una iniciación. Esto es lo que hicieron los rishis védicos y los videntes de los Upanishads en sus mantras, que tienen el poder de comunicar una iluminación a quien se halla preparado;*** eso es lo que Sri Aurobindo ha explicado en su Poesía Futura y eso es lo que hizo en Savitri.

El mantra, o la alta poesía, o la música sublime, la Palabra sagrada emanan de la supermente. Ella es el manantial de las actividades creadoras o espirituales (sin que sea posible distinguir unas de otras: las divisiones categóricas del intelecto se desvanecen en un lugar claro en que todo, hasta lo profano, es sagrado). Podríamos, pues, tratar de decir en qué consiste la vibración particular o el ritmo particular de la mente superior. Y en primer término, para quien posea la capacidad de entrar más o menos conscientemente en relación con los planos superiores -poeta, escritor o artista- es evidente de todo punto, de todo punto perceptible, que, pasado cierto nivel de consciencia, ya no son ideas las que uno ve y que procura traducir. Uno oye. Hay, literalmente hablando, vibraciones, ondas, o ritmos que se

* Si se observa con atención la gráfica de los centros de consciencia, se verá que en medio de cada uno de ellos hay una letra sánscrita: Lam, Vam, Ram, Yam, Ham, Om, en orden ascendente. Estos sonidos esenciales representan la vibración especial que gobierna las fuerzas de cada uno de los planos considerados. (Véase A. Avalon, *The Serpent Power*).

** Se pueden leer mantras en un libro y repetirlos cuanto se quiera, mas carecerán de poder o de "fuerza activa", a no ser que los haya dado el Maestro o Gurú.

*** Infortunadamente, esos textos llegan a nosotros en forma de Traducción; toda la magia del sonido desaparece. Es extraño, por lo demás, que si se escucha el texto sánscrito salmodiado por una persona calificada, puede uno recibir una iluminación aun sin comprender nada de cuanto se diga.

apoderan del aspirante, que lo invaden y que luego, al descender, se recubren de palabras y de ideas, o de música, o de colores. Mas la palabra o la idea, la música o el color, constituyen el resultado, constituyen un efecto secundario, sólo dan cuerpo a esta primera vibración, terriblemente imperiosa. Y si el poeta, el verdadero poeta, corrige y pule, no es, como suele decirse, para afinar la forma o para expresarse mejor, sino para aprehender eso que vibra, y si la genuina vibración no se halla ahí, toda la magia se derrumba, como la del sacerdote védico que ha pronunciado mal el mantra del sacrificio. Cuando la conciencia es transparente, el sonido se percibe de modo muy claro, y es un sonido vidente, si puede decirse así, un sonido-imagen, o un sonido-color, o un sonido-idea que en un mismo cuerpo luminoso une indisolublemente la audición a la visión y al pensamiento. Todo está ahí, contenido en una sola vibración. En los planos intermedios (mente superior, mente iluminada o intuitiva), estas vibraciones son generalmente fraccionadas -son centellas, impulsos, pulsaciones-, en tanto que en la supermente son vastas, sostenidas, luminosas en sí, como las grandes notas de Beethoven. No tienen principio ni fin, parecen "salir del Infinito y volver al Infinito";³⁹ no "comienzan" en alguna parte, llegan a la conciencia con una especie de halo de eternidad, que vibra antes y que por largo tiempo continúa vibrando después, como la estela de otro viaje tras éste:

Sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt

Este verso de Virgilio que Sri Aurobindo citaba en principal lugar en el número de las inspiraciones de origen supermental, debe su calidad supermental, no, por cierto, al sentido de las palabras, sino al ritmo que precede al verso y que lo sigue como si fuese llevado sobre un fondo de eternidad o, más bien, por la Eternidad misma. Lo propio ocurre con este verso de Leopardi, que no debe su grandeza al sentido, sino a ese algo que es más que el sentido, que tiembla atrás:

Insano indegno mistero delle cose
O este otro de Wordsworth:
Voyaging, through strange seas of thought, alone
Y Sri Aurobindo citaba a Rimbaud:
Million d'oiseaux d'or, ô future Vigueur!

La poesía ha sido restituida a su verdadero cometido, que no es el de agradar, sino el de dar mayor realidad al mundo, por que éste se halle más henchido de lo Real. Y si tenemos espíritu religioso, acaso nos sea dado ver a los dioses que pueblan el mundo. Seres o fuerzas, sonidos, luces o ritmos, constituyen otros tantos aspectos auténticos de una misma Cosa indefinible, pero no incognoscible, que llamamos Dios; hemos dicho Dios, hemos edificado templos, hemos hecho leyes o escrito poemas para tratar de retener una sola pulsación que nos llena de sol, pero que es libre como el viento en las riberas de espuma. Acaso entremos también en el mundo de la música, que no es una vibración distinta de las otras, sino una como traducción particular de esta misma gran Vibración inefable. Y si una vez, una vez sola, siquiera sea por cortos minutos en nuestra vida, oímos esa Música, esa Alegría que canta en lo alto, sabremos lo que Beethoven y Bach oían; seremos lo que es Dios, porque habremos oído a Dios. Nada diremos con mayúsculas; sabremos, sencillamente, que eso existe, y todas las penas del mundo serán redimidas.

En la frontera extrema de la supermente, ya no quedan sino "grandes ondas de luz

coloreada", dice la Madre, el juego de las fuerzas espirituales que se traducirán más tarde -a veces mucho tiempo después- por nuevas ideas, por cambios sociales, por acontecimientos terrestres, después de haber atravesado una a una todas las capas de la consciencia y de haberse oscurecido o deformado considerablemente en el camino. Hay aquí abajo sabios muy raros y silenciosos, que pueden manejar y combinar esas fuerzas y que las atraen hacia la tierra, así como otros combinan sonidos para un poema. Tal vez sean ellos, en verdad, el Poeta. Su existencia es un mantra viviente que precipita lo Real sobre la tierra.

Así concluyen los grados de la ascensión que Sri Aurobindo realizó él solo en su jaula de Alipor. Mas nosotros nos hemos limitado a dar solamente algunos reflejos humanos de esas alturas, nada hemos dicho de lo esencial, nada de esos mundos tal como existen en su gloria, independientemente de todas nuestras pálidas interpretaciones. Es preciso oír por sí mismo, es preciso ¡ver!

Continentes de paz violácea,
océanos y riberas de la alegría de Dios
y países sin tristeza bajo soles de púrpura.⁴⁰

El 5 de mayo de 1909, después de un año de prisión, Sri Aurobindo fue absuelto. Debe su vida a dos incidentes inopinados: uno de los prisioneros lo había traicionado, denunciándolo como jefe del movimiento secreto; el testimonio de ese prisionero significaba la muerte de Sri Aurobindo; mas ese peligroso testigo fue misteriosamente abatido por un disparo de revólver en una celda vecina. Luego, el día que tuvo lugar el juicio -todo el mundo esperaba que sería condenado a la pena capital-, su abogado fue presa de una súbita iluminación que se transmitió a toda la sala y que hizo estremecerse a los miembros del jurado: "Mucho tiempo después de su muerte -exclamó-, sus palabras serán repetidas, no sólo en la India, sino allende los mares y en tierras lejanas. Porque os digo que un hombre como él no está aquí solamente ante un tribunal, sino ante la Corte suprema de la Historia". Sri Aurobindo tenía treinta y siete años. Su hermano Barin, que se hallaba al lado suyo en la jaula, fue condenado a la horca.*

Mas Sri Aurobindo seguía oyendo la Voz: "Recuérdalo, soy Yo quien actúa, no tú ni otra persona alguna. Cualesquiera que sean los nubarrones que vengan, cualesquiera que sean los peligros y los sufrimientos y las dificultades, cualesquiera que sean las imposibilidades, nada hay imposible, nada es difícil.

YO soy quien actúa".⁴¹

* Su condena fue conmutada por destierro perpetuo en las islas Andamán.

XIII

BAJO EL SIGNO DE LOS DIOSES

Cuando sale de la prisión de Alipor, Sri Aurobindo se encuentra con una escena política asolada por las ejecuciones y los destierros ordenados por el gobierno británico. No obstante, Sri Aurobindo reanuda su labor, funda un diario bengalí y otro de lengua inglesa - el Karmayogin-, que ostentaba la simbólica divisa de la Gita: "Yoga es la habilidad en las obras". Sri Aurobindo proclama una vez más, a riesgo de ser de nuevo encarcelado, el ideal de la independencia total y de la "no-cooperación" con los ingleses; mas no es sólo el destino de la India lo que le preocupa, sino el de toda la familia humana. Ha alcanzado ya esa consciencia supermental en que se contemplan de una sola mirada "grandes extensiones de tiempo y espacio" y él se interroga acerca del futuro del hombre. ¿Qué puede el hombre?

Ahora bien, Sri Aurobindo se hallaba en los confines de la consciencia humana; más arriba no parecía haber sino una rarificada blancura hecha para otros seres o para otra manera de existencia, pero no para los pulmones de un terrícola. Ora se siga el camino de la mística, ora el sendero más lento del poeta y del artista y de todos los grandes creadores, finalmente la consciencia parece desvanecerse asimismo en una frontera blanca en la que todo se anula. El "alguien" que podía servir de puente desaparece, toda pulsación se apaga, toda vibración se detiene en un hielo de luz. Más tarde o más temprano, lo humano se disuelve en lo No-humano, como si la mira de toda esta ascensión evolutiva fuese la de dejar la pequeñez del hombre para volver a la Fuente de la que nunca debíamos haber salido. Y aun cuando supusiésemos algún desconocido grado de consciencia más allá del supermental, ¿no se trataría acaso de un grado más rarificado, más evanescente? Se salta de más alto en más alto, cada vez de modo más divino, pero cada vez más lejos de la tierra. El individuo se ha transfigurado, tal vez, mas el mundo no se ha movido un ápice. ¿Cuál es, pues, nuestro futuro terrestre, si no existe en verdad otra cosa sino esta consciencia supermental?

Todos abrigamos la esperanza de que con el desarrollo de la consciencia y de la ciencia reunidas, llegaremos a una humanidad mejor y a una vida más armoniosa. Mas no son los milagros, sino los instrumentos, los que hacen cambiar la vida. Y nosotros sólo contamos con un instrumento: la Mente; son nuestras ideas las que organizan los descubrimientos de nuestra ciencia. Si queremos ver claramente nuestro futuro, sin que nos engañen las circunstancias del momento ni sus triunfos aparentes -ya otros, en Tebas, en Atenas, en Udjein, triunfaron también, antes que nosotros-, conviene examinar nuestro instrumento -la Mente - con mayor detención, porque de lo que él sea depende nuestro porvenir. Mas al parecer todo ocurre como si las ideas más hermosas, los planos creadores más elevados y los actos de más puro amor fuesen automáticamente desfigurados, contrahechos, contaminados en cuanto descienden a la vida. Nada llega en estado de pureza. Mentalmente hemos inventado ya las recetas más prodigiosas; pero la Vida no las ha aceptado nunca. ¿Qué cosa queda, pocos lustros después de Lenin, para no hablar sino de la actual civilización, qué cosa queda del comunismo puro? ¿Y qué del Cristo bajo todo ese hacinamiento de dogmas y de censuras eclesiásticas? Sócrates muere envenenado y Rimbaud escapa a Harrar; bien conocemos la suerte de los falansterios, de las "no-violencias", los cataristas que dieron consigo en la hoguera. Y la historia gira como un Moloch; nosotros, tras innumerables fracasos, encarnamos tal vez el triunfo, mas, ¿de cuál

otro triunfo no somos el fracaso? ¿Cronología de victorias o cronología de fracasos? La vida parece hecha de una substancia irremediamente deformante, todo se funde en ella como en las arenas de Egipto, todo en ella se nivela en una irresistible "gravitación hacia abajo". "Es evidente -observa Sri Aurobindo- que la Mente no ha sido capaz de cambiar de modo radical la naturaleza humana. Vosotros podéis cambiar indefinidamente las instituciones humanas y, no obstante, la imperfección acabará por quebrar todas vuestras instituciones... Es preciso otro poder, que no sólo conseguirá resistir, sino aun vencer esa gravitación descendente".¹

Mas aun cuando nuestras ideas llegasen puras a la vida, serían incapaces de crear otra cosa que un cuartel -caso un cuartel santo, cómodo y religioso, pero un cuartel al fin y al cabo-, porque la Mente no sabe formar sino sistemas y quiere encerrarlo todo en su sistema. "En la lucha con la vida, la Mente se vuelve empírica y doctrinaria";² atrapa un trocito de verdad, una gotita de iluminación divina y hace de ello una ley para todo el mundo; confunde la unidad con la uniformidad. Y aunque es capaz de comprender la necesidad de la diversidad, es prácticamente incapaz de manipularla, porque no sabe manipular sino lo que es invariable y finito, en tanto que el mundo abunda en una infinita variedad: "Las ideas son fragmentarias e insuficientes; no sólo no triunfan sino parcialmente, sino que, si su éxito fuese completo, siempre sería engañoso, porque las ideas no encarnan toda la verdad de la vida y, por consiguiente, no pueden gobernarla con acierto ni conducirla a su perfección. La vida escapa a las fórmulas y a los sistemas que nuestra razón se esfuerza por imponerle; la vida se revela hartamente compleja, pletórica de potencialidades infinitas como para someterse a la tiranía del arbitrario intelecto del hombre... Toda la dificultad obedece al hecho de que en el fondo de nuestra vida y de nuestra existencia, interior o exterior, algo hay que el intelecto no podrá nunca someter a su dominio: el Absoluto, el Infinito. Detrás de cada cosa en la vida, hay un Absoluto que esta cosa busca, y cada cosa lo hace a su manera; cada finito se esfuerza por expresar un infinito que él siente que es su verdad real. Por otra parte, en la Naturaleza no es solamente cada clase, cada tendencia, cada tipo lo que se ve así impelido hacia su propia verdad secreta, cada cual a su manera, sino cada individuo también aporta sus propias variaciones. Hay no sólo un Absoluto, un Infinito en sí, que gobierna y que se expresa a través de innumerables formas y tendencias, sino un principio de potencialidad infinita y de infinita variación de todo punto desconcertante para la inteligencia razonadora; porque la razón no puede manipular sino lo que es invariable y finito. Esta dificultad alcanza en el hombre su paroxismo. Porque la humanidad no solamente tiene potencialidades ilimitadas, no sólo cada una de sus fuerzas y de sus tendencias busca su propio absoluto, cada una de ellas a su manera, y se impacienta de toda rígida vigilancia que la razón ejerce, sino aun los grados, los métodos y las combinaciones de esas fuerzas y de esas tendencias varían en cada hombre. Cada hombre pertenece no únicamente a la humanidad común, sino al Infinito que se halla en él y, por lo tanto, cada hombre es único. Tal es la realidad de nuestra existencia y la causa de que la razón intelectual y la voluntad inteligente no puedan ser las soberanas de la vida, aunque sean actualmente nuestros instrumentos supremos y que hayan sido sumamente importantes y útiles en el curso de nuestra evolución".³

Pero si la evolución es, como lo asegura Sri Aurobindo, una evolución de la consciencia, bien podemos pensar que la humanidad no se quedará sempiternamente en la fase mental actual; que su mente se iluminará algún día y llegará a ser cada vez más intuitiva, y que acaso finalmente se abrirá a lo supermental. Una humanidad supermental, pensaremos, debería ser capaz de manipular la compleja diversidad de la vida. La supermente es una

conciencia de dios, es la conciencia de los más insignes profetas que la humanidad ha conocido; es una masa de luz estable; parecería, pues, que todo debiera armonizarse en esa luz. Infortunadamente, dos hechos contradicen esa esperanza: el uno relacionado con la desigualdad del desarrollo de los individuos, relativo el otro a la naturaleza misma de la supermente. Esta puede, a la verdad, parecernos dueña de una pujanza formidable en parangón con nuestra mente, mas se trata de una superioridad de grados de la misma calidad; no se sale del principio mental, uno se halla solamente en el apogeo de la mente. Ese principio puede ampliar el círculo humano, no cambiarlo; puede divinizar al hombre, pero también "hacer de él un ser colosal",⁴ dice Sri Aurobindo, porque si el hombre aplica esta nueva pujanza a su ego en vez de aplicarla a su alma, será un superhombre nietzscheano, pero no un dios. No necesitamos de una conciencia más poderosa, sino de otra conciencia. Mas aún: si se supone que el hombre acepte obedecer a su alma y no a su ego, la supermente no cambiará la vida, por las mismas razones que impidieron hacerlo al Cristo y a todos los grandes profetas. Porque la supermente no es un nuevo principio de conciencia; él es el que, de un cabo al otro, ha presidido nuestra evolución desde qué el hombre apareció sobre la tierra; de él han provenido todas las grandes ideas, las grandes fuerzas creadoras; por varios milenios hemos vivido bajo el signo de los dioses, ora por la voz de nuestros profetas y de nuestras religiones, ora por la de nuestros poetas y de nuestros grandes creadores, y es evidente que ni los unos ni los otros han cambiado el mundo, aun cuando hayan contribuido a mejorarlo. No podemos decir siquiera que nuestra vida sea más gozosa que la de los atenienses.

El fracaso de la supermente obedece a muchas razones. En primer lugar, es un principio de división. Hemos dicho, sin embargo, que una conciencia supermental es una masa de luz estable, que posee la visión de una armonía cósmica, de una unidad cósmica, porque ve por doquiera la luz como en sí misma. Mas tampoco se trata de un principio de división en la división, como en el caso de la mente ordinaria, sino de un principio de división en la unidad. La supermente sabe muy bien que todo es uno, mas, debido a la estructura misma de su conciencia, no puede, prácticamente, dejar de dividir la unidad: "Ella lo ve todo, mas todo lo ve desde su propio punto de vista".⁵ Basta con prestar oídos a las voces en apariencia contradictorias de nuestros profetas para percatarnos de que cada cual ve la unidad, pero que cada uno la ve "desde su punto de vista"; su conciencia es como un faro que barre el mundo y que puede abarcarlo todo en su haz de luz, sin un solo hueco de sombra, mas no se trata sino de un haz de luz que llega a un punto. Y así, nos hallamos ante una serie de experiencias o de visiones de orden divino aparentemente inconciliables: los unos ven por doquiera lo Divino cósmico, otros ven por dondequiera lo Trascendente extra-cósmico, y otros ven por doquiera al Dios interior, o bien, proclaman la verdad de un Dios personal, la verdad de un Dios impersonal, la verdad del Nirvana, la verdad del Amor, la verdad de la Fuerza, de la Belleza, del Intelecto; la verdad de sabios innumerables, de sectas, de Iglesias o de visionarios que nos han transmitido la Palabra. Y todas son verdades de índole divina, todas son experiencias enteramente verdaderas, auténticas de todo punto, pero no son todas otra cosa que un rayo de la luz total. Naturalmente, esos grandes profetas son lo bastante sabios para percibir la verdad de las demás expresiones -son más sabios que sus Iglesias, más sabios que sus devotos-, pero se hallan atados a una incapacidad fundamental de la conciencia, que no puede dejar de dividir, como el prisma divide la luz. Mental o supermental, la conciencia no puede experimentar sino una verdad y una sola a la vez. Eso es lo que todas las mitologías, de antaño y de hogaño, expresan: cada dios es la encarnación de un poder cósmico y de uno solo -amor, sabiduría, destrucción,

conservación...-. Buda expresa la Nada trascendente, y él no ve sino su Nada; el Cristo expresa la Caridad amorosa, y no ve más que la Caridad, y así sucesivamente; sin embargo, por muy elevada que cada una de esas verdades sea, cada una de ellas no es más que una verdad. Y tanto más se fragmentará la verdad supramental -ya fragmentada- cuanto más descienda de plano en plano, para manifestarse en la vida; engendrada por la división, llega, indefectiblemente, a la subdivisión; del Buda a los "vehículos" y del Cristo a todas las sectas cristianas, el mecanismo es visible. Y no solamente en el orden espiritual o religioso, sino en todos los órdenes, porque la función misma de la supermente es la de hacer fructificar de todo punto una posibilidad, una sola posibilidad: "Ella da a cada posibilidad su pleno poder y su reino separado... Puede dar al intelecto su más austera intelectualidad y a la lógica su lógica más implacable. Puede dar a la belleza su más espléndida pasión, sus formas más luminosas, y a la conciencia que la recibe, una suprema altura y un éxtasis como un abismo".⁶ Y de esta manera, millones de ideas-fuerza se dividen en el mundo: comunismo, individualismo; no-violencia, fuerza bélica; epicureísmo, ascetismo... y cada una es una faceta de la Verdad divina, cada una un rayo de Dios; no existe error absoluto en ninguna parte, no hay lino divisiones de la Verdad. Ciertamente, nosotros podemos ver la Unidad, la verdad de los demás, y hacer una síntesis, pero todas nuestras síntesis no restaurarán la unidad, porque aún se tratará de una síntesis mental, "un pot-pourri, no la unidad", dice la Madre; es el prisma que juega a decirse que todos los colores proceden de una sola Luz, pero, entretanto, prácticamente todos los colores estarán divididos en el mundo, todas las fuerzas producidas por el plano supermental serán el fruto de su división original. Y en modo alguno se trata aquí, por cierto, de un problema de pensamiento o de un asunto filosófico por resolver, sino de un hecho cósmico, de un fenómeno orgánico, como las espinas en el lomo de un erizo. Para que cese la división es menester que el prisma desaparezca. Y por eso se halla el mundo dividido y lo estará inexorablemente en tanto que el principio de consciencia mental, alto o bajo, ordinario o súper-ordinario, sea dueño del mundo.

Se puede concebir, sin embargo, que en un futuro evolutivo más o menos próximo, una consciencia supermental perfecta, o aun muchas simultáneamente, llegarán a encarnarse sobre la tierra. Toda la parte de la familia humana menos evolucionada que se congregase en torno de esos centros luminosos, podría vivir una vida armoniosa y, en tal sentido, la vida se vería cambiada y habría una especie de unidad. Mas sería una unidad en el seno de un solo haz luminoso; los unos se hallarían en el haz de la Belleza pura, por ejemplo, y los otros, supongámoslo así, en el haz de un Comunismo integral fundado en el amor fraterno (más probable parecería, infortunadamente, según el curso de la evolución, que estos haces sean de luz dura, centrados en torno de alguna ideología económica y titánica). Mas aun admitiendo que en el mundo se enciendan núcleos de fuego divino, no sólo se operaría su unidad en detrimento de la incoercible diversidad de la vida, sino que se verían amenazados por la oscuridad circundante; el desarrollo de los hombres es desigual, cosa que siempre se olvida, y a ello se debe la tremenda falla de todas nuestras grandes ciudadelas; nuestros núcleos de gracia serían como "islas de luz" en el seno de una humanidad menos evolucionada con tendencia natural y constante a invadir de nuevo, y a oscurecer y a nivelar la luz privilegiada. Todos sabemos lo que a Grecia y Roma les ocurrió en medio del mundo bárbaro. Según una sabia ley evolutiva, parecería que la evolución del mundo se halla atada a la totalidad del mundo y que no puede salvarse nada si no se salva todo; las descomuniones y los infiernos no son sino pueriles Ignorancias, y nuestros países mera cucaña sobre la tierra o allá arriba. ¡No habrá paraíso mientras quede un solo hombre en el

infierno! Porque no existe sino un Hombre. Por lo demás, suponiendo que una de esas islas de luz pueda resistir, merced al Poder de su centro, a las incursiones procedentes del exterior, nada asegura que esta protección sobrepasará la duración del Poder que se halla en el centro. La historia de todos los movimientos religiosos, ocultos, iniciáticos, caballerosos y de otra naturaleza, da suficientes testimonios de que, una vez muertos el Maestro y sus iniciados directos, todo se desparrama, se acanalla, se nivela o se deforma o desaparece. La ley de gravitación hacia abajo parece hasta hoy insuperable. Si queremos que triunfe la evolución, es necesario que la vida toda sea transformada, no solamente un fragmento de ella, ni sólo un haz privilegiado, una isla venturosa, y para ello se requiere otro Poder, capaz de resistir a la gravitación descendente, otro principio de consciencia, indiviso o global que pueda, sin mutilarla, contener la innumerable diversidad de la vida.

Si en vez de contemplar el futuro de la evolución desde un punto de vista colectivo, lo contemplamos desde el punto de vista del individuo, la supermente tampoco nos depara la plenitud viviente a que aspiramos. Si el propósito de la evolución fuese, en verdad, el de producir mayor número de seres como Beethoven o como Rimbaud, acaso también algunos super-Platones, no podríamos dejar de pensar que ello no es sino un resultado muy pobre comparado con los millones de años de esfuerzo y los millones de individuos caídos en el camino. No pueden Beethoven y Rimbaud o el propio San Juan constituir una finalidad evolutiva, o entonces la vida no tiene sentido, pues ¿quién no ve que sus obras, por carencia de la vida, son admirables? Todas ellas proclaman que todo es arriba mucho más bello que aquí, con millones de pájaros de oro y de música divina. Todo ocurre allá arriba, pero aquí abajo ¿qué pasa? Aquí la vida continúa igual que antes. Se dirá que esos altos pensamientos, esos poemas, esos cuartetos, esos divinos instantes que hemos podido ver, tienen mayor importancia que todas las horas de nuestra vida colocadas una tras otra, y es verdad, pero eso significa precisamente el reconocimiento de que la vida es terriblemente pobre, o que la finalidad de la vida no se encuentra en la vida. Tenemos también necesidad de una verdad del cuerpo y de la tierra, no solamente de una verdad en el ápice de la cabeza. No queremos recreaciones, sino una recreación.

Todo, hasta ahora, pasa como si el progreso individual de la evolución consistiese en descubrir los planos superiores de la consciencia, y como si, una vez conseguido ese descubrimiento, tuviese cada uno que construir un mundo aparte, una isla de luz privada en medio del filisteísmo económico, en la música los unos, algunos en la poesía, otros en las matemáticas o en la religión, éstos en un gran velero para las vacaciones, aquéllos en una celda monacal, cada cual con su tragaluz o su derivativo, como si la vida y el cuerpo sirviesen sólo para escaparse de la vida y del cuerpo. Pero basta con contemplar nuestra propia vida, ¡nunca estamos adentro!, uno está antes o está después, en el recuerdo o en la esperanza, pero mientras tanto, uno es miserable y neutro, no sabemos siquiera si existimos, salvo en instantes que no son ya precisamente de la vida. Nada podemos reprochar a nuestras Iglesias, “todos vivimos, constantemente, en el más allá; ellas solamente predicán un más allá más considerable. También Rimbaud lo decía: "La verdadera vida está en otra parte”.

Sri Aurobindo buscaba una vida verdadera aquí abajo: "La vida, no un remoto más allá, silencioso, extático, sólo la vida es el campo de nuestro yoga"⁸ y aceptaba la evidencia de que las cumbres de la consciencia no bastan para hacer de la vida una vida verdadera. Hemos alcanzado la supermente, hemos hallado la alegría, la inmensidad que canta, pero no la de la vida que continúa apretando los dientes: "Cuando uno está arriba, en la consciencia -dice la Madre- ve todas las cosas, uno sabe; mas cuando uno desciende a la Materia, es en

verdad como el agua que cae en la arena". Hemos conseguido que nuestro cohete se remonte a gran altura en nuestro cielo espiritual, hemos contado cuanto en el hombre hay de superior sin preocuparnos de las fases inferiores, satisfechos de que la fiera se adormezca en nosotros lo suficiente para no turbar nuestros sueños divinos, y por eso la vida sigue siendo feroz, como nosotros: "Esperar un cambio verdadero de la vida humana sin una mudanza de la naturaleza del hombre, es una empresa irracional y no espiritual; es pedir algo irreal, algo contrario a la naturaleza, un imposible milagro".⁹ A ello se debe el que nuestras islas de luz sean invadidas cada vez por nuestra barbarie íntima o por cánceres solapados, como lo fueron otras islas que se llamaban Atenas o Tebas; a ello se debe el que mueran y mueran, como si el Señor de la evolución nos pegase cada vez la nariz en la tierra para recordarnos que no hemos hallado toda la luz cuando sólo la hemos hallado arriba. La vida no muere porque se desgaste, muere porque no se ha encontrado a sí misma. Hemos emprendido desde siglos atrás el viaje de ascensión, hemos conquistado isla tras isla, y no hemos descubierto sino la mitad del Secreto, y cada vez nos hemos visto arruinados; pero no quizás porque la historia sea vana, ni para castigarnos de nuestros "pecados" ni para expiar una Falta improbable, sino acaso para encontrar aquí abajo, en la Materia, la otra Mitad del Secreto. Perseguidos por la Muerte y la Inconsciencia, agobiados por el mal y el sufrimiento, no existe sino una sola salida, no por cierto la de evadirse, sino la de hallar en el fondo de la Muerte y de la Inconsciencia, en el fondo del Mal, la clave de la vida divina. La de transformar nuestra barbarie y nuestra noche de abajo, no la de expulsarla de nuestra isla. Tras las iluminaciones de lo alto, la alegría de abajo y la transformación de la Materia. "Se puede decir que cuando el círculo se cierre y se toquen ambos extremos, cuando lo más alto se manifieste en lo más material -la suprema Realidad en el centro del átomo-, entonces la experiencia será verdaderamente concluyente". "Parece -dice la Madre- que uno no comprende nunca de veras sino cuando comprende con su cuerpo".

Porque el Secreto, eso que Sri Aurobindo ha llamado Supramental, no es un grado más por cima de la supermente, no es una supermente ni una super-ascensión, sino un nuevo Signo, que ya no es el de los dioses ni el de las religiones, y del cual depende el futuro mismo de nuestra evolución.

En febrero de 1910, menos de un año después de su salida de Alipor, Sri Aurobindo recibe una tarde en las oficinas del Karmayogin aviso de que va a ser arrestado de nuevo y deportado a las islas Andamán. Sri Aurobindo oye de pronto la Voz, que tres veces dice claramente: "Vete a Chandernagor". Diez minutos después, Sri Aurobindo había tomado el primer barco que pasaba por el Ganges. Era el fin de su vida política, el fin del yoga integral y el comienzo del yoga supramental.

XIV

EL SECRETO

Podemos tratar de revelar este Secreto, sin poner en olvido que la experiencia se halla en curso. Sri Aurobindo la inició; algo descubrió en 1910, encontrándose en Chandernagor, y en ello trabajó durante cuarenta años y en ello dejó su vida. La Madre prosigue.

Nunca reveló Sri Aurobindo las circunstancias en que su descubrimiento tuvo lugar; era en extremo silencioso cuando se trataba de sí mismo, no por reserva, sino porque en él ya no existía el "yo". "Cuando él hablaba -dice con ingenua perplejidad su huésped de Chandernagor-, parecía que fuese otro quien hablaba por su medio. Le ponía yo las viandas enfrente y él se quedaba viéndolas, y luego, mecánicamente, comía algo. Se le veía abstraído, aun cuando comía y meditaba con los ojos abiertos!"¹ Sólo más tarde, en sus obras y en fragmentos de conversación, pudimos coger el hilo de su experiencia. El primer indicio se nos presentó el día que él hizo una observación casual a uno de sus discípulos; por ese indicio pudimos colegir que ya en Alipor Sri Aurobindo se hallaba sobre la pista: "Durante dos semanas -dijo en esa oportunidad- tuve la visión de toda clase de torturas y de sufrimientos",² mas, en esos mundos, visión es sinónimo de experiencia, si se comprende lo que eso quiere decir. Al mismo tiempo que Sri Aurobindo ascendía hacia la supermente, su conciencia bajaba, a lo que se ha convenido en llamar los infiernos.

Tal es también una de las primeras cosas que en grados variables descubre el aspirante. "Este no es un yoga para los débiles", dice la Madre, y es la verdad. Porque si el primer resultado tangible del yoga de Sri Aurobindo es el de hacer aparecer nuevas facultades poéticas y artísticas, el segundo, acaso la consecuencia inmediata, es el de hacer salir a una luz despiadada todos los bajos fondos de la conciencia, personal primero, luego universal. Esta estrecha -y extraña- conexión entre el supraconsciente y el subconsciente es, sin duda, el punto de partida del descubrimiento de Sri Aurobindo.

Los grados subconscientes

El subconsciente a que se refiere la psicología moderna no es sino la franja exterior de un mundo casi tan vasto como el supraconsciente, con sus grados, sus fuerzas, sus seres (o sus seres-fuerza si se prefiere). Es nuestro pasado evolutivo, cercano o remoto, con todas las huellas de nuestra vida presente y todas las de nuestras vidas anteriores, así como el Supraconsciente es nuestro porvenir evolutivo. Todos los residuos y todas las fuerzas que han presidido nuestra ascensión de la Materia al animal y del animal al hombre, están no solamente grabados allí, sino que viven aún y continúan influyendo en nosotros; si por virtud del porvenir supraconsciente que tira de nosotros, somos seres más celestes de lo que creemos, por el pasado subconsciente e inconsciente que nos arrastra, somos aún más bestiales de lo que imaginamos. Este doble misterio contiene la clave del Secreto total. "Nadie, que no haya pasado por el infierno, puede alcanzar el cielo".³

Verdad es que se puede llegar a las beatitudes espirituales sin conocer malos sitios, a no ser por accidente; pero hay cielo y cielo, como hay infierno e infierno (cada grado de nuestro ser tiene su "cielo" y su "infierno"). Los hombres religiosos salen generalmente del individuo y por eso mismo salen del subconsciente; tienen un solo paso que franquear, con sus "guardianes del umbral" lo bastante desagradables para justificar todas las "noches" y

las "tentaciones" de que hablan las vidas de los santos. Mas se trata sólo de un paso. Asimismo, el cielo que contemplan consiste en salir de la existencia exterior y en sumergirse en el éxtasis. La mira del yoga de Sri Aurobindo, ya lo hemos dicho, no es la de perder conciencia, ni abajo ni arriba. Ni menos la de cerrar abajo los ojos. El explorador integral no está hecho ni para la noche oscura ni para la luz que deslumbra. Por dondequiera que vaya debe ver; es la primera fase del dominio. Porque no se trata de "pasar" a una existencia mejor, sino de transformar la existencia presente.

Y así como existen numerosos grados supraconscientes, existen también muchas capas o mundos subconscientes, muchos "recintos oscuros", como dice el Rig-Veda. En realidad, existe un subconsciente atrás de cada uno de los grados de nuestro ser: un subconsciente mental, un subconsciente vital y un subconsciente físico que concluyen todos en el Inconsciente material.* Allí encontraremos, en su orden, todas las formas o las fuerzas mentales enanas y brutales que fueron las primeras en aparecer en el mundo de la Materia y de la Vida, todos los impulsos agresivos de los comienzos de la Vida, todos sus reflejos temerosos y dolientes, y, por último, las fuerzas de la enfermedad y de la desintegración, y la Muerte, que presiden subconscientemente la vida física. Se comprende, pues, que no podrá haber vida verdadera sobre la tierra en tanto que esos mundos sean los amos de nuestro destino material. Mas nosotros somos el campo en que se libra la batalla; en nosotros, todos los mundos, desde el más alto al más bajo, se reúnen. No se trata de huir tapándose la nariz o sangrándose, sino de entrar y vencer:

"Tú llevaras el yugo que venías a deshacer
Tú llevarás la angustia que quisieras curar".⁴

Límites del Psicoanálisis

La psicología contemporánea se ha percatado también de la importancia del subconsciente y de la necesidad de la depuración; sólo que no ha visto sino una mitad del cuadro, el subconsciente sin el Supraconsciente, y se ha creído que con su exigua luz mental podría iluminar esta cueva de ladrones; mas eso es como ir a la selva provisto de una linterna de bolsillo. Las más de las veces, en realidad, la psicología contemporánea no ve del subconsciente sino el anverso del hombrecillo frontal; porque existe una ley psicológica fundamental, a la que nadie escapa; esta ley establece que el descenso es

* Para Sri Aurobindo, las divisiones psicológicas siguen la ascensión evolutiva, lo que parece lógico, porque en la Materia y a partir de ella y cada vez más altos, se han manifestado los grados de la conciencia. El Inconsciente representa, pues, nuestra base material corpórea (Sri Aurobindo prefiere llamarlo "Nesciencia", ya que este Inconsciente no es en verdad inconsciente) en tanto que el subconsciente contiene nuestro pasado terrestre, y el Supraconsciente, nuestro porvenir. En el seno de estas tres zonas se escalonan los diversos planos universales de conciencia (que Sri Aurobindo agrupa a menudo bajo el nombre de "subliminal" a fin de distinguirlos bien del subconsciente, que es muy poco o muy malamente consciente -- sub-consciente -- mientras que los planos subliminales se hallan henchidos de fuerzas en extremo conscientes). La fracción "personal" de estas diversas zonas constituye una tenue extensión: nuestro propio cuerpo y todo cuanto hemos individualizado o colonizado en el decurso de esta vida y de todas nuestras vidas.

proporcional al ascenso: no se puede descender más de lo que se sube. Porque la fuerza que es menester para bajar es la misma que se necesita para subir; si por obra de algún azar descendiésemos más de lo que nuestra capacidad de elevación permite, automáticamente se produciría un accidente, una enajenación o la locura, porque careceríamos de la fuerza correspondiente. Mientras más se aproxima uno a un comienzo de Verdad aquí abajo, más se descubre una insondable Sabiduría. Los misteriosos complejos del señor Pérez se sitúan algunos centímetros abajo, si así puede decirse, como su existencia consciente se sitúa algunos centímetros arriba. A no ser que nuestros psicólogos sean particularmente luminosos, no pueden en verdad descender al subconsciente y, por eso mismo, no pueden curar de verdad, salvo algunas anomalías subcutáneas, y aún se hallan en peligro de ver sus enfermedades manifestarse en otra parte, bajo diferente forma. No se puede curar si no se llega hasta el fondo, y no se puede llegar al fondo si no se llega hasta arriba. Mientras más quiere uno descender, más se necesita una luz poderosa, de lo contrario se hace uno engullir.

Si el psicoanálisis se quedase en sus límites superficiales, nada habría que decir, y acabaría sin duda por percatarse de sus propias limitaciones y, entretanto, curaría algunos pruritos. Infortunadamente para no poca gente, se ha convertido en una especie de nuevo evangelio y ha contribuido de manera muy poderosa a corromper a los espíritus, clavándolos insanamente en sus posibilidades cenagosas más bien que en sus posibilidades divinas. No cabe ninguna duda de que en el curso de la evolución nuestros "errores" acaban siempre por tener su lugar y su utilidad; era conveniente que nuestras complacencias de orden moral y burgués fuesen sacudidas; mas el método escogido es peligroso, porque evoca el mal sin tener el poder de curarlo: ese método "tiende -dice Sri Aurobindo- a hacer de la mente y de lo vital algo no menos sino más fundamentalmente impuro que antes..."⁵ La psicología moderna es una ciencia que se halla en ciería; es, a un tiempo mismo, torpe, imprudente y grosera. Y, como todas las ciencias que se hallan en la infancia, cae en la universal costumbre de la mente humana que consiste en tomar una verdad parcial o local y en generalizarla indebidamente tratando de explicar todo el conjunto de la Naturaleza con sus términos estrechos. .. El psicoanálisis -especialmente el de Freud- aborda cierta parte de la naturaleza, la más oscura, peligrosa y malsana, como lo son las capas subconscientes de lo vital inferior;* aísla algunos de sus más mórbidos fenómenos y atribuye a este elemento una importancia no proporcionada a su cometido verdadero en la naturaleza... Despertar prematuramente o sin conocer el procedimiento adecuado a esta parte subconsciente, a fin de hacer la experiencia de ella, es igual a correr el riesgo de inundar también de este magma oscuro y cenagoso las partes conscientes de nuestro ser y de envenenar de tal modo toda la naturaleza vital y aun la naturaleza mental toda. En todo caso, por lo tanto, debería comenzarse por una experiencia positiva, no por una de carácter negativo, y por hacer, al menos en la medida de lo posible, que la naturaleza divina, la calma, la luz, la ecuanimidad, la pureza, la fuerza divinas desciendan a aquellas partes conscientes de nuestro ser que deben experimentar el cambio; sólo cuando se ha llegado adecuadamente a ello y cuando se ha establecido una base sólida y positiva se pueden remover sin peligro los elementos

* Ya hemos dicho que existen numerosos grados y subgrados en el subconsciente. De modo deliberado no hemos querido detenernos en la descripción de esos mundos inferiores; el aspirante pasará, en su hora, por la experiencia de ellos. Dar una forma mental precisa a esas fuerzas inferiores no es exorcizarlas de verdad, como algunos imaginan, sino otorgarles mayor poder sobre nuestra consciencia. No se cura nada por medio de la mente.

adversos escondidos en el subconsciente a fin de destruirlos o de eliminarlos por virtud de la calma divina, de la luz, de la intensidad y del conocimiento divinos".⁵

Mas el psicoanálisis tiene otro defecto de mucho mayor gravedad. Pues si los psicólogos tuviesen en verdad poder alguno para descender al subconsciente, no sólo no curarían, no sólo correrían el peligro de agitar fuerzas superiores a ellos -como le ocurrió al aprendiz de brujo-, sino que, aun en el caso de que poseyesen el poder de dominarlos y de aniquilarlos, podrían al mismo tiempo destruir el bien con el mal y mutilar de modo irreparable nuestra naturaleza. Porque carecen de conocimiento. Porque desde lo alto de su mente no pueden sus ojos ver el futuro de modo suficiente para comprender el bien que ese mal prepara y la Fuerza dinámica que se halla bajo el juego de los contrarios; para disolver este oscuro maridaje, se necesita otro poder y, sobre todo, otra visión: "Es preciso conocer el todo antes de conocer la parte, y todo cuanto se halla arriba antes de comprender a las cabales cuanto se encuentra abajo. Tal es el campo de la psicología del futuro. Cuando esa hora llegue, todos estos pobres tanteos se esfumarán, reducidos a nada".⁶

Y aquí tocamos el error fundamental de nuestra psicología. Es incapaz de comprender porque busca abajo, en el pasado de la evolución. Es cierto que una mitad del Secreto se encuentra ahí, mas es la fuerza de lo alto la que abre la puerta de abajo. No estamos hechos para ver siempre atrás de nosotros, sino hacia adelante y hacia arriba, hacia la luz supraconsciente, porque ese es nuestro porvenir y porque sólo el porvenir explica y cura el pasado: "Se me hace cuesta arriba -escribía Sri Aurobindo a un discípulo- tomar en serio a esos psicoanalistas, aunque tal vez debería hacerlo, porque el medio-conocimiento es algo poderoso y con frecuencia es un obstáculo para que la auténtica Verdad emerja... Ellos miran de abajo arriba y quieren explicar las luces superiores por las oscuridades inferiores, mas el fundamento de las cosas está arriba, no abajo. El Supraconsciente, no el subconsciente, es el verdadero fundamento. El loto no se explica por medio del análisis del légame donde crece; el secreto del loto se halla en el arquetipo divino del loto, que para siempre jamás florece en lo alto, en la luz".⁶

Al parecer progresamos de abajo arriba, o del pasado hacia el futuro, o de la noche hacia la luz consciente, pero esto no es sino nuestra visión momentánea, que nos corta la totalidad del cuadro, de lo contrario veríamos que es el futuro el que tira de nosotros, no el pasado el que nos empuja, y la luz de lo alto que poco a poco penetra en nuestra noche. ¿Cómo podría la noche crear jamás toda esta luz? Si la noche fuese nuestro punto de partida, no podríamos llegar sino a la noche. "El árbol eterno tiene sus raíces en lo alto y esparce hacia abajo sus ramas", dice la Katha-Upanishad (VI. 1). Nosotros tenemos la impresión de hacer grandes esfuerzos para comprender y conocer, y de una tensión hacia el porvenir; mas no se trata sino de nuestro limitado punto de vista; acaso haya otro punto de vista desde el cual podríamos ver ese Porvenir supraconsciente que pugna por penetrar en nuestro presente. Y veríamos tal vez que nuestros grandes esfuerzos no eran sino la resistencia de nuestro espesor y de nuestra oscuridad. El porvenir no va sólo de abajo arriba, pues de lo contrario no habría esperanza para la tierra y acabaría por estallar en medio del cielo en una suprema tensión psíquica o por caer de nuevo en su noche; el porvenir va de arriba abajo; desciende cada vez más a nuestra bruma mental, a nuestras confusiones vitales, a la noche subconsciente e inconsciente, hasta que lo ha esclarecido todo, y lo ha levantado todo de nuevo y todo lo ha curado y lo ha realizado todo. Y mientras más desciende, en mayor grado la resistencia aumenta; es la Edad de Hierro, el tiempo de la gran Revuelta y del Peligro. El tiempo de la Esperanza. En el punto supremo en que este Porvenir toque el fondo del pasado, en que esta Luz destruya el fondo de la Noche, encontraremos, si Dios lo

quiere, el secreto de la Muerte y de la Vida inmortal. Pero si sólo hacia abajo dirigimos nuestra mirada, no encontraremos otra cosa sino fango y nada más que fango.

La mitad oscura de la Verdad

Ahora nos aproximamos. El aspirante ha comenzado por una experiencia positiva. Se ha puesto en camino porque tenía necesidad de otra cosa. Ha hecho ensayos de silencio mental y se ha percatado de que ya sólo ese esfuerzo provocaba una Respuesta; ha sentido una fuerza que descendía, una vibración nueva en él, que hacía la vida más clara, más viva; acaso ha tenido también la experiencia de un súbito desgarramiento de sus límites y de una progresión a otra altura. De mil maneras distintas puede manifestarse el signo indicador de que un nuevo ritmo comienza. Luego, de repente, tras esta partida vertiginosa, todo se desvanece como si el aspirante hubiese soñado o como si se hubiese dejado arrastrar por un entusiasmo pueril en demasía; algo hay en el aspirante que por medio de una ola de escepticismo, de repugnancia o de rebeldía, trata de tomar venganza de él. Y este será el segundo signo, acaso el verdadero signo de que progresa y de que batalla con las realidades de su naturaleza, o, más bien, la señal de que la Fuerza descendente ha comenzado su trabajo. En definitiva, el progreso no consiste tanto en elevarse como en decantar todo cuanto estorba; cuando ya uno es claro, todo está ahí. Y el aspirante descubre sus innumerables escollos. En la vía del yoga integral se tiene a menudo la impresión de haberse puesto uno en camino en busca de lo mejor y de no descubrir sino lo peor, de haber aspirado a la luz y a la paz, y de encontrarse con la guerra. En realidad, se trata de una batalla, y no debe uno ocultárselo a sí mismo. Mientras se nada en la misma dirección de la corriente, puede uno creerse muy gentil, muy limpio, bien intencionado; pero cuando se nada contra la corriente, todo ofrece resistencia. Entonces se comprende claramente que sobre los hombres pesan grandes fuerzas embrutecedoras. Y es preciso haber tratado de librarse de ellas para comprender lo que son. Y cuando el aspirante haya tenido una primera apertura decisiva hacia lo alto, cuando haya visto la luz, sentirá abajo, casi simultáneamente, una cuchillada, como si en él alguien sufriese; sabrá entonces lo que es eso que Sri Aurobindo entendía por "esta oscuridad herida que protesta contra la luz".⁷ Y habrá aprendido su primera lección: no se puede adelantar un paso hacia arriba sin dar otro hacia abajo. En vez de tomar estas brutales desgarraduras como una especie de fatalidad, el aspirante hará de ellas el fundamento de su trabajo. Este doble movimiento de ascensión y de descenso constituye el proceso básico del yoga integral: "En cada altura conquistada debemos volver sobre nuestros pasos a fin de hacer que la iluminación y el poder nuevos descendan al movimiento mortal de abajo";⁸ sólo de este modo puede la vida transformarse, de lo contrario nos quedaremos en las cimas poetizando o espiritualizando, en tanto que, abajo, la vieja vida continuará tranqueando. Prácticamente, el movimiento de descenso no se realiza por arbitraria decisión de la mente; pues mejor es cuanto ésta menos se entremete en ello, y luego, bien podemos preguntarnos, ¿cómo podría la mente "descender" sentada como se halla tras un pequeño escritorio?... Es la conciencia-fuerza, despierta e individualizada en nosotros, la que hace espontáneamente todo el trabajo. Desde el momento en que hemos alcanzado cierta intensidad de conciencia o de luz, esa intensidad ejerce de modo automático una presión sobre el resto de la naturaleza y anula las oscuridades o resistencias correspondientes. Todo ocurre como si violentamente se introdujese un exceso de oxígeno en el fondo del mar: algunas murenas y otros animalillos del bajo fondo se agitan ansiosamente y aun pueden estallar. Es una extraña inversión de

consciencia, como si uno pasase de un aposento iluminado al mismo aposento oscuro, de una estancia alegre a la misma estancia dolorosa; todo es semejante y todo se encuentra cambiado. Como si fuese la misma fuerza, la misma intensidad vibratoria -acaso una vibración idéntica-, pero afectada de pronto por un coeficiente negativo. Se percibe entonces cómo el amor, por ejemplo, se cambia en odio, en impureza la pureza; todo es lo mismo, pero al revés. En tanto que nuestros estados psicológicos sean simplemente el reverso de otros estados y que sea nuestro bien el reverso del mal (¿no sería tal vez más propio decir el lugar o sitio del mal?), no habrá esperanza alguna de que la vida se transforme. Se necesita, en verdad, otra cosa, otra consciencia. Todos nuestros poetas y nuestros espíritus creadores han conocido de manera particular estos desvíos de consciencia; al mismo tiempo que sus *Illuminations*, Rimbaud tenía acceso a extraños dominios que lo hacían "erigir temores"; él también obedecía a la ley de la inversión oscura. Mas el investigador integral, en vez de ser arrojado inconscientemente de un lado a otro y en lugar de subir sin saber cómo o de descender contra su deseo, el investigador integral actúa metódicamente, conscientemente, sin perder su equilibrio y, sobre todo, abandonándose con creciente confianza a esta Consciencia-Fuerza que ya nunca suscita más resistencias que las que él puede soportar ni descubre nunca más luz de la que él puede contener. Tras haber vivido por muchísimo tiempo entre dos crisis, acabaremos por percatarnos de que existe un método en la acción de la Fuerza y que cada vez que al parecer dejamos la curva ascendente o aun perdemos una realización adquirida, no es sino para encontrar de nuevo al final la misma realización, mas en un grado inmediatamente superior, ampliada, enriquecida con todo el resto de nuestro dominio que, justamente por virtud de nuestra "caída", ha venido a integrarse en la nueva luz: si nunca hubiéramos "caído", eso inferior no hubiera venido nunca a juntarse con lo nuestro superior. Puede ser que, colectivamente considerado, se trate de un proceso idéntico al que produjo la caída de Atenas a fin de que los antiguos bárbaros pudiesen ellos también comprender a Platón. La progresión del yoga integral no sigue una línea recta que se pierde cada vez más arriba, en una punta cada vez más tenue, sigue -dice Sri Aurobindo- una espiral que lentamente, metódicamente, anexa todos los niveles de nuestro ser en una apertura cada vez más amplia y sobre una base cada vez más profunda. Y no solamente podremos distinguir que atrás de esta Fuerza o de esta Fuerza-Consciencia más bien, existe un método, sino también ciclos regulares y un ritmo tan cierto como el de las mareas y las lunas; mientras más se progresa, más vastos son esos ciclos, más se vinculan con un movimiento cósmico, hasta el día en que nos sea dable percibir en nuestros propios descensos los descensos periódicos de la consciencia terrestre, y en nuestras propias dificultades todos los remolinos de la tierra que resiste y se rebela. Finalmente se hallará todo ligado de manera tan íntima, que será posible leer en las cosas más insignificantes, en los más pequeños accidentes de la vida cotidiana y de los objetos que se tocan, el signo de depresiones más vastas que pasarán sobre los hombres y los harán descender y subir, ellos también, en la misma cima evolutiva. Entonces veremos que somos infaliblemente guiados hacia un Fin, que todo tiene sentido -aun las cosas más humildes- y que no se mueve la cosa más pequeña sin que todo se mueva, y que nos encontramos embargados en una aventura más grande de lo que habíamos imaginado.

Bien pronto nos saldrá al paso una segunda contradicción, que tal vez sea siempre la misma. No solamente existe una ley de ascenso y de descenso, sino al parecer, una contradicción central también. Todos tenemos una finalidad que alcanzar, en esta vida y a lo largo de todas nuestras vidas, alguna cosa única que expresar, porque cada hombre es único; es nuestra verdad central, nuestra tensión evolutiva especial. Esa finalidad no va

revelándose sino lentamente, después de numerosas experiencias y de sucesivos despertamientos, cuando empezamos a ser hombres interiormente formados; entonces nos percatamos de que una especie de hilo da a nuestra vida -a todas nuestras vidas, si hemos cobrado conciencia de ello- una dirección particular, como si todo nos precipitase siempre en el mismo sentido. Un sentido que se hace cada vez más preciso y agudo a medida que avanzamos. Y al mismo tiempo que cobramos conciencia de nuestra finalidad, descubrimos una dificultad particular que es como el reverso o la contradicción de nuestra finalidad. Es un fenómeno extraño, como si tuviésemos exactamente la sombra de nuestra luz -una sombra particular, una dificultad particular, un problema particular que se presenta a nosotros y torna a presentárenos con desconcertante insistencia, siempre la misma, pero bajo aspectos diferentes y en las más distantes circunstancias, y que después de cada batalla victoriosa vuelve con mayor pujanza, proporcional a nuestra nueva intensidad de conciencia, como si tuviésemos que librar aún la misma batalla en cada nuevo plano de conciencia por nosotros conquistado. Mientras más claramente se manifiesta nuestra finalidad, más fuerte se vuelve la sombra. Entonces trabajamos conocimiento con El Adversario:

El adversario oculto en el pecho humano
debe el hombre vencerlo o perder su alto destino
Es la guerra interior sin cuartel.⁹

Sri Aurobindo lo llama aun el doble malo. A veces comenzaremos por adivinar en forma negativa cuál puede ser nuestra finalidad, antes de comprenderlo positivamente, por la repetición de las mismas circunstancias contrarias o de los mismos fracasos que parecen enderezarse todos en una sola dirección, como si diésemos vueltas y revueltas en un orbe cada vez más estrecho y oprimente, en torno de un punto central que a un tiempo mismo es la finalidad y lo contrario de la finalidad. "Un individuo que posee grandes capacidades de trabajo -dice Sri Aurobindo- tiene siempre o casi siempre (acaso no deben en este orden de cosas establecerse normas universales en demasía rígidas) un ser a él apegado, que a veces parece una parte de él mismo, y que es en realidad la contradicción de lo que él representa centralmente en el trabajo por hacer. O, si este ser no se encuentra allí desde el principio ni se halla aún apegado a su personalidad, una fuerza de esa índole entra en su atmósfera desde que el individuo se entrega al trabajo para realizarlo. Parece que su cometido fuese el de crear oposiciones, condiciones adversas o de hacer dar malos pasos; en suma, de poner ante nosotros todo el problema del trabajo emprendido. Parecería en la oculta economía del mundo como si el problema no pudiese resolverse sin que el instrumento predestinado haga suya la dificultad. Bien podría esto explicar muchas cosas que en la superficie parecen grandemente desconcertantes".¹⁰ En sus "Coloquios" con los discípulos la Madre señala el mismo fenómeno: "Cuando representáis la posibilidad de una victoria, siempre tenéis en vosotros lo opuesto a esta victoria, lo que es vuestro tormento continuo. Cuando veis en alguna parte una sombra muy negra, algo que es de veras penoso, podéis estar seguros de que en vosotros tenéis la posibilidad de la luz correspondiente". Y agrega lo siguiente: "Tenéis una finalidad especial, una misión especial, una realización especial que os es propia, y en vosotros lleváis todos los obstáculos necesarios para que esa realización sea perfecta. Siempre hallaréis que en vuestro interior la sombra y la luz corren parejas: tenéis una capacidad y también la negación de esta capacidad. Mas si descubris una sombra muy densa y muy profunda, estad seguros de que en alguna parte de vosotros se halla una grande

luz. A vosotros os incumbe el saber aprovechar la una para realizar la otra".

Bien podría ser, por último, que el secreto de la existencia se nos haya escapado porque hemos comprendido imperfectamente esta ley dual de la sombra y de la luz, y el enigma de nuestra doble naturaleza, animal y divina. Sostenidos por una concepción maniquea de la existencia, sólo hemos visto en ella, a consecuencia de nuestras morales y de nuestras religiones, una lucha inmisericorde entre el Bien y el Mal, entre la Verdad y la Mentira, en que lo importante es hallarse en el bando bueno, a la diestra del Señor. Y lo hemos dividido todos en dos, el reino de Dios y el reino del Diablo, la vida inferior de este mundo y la vida verdadera en el cielo. Hemos querido suprimir lo contrario de la finalidad y al mismo tiempo hemos suprimido la finalidad. Porque la finalidad no es por cierto la de ser truncados ni por arriba ni por abajo. Y en tanto que por una rechazamos al otro, fracasaremos de modo miserable y malograremos la finalidad de la existencia; porque todo es de una sola pieza y nada se puede eliminar o suprimir sin demolerlo todo. ¿Y cómo podríamos en verdad liberarnos del "mal" sin hacer que el mundo todo se haga trizas? Y si un solo hombre se liberase del "mal", el mundo se desplomaría porque todo es uno; el mundo está hecho de una sola substancia, no de dos, una buena y otra mala. Por eso no hay milagro alguno para salvar al mundo; el milagro ya está en el mundo, todas las luces posibles están ya en el mundo, todos los cielos imaginables están ya ahí; nada puede penetrar ahí sin romper la fórmula; todo se halla ahí, nosotros vivimos enteramente en el milagro, sin la llave. Porque tal vez no haya algo que suprimir o alguna cosa que agregar, ni acaso "otra cosa" que descubrir, sino la misma cosa, en otro sentido.

Si queremos alcanzar la Finalidad, es preciso acabar con nuestro maniqueísmo y llegar a una comprensión realista de eso que Sri Aurobindo llamaba "la mitad oscura de la Verdad".¹¹ "El conocimiento humano -dice Sri Aurobindo- arroja una sombra que oculta la mitad del globo de la Verdad de su propio sol... So pretexto de verdad absoluta, la mente rechaza lo falso, mas esta es una de las principales razones de su incapacidad para alcanzar la Verdad redonda y perfecta".¹² Si iluminamos todo cuanto se halla al revés –y bien sabe Dios que este mundo se encuentra lleno de impurezas y de errores-, llegaremos tal vez a una verdad, mas será una verdad vacía. El comienzo práctico del Secreto es el percatarse primero y luego ver que en este mundo cada cosa -"aun el error más grotesco y descarriado"-¹² contiene una porciúncula de verdad bajo el velo, porque aquí abajo todo es Dios que camina hacia Su propio encuentro; nada hay fuera de El. "En realidad, el error es una media verdad que da traspies a causa de sus propias limitaciones; a menudo es la Verdad la que se pone una máscara para aproximarse a su finalidad sin ser vista".¹³ Si una sola cosa en este mundo fuese totalmente falsa, el mundo entero sería totalmente falso. En consecuencia, si el aspirante parte con esta hipótesis de trabajo -hipótesis positiva- y si sube grado tras grado aceptando en cada ocasión recorrer el correspondiente grado de abajo sin disminuir nada, para liberar ahí la "misma luz"¹⁴ que se halla oculta bajo cada máscara, en cada elemento, aun en el barro más oscuro, aun en el más grosero error o en el más sórdido mal, poco a poco verá que todo se aclara bajo sus ojos, no teóricamente, sino de modo tangible y descubrirá no sólo cumbres, sino también "abismos de verdad".¹⁵ Y verá que su Adversario era el colaborador más diligente y el más atento a la solidez perfecta de su realización, primero porque cada batalla acrecentaba su fuerza, y luego porque cada caída lo obligaba a liberar la verdad de abajo en vez de escaparse sólo él a las cimas vacías, y que la Gravedad era la gravedad misma de nuestra Madre tierra que quiere ella también su parte de luz. ¡Los Príncipes de la Noche se han salvado ya! Están entregados a la Obra, son los extractores escrupulosos de una Verdad que todo lo contiene en vez de una Verdad que lo

excluye todo:

"No sólo para los dioses puros hay esperanza,
la hay también para las divinidades oscurecidas y violentas
que abandonaron los brazos del Uno ansiosas de descubrir
todo cuanto no habían visto los dioses blancos. Ellas también se han salvado".¹⁶

Y verá que cada cosa tiene su lugar inevitable, no solamente que "nada puede ser disminuido, sino que tal vez nada es más importante o menos importante", como si la totalidad del problema se encontrase en el más pequeño incidente, en el más pequeño gesto cotidiano, tanto como en los trastornos de orden cósmico, y que acaso la totalidad de la Luz y de la Alegría se halla también ahí, en el átomo más pequeño tanto como en las infinitudes supra conscientes. Y la mitad oscura de la verdad se ilumina. Cada traspíe enciende una llama de sufrimiento y abre abajo una como brecha de luz; cada debilidad es un llamamiento de fuerza, como si la pujanza de la caída fuese la pujanza misma de la elevación; cada imperfección una cavidad para una plenitud redonda; no hay pecados ni errores, no hay sino miserias infinitas que nos obligan a inclinarnos sobre toda la extensión de nuestro reino y a abarcarlo todo para curarlo todo y realizarlo todo. Por esta falla de nuestra coraza han entrado un amor y una piedad del mundo, que todas las radiosas purezas no comprenderán nunca; la pureza es inasible, se encuentra atrincherada, cerrada como cemento; ¡es preciso una hendedura para que la Verdad pueda entrar!

Hizo el error una puerta por donde pudiera entrar la Verdad.¹⁷

Una verdad de Amor existe detrás del mal. Mientras más se desciende hacia los círculos infernales, más se descubre en el fondo la inmensa necesidad del Mal, y que nada se puede remediar sin una intensidad semejante: una llama se enciende adentro, cada vez más poderosa y cálida bajo la presión sofocante -no hay nada más sino Ella, nada más que Ella, eso es todo-, como si sólo el Amor pudiese hacer frente a la Noche y persuadirla de su mitad de luz. Como si hubiese sido menester toda esta Sombra para que pudiese nacer el Amor. Hay, en realidad, en el corazón de todas las sombras, en el centro de todos nuestros males, un misterio inverso. Y si cada uno de nosotros tiene una dificultad particular, a la vez contradicción y signo de nuestro destino, bien podría ser asimismo que las grandes fallas de la tierra -vulnerable, pecadora, doliente, con sus mil y una hendeduras de pobreza- sean el signo de su destino y que un día encarnará ella el Amor perfecto y la Alegría, porque lo habrá sufrido todo y todo lo habrá comprendido.

A medida que se avanza, la línea supraconsciente retrocede hacia lo alto y la línea subconsciente retrocede paralelamente hacia abajo; todo se amplía, todo se ilumina, pero todo también se cierra de nuevo, todo se define en torno de un solo punto sombrío, cada vez más agudo, más crucial cada vez y más apretado, como si uno hubiese girado por años y años y vidas en torno del mismo Problema, sin tocarlo nunca realmente, y que siempre está allí, trabado en el fondo del hoyo, debatiéndose bajo la Luz -todo el mal del mundo en un punto-. Se acerca la hora del Secreto. Porque la ley del descenso no es una ley de hierro, ni de pecado, ni de caída, así como tampoco es una ley de arrepentimiento y de celeste evasión, sino una Ley de oro en verdad, una insondable Premeditación que a un tiempo mismo tira de nosotros hacia abajo y hacia arriba, hasta el fondo del subconsciente y del Inconsciente, hasta ese "punto central",¹⁸ ese nudo de vida y de muerte, de luz y sombra donde el Secreto aguarda. Mientras más se aproxima uno a la Cumbre, más toca el Fondo.

El gran paso

Los últimos grados del descenso se sitúan en el fondo de nuestro pasado evolutivo, más allá del Subconsciente, que era la conciencia de otro tiempo en nuestra prehistoria, en el nivel en que por primera vez en el mundo algo vivo emanó de lo que parecía una Muerte, es decir, en la frontera del Inconsciente material y de la conciencia física en nuestro cuerpo, testigo y residuo de este primer nacimiento en el mundo. Los órganos, las células del cuerpo tienen una conciencia propia, muy bien organizada y muy despierta, que sabe escoger, recibir, rechazar, y la cual se puede manipular desde el momento en que uno alcanza un desenvolvimiento yóguico suficiente. Si se tratase solamente de mejorar las condiciones de la vida actual, la conciencia yóguica ordinaria bastaría: prolongación de la vida, inmunidad a las enfermedades y aun juventud figuran en el número de las conquistas frecuentes de la disciplina. Mas, ya lo hemos dicho, tratamos de transformar la vida, no sólo de revocar la fachada. Ahora bien, bajo esta conciencia física existe una subconsciencia física que es el producto de la evolución de la vida en la Materia, en que se hallan grabados todos los antiguos hábitos de la vida -de los cuales el de morir es el peor-, sus reflejos, sus temores, sus defensas, y sobre todo sus hábitos de endurecimiento, como si ella hubiese guardado memoria de las innumerables caparazones con que ha debido protegerse para crecer. Y en el hondón de esta subconsciencia física, en el sitio en que toda forma de conciencia o de memoria parece extinguirse, se toca una roca de fondo, una primera Caparazón, que es la Muerte fundamental a la que la vida se ha arrancado. Es algo muy duro y muy vasto, tan vasto y tan duro que movía a los rishis védicos a llamarlo "la roca infinita". Es el Inconsciente. Es un muro, o tal vez una puerta. Es un fondo, o una corteza tal vez. Y acaso no se halle enteramente muerto ni de todo punto inconsciente, porque no se trata de algo negativamente inmóvil lo que uno encuentra, sino de algo positivamente negativo, si puede decirse así, algo que rechaza, que dice no a la vida:

"Este rechazo obstinado en las profundidades de la Vida.
Este No ignorante en el origen de las cosas".¹⁹

Si el trasfondo fuese una Nada de inexistencia, no habría ninguna esperanza y, por otra parte, nunca hubiera podido nacer nada de nada, mas este trasfondo es algo; si hay un No, significa que hay adentro un Sí; si hay una Muerte, significa que hay adentro una Vida. Y, por último, si hay un fin, es porque del otro lado hay un comienzo. Todos los negativos son necesariamente la mitad de un positivo. Todos nuestros fondos son de superficie de alguna otra cosa. El sentido mismo del yoga de Sri Aurobindo es el de hallar el positivo de todos los negativos, en cada elemento y en todos los niveles de conciencia, y, si Dios lo quiere, el Positivo supremo (el cual, por lo demás, no es ni positivo ni negativo, es todo simplemente) en el que se resolverán todas nuestras dualidades, inclusive las de abajo, y las de la vida que muere y las de la Muerte que vive.

Sri Aurobindo había alcanzado en Chandernagor los últimos grados del subconsciente físico, y se hallaba ante un muro: "No -¡Dios lo quiera!-, no es el Empíreo lo que me ocupa, sino el otro extremo de las cosas".²⁰ Muy bien puede uno concebir la dificultad de este descenso si ya uno sabe qué choques y resistencias se encuentran cuando se llega al subconsciente mental y vital, al nido de las víboras. Y mientras más se desciende, más necesaria se hace una alta conciencia, más necesaria se hace una luz poderosa, porque no se puede descender más de lo que se sube, y si se ha comprendido que la conciencia es una

fuerza, tan concreta como puede serlo una corriente eléctrica, bien puede uno imaginarse una pujanza y una luz supermentales, por ejemplo -este "asalto de éter y de fuego"²¹-, que descienden como una catarata al revolcadero del subconsciente físico. Hay allí grandes dificultades, peligros aún, de los cuales hablaremos al referirnos a la Transformación. Mientras se trate de resistencias de orden mental o vital, de nuestras mentiras morales, basta con cultivar la voluntad y la paciencia, pero cuando se desciende más abajo es preciso afrontar las "mentiras del cuerpo", dice la Madre, es decir, las enfermedades y la Muerte. A ello obedece el que Sri Aurobindo y la Madre hayan puesto tanto hincapié ante sus discípulos sobre la imperiosa necesidad de una base física a toda prueba: "Trabajad en ambos sentidos, no dejéis el uno por el otro".

Al mismo tiempo que alcanzaba la extrema franja supermental en que las "grandes ondas coloreadas" se pierden en una frontera blanca, Sri Aurobindo tocaba paralelamente - la roca negra de abajo:

Largo tiempo he cavado, profundamente,
en el fango y en el légamo

- - -

Ve adonde nadie ha ido, exclamó la voz.
Cava más hondamente, más aún,
hasta la piedra inexorable del fondo
y llama a la puerta sin llave"²²

Fue entonces cuando un día de 1910 se produjo en Chandernagor un extraño fenómeno... Pero antes de proseguir y de reconstruir la experiencia, que cambia la faz y el curso de nuestra evolución, detengámonos por un momento para orientarnos y trazar las coordenadas de esta condición humana. Y es muy sencillo: nos hallamos encerrados en la Materia, ahí en el Huevo Negro que en todo momento nos aprieta por todos lados y no existen muchas maneras de salir de allí, sino, en realidad, sólo hay dos, a saber: dormir (soñar, extasiarse, meditar, que no son sino grados del sueño, más o menos nobles, más o menos conscientes, más o menos divinos) o morir. La experiencia de Sri Aurobindo aporta la tercera llave, que permite salir de ahí sin extasiarse, sin morir y, en suma, sin salir de ahí, y que muda el curso de la evolución espiritual del hombre, puesto que la salida no existe solamente en lo alto y afuera, sino plenamente adentro y que, a más de ello, abre la puerta de vigilia de todos los sueños, de todos los éxtasis y, principalmente, de los poderes que nos permitirán encarnar nuestros sueños y transformar este Huevo Negro en un lugar respirable, claro y viviente.

Ese día de 1910 en Chandernagor, Sri Aurobindo había llegado al fondo del pozo, había atravesado todas las capas inmundas en que la Vida, flor inexplicable, ha brotado; ya no había más sino esta Luz en lo alto que brillaba cada vez con mayor intensidad a medida que él descendía, haciendo que una a una todas las inmundicias surgiesen bajo su exacto esplendor, como si toda esa noche reclamase cada vez más Luz, como si la línea subconsciente retrocediese, retrocediese hacia abajo en una concentración cada vez más sólida, como imagen contraria de la concentración de arriba, dejando ese único muro de Sombra bajo esta única Luz; de pronto, sin transición alguna, en el fondo de esta Materia "inconsciente" y en las células oscuras de este cuerpo, sin éxtasis, sin que el individuo se perdiese, sin disolución cósmica, con los ojos bien abiertos, Sri Aurobindo se vio precipitado en la Luz suprema:

Desembocó en otro espacio, en otro tiempo.²³

La Noche, el Mal, la Muerte son una máscara. La suprema Oposición despierta a la suprema Intensidad y lo semejante se cambia en El mismo; ya no hay sino Uno, tad ekam. El mundo solar, la consciencia divina suprema, supramental, de la que todas las demás son los rayos separados, se encontraba ahí, en el corazón de la Materia. El grado de arriba de la supermente no está "arriba", sino aquí abajo y en toda cosa; la puerta de abajo abre la puerta de lo alto y de todas partes:

Un asombro de luz sellado en el fondo²⁴

Una gran inversión de la Noche y del Día
Todos los valores del mundo cambiados²⁵

Lo alto encuentra lo bajo, todo es un plan único²⁶

El extremo límite del Pasado toca el fondo del Porvenir que lo concibió, Dios-Espíritu encuentra a Dios-Materia y esto es la vida divina en un cuerpo. Sat-Chit-Ananda en lo alto es Sat-Chit-Ananda abajo, Existencia -Conciencia-Poder-Alegría. La evolución no aborta en un sueño blanco y negro, nada está sumergido en la Noche, nada estalla en pleno cielo, todo se termina en el círculo perfecto. La Alegría de lo alto es la Alegría de abajo:

Una exultación en las honduras del sueño

Un corazón de beatitud en el fondo de un mundo de pena²⁷

Una alegría dotada de poder, una iluminación pujante en nuestras venas, en lugar de una beatitud estéril en lo alto de nuestras cabezas:

Poderes omnipotentes en las células de la Naturaleza²⁸

Porque lo Supramental no es una consciencia más etérea, sino una consciencia más densa; es la Vibración misma que compone y recompone sin fin la Materia y los mundos, es sólo ella la que puede cambiar la tierra:

"En el fondo de la más dura Inconsciencia,
de la más rígida, la más estrecha, la más sofocante,
-dice Mère- he tocado un resorte poderoso
que de un solo golpe me ha proyectado en una inmensidad
sin forma y sin límites,
en que vibran las simientes de un mundo nuevo".

Y esta es la clave de la Transformación, la clave de la victoria sobre las leyes de la Materia por la Conciencia en la Materia -la Conciencia en lo alto es la Conciencia en lo bajo; es la puerta del mundo futuro y de la tierra nueva que la Escritura anunciaba hace dos mil años: "... cielos nuevos y tierra nueva... en los cuales mora la justicia" (II Pedro III 13)-. Porque, en verdad, la tierra es nuestra salvación, la tierra es el lugar de la Victoria y de la

perfecta realización, y no es necesario huir al cielo; todo, enteramente todo, está en el cuerpo: la Alegría, la Consciencia, los Poderes supremos, si tenemos el valor de abrir los ojos y de descender y de tener un sueño vivo en vez de un sueño que duerme:

Es preciso entrar en el último finito para hallar el último infinito²⁹

Y al mismo tiempo Sri Aurobindo encontraba el Secreto perdido, el de los Vedas y de todas las tradiciones más o menos deformadas que se han transmitido del Irán a la América Central y a las orillas del Rin, de Eleusis a los cataristas y de la Mesa Redonda a los Alquimistas, el Secreto de todos los investigadores de la perfección. Es la búsqueda del Tesoro en el fondo de la caverna; la lucha contra las fuerzas subconscientes, ogros, enanos y serpientes; es Apolo y Pitón, Indra y la serpiente Vjtra, Tor y los gigantes, Sigfrido y Tafni. El mito solar de los Mayas, el Descenso de Orfeo, la Transmutación. Es la serpiente que se muerde la cola. Y es sobre todo el secreto de los rishis védicos que fueron, sin duda, los primeros en descubrir lo que ellos llamaban "el gran paso", mahas pathah (II 24.6), el mundo de la "luz no quebrada", Swar, en el fondo de la roca del Inconsciente: "Por virtud de su mantra, nuestros padres abatieron las plazas fuertes y refractarias; por virtud de su grito, los videntes Angiras* hicieron trizas la roca de la montaña; ellos abrieron en nosotros un paso hacia el Gran Cielo, y descubrieron el Día y el mundo solar" (Rig-Veda I 71.2); descubrieron "el sol que mora en la oscuridad" (III 39.5); "Ellos hallaron el Tesoro del Cielo oculto, como pajarillo, en la caverna secreta, ese Tesoro en la roca infinita" (I 130.3).

La Sombra y la Luz, el Bien y el Mal preparaban un nacimiento divino en la Materia: "La Noche y el Día amamantaban ambos al Niño Divino".³⁰ Nada es maldito, nada es vano, la Noche y el Día son "dos hermanas inmortales con un mismo Amante (el Sol)..., comunes, en verdad, aunque diferentes por su forma" (I 113.2.3). Al final del "peregrinaje" de ascensión y de descenso, el buscador es "el hijo de ambas Madres" (III 55.7), es el hijo de Aditi, la Madre blanca** del infinito supraconsciente, y el hijo de Diti, la Madre terrestre del "infinito tenebroso"; y posee "los dos nacimientos", humano y divino, "eternos y en un mismo nido... como uno que posee la alegría de sus dos esposas" (I 62.7): "La montaña*** fecunda se abrió en dos entregando el supremo nacimiento... un dios abrió las puertas humanas" (V 45). "Entonces se despertaron en verdad y tuvieron la visión total. Atrás de ellos, en torno de ellos y por doquiera, tuvieron el éxtasis mismo de que se goza en el cielo. En todas las residencias cerradas**** se hallaban todos los dioses (Rig-Veda IV 1.18).

Se ha cumplido la esperanza del hombre y la plegaria del rishi: "Que la tierra y el cielo sean iguales y uno solo",³¹ el gran Equilibrio se ha recobrado.

* Los primeros rishis.

** Es una antigua tradición conocida también de los hebreos y que el cristianismo parece haber recogido, harto literalmente, en la inmaculada concepción de la Virgen María.

*** El Inconsciente material.

**** Sobre todos los planos de nuestro ser o en todos los centros de consciencia.

En su éxtasis sueña el cielo con una tierra perfecta,
la tierra, en su pena, con un cielo perfecto sueña...
Hechizados temores impiden su unidad.³²

Y es la alegría, Ananda. Ella se halla al principio y al fin de las cosas y por doquiera si cavamos lo bastante; ella es "el pozo de miel cubierto por la roca" (Rig-Veda II 24.4).

XV

LA CONCIENCIA SUPRAMENTAL

Es muy difícil definir en términos mentales la conciencia supramental, que es amental por definición y escapa a todas nuestras leyes y perspectivas tridimensionales. Acaso sea el vocablo el que nos llama a engaño; no se trata de una cima de la conciencia humana, sino de otra conciencia. Podemos intentar algunas aproximaciones y distinguir dos aspectos, de conciencia o de visión y de poder, pero ya estamos cayendo en la trampa mental, porque son dos aspectos indisolubles; es una conciencia que puede, una visión activa. A menudo, cuando la Madre o Sri Aurobindo tratan de hablar de su experiencia, podemos oír que sus reflexiones se hacen eco, en inglés o en francés: Es preciso otro lenguaje, another language.

Visión supramental

Es una visión global, La mente recorta pequeños trozos que opone unos a otros; la supermente los une a todos en un solo haz, pero éste no llega sino a un punto, y todo lo ve desde su propio punto de vista, es unitario y universal por exclusión de los otros ángulos o por anexión. El Supramental abarca no solamente el mundo entero de seres y de cosas en una única visión, que reúne todos los haces sin oponer nada, sino que ve el punto de vista de cada cosa, de cada ser, de cada fuerza; es una redondez de vista que no llega a un punto central, sino a miríadas de puntos:

Una única mirada innumerable¹

"El ser supramental no ve las cosas en un solo plano, rodeado por la selva de los hechos y de los fenómenos presentes, sino desde arriba; no desde afuera, según las superficies, sino de adentro y de la verdad del propio centro de ellas mismas",² Y Nada, pues, es posible comprender del Supramental si no se refiere uno constantemente a otra dimensión. Pero sí puede uno comprender que se trata de la visión misma de la Sabiduría, porque aquí abajo cada cosa, cada ser, cada fuerza, tiende a un absoluto, que él expresa más o menos mal y con frecuencia de manera del todo pervertida; mas, a través de todos sus errores y perversiones, obedece a una ley íntima que lo empuja hacia esta verdad única de su ser; hasta las hojas de un mismo árbol son únicas. Si en el centro de cada uno de nosotros no existiese ese absoluto, nos derrumbaríamos. Y por esto mismo precisamente nos apegamos con tanto ahínco a nuestras pequeñeces y a nuestros errores, porque sentimos la verdad que se halla atrás y que crece atrás, como "protegida" dice Sri Aurobindo,³ por esta misma pequeñez y todos sus traspiés. Si de buenas a primeras atrapásemos la verdad total, haríamos de ella un gnomo a nuestra imagen presente. La verdad no es un asunto de pensamiento o de buena conducta -aun cuando éstos sean etapas del camino-, sino un asunto de extensión del ser, y nuestro crecimiento es lento y difícil. "¡Errores, mentiras, pasos falsos!, exclaman. ¡Cuán bellos y luminosos son, oh Señor, Tus errores! Tus mentiras guardan viva la Verdad; por virtud de Tus pasos falsos el mundo se perfecciona".⁴ Pero la mente, que ve precisamente la superficie presente de las cosas, quisiera rectificar todo lo que sobrepasa, purificar por el vacío y reducir su mundo a una verdad uniforme, bien pensada y honesta. Y decreta: "Esto es bueno, esto es malo; esto es amigo, esto enemigo" y

acaso querría eliminar a todos los nazis del mundo, a todos los chinos, pensando, por ejemplo, que se trata de una calamidad inútil. Y tiene razón, en principio, porque la mente está hecha para ser razonable y porque ella también tiende a un absoluto mental o moral que tiene su lugar y su propio cometido. Mas no es ésta toda la verdad, es un punto de vista.* Y por eso carecemos de poder, porque si lo tuviésemos haríamos de él, por ignorancia y cortedad de vista, un atolladero de hombre honesto. Nuestras enfermedades son enfermedades necesarias. La consciencia supramental aprehende no solamente todos los puntos de vista, sino también las fuerzas profundas que actúan atrás de cada cosa y la verdad de cada centro -es una Consciencia de Verdad-,⁵ y porque todo lo ve, está investida de Poder; hay en ello una concordancia automática. Si nosotros nada podemos, es porque no vemos. Ver y ver totalmente es, necesariamente, poder. Mas el poder supramental no obedece a nuestra lógica ni a nuestra moral; ve lejos en el espacio y en el tiempo; no trata de cortar el mal para salvar el bien; no opera a fuerza de milagros; él deslinda el bien que se halla en el mal y aplica su fuerza y su luz a la mitad de sombra, a efecto de que ésta acepte su mitad de luz. Su primer efecto inmediato, dondequiera que se aplique, es el de producir la crisis, es decir, poner a la sombra frente a su propia luz. Es un formidable fermento evolutivo.

La obra escrita de Sri Aurobindo ofrece una ilustración práctica de esta visión global, aunque se trate de una traducción mental de un hecho supramental. Es para muchos desconcertante, porque carece de ángulos que permiten aprehender fácilmente un pensamiento, y es tan fácil ser doctrinario. Sri Aurobindo gira, literalmente, en torno de todos los puntos de vista a fin de extraer de ellos la verdad profunda y nunca impone su propio punto de vista (acaso porque no tiene ninguno o porque es dueño de todos); él sólo indica que cada verdad es incompleta y la dirección en que puede ampliarse. El Supramental "no opone una verdad a otra para ver cuál de ellas resiste y puede sobrevivir, sino que completa una verdad con una verdad en la luz de la Verdad de la que todas son aspectos...⁶ Un pensamiento lo bastante grande --decía- para que pueda contener sus propios contrarios".⁷ Es lo que la Madre llama "pensar esféricamente". Cuando se habla de Sri Aurobindo, se tiene el sentimiento de ser terriblemente dogmático y sistemático, sin duda por deficiencia de nuestro lenguaje, que dirige su faro hacia un punto más bien que hacia otro y atraviesa sombras, en tanto que Sri Aurobindo lo abarca todo, no por una especie de "tolerancia", que es un sucedáneo mental de la Unidad, sino por una visión indivisa que es realmente una con cada cosa, en el centro de la cosa. ¿Es acaso la visión misma del Amor?

Esta visión indivisa es tan real que aun la apariencia del mundo físico se cambia para la consciencia supramental o, más bien, no se cambia, sino que es el mundo físico el que aparece tal como es en realidad; la ilusión óptica separadora en que vivimos se desvanece; la varilla no está quebrada, todo se tiene, el mundo no es como nosotros lo vemos: "Para el sentido supramental, nada se halla verdaderamente «acabado», separado; fundamentalmente es el sentimiento de que todo está en cada cosa y que cada cosa está en

* Se dirá que nuestras parcialidades, nuestra mente, nuestras morales, son instrumentos indispensables para la conducción del mundo actual, y ello es evidente. Tenemos necesidad de ser parciales. Y por eso precisamente es que el mundo sigue siendo parcial. Bastaría con no perder de vista que esos son instrumentos de transición y que nosotros debemos tratar de reemplazar esos "tapagujeros", como dice Sri Aurobindo,⁵ por una consciencia que es una visión, que es un poder.

todo; ya no hay muros de limitación; es un sentido oceánico y sutil en que cada conocimiento sensorial particular, cada sensación es como una onda o un movimiento, o una polvareda, o una gota que, sin embargo, es una concentración del océano todo e inseparable del océano... Es como si el ojo del poeta o del artista hubiese reemplazado la visión vulgar ordinaria, que nada ve -mas un ojo singularmente espiritualizado y glorificado- como si, en realidad, fuese la visión del Poeta divino supremo en la cual participamos nosotros y que él nos hubiese dado la vista plena de Su verdad y de Sus intenciones en Su figuración del universo, y de cada cosa en el universo. Es una intensidad sin límites, que hace de todo lo que uno ve la revelación de una gloria de calidad, de idea, de forma y de color. El ojo físico mismo parece contener un espíritu y una conciencia que ven no sólo el aspecto físico del objeto, sino el alma de la cualidad que se halla en él, la vibración de energía, la luz, la fuerza, la substancia espiritual de que está hecho ... Al mismo tiempo hay un cambio sutil y uno ve en una especie de cuarta dimensión, que se caracteriza por cierta interioridad; uno ve no solamente las superficies y la forma exterior, sino cuanto constituye la forma, y se extiende sutilmente en torno de ella. El objeto material viene a ser diferente de como lo vemos ahora; no se trata ya de un objeto separado que se destaca sobre un fondo en medio del resto de la Naturaleza, sino de una parte indivisible de la unidad total, y aun, de manera sutil, de una expresión de la unidad de todo lo que uno ve. Y esta unidad... es la de la identidad de lo Eterno, la unidad del Espíritu. Porque, para la visión supramental, el mundo material, el espacio y los objetos materiales dejan de ser materiales en el sentido en que ahora lo son por el único testimonio de nuestros órganos físicos limitados; aparecen como el Espíritu mismo, y se ven como el Espíritu mismo en una forma de Sí mismo y en una extensión consciente".⁸

Visión global, visión indivisa, y también visión eterna. Es la conquista del tiempo. Si la conciencia supermental veía "grandes extensiones de tiempo y espacio", la conciencia supramental abarca los tres tiempos: "reúne pasado, presente, futuro, y sus indivisibles conexiones, en un solo mapa de conocimiento continuo, lado a lado".*⁹

"El tiempo es un solo cuerpo; el espacio, un libro único." La conciencia no es ya un obturador, que necesitaba ser estrecho porque sin esa estrechez habría estallado; es una gran Mirada tranquila: "Como un ojo extendido en el cielo", dice el Rig-Veda (I.17-21). "La consciencia individual ordinaria -dice la Madre- es como un eje, y todo gira en torno del eje. Uno se siente perdido si el eje se mueve. Es como un gran eje (es más o menos grande, puede ser muy pequeño) plantado en el tiempo, y todo gira alrededor. Eso se extiende más o menos lejos, es más o menos alto, más o menos fuerte, pero gira en torno del eje. Y ya no hay más eje ¡Se fue! ¡Voló! Puede ir al norte, al sur, al este o al oeste; puede ir adelante, atrás, no importa dónde. Ya no más eje".

Es difícil que imaginemos lo que puede ser la visión de este individuo universal y nos veríamos tentados a pensar, desde nuestro punto de vista mental, que un conocimiento total de los tres tiempos suprime en seguida toda la sorpresa de la existencia. Mas esto es aplicar a la conciencia supramental normas y reacciones que no pertenecen sino a la mente. La

* Se puede intentar una aproximación muy interesante con la teoría de la relatividad. Según Einstein, mientras más se aproxime uno a la velocidad de la luz, mayormente tiende el tiempo a detenerse y más tienden las longitudes a acortarse. A la velocidad de la luz, nuestros péndulos se detendrían y se aplanarían nuestros metros. La conciencia supramental, que es la luz misma, es también la conquista del tiempo. Entre la luz de los físicos y la de los videntes, existe tal vez menor diferencia de la que suele pensarse.

manera de ver y de vivir el mundo es muy distinta. La consciencia supramental no está ansiosamente inclinada hacia el porvenir como lo estamos nosotros; todo se halla ahí bajo sus ojos, pero ella vive de modo divino en el tiempo: cada segundo del tiempo absoluto, una plenitud tan total como los milenios de cabo a cabo; es por el contrario, la completa perfección del tiempo; en la vida ordinaria nunca estamos en el instante, nos vemos proyectados hacia adelante o arrastrados hacia atrás, por la esperanza o por despecho, porque el instante nunca es lo que es, porque siempre hace falta alguna cosa, es terriblemente hueco, en tanto que para la consciencia supramental cada cosa es plenamente en cada instante lo que debe ser y como debe ser. Es una beatitud constante, inalterable. Cada secuencia, cada imagen del gran Film cósmico, está llena de todas las imágenes que preceden y de todas las que siguen, no falta ni por ausencia de porvenir ni de desvanecimiento del pasado. "Esta alegría absolutamente ancha y plena, sin lagunas", dice el Rig-Veda (V 62.9); "esta beatitud sin desgarradura", dice Sri Aurobindo.¹¹ Asimismo, es la completa perfección del espacio; nosotros nos hallamos constantemente en busca de cosas nuevas, de nuevos objetos, porque cada cosa carece de todas las demás cosas que no son ella: nuestros objetos, como nuestros minutos, están vacíos; en tanto que para la consciencia supramental, cada objeto, cada cosa que ella toca, se halla tan henchida de totalidad y de infinito como la visión de las inmensidades o la suma de todos los objetos posibles: "El Absoluto se halla por doquiera... cada finito es un infinito".¹² Y es una maravilla siempre renovada, que no procede de la sorpresa, sino del descubrimiento de esta infinitud eterna, de este Absoluto intemporal en cada cosa del espacio y en cada fracción del tiempo. Y es la perfecta plenitud de la vida, porque nuestra vida finita, temporal, no está henchida, falla terriblemente-.-, nosotros estamos obligados o a renunciar a lo temporal para descubrir lo intemporal, o a renunciar a nuestra necesidad de infinitud para gozar de la finitud, en tanto que la plenitud supramental descubre lo infinito en lo finito y lo intemporal en lo temporal. Vive espontáneamente el minuto al minuto, cada segundo, cada objeto, y la inmensidad que contiene todos los minutos y todos los objetos; y son dos maneras simultáneas de vivir y de ver la misma cosa.

La consciencia supramental no ocupa solamente una posición cósmica, sino una posición trascendente, y las dos no se oponen. Y no sólo no se oponen, sino que su simultaneidad es la clave de la verdadera vida. Porque la vida no sufre solamente a causa de sus objetos vacíos y de sus minutos despedazados, sino también a causa de su falta de reposo y de solidez; todas las religiones, todas las espiritualidades han salido de esta necesidad fundamental en el hombre: encontrar una Base permanente, un lugar de refugio y de paz, fuera de todo este caos del mundo, de esta impermanencia del mundo, de este sufrimiento del mundo -infinitamente afuera y protegido-. Y de pronto, en el curso de nuestra búsqueda, hemos desembocado en un Silencio formidable, en una Extensión fuera del mundo, y hemos dicho Dios, hemos dicho Absoluto, Nirvana -poco importan las palabras-, hemos tocado la gran Liberación. Es la experiencia fundamental. Por muy poco que nos aproximemos a ese gran Silencio, todo cambia, es la Certidumbre, la Paz, como un naufrago que ha tocado la roca. En la vida todo se nos escapa de los dedos; no hay sino esta Roca que no falla nunca. Por eso se dice que el reino de Dios no es de este mundo. También, la experiencia de Sri Aurobindo había comenzado por el Nirvana y terminado en la plenitud del mundo; hay una contradicción central que es importante aprehender si queremos conocer el secreto práctico de la verdadera vida.

La mente, aun la supermente de nuestros profetas, se halla ligada de modo irremediable a las dualidades (las dualidades en la Unidad): Si Dios está arriba, no está abajo, si es

blanco no es negro. Para la experiencia supramental todo es redondo, "es siempre sí y no al mismo tiempo", comprueba la Madre, los dos polos de todas las cosas se entrecruzan constantemente en otra "dimensión". ("Los espacios secretos de adentro", decían los rishi., védicos, II 4.9). Así, lo Trascendente no está en otra parte fuera del mundo; se halla por doquiera aquí abajo, a la vez totalmente dentro y totalmente fuera del mundo; está en el Silencio eterno y en medio de todos los ruidos; se encuentra en la Roca inmovible y en el corazón de la corriente. Y por eso puede gozar verdaderamente de la vida y ser dueña de la vida, porque si nosotros estamos exclusivamente en la corriente, no hay para nosotros ni paz ni dominio; somos arrastrados como una brizna. Es posible entrever algo de lo que es esta experiencia supramental, si uno se refiere a las primeras pequeñísimas experiencias de los comienzos del yoga. En efecto, muy pronto se percata uno de que basta con dar un paso atrás en la conciencia, sólo un pequeño movimiento de contracción, y se entra por detrás en una extensión de silencio. Como si hubiese un rincón de nuestro ser con los ojos fijos para siempre en un gran Norte del todo blanco.

El tumulto de los ruidos está allí, afuera, el sufrimiento, los problemas, y uno hace un ligero movimiento interior, como para franquear un umbral y, de buenas a primeras, uno está afuera (¿o adentro?) a mil leguas y ya nada tiene importancia, o se está sobre nieves de terciopelo. La experiencia acaba por tener tanta agilidad, si puede decirse así, que en pleno tumulto de las actividades absorbentes, en la calle, cuando uno discute, cuando trabaja, uno se sumerge adentro (¿o afuera?) y ya no existe sino una sonrisa; basta una fracción de segundo. Entonces comienza uno a conocer la Paz; se tiene en toda circunstancia un refugio por doquiera inexpugnable. Y cada vez de manera más tangible se percibe que este Silencio no se halla solamente adentro, en sí: está por doquiera, es como la substancia profunda del universo, como si toda cosa se destacase sobre ese fondo y de ahí viniese y tornase ahí. Es como un hueco de dulzura en el fondo de las cosas, como un manto de terciopelo que envuelve. Y este Silencio no está vacío, es un Lleno absoluto, pero un Lleno sin nada dentro, o un Lleno que contiene como la esencia de todo lo que puede ser, justamente un segundo antes de que las cosas nazcan; éstas no están ahí y, sin embargo, ahí están, como una canción no entonada aún. Uno está maravillosamente Salvo adentro (¿o afuera?). Es un primer reflejo de lo Trascendente. En el punto extremo se desliza uno al Nirvana. Ya nada más, sino este Silencio, existe. Y para lo Supramental ya no hay "paso" ni "umbral" que franquear; no se pasa de un estado a otro, del Silencio al ruido, de adentro afuera, de lo Divino a lo no-divino; ambos se funden en una experiencia única: el Silencio que está afuera de todo y el Devenir que fluye por doquiera; el uno no niega al otro; el uno no puede ser sin el otro. Porque si el Silencio supremo no pudiera contener lo contrario del Silencio, no sería un Infinito. Y si el Silencio no pudiese estar totalmente afuera de lo que parece su contrario, sería prisionero de su contrario. El reino de Dios es de este mundo. Todo el secreto consiste en reunir las dos experiencias en una, lo infinito en lo finito, lo intemporal en lo temporal y lo trascendente en lo inmanente. Entonces se tiene la Paz en la acción y la Alegría de todas las maneras.

"Tranquilo, profundo como el mar, ríe en la ola:
Universal, él es todo - trascendente, nadie" ¹³

La conciencia supramental repite el misterio de una grande Luz tranquila que, "un día" fuera del tiempo, quiso verse temporalmente, sucesivamente, desde una miríada de puntos de vista, y que, no obstante, no deja de ser una y redonda, totalmente contenida en sí en un

eterno instante. La evolución no tiene otro fin que el de encontrar abajo esta totalidad de arriba, que descubrir sobre la tierra, en medio de las dualidades y de las contradicciones más acervas, la Unidad suprema, la Infinitud suprema, la Alegría suprema -Ananda-. Y para hallar este secreto nos vemos tirados hacia abajo cada vez que damos un paso hacia lo alto.

Poder Supramental

Los espiritualistas rechazan el poder como un arma indigna del buscador de la verdad; no es éste el sentimiento de Sri Aurobindo, antes por el contrario, el concepto del Poder - Shakti- es una clave de su yoga, porque sin poder no es dable transformar nada. "¡Amo a Dios Fuego, no a Dios Ensueño!" -exclama Savitri.¹⁴

Un fuego para hacer bajar la eternidad al Tiempo
Y hacer la alegría del cuerpo tan viva como la del alma¹⁵

El espíritu moral o religioso comete un error cuando condena el Poder en sí como una cosa que no se debe aceptar ni buscarse, so pretexto de que es por naturaleza malo y corruptor. En la mayor parte de los casos esta opinión se halla justificada aparentemente, mas no por eso deja de ser un prejuicio profundamente ciego e irracional. Por muy pervertido y por mal empleado que sea (como, por lo demás, también lo son el Amor y el Conocimiento) el Poder es una cosa divina y ha sido puesto aquí abajo para hacer uso divino de él. Shakti -Voluntad, Poder- es el motor de los mundos; ora se trate de la fuerza de conocimiento, de la fuerza de amor, de la fuerza de vida, de la fuerza de acción o de la fuerza del cuerpo, su origen es siempre espiritual, divino su carácter. El uso que de él hace el animal, el hombre o el titán en el mundo de la Ignorancia, es lo que debe ser rechazado y hacer lugar a una acción más alta y natural (aunque sea supranormal para nosotros), una acción dirigida por una conciencia interior al unísono con lo Infinito y Eterno. El yoga integral no puede rechazar las obras de la Vida y darse por satisfecho con una experiencia interior solamente; debe ir hacia adentro a fin de cambiar lo de afuera".¹⁶ Es este aspecto "fuerza" o "poder" de, la conciencia lo que la India ha representado bajo el rostro de la Madre eterna. Sin Conciencia no hay Fuerza, y sin Fuerza no hay creación -El y Ella, dos en uno, inseparables. "Todo este vasto mundo es solamente de El y Ella-".¹⁷ Y toda la evolución es la historia de Ella que encuentra a El y que quiere encarnar a El por doquiera. No se trata de rechazar el uno por el otro -sin El somos prisioneros de una Fuerza ciega, sin Ella prisioneros de un Vacío deslumbrador-, sino de unir lo uno y lo otro en un mundo consumado. "Entran en una ciega oscuridad los que siguen a la Ignorancia, y como en una oscuridad más grande los que sólo buscan el Conocimiento", dice el Isha Upanishad (9). Lo Supramental es ante todo poder, un poder formidable.

Es el poder directo del Espíritu en la Materia. Toda conciencia es un poder y mientras uno más se eleva, más pujante es el poder, pero al mismo tiempo más se aleja uno de la tierra; en consecuencia, cuando queremos aplicar nuestro poder supermental, por ejemplo, a los asuntos de este mundo, será necesario hacerlo bajar de plano en plano y que supere los determinismos de todos los niveles intermedios antes de llegar abajo, a la Materia. Al final del recorrido no queda sino un reflejo supermental, embotado y oscurecido, que debe estallar contra determinismos cada vez más densos y rebeldes. A ello se debe el que los espiritualistas no hayan podido nunca transformar la vida. Lo Supramental es la

Conciencia-Fuerza suprema en el corazón mismo de la Materia, sin intermediario. Es el "sol en la oscuridad" de que habla el Veda, el sitio en que lo Bajo y lo Alto se encuentran directamente. Y puede cambiarlo todo. Recordemos las palabras de la Madre: "El verdadero cambio de conciencia es el que mudará las condiciones físicas del mundo y hará de él una creación enteramente nueva".

Apresurémonos a decir que el poder supramental no opera por milagro, ni por violencia; la noción de milagro es absurda. Sri Aurobindo lo ha repetido muy a menudo: "No hay milagros",¹⁸ no hay sino fenómenos cuyo proceso ignoramos y para el que tiene ojos para ver, sólo hay la intervención del determinismo de un plano superior en el determinismo de un plano inferior. La Mente puede parecer un milagro para el determinismo de la oruga, pero nosotros sabemos muy bien que nuestros milagros mentales obedecen a un proceso. Asimismo, lo Supramental no transforma las leyes, simplemente pasa por encima (¿o por debajo?) en un grado en que las leyes no existen ya más, así como las leyes de la oruga no existen ya para el hombre. Expliquémonos: la repetición habitual de cierto número de vibraciones que, por decirlo así, se han coagulado en torno de un individuo, acaban por darle una estructura estable en apariencia, y dice que él obedece a la "ley" de su naturaleza, pero esta pretendida ley no es más inexorable que el hecho de tomar por una calle más bien que por otra para volver a casa; son, simplemente, hábitos. Y lo mismo pasa respecto del cosmos, todas nuestras leyes físicas pretendidamente ineluctables, son asimismo hábitos coagulados que nada tienen de inexorables y que pueden deshacerse por poco que uno quiera cambiar de circuito, es decir, cambiar de conciencia. "Una ley ordinaria -dice Sri Aurobindo- es sencillamente un equilibrio establecido por la Naturaleza, es una estabilización de fuerzas. Mas no es sino un surco en el cual ha tomado la Naturaleza la costumbre de trabajar para obtener ciertos resultados. Si cambiáis de conciencia, el surco cambia también, necesariamente".¹⁹ Estos "cambios de surco" han jalonado toda nuestra historia evolutiva, a partir de la aparición de la Vida en la Materia, que ha modificado el surco material; luego, la aparición de la Mente en la Vida, que ha modificado el surco vital y material. Lo Supramental es un tercer cambio de surco, que modificará la Mente, la Vida y la Materia. Ya ha comenzado a hacerlo, la experiencia se halla en camino. Fundamentalmente, el proceso supramental consiste en liberar la conciencia contenida en cada elemento. No desconcierta el orden del universo, no hace ninguna violencia, sólo aplica su poder a la fisión de la oscuridad, a fin de que ésta entregue su propia luz. "El ha hendido la oscuridad como se hiende la piel de un animal a fin de extender nuestra tierra* bajo su sol", dice el Rig-Veda (V 85.1). Porque la conciencia divina, solar, está dondequiera, el mundo y cada átomo del mundo son divinos -el Señor de todos los universos es también "el Uno consciente en las cosas Inconscientes" de que habla el Rig-Veda-, la Materia no es una substancia bruta incapaz de cambio salvo por la violencia de nuestras manos o de nuestra cabeza, que no han engendrado sino monstruos, es una substancia divina, que puede "responder" en vez de resistir y transformarse en lugar de arrastrarnos en su viejo hábito de gravitación descendente y de desintegración. Mas es una divinidad oscurecida o adormecida, "sonámbula", dice Sri Aurobindo, un "sol perdido", enterrado, dice El Veda: El Inconsciente es el sueño del Supraconsciente²⁰... La Inconsciencia aparente del universo material contiene en sí oscuramente todo cuanto es eternamente revelado en el Supraconsciente luminoso.²¹ Lo Supramental se servirá pues de su luz para despertar la Luz correspondiente -la misma luz- en la Materia.

La verdad de lo alto despertará la verdad de abajo²²

Porque la ley es eternamente la misma: sólo lo semejante puede actuar sobre lo semejante; sería necesario el poder que está en lo alto para liberar el poder que se halla abajo.

¿Qué es, pues, este Poder? Toda concentración suscita un calor sutil, bien conocido de cuantos han practicado siquiera en parte las disciplinas yóguicas (la tapasya o disciplina yóguica es "la que produce el calor"); el poder supramental es un calor de esta índole, pero infinitamente más intenso, en las células del cuerpo. Es el calor suscitado por el despertar de la conciencia-fuerza en la Materia: "Todo pasa -dice la Madre- como si nuestra vida espiritual estuviese hecha de plata, en tanto que la supramental está hecha de oro; como si toda la vida espiritual de aquí fuese una vibración de plata, no fría, sino simplemente una luz, una luz que llega hasta la cima, una luz pura de todo punto, pura e intensa, pero hay otra, la supramental, una riqueza y una potencia, un calor que produce toda la diferencia". Este calor está en el fondo de todas las transmutaciones supramentales. En realidad, el calor producido por la combustión y otras reacciones químicas, sin hablar de la energía incomparablemente mayor liberada por las fusiones o las fisiones nucleares, no es sino la traducción física de un fenómeno espiritual fundamental, que los rishis védicos conocían bien y que llamaban Agna, el Fuego espiritual en la Materia: "Las otras llamas son únicamente ramas de tu tronco, oh Fuego... oh Agni., oh divinidad universal, Tú eres el mundo umbilical de todas las tierras y de sus habitantes; todos los hombres nacidos, Tú los mandas y los sostienes como un pilar... Tú eres la cabeza del cielo y el ombligo de la tierra... Tú eres el poder que se mueve entre los dos mundos" (Rig-Veda I 59). "Tu esplendor, oh Fuego, que está en el cielo y en la tierra, en las plantas y en las aguas, por el cual has extendido tú, vastamente, el aire del medio, es un vivo océano de luz que ve con la visión divina".²³

"Agni ha entrado en la tierra y en el cielo
como si ellos fuesen uno" **

Es este Agni supremo lo que Sri Aurobindo y la Madre han descubierto en la Materia y en las células del cuerpo; él es la palanca de la transformación del cuerpo y del cambio físico del mundo. De ahí que, en vez de actuar sobre la Materia por el medio deformante y embotador de todos los determinismos intermediarios, mentales y vitales, es la materia misma, despierta en la conciencia de su fuerza, la que opera directamente su propia transmutación. En lugar de una evolución que parece destrozarse entre dos polos, de conciencia sin fuerza que termina en la beatitud del sabio, o de fuerza sin conciencia que termina en la alegría bruta del átomo, lo Supramental restablece el Equilibrio en el ser total: la conciencia más alta en la fuerza más poderosa, el fuego del Espíritu en la Materia. "Oh Llama de los cien tesoros", dice el Rig-Veda (I 59).

Acaso no sea inútil subrayar que Sri Aurobindo había hecho su descubrimiento espiritual en 1910, antes aún de haber leído los Vedas, y en una época en que la física nuclear se encontraba aún en la etapa de las conjeturas teóricas. Nuestra ciencia se halla más adelantada que nuestra conciencia, de ahí la azarosa carrera de nuestro destino.

La similitud con la pujanza nuclear es aún más sorprendente si nos detenemos en la

* La "tierra" en los Vedas, es también el símbolo de nuestra propia carne.

** Rig-Veda III 7.4

descripción del poder supramental como se presenta a los ojos del vidente. Hemos dicho que mientras más se eleva uno en la conciencia, más tiende la luminosidad a ser estable, continua: de las chispas intuitivas a los "relámpagos estables" de la supermente, la luz se vuelve homogénea. Se podría pensar, pues, que la luz supramental es una especie de totalidad luminosa perfectamente inmóvil, continua, sin intersticios. Ahora bien, es muy notable que lo Supramental sea de una calidad luminosa del todo diferente a los otros grados de conciencia; él reúne a la vez la inmovilidad completa y el movimiento más rápido posible; aquí también, experimentalmente, los dos polos se entrecruzan. Nosotros podemos sólo citar el hecho sin tener capacidad para interpretarlo; he aquí cómo describe la Madre su primera experiencia de la luz supramental: "Había allí toda esta impresión de pujanza, de calor, de oro: no era fluido, era como una polvareda. Y cada una de estas cosas (no se puede llamar a eso ni parcelas ni fragmentos, ni puntos siquiera, a no ser que se tome el punto en sentido matemático, un punto que no ocupa lugar en el espacio), era como un oro viviente, una polvareda de oro cálido -no se puede decir brillante, no se puede decir sombrío-; ni era tampoco la luz como nosotros la entendemos: una multitud de puntitos de oro, nada más que eso. Se hubiera dicho que: me tocaban los ojos, la cara. ¡Y con un poder formidable! Al mismo tiempo, el sentimiento de una plenitud, de una paz omnipotente. Era rico, estaba lleno. Era el movimiento en su máximo grado, infinitamente más rápido de todo cuanto puede imaginarse y, a la vez, la paz absoluta, la tranquilidad perfecta".* Años después, cuando esta experiencia había llegado a ser de todo punto familiar, la Madre se expresaba en estos términos: "Se trata de un movimiento que es una especie de Vibración eterna, que no tiene principio ni fin. Es algo que es de toda eternidad, para toda eternidad; no hay ahí división de tiempo; sólo cuando se ha proyectado en una pantalla comienza a tomar la división del tiempo; pero no se puede decir un segundo, no se puede decir un instante... es muy difícil de explicar. No tiene uno siquiera el tiempo de percatarse de que ya no está -algo que no tiene límites-, que no tiene principio, que no tiene fin, y que es un Movimiento de tal modo total -total y constante, constante-, que en la percepción parece de una inmovilidad perfecta. Es absolutamente indescriptible, mas es el Origen y el Sostén de toda la evolución terrestre... Y he podido notar que en ese estado de conciencia, el Movimiento sobrepasa la fuerza o el poder que concentran las células para hacer de ellas una forma individual". El día que sepamos aplicar esta Vibración o este "Movimiento" a nuestra materia, poseeremos el secreto práctico del paso de la Materia bruta a una Materia más sutil y tendremos el primer cuerpo supramental o glorioso sobre la tierra.

Esta inmovilidad en el movimiento es el fundamento de todas las actividades del ser supramental. Es el b-a ba práctico de toda disciplina que tienda a lo Supramental, y acaso el b-a ba de toda acción eficaz en este mundo. Ya habíamos dicho que la inmovilidad - interior, se entiende- posee el poder de disolver las vibraciones; que si supiéramos mantenernos enteramente tranquilos por dentro, sin la más leve vibración de respuesta, podríamos dominar cualquier ataque, animal o humano. Este poder de inmovilidad no se adquiere de veras sino cuando uno ha comenzado a cobrar conciencia del gran Silencio que se halla atrás y cuando uno es en todo momento capaz de contraerse y de sumergirse muy lejos de las circunstancias exteriores, a millares de leguas. Es preciso poder estar del todo afuera a fin de dominar el interior de la vida. Mas lo que es extraño, y natural después de

* A la velocidad de la luz se encuentra también la inmovilidad perfecta en el movimiento supremo; inmovilidad si se contempla el fenómeno desde adentro, movimiento si se le mira desde afuera.

todo, es que este poder supramental no puede obtenerse sino cuando uno está totalmente afuera, totalmente en la Base eterna, fuera del tiempo, fuera del espacio, como si el Dinamismo supremo no pudiese emanar sino de la suprema Inmovilidad. El hecho puede parecer paradójico, pero es prácticamente comprensible; puede uno comprender que si la conciencia ordinaria, que se agita con el menor movimiento del aire, entrase en contacto con esa "polvareda de oro cálido", sería instantáneamente barrida, desarticulada. Sólo la Inmovilidad total puede soportar este Movimiento. Y esto era lo que asombraba a los que vieron a Sri Aurobindo; no era tanto la luz de sus ojos (como es el caso en cuanto atañe a la Madre), sino esa inmensidad inmóvil que uno sentía, tan compacta, tan densa, como si uno entrase en un infinito sólido. Se comprendía entonces, espontáneamente, sin demostración alguna, que el ciclón no pudiese entrar a su aposento. Se comprendía todo el sentido de esta frase suya: "la poderosa inmovilidad de un espíritu inmortal".²⁴ Gracias a la fuerza de esta inmovilidad, Sri Aurobindo trabajó durante cuarenta años y pudo escribir durante doce horas cada noche, caminar de día ocho horas (para "hacer bajar la luz a la Materia" como él mismo decía) y entregarse en el Inconsciente, sin ninguna fatiga, a las batallas más extenuantes. "Si cuando realizas grandes acciones o pones en movimiento gigantescos resultados, eres capaz de percibir que tú nada haces, entonces sabrás que Dios ha retirado Su sello de tus ojos... Si cuando estás sentado absolutamente solo, inmóvil y sin palabras en la cumbre de la montaña, eres capaz de percibir que tú diriges revoluciones, entonces tendrás la visión divina y serás libre de las apariencias".²⁵

La inmovilidad es la base del poder supramental, pero el silencio es la condición de su funcionamiento perfecto. La conciencia supramental no obedece a los criterios mentales o morales para decidir de sus actos -ya para ella no hay "problemas"-, ella actúa natural y espontáneamente. Esta espontaneidad es el signo distintivo del Supramental: espontaneidad de la vida, espontaneidad del conocimiento, espontaneidad del poder. En la vida ordinaria tratamos de conocer lo que es bueno o justo y, cuando creemos haberlo encontrado, tratamos bien que mal de materializar nuestro pensamiento. La conciencia supramental no trata de conocer, no trata de saber lo que debe hacerse o lo que no se debe hacer, ella es perfectamente silenciosa, inmóvil, y vive espontáneamente cada segundo del tiempo, sin tensión respecto del porvenir; pero en cada segundo, en el silencio de la conciencia, el conocimiento deseado cae como una gota de luz: lo que debe hacerse, lo que debe decirse, lo que debe verse, lo que se debe comprender. "El pensamiento supramental no es un puente para alcanzar la luz, es una flecha que viene de la luz".²⁶ "En la gran Extensión todo se encuentra y uno sabe perfectamente" dice el Rig-Veda (VII 76.5). Y cada vez que un pensamiento o una visión pasa a la conciencia, no es una especulación sobre el porvenir, es un acto inmediato:

"Cada pensamiento, cada sentimiento,
es ahí un acto".²⁷

El conocimiento se halla automáticamente dotado de poder. Porque es un conocimiento verdadero, que lo ve todo, y un conocimiento verdadero es un conocimiento que puede. Nosotros carecemos de poder porque no lo vemos todo. Mas esta visión total escapa perfectamente a nuestras consideraciones momentáneas, ve el prolongamiento de cada cosa en el tiempo; no es un fiat arbitrario que va a trastornar la trayectoria, es simplemente como una presión luminosa que va a acelerar el movimiento y a poner cada cosa, cada fuerza, cada acontecimiento, cada ser en comunicación directa con su propio contenido de luz, con

su propia posibilidad divina y la Finalidad misma que la había puesto en camino. Ya lo hemos dicho, es un fermento evolutivo formidable. Acaso sería necesario decir aquí cómo se traduce prácticamente este poder en la vida y los actos de aquellos que lo encarnan: Sri Aurobindo y la Madre por el momento; mas entendiendo que ninguna explicación es satisfactoria a menos que uno mismo haya visto y que la experiencia no comenzará a ser probatoria sino el día que sea una posibilidad colectiva, preferimos guardar silencio; por lo demás, su acción escapa muy a menudo a los mismos que se benefician de ella, por la sencilla razón de que uno no puede comprender una cosa si no se encuentra en el mismo plano, y que nosotros vemos solamente el instante, no el milagro que prepara esta simple mirada, este segundo de luz que va a madurar durante veinte años o tres siglos bajo nuestras oscuridades antes de llegar a ser "natural". "Ni usted ni nadie sabe nada de mi vida -escribía Sri Aurobindo a uno de sus biógrafos-; nada que los hombres puedan ver ha ocurrido en la superficie".²⁸ Nuestra dificultad para hablar de este poder proviene de que nosotros tenemos una falsa noción del poder. Cuando hablamos de "poderes", esperamos en seguida cosas fantásticas, pero no es esto el verdadero Poder, ni lo fantástico verdadero del universo; cuando el Supramental actúa, no son miríficos trastornos, como polvo en los ojos, es una acción tranquila, como eterna, que empuja al mundo y a cada cosa del mundo hacia su propia perfección a través de todas las máscaras de imperfección. El verdadero milagro no consiste en forzar las cosas, sino en precipitarlas secretamente y como a hurtadillas hacia su propio centro, a fin de que del fondo de ellas mismas ellas reconozcan ese Rostro que es su propio rostro; no hay sino un milagro; este minuto de reconocimiento, cuando ya nada es otro.

Y el individuo es la clave del poder supramental. El ser supramental ocupa no sólo una posición trascendente y una posición cósmica, sino una posición individual; curado está el triple hiato de experiencia que dividía al monista, al panteísta y al individualista; su posición trascendente no anula al mundo ni al individuo, así como su posición cósmica no lo priva de lo Trascendente ni del individuo, ni su posición individual lo separa tampoco de lo Trascendente ni del universo; él no ha tendido la escala para llegar a la finalidad, ha recorrido todos los escalones evolutivos, de arriba abajo -no existe agujero en ninguna parte ni articulación faltante-, y porque ha conservado su individualidad en vez de estallar en una tierra de nadie luminosa, puede no sólo subir, sino descender por la gran Escala de la existencia y utilizar su individuo como un puente o como una articulación en la Materia entre el todo de lo alto y el todo de abajo. Su labor sobre la tierra consiste en poner directamente en contacto la Fuerza suprema y el individuo, la Conciencia suprema y la Materia; "juntar los dos Cabos", dice la Madre. Es un precipitador de lo Real sobre la tierra. Y por eso mismo abrigamos la esperanza de que los determinismos ciegos que dominan actualmente el mundo -la Muerte, el Sufrimiento, la Guerra- podrán ser cambiados por ese Determinismo supremo y hacer sitio a una evolución nueva, en la Luz: "Es una revolución espiritual la que prevemos, y de la cual no es la revolución material, sino una sombra y un reflejo".²⁹

Dos meses después de su arribo a Chandernagor, Sri Aurobindo escuchaba de nuevo la Voz: "Ve a Pondichery". Algunos días más tarde se embarcaba secretamente a bordo del Dupleix, despistando a la policía británica, y dejaba para siempre la India del Norte. "Yo no me movía sino como movido por lo Divino".³⁰ Los últimos cuarenta años de su vida, con la Madre, serán consagrados a transformar esta realización individual en una realización terrestre. "Queremos hacer que lo Supramental descienda a la tierra como una facultad nueva. Queremos crear una especie en la cual será lo Supramental un estado de conciencia

permanente, así como la mente es ahora entre los hombres un estado de consciencia permanente".³¹ Y para que uno no se llame a engaño acerca de sus intenciones, Sri Aurobindo ponía hincapié ;muchas veces lo hizo- en lo siguiente: "Lejos de mí -decía- el deseo de propagar ninguna religión, nueva o antigua, para el futuro de la humanidad. No se trata de fundar una religión, sino de abrir una vía que aún se encuentra bloqueada".³² Ignoramos todavía si la aventura supramental triunfará alguna vez; los rishis védicos no consiguieron despejar la vía, no pudieron abrir el "gran paso" para todo el mundo ni transformar su realización personal en una realización colectiva permanente: había para ello un motivo. Falta saber si ese motivo subsiste.

XVI

EL HOMBRE, SER DE TRANSICIÓN

Su primeros años en Pondichery los vivió Sri Aurobindo en medio de gran miseria; se hallaba lejos de cuantos hubieran podido ayudarle; se sospechaba de él, su correspondencia era censurada y todos sus movimientos vigilados por los agentes británicos, que trataron de obtener su extradición con todo género de maniobras, inclusive la de hacer ocultar documentos comprometedores "en la casa donde vivía, denunciándolo en seguida a la policía francesa. Hasta se intentó raptarlo. Sri Aurobindo no consiguió quedar en paz sino el día en que el comisario de la policía francesa, haciendo un registro en su casa, halló en una gaveta los libros de Homero; después de haber preguntado si eso era "griego en verdad", quedó lleno de admiración por aquel caballero-yogui que leía tales libros y hablaba francés, y se retiró. Desde entonces pudo el exiliado recibir a quien quisiese y moverse a su antojo. Algunos de sus compañeros de armas lo habían seguido y esperaban que su "jefe" reanudase la lucha política, mas como "la Voz" no daba ninguna orden, él nada hacía. Además Sri Aurobindo veía que ya la maquinaria funcionaba sola; el espíritu de independencia se había despertado en sus compatriotas y los acontecimientos seguirían su curso inevitable hasta la liberación, como él lo había previsto.

Ahora tenía otra cosa que hacer. Veamos en qué consiste.

Las Obras

Un descubrimiento señala los primeros años de exilio: la lectura de los Vedas en el texto original. Hasta entonces, Sri Aurobindo había leído traducciones inglesas o indias y no había visto en ellas, de igual modo que los eruditos, sino una masa ritualista harto oscura, "de poco valor para la historia del pensamiento o para una experiencia espiritual viva".¹ Y de pronto descubrió en el original "una vena continua de oro, de lo más rica tanto para el pensamiento como para la experiencia espiritual...² Me di cuenta de que los mantras védicos iluminaban con luz clara y precisa ciertas experiencias espirituales que yo había tenido y a las cuales no había encontrado explicación satisfactoria, ni en la psicología europea ni en las escuelas de yoga, ni en las enseñanzas del Vedanta".³ Bien puede uno imaginarse que Sri Aurobindo fue el primer desorientado por su propia experiencia y que fueron necesarios algunos años para que llegase a comprender exactamente lo que le ocurría. Nosotros hemos descrito la experiencia supramental de Chandernagor como si sus etapas hubiesen estado sabiamente encadenadas, cada una de ellas con su noticia explicativa, mas las explicaciones llegaron mucho tiempo después; pero, por el momento, él no tenía ninguna orientación. Y he aquí que el más antiguo de los cuatro Vedas* -el Rig-Veda - le aportaba inopinadamente el signo de que él no era de todo punto singular ni estaba extraviado sobre este planeta. Que los eruditos occidentales o aun los eruditos de la India no hayan comprendido la extraordinaria visión de esos textos no puede asombrarnos, si se tiene en cuenta que las raíces sánscritas se hallan dotadas de un doble o de un triple sentido, que a su vez se envuelve en un doble simbolismo, esotérico y exotérico. Se pueden leer esos himnos en dos o tres capas de sentidos superpuestos y aun, cuando se llega a un sentido exacto, se comprende, por ejemplo, que el "Fuego en el agua" o "la montaña preñada del nacimiento supremo" y toda esa búsqueda del "Sol perdido", a la cual sigue el

descubrimiento del "Sol en la oscuridad", sea de un simbolismo de lo más extraño, si no tiene uno la clave experimental del Fuego espiritual en la Materia, del estallido de la roca del Inconsciente y de la iluminación en las células del cuerpo. ¿Acaso no decían los mismos rishis: "Palabras secretas, sabiduría de vidente que revelan su sentido interior al vidente"? (IV 3.16). Porque había visto, Sri Aurobindo reconocía en seguida, y se dio a traducir una importante fracción del Rig-Veda, particularmente los admirables Himnos al Fuego místico. No puede uno sino quedarse pensativo, ni puede dejar de interrogarse, cuando considera que los rishis de hace cinco o seis mil años transmitían no solamente sus propias experiencias, sino las de sus "ancestros" o las de los "padres de los hombres", decían - ¿cuántos milenios ha?- que se habían repetido de generación en generación sin una sola falta, sin omitir una sola tilde, porque la eficacia del mantra estribaba en la exactitud de la repetición. Nos hallamos ante la más antigua tradición del mundo, intacta. Que Sri Aurobindo haya redescubierto el Secreto del principio de nuestro ciclo humano (¿no hubo otros, antes, por ventura?) en una edad que los hindúes llaman "negra" -kali-yuga- no carece por cierto de significación. Si es verdad que el Fondo toca una nueva superficie, entonces nos hallamos cerca. **

Nos equivocáramos, sin embargo, si relacionásemos a Sri Aurobindo con la revelación védica; por muy sorprendente que sea para nosotros, ella no era para él sino una señal en el camino, una confirmación en fin; querer resucitar el Veda en el siglo veinte, como si el ápice de la Verdad ya hubiese sido definitivamente alcanzado, es una empresa fútil, porque la Verdad no se repite nunca dos veces. ¿No escribía él mismo con cierto humorismo?: "Verdaderamente, esta estupefacta veneración del pasado es maravillosa ¡y terrible! Después de todo, el Ser Divino es infinito y el desenvolvimiento de la Verdad es también infinito tal vez... no es exactamente como una nuez cuyo contenido hubiera sido triturado y vaciado una vez por todas por el primer profeta o por el primer sabio, mientras los demás deben triturar religiosamente a perpetuidad la misma nuez".⁴ Sri Aurobindo no había de trabajar solamente en una realización individual, como los rishis, sino en una realización colectiva, en condiciones que no son ya las de los pastores prehistóricos. Y ante todo debía consagrar no poco tiempo a una obra escrita que es, sin duda, por (I momento, el signo más visible de su acción colectiva. En 1910 llega un escritor francés, llamado Paul Richard, que conoce a Sri Aurobindo y queda de tal modo impresionado por la amplitud de sus juicios, que en 1914 vuelve dos veces a Pondichery, especialmente para visitarlo, y lo invita a escribir. Se funda una revista bilingüe; Paul Richard queda al cuidado de la parte francesa. Así nació Arya o Revue de la Grande Synthese. Pero estalla la guerra, Richard vuelve a Francia y Sri Aurobindo se encuentra solo con 64 páginas de filosofía que él, que nada tiene de filósofo, debe llenar todos los meses: "¡Filosofía! Dejadme decir, en confianza, que nunca, nunca, nunca he sido filósofo, aunque haya escrito filosofía; pero es otra cosa. Yo no conocía absolutamente nada de filosofía antes de practicar el yoga y de venir a

* Rig-Veda, Sama-Veda, Yagur-Veda, Atharva-Veda

** Según la tradición de la India, cada ciclo se desarrolla en cuatro períodos: Satya-yuga, la edad de la verdad (o edad de oro), luego la edad en que no quedan sino los "tres cuartos de la verdad", Treta-yuga, en seguida una "mitad de la verdad", Dwapara-yuga, y por último la edad en que toda la verdad ha desaparecido, Kali-yuga. Mas el secreto se ha perdido. Al Kali-yuga sigue un nuevo Satya-yuga, pero entre uno y otro se produce una destrucción total, pralaya, y el universo es "tragado de nuevo". Según Sri Aurobindo, el descubrimiento de lo Supramental abre otros horizontes.

Pondichery; yo era poeta y político, no filósofo. ¿Cómo y por qué llegué a cambiar de rumbo? Primero, porque Paul Richard me proponía colaborar en una revista filosófica y como yo sustentaba la teoría de que un yogui debía ser capaz de hacer de todo, no podía negarme; mas él partió para la guerra, dejándome un plan de 64 páginas de filosofía que escribir yo solo cada mes. Luego, porque me bastaba trasponer en términos intelectuales cuanto yo había observado y aprendido cotidianamente practicando el yoga, y la filosofía estaba ahí, automáticamente. ¡Mas eso no quiere decir que yo fuese un filósofo"⁵ Fue así como Sri Aurobindo llegó a ser escritor. Tenía cuarenta y dos años. En realidad, él nada decidió por sí mismo; fueron las circunstancias "exteriores" las que lo embarcaron por esa vía.

Durante seis años ininterrumpidos, hasta 1920, Sri Aurobindo publicará de modo continuo casi toda su obra escrita, más de cinco mil páginas. Mas escribía de manera singular; no un libro tras otro, sino cuatro y aun seis libros al mismo tiempo, sobre los temas más diversos, como La Vida Divina, su obra "filosófica" fundamental, y su visión espiritual de la evolución, Síntesis del Yoga, en la cual describe las etapas y las experiencias del yoga integral, analizando todas las disciplinas yóguicas, pasadas o presentes, los Ensayos sobre la Gita y su filosofía de la acción, El Secreto del Veda, con un estudio sobre los orígenes del lenguaje, El Ideal de la Unidad Humana, El Ciclo Humano, que consideran el aspecto sociológico y psicológico de la evolución, y las posibilidades futuras de las sociedades humanas. El había hallado

"El signo único que descifra todos los signos" ⁶

Día tras día llenaba Sri Aurobindo apaciblemente sus páginas; otra persona se hubiera sentido extenuada, mas él no "pensaba" en lo que escribía: "No he hecho ningún esfuerzo para escribir -explicaba a un discípulo-, yo dejaba trabajar al Poder superior, y cuando él no lo hacía, yo no me esforzaba en modo alguno. En otro tiempo, en los viejos días del intelecto, trataba yo, a veces, de forzar las cosas, pero no desde que comencé a escribir poesía y prosa por virtud del yoga. Quiero recordar a usted que cuando yo escribía la revista Arya y cada vez también que escribo estas cartas o estas respuestas, yo no pienso... Yo escribo en el silencio mental, y todo cuanto escribo me viene de lo alto, ya formado".⁷ Muy a menudo sus discípulos -escritores o poetas- le demandaban explicaciones acerca del proceso yóguico de la creación, y él no dejaba de explicarles detenidamente el método, considerando que las actividades creadoras son un medio poderoso de hacer retroceder la línea supraconsciente y de precipitar hacia abajo, hacia la Materia, las posibilidades luminosas del futuro. Algunas de sus cartas son grandemente instructivas: "Es un gran alivio para el cerebro escribía a uno de ellos- cuando el pensamiento tiene lugar fuera del cuerpo o encima de la cabeza (o en otros niveles en el espacio, pero siempre fuera del cuerpo). Al menos tal es el caso en cuanto me atañe; desde que eso me ocurrió, he experimentado un inmenso alivio; hubo, luego, no pocas tensiones de orden físico, pero nunca el más leve cansancio cerebral".⁸ Debemos poner hincapié en que "pensar fuera del cuerpo" no es en modo alguno un fenómeno supramental, sino una experiencia muy sencilla que puede producirse desde el comienzo del silencio mental. El verdadero proceso, según Sri Aurobindo, consiste en llegar a no hacer ningún esfuerzo; en borrarse uno de modo tan completo como sea posible, y dejar pasar la corriente: "Hay dos maneras de llegar a la Gran Vía. La una consiste en luchar y trepar y en hacer toda clase de esfuerzos (como el peregrino que atraviesa la India arrastrándose boca abajo, midiendo el camino con su

cuerpo; esa es la senda del esfuerzo) y de repente, cuando menos se lo espera, se encuentra uno en la G. V.... El otro consiste en tranquilizar el cuerpo mental de tal suerte que una *Mente* más grande, una *Mente* de la mente, pueda expresarse por medio de ella (yo no me refiero aquí a lo *Supramental*).⁹ ¿Pero cómo es posible -preguntaba un discípulo-, si no es nuestra mente la que piensa, si los pensamientos provienen de afuera, que haya diferencias tan grandes entre el pensamiento de unos y de otros? "En primer lugar -replicaba Sri Aurobindo-, esas ondas de pensamiento, o esas semillas de pensamiento, esas formas de pensamiento, no importa, son de valor diferente y proceden de planos de consciencia diferentes. Y la misma substancia del pensamiento puede revestirse de vibraciones más o menos altas o más o menos bajas, según el plano de consciencia a través del cual pasan los pensamientos para entrar en nosotros (plano mental pensante, plano mental vital, plano mental físico, plano mental subconsciente) o según el poder de consciencia que los atrapa y los impulsa hacia este o aquel individuo. Además, existe una substancia mental propia de cada hombre y el pensamiento que llega se sirve de esta substancia para formarse o para expresarse o para transcribirse, pero esta substancia puede ser fina o grosera, débil o poderosa, etc., según la mente de los individuos. Existe asimismo en cada uno cierta energía mental, activa o en potencia, que varía de uno a otro, y esta energía puede acoger el pensamiento de una manera luminosa u oscura, serena o apasionada, o inerte, y las consecuencias cambiarán en cada caso".¹⁰ Y Sri Aurobindo agregaba: "El intelecto es una parte de la naturaleza absurdamente sobreactiva; cree siempre que nada puede hacerse bien si él no mete en ello las narices, y por eso estorba, instintivamente, la inspiración, la bloquea a medias o más allá de la mitad y se afana por substituir con sus trabajosas producciones propias e inferiores, el ritmo verdadero, la palabra verdadera que hubieran debido llegar. El poeta trabaja en medio de la angustia de llegar a la palabra inevitable, al ritmo auténtico, a la substancia real de lo que debe decir, cuando en todo momento ya eso estaba ahí, atrás, listo y Completo".¹¹ Pero el esfuerzo existe -redargüía el discípulo-, y a fuerza de azotar el aire, la inspiración llega.

¡Exactamente! Si usted ha obtenido algún resultado, no es a causa de su martilleo, sino porque una inspiración ha conseguido deslizarse entre dos martillazos y entrar bajo la cubierta de su ruido horroroso".¹² Después de haber escrito tantos libros para sus discípulos, Sri Aurobindo decía que la única utilidad de los libros y de las filosofías no es la de aclarar la mente, sino la de reducirla al silencio a fin de que, tranquila, pueda pasar a la experiencia y recibir la inspiración directa. Y resumía así la posición de la mente en la escala evolutiva: "La mente es un torpe interludio entre la acción inmensa y precisa de la Naturaleza subconsciente y la acción mucho más inmensa e infalible de la Divinidad supraconsciente. No hay nada de cuanto la mente hace que no se pueda hacer y hacer mejor en la inmovilidad mental y una tranquilidad sin pensamiento".¹³

En 1920, al cabo de seis años, Sri Aurobindo estima que ya ha dicho suficiente, por el momento. Así termina la revista *Arya*. El resto de su vida de escritor será casi exclusivamente consagrada a su enorme correspondencia -miles de millares de cartas con todo género de explicaciones prácticas acerca de las experiencias yóguicas, las dificultades, los progresos-, y, sobre todo, escribirá y volverá a escribir durante treinta años, esa prodigiosa epopeya de 23,813 versos, *Savitri*, como un quinto *Veda*, el mensaje en el que él se refiere a las experiencias de los mundos de lo alto y de abajo, a sus batallas en el Subconsciente y en el Inconsciente, y toda la historia oculta de la evolución terrestre y universal hasta su visión de los tiempos futuros.

"Interpretando el universo por signos del alma,
El leía de adentro el texto de afuera".¹⁴

La Madre

Sri Aurobindo no había nacido sólo para escribir, tenía que actuar. 1920 es el año en que termina la revista Arya y el año en que la Madre se establece en Pondichery. "Cuando vine a Pondichery -dice Sri Aurobindo-, me fue dictado desde dentro un programa para mi disciplina. Lo seguí y progresé por mi parte, pero no conseguía gran cosa en cuanto a la ayuda que debía deparar a los demás. Luego vino la Madre; con su cooperación encontré el método necesario".¹⁵

Nosotros no podemos hablar de Mère, sin duda porque una personalidad como la suya tolera mal que se le encierre en una pequeña historia; es una Fuerza en movimiento. Todo cuanto ocurrió ayer solamente, todo lo que se dijo o se hizo o se experimentó el día anterior, ya es historia antigua para ella, y carece de interés.

Falla está siempre más lejos, adelante. Ella nació para "romper los límites", como Savitri. No sería, pues, gracioso encerrarla en un curriculum vitae.

Digamos simplemente que nació en París el 21 de febrero de 1878 y que, por su parte, ella también había alcanzado la visión supramental. Y no es por cierto sorprendente que con esa consciencia haya conocido la existencia de Sri Aurobindo, antes aun de haberlo conocido físicamente y de haber venido a establecerse a al lado.

"Entre los once y los trece años -nos cuenta ella misma-, una serie de experiencias psíquicas y espirituales me revelaron no solamente la existencia de Dios, sino también que es posible para el hombre encontrarlo y revelarlo íntegramente en su consciencia y en sus actos, y manifestarlo sobre la tierra en una vida divina. Esta revelación, y la disciplina práctica para alcanzar el fin, me fueron deparadas durante el sueño de mi cuerpo por numerosos instructores, que después conocí en la vida, al menos a algunos de ellos. Más tarde, a medida que este desenvolvimiento interior y exterior progresaba, la relación espiritual y psíquica que yo tenía con uno de esos seres llegó a ser cada vez más clara y fecunda... Desde que vi a Sri Aurobindo comprendí que era él quien estaba llamado a realizar la obra sobre la tierra y que era con él con quien yo debía trabajar". Iba a comenzar la "transformación". Y será la Madre quien ha de tomar la dirección del Ashram cuando Sri Aurobindo se retire, en 1926, a la soledad completa, y ella quien continuará la Obra después de su partida en 1950. "La consciencia de la Madre y la mía son una misma y sola consciencia".¹⁶ Es muy simbólico que la síntesis viviente que ya Sri Aurobindo representa del Oriente y el Occidente, se complete por medio de este nuevo encuentro entre el Este y el Oeste, como si el mundo no pudiese «n verdad ser realizado sino por la conjunción de los dos polos de la existencia, la Consciencia y la Fuerza, el Espíritu y la tierra, El y Ella siempre.

Miradas sobre la evolución

Todos nosotros seremos llamados, un día u otro, a realizar el trabajo de transformación en que Sri Aurobindo y la Madre se hallan embargados, porque es nuestro futuro evolutivo. Si queremos comprender exactamente el proceso, las dificultades, las posibilidades de éxito o de fracaso, es preciso comprender, primero, el sentido de nuestra propia evolución, a fin de poder participar en ella activamente, en vez de dejar a los siglos y a los milenios hacer

por nosotros el trabajo al cabo de interminables rodeos. Sri Aurobindo no se halla interesado en teorías, su visión de la evolución reposa esencialmente sobre una experiencia, y si ha tratado de formularla en términos que pueden parecer teóricos -porque no tenemos (todavía) la experiencia-, no es con el objeto de hacernos compartir una idea más entre los millones de ideas-fuerza que circulan, sino para hacernos empuñar la palanca de nuestro propio dinamismo y precipitar el curso de la evolución. No cabe ninguna duda de que la posición actual de la humanidad no merece que uno se detenga en ella.

Esa palanca es Agni, la conciencia-fuerza, y toda la evolución puede describirse como un viaje de Agni en cuatro movimientos -involución, devolución, involución, evolución- a partir del Centro eterno y en El. En realidad, el cuádruple movimiento es El. Todo es El. "El mismo el juego, El mismo el jugador, El mismo el campo de juego".¹⁷ El, fuera del tiempo, fuera del espacio, el Ser puro, la Conciencia pura, el Gran Silencio blanco en que todo se encuentra en un estado de involución, contenido, aún sin forma. Y Él el que llega a ser: la Fuerza se separa de la Conciencia, Ella de Él, el viaje de Agni comienza:

"Sobre las selladas profundidades su luminosa sonrisa erraba
Y puso fuego al silencio de los mundos".¹⁸

Ella, la que se arroja fuera de El en un estallido de alegría para jugar a descubrirlo de nuevo en el Tiempo. Ella y El, dos en uno. "¿Cuál fue, pues, el comienzo de toda la historia? La existencia que se ha multiplicado sólo por la alegría de ser y se ha sumergido en innumerables trillones de formas a fin de encontrarse Ella misma de nuevo, innumerablemente".¹⁹ Pero es un comienzo perpetuo, que no se sitúa en ninguna parte en el tiempo; cuando decimos "primero" lo eterno, "luego" el Devenir, caemos en la ilusión del lenguaje espacio-temporal, de igual modo que cuando decimos "alto" y "bajo" nuestro lenguaje es falso, lo mismo que nuestra visión del mundo. En realidad, el Ser y el Devenir, El y Ella, son dos aspectos simultáneos de un mismo FIAT eterno. El universo es un fenómeno perpetuo, tan perpetuo como el Silencio fuera del tiempo: "En el principio, se dice, era el Eterno, el Infinito, el Uno. En medio, se dice, está lo finito, lo transitorio, la multitud. Al final, se dice, será el Uno, el Infinito, el Eterno. ¿Pero cuándo fue el principio? En ningún momento en el tiempo; el principio tiene lugar cada momento; el principio era siempre, es siempre, será siempre. El principio divino es antes del tiempo, es en el tiempo y por siempre jamás, más allá del tiempo. El Eterno Infinito y Uno es un comienzo sin fin. ¿Dónde está el medio? No hay medio, no hay sino una conjunción del fin perpetuo y del comienzo eterno; es el signo de la creación que es nuevo a cada momento. La creación era para siempre jamás, es para siempre jamás, será para siempre jamás. El Eterno Infinito y Uno es el mágico término medio de su propia existencia; él es la creación sin principio ni fin. ¿Y cuándo será el fin? No hay fin. En ningún momento concebible puede haber cesación. Porque el fin de las cosas es el principio de cosas nuevas, que son aún el mismo Uno bajo un signo siempre más vasto y siempre recurrente. Nada puede ser destruido, porque todo es El, que es para siempre jamás. El Eterno Infinito y Uno es el fin inimaginable que no se cierra nunca de nuevo en los horizontes interminablemente nuevos de su gloria"²⁰ Y Sri Aurobindo agrega: "La experiencia de la vida humana sobre la tierra no se desarrolla ahora por primera vez. Ha tenido lugar millones de veces antes y el largo drama se repetirá aún millones de veces. En todo cuanto hacemos ahora, en todos nuestros sueños, nuestros descubrimientos, nuestras realizaciones rápidas o difíciles, nos aprovechamos subconscientemente de la experiencia de innumerables precursores, y

nuestra labor fecundará plantas desconocidas para nosotros y mundos no nacidos aún. El plan, las peripecias, el desenlace difieren continuamente, pero todo está gobernado siempre por las normas de un Arte eterno. Dios, el Hombre y la Naturaleza son los tres símbolos perpetuos. La idea de una eterna recurrencia hace estremecerse a la mente que vive parapetada en el minuto, la hora, los años, los siglos, todos los bastiones irreales de lo finito. Mas el alma fuerte, consciente de una substancia inmortal y del océano inagotable de sus energías para siempre jamás vivas, es presa de un raptó inconcebible. Ella escucha por atrás la risa de niño y el éxtasis del Infinito".²¹ Este paso perpetuo del Ser al Devenir es lo que Sri Aurobindo llama la devolución. Es un paso gradual. La Conciencia suprema no se convierte de golpe en la Materia. La Materia es el precipitado final, el producto último de una incesante fragmentación o densificación de la conciencia, que se opera lentamente, a través de planos sucesivos. En la "cima" de esta curva devolutiva -pero no es una cima, es un Punto supremo que está dondequiera-, la Conciencia- Fuerza Supramental contiene reunidas todas las posibilidades infinitas del Devenir, en una sola Mirada, como el Fuego solar contiene todos los rayos reunidos en su centro: "Ellos desengancharon los caballos del Sol, dice el Rig-Veda; los diez mil se mantenían juntos; ahí estaba este Uno, tad ekam" (V 62.1). Después se abre la Supermente, el "gran hendimiento" de la conciencia comienza: los rayos del Sol se separan, la Conciencia-Fuerza única se halla ahora suelta en trillones de fuerzas cada una de las cuales tratará de realizarse absolutamente. Una vez iniciado, el Juego no se detendrá sino hasta que todas sus posibilidades se hayan realizado, inclusive las que parecen lo contrario del Jugador eterno. La fuerza ha sido proyectada en una pasión cada vez más rápida, como si Ella quisiese estallar hasta en los confines de sí misma para asirse más lejos siempre, y reemplazar al Uno por una imposible suma. Y la conciencia se desparrama. Irá fragmentándose más cada vez, condensándose, oscureciéndose, depositándose en estratos sucesivos, o en mundos, con sus seres y sus fuerzas, y su modo particular de vida; todas las tradiciones dan testimonio de ello; nosotros también, nosotros podemos ver en nuestro sueño o con los ojos bien abiertos cuando el ojo de la visión ha roto sus sellos en nosotros. De los dioses a los gnomos simbólicos, la conciencia se adelgaza, se desmigaja, se pulveriza -supermental, mente intuitiva, mente iluminada, mente superior, luego lo vital y lo físico sutil-, cada vez más prendida en la liga de su fuerza, presa, dispersada, confundida en pequeños instintos, en pequeños tropismos para vivir, hasta su desparramamiento final en la Materia en que todo está fragmentado: "En el principio -dice el Veda- la oscuridad estaba oculta por la oscuridad, todo esto era un océano de inconciencia. El ser universal estaba velado por la fragmentación" (X 129.1.5). La devolución termina en la inmersión de la Luz en su propia sombra, la Materia²²

Estamos, pues, ante dos polos. En la cima, un supremo Negativo (o Positivo, según los gustos) en que la Fuerza se halla como sumergida en una Nada de Luz, un abismo de paz sin ondulaciones en el cual está todo contenido en sí, ya ahí, sin que sea necesario un estremecimiento para ser. ES. En el otro polo, un supremo Positivo (o Negativo, según los gustos) en que la Conciencia se halla como sumergida en una Nada Sombra, un abismo de Fuerza ciega para siempre prisionera de su oscuro torbellino; eso llega a ser, inexorablemente, sin tregua. La primera dualidad emerge, y de ella se derivan todas las demás: el Uno y el Innumerable, el Infinito y el Finito, la Conciencia y la Fuerza, el Espíritu y la Materia, el Sin-Forma y un delirio de formas -El y Ella-. Y toda nuestra existencia fluye y refluye de un polo al otro, los unos no quieren ver sino lo Trascendente, que ellos llaman supremo Positivo, y rechazan la Materia como una especie de mentira provisional a la espera de la hora del Gran Retorno (¿mas dónde está el lugar del Retorno?

¡El retorno está en todos los puntos! Arriba, abajo, a derecha, e izquierda); los otros no juran sino por la Materia, que llaman supremo Positivo, y rechazan el Espíritu como una mentira definitiva y negativa, puesto que, según la lógica de los hombres, lo más no puede ser menos, ni el menos, más. Pero es una ilusión. La Conciencia no anula la Fuerza, ni la Materia anula el Espíritu, ni el Infinito lo Finito, así como lo alto no anula lo bajo; él es el bajo, que no es bajo sino para nosotros, y cada extremo encierra su eterno Compañero: "En el mundo tal como lo ve nuestra conciencia mental, por muy alta que la pongamos, descubrimos que a cada positivo corresponde un negativo. Mas el negativo no es un cero; en realidad, todo cuanto nos parece ser un cero se halla repleto de fuerza, bullente de poder de existencia del positivo correspondiente; simplemente hace que el positivo sea un enunciado incompleto de la verdad de las cosas, y aun, podríamos decir, un enunciado incompleto de la propia verdad del positivo. Porque el positivo y el negativo no existen solamente lado al lado, sino el uno con relación al otro, el uno por el otro; ambos se completan y, para la visión total que la mente limitada es incapaz de tener, ambos se explican uno a otro. Separados, no conoce uno de veras ni a uno ni a otro; no comenzamos a conocer al uno o al otro en su verdad profunda sino cuando somos capaces de leer en cada uno la sugestión de lo que parece su contrario".²³ En la cima, Ella está como adormecida en El, en la base El está como adormecido en Ella, la Fuerza disuelta en la Conciencia o la Conciencia en la Fuerza, el Infinito contenido en lo finito como el árbol y todas sus ramas en la semilla. Esto es lo que Sri Aurobindo llama "involución": "La nesciencia de la Materia es una conciencia velada, involucionada; es una conciencia sonámbula que contiene de manera latente todos los poderes del Espíritu. En cada partícula, en cada átomo, en cada molécula, en cada célula de la Materia viven y actúan, ocultos y desconocidos, la omnisciencia del Eterno y la todopujanza del Infinito".²⁴ La involución de arriba termina en una nueva involución de abajo, en que todo está contenido, latente en la Noche, como estaba contenido, latente en la Luz de arriba. Agni está ahí, "como una polvareda de oro cálido", "Agni ha entrado en la tierra y en el cielo como si fuesen uno", dice el Rig-Veda (III 7.4). "Se puede decir en un sentido que el universo entero es un movimiento entre dos involuciones: El Espíritu, en que todo se halla involucionado y de donde parte una evolución descendente (o devolución) hacia el otro polo de la Materia; y la Materia, en que todo se halla igualmente involucionado y de donde parte una evolución ascendente hacia el otro polo del Espíritu".²⁵

Sin esta involución no habría evolución posible, ¿y cómo podría alguna cosa salir de nada? Para que haya evolución es menester que algo brote adentro. "Nada puede salir de la Materia que no esté ya en ella contenido"²⁶ Mas en el fondo de este mudo estupor que se despierta, tras la explosión evolutiva de las formas, es Agni el que impulsa y atiza, la Fuerza en busca de la Conciencia, Ella en busca de El y de formas cada vez más capaces de manifestarlo. Ella que sale de su Noche inconsciente y que anda a tientas con sus millones de obras y sus millones de especies como para encontrar de nuevo por dondequiera la belleza de su Sola Forma perdida, innumerablemente la Alegría que era una, "una beatitud con millones de cuerpos",²⁷ en vez de un blanco éxtasis. Y si tenemos este "oído del oído" de que habla el Veda, acaso escuchemos por doquiera un grito de la Noche hacia la Luz, de la Conciencia emparedada hacia la Alegría, "este gran grito espiritual en el fondo de todo lo que es",²⁸ esto es lo que brota en el fondo; es un Fuego adentro, una llama en la Materia, una llama de Vida, una llama en nuestra Mente, una llama en nuestra alma. Este es el Fuego que hay que asir, él es el hilo y la palanca, la tensión evolutiva secreta, el alma y la llama del mundo. Si este mundo no fuese sino piedra bruta e inerte, no hubiera llegado nunca a

ser sino una piedra bruta e inerte; si el alma no estuviese ya en la Materia, no hubiera podido nunca emerger en el hombre: "¿Qué hay, pues, tras las apariencias? ¿Cuál es este aparente misterio? Podemos ver que es la Consciencia que se hallaba perdida y que vuelve a sí misma, la Consciencia que emerge de su olvido gigantesco, lentamente, penosamente, bajo forma de Vida que trata de sentir, que siente vagamente, imperfectamente, que siente luego de todo punto y lucha finalmente para sentir más cada vez, para ser divinamente consciente de nuevo, libre, infinita, inmortal".²⁹

Hasta el día que Ella llegue al hombre, su instrumento consciente, en que Ella podrá, por él, a través de él, encontrarlo de nuevo a El: "Nuestra humanidad es el punto de encuentro consciente de lo finito y del Infinito; llegar a ser cada vez más este Infinito en este nacimiento físico mismo, tal es nuestro privilegio".³⁰ Pero un fenómeno particular se produce al nivel humano del viaje de Agni. En las fases precedentes, la ¡Jama evolutiva parece caer de nuevo por sí misma desde el momento en que la estabilidad del nuevo brote está asegurada; la multiplicación de las especies vegetales parece detenerse cuando el tipo animal se halla sólidamente instalado en la Vida, como el bullimiento de las especies animales parece detenerse cuando el tipo humano se instala definitivamente en la evolución; no parece que la Naturaleza haya creado nuevas especies -animales o vegetales- desde que el hombre ocupa la cúspide evolutiva. Dicho de otro modo, las especies han llegado a ser estacionarias; han alcanzado una perfección, cada una en su orden, y no se mueven más. Ahora bien, con el hombre la tensión evolutiva no ha decaído, aunque su tipo se halle sólidamente establecido en la evolución; no está del todo realizado ni satisfecho de todo punto como las demás especies, ni tiene la armonía ni el contentamiento del equilibrio alcanzado: "El hombre es un ser anormal que vio ha hallado su propia normalidad. Puede imaginarse que la ha encontrado; puede parecer normal en su especie, pero semejante normalidad no es más que una especie de orden provisional y, por consiguiente, aunque el hombre sea infinitamente superior a la planta y al animal, no es perfecto en su propia naturaleza, como lo son el animal y la planta".³¹

No debe en modo alguno deplorarse esta imperfección, dice Sri Aurobindo, ella es, por el contrario, "un privilegio y una promesa".³¹ Si fuéramos perfectos y armoniosos en nuestro orden, sin pecado y sin error, seríamos ya una especie estacionaria, como los batracios y los moluscos. Pero en nosotros, que reproducimos el gran Juego cósmico, la fuerza no ha llegado a encontrar su conciencia, ni nuestra naturaleza su espíritu, ni Ella a El; ¿hubo alguna vez un Platón satisfecho, un Miguel Ángel apaciguado? "Un día senté a la Belleza en mis rodillas, ¡y la hallé amarga!", exclama Rimbaud. Y este es también el signo de que una cumbre de inteligencia mental o de refinamiento estético no es la finalidad del viaje, ni la plenitud, ni el gran Equilibrio de Ella que lo ha encontrado a El. Este Espíritu de adentro, que se despierta y crece -El en Ella-, esta pequeña llama en el centro, se ha enganchado primero en ínfimos fragmentos, a las moléculas, a los genes, al protoplasma; se ha organizado psicológicamente en torno de un ego separado y fragmentario; ella ve mal y camina a tientas; es doblemente "involucionada" ella también y no ve sino a través de una leve ranura mental entre una enorme subconsciencia y una formidable supraconsciencia. Es esta fragmentación infantil -porque ella es nuestra infancia humana- la causa de todos nuestros errores, de todos nuestros sufrimientos, no existe otro "pecado"; todo nuestro mal proviene de esta estrechez de visión, que es una visión falsa de nosotros mismos y del mundo. Porque en verdad, el mundo y cada célula de nuestro cuerpo es Satchitananda, es Existencia-Consciencia-Beatitud; nosotros somos luz y alegría. "En su incapacidad, nuestros sentidos han inventado la oscuridad. En verdad, todo es luz. Mas es un poder de luz por

arriba o por debajo de la pobre gama limitada de nuestra visión humana".³² Y todo es alegría: "¿Quién podría vivir, quién respirar, si no hubiese esta Alegría de existir, esta Ananda por doquiera como un éter en que nosotros moramos?", dice el Upanishad.* Es la debilidad de nuestra visión la que nos oculta "la alegría absoluta en el corazón de las cosas",³³ son "nuestros sentidos pálidos"³⁴ y jóvenes en demasía los que no saben aún contener toda esta inmensidad; el Espíritu en nosotros no ha acabado de descubrirse, el viaje de Agni no ha concluido. El hombre, dice Sri Aurobindo, no es el último término de la evolución, es "un ser de transición"...³⁵ "Hablamos de la evolución de la Vida en la Materia, de la evolución de la Mente en la Materia, pero la evolución es una palabra que enuncia el fenómeno solamente, sin explicarlo. Porque parece no haber razón alguna para que la Vida debiese salir de los elementos materiales o la Mente de las formas vivientes, a no ser que nosotros admitamos... que la Vida se encuentra ya involucionada en la Materia y la Mente en la Vida porque, esencialmente, la Materia es una forma velada de la Vida, la Vida una forma velada de la Conciencia. Y parece que nada impide dar un paso más en la serie y admitir que la conciencia mental misma sea solamente una forma velada de estados más altos que se hallan más allá de la Mente. En ese caso, la impulsión irresistible que mueve al hombre hacia Dios, hacia la Luz, la Beatitud, la Libertad, la Inmortalidad, encuentra su lugar exacto en la cadena: es solamente el impulso imperioso por el cual trata la Naturaleza de evolucionar más allá de la Mente y parece tan natural, tan verdadero y justo como el impulso hacia la Vida que la Naturaleza ha suscitado en ciertas formas de la materia, o el impulso hacia la Mente que ha infundido en ciertas formas de la Vida... El animal es un laboratorio viviente en que la Naturaleza, se dice, ha elaborado al hombre. Y bien podría ser que el hombre mismo sea un laboratorio viviente y pensante en el cual quiera ella, con la colaboración consciente del hombre mismo, elaborar al superhombre, al dios; ¿o no debería decirse, más bien, manifestar a Dios?"³⁶ Si la evolución consigue superar ese difícil paso, se alcanzará el gran Equilibrio y estaremos en "la Vasta morada" (Rig-Veda V 68.5); la Fuerza habrá recobrado toda su Conciencia en vez de girar sin saber, y la Conciencia toda su Fuerza en vez de comprender y de amar sin poder.

Mas los rishis sabían también que el viaje no ha concluido; ellos decían que Agni "oculta sus dos extremidades", que es "sin pies ni cabeza" (Rig-Veda IV 1.7.11); nosotros somos una pequeña llama truncada entre el Agni supraconsciente del cielo y el Agni subconsciente de la tierra, y sufrimos y damos vueltas y revueltas en nuestro lecho de miseria, quién en busca de su cielo, quién en busca de su tierra, sin juntar nunca los dos cabos. Otra raza ha de nacer entre nosotros, un Hombre completo, con sólo que consintamos en ello: "Tejed una obra inviolable, convertíos en el ser humano, cread la raza divina... Oh Videntes de la Verdad, aguzad las lanzas luminosas, abrid el camino que conduce hacia aquel que es Inmortal; concedores de los planos secretos, formad los grados por medio de los cuales alcanzaron los dioses la inmortalidad" (X 53). Entonces recobramos nuestra totalidad solar, nuestras dos extremidades ocultas, nuestras dos Madres en una sola: "Oh Llama, oh Agni, Tú, vas al océano del cielo hacia los dioses; Tú haces que se encuentren las divinidades de todos los planos, las aguas que están en el reino de la luz arriba del sol y las aguas que moran abajo" (III 23.3). Entonces tendremos la alegría de los dos mundos y de todos los mundos, Ananda, del cielo y de la tierra como si fuesen uno: "Oh Llama, Tú fundes lo mortal en una suprema inmortalidad... Para el vidente que tiene sed del doble nacimiento, Tú creas la felicidad divina y la alegría humana" (Di

* Taittiriya Upanishad 11.2.

31.7). Porque, finalmente, el objeto de la evolución es la alegría. Se dice amor, pero no hay palabra más adulterada por nuestros sentimentalismos, nuestros partidos, nuestras Iglesias. en tanto que nadie puede limitar esa alegría. Es un niño que ríe en el sol, y ama y quisiera llevarlo todo en su ronda. Sí, la alegría, si tenemos el valor de quererla: "El. laurel, no la cruz, tal es el fin del alma humana conquistadora";³⁷ pero "los hombres aman el dolor... y por eso el Cristo se halla aún suspendido en su cruz de Jerusalén".³⁸ La alegría de ser, y de ser totalmente, en todo lo que es, y ha sido, y será, aquí abajo, allá, por doquiera, "como si la miel pudiera gustarse a sí misma y todas sus gotas a la vez, y como si todas las gotas pudiesen gustarse una a otra y cada una de ellas gustar el panal entero"³⁹ Entonces la evolución saldrá de la Noche para entrar en el ciclo del Sol; viviremos bajo el Signo del Uno; el dios crucificado en nosotros descenderá de su cruz y el hombre será, al fin El mismo, normal. Porque ser normal es ser divino. "Al fin y al cabo, no hay sino dos movimientos espontáneos y armoniosos: el de la Vida, en gran parte inconsciente o subconsciente -tal la armonía del mundo animal y de la Naturaleza inferior- y el del Espíritu. La condición humana es una fase de transición, de esfuerzo y de imperfección entre el uno y el otro, entre la vida natural y la vida ideal o espiritual".*⁴⁰

* Es interesante notar que la serpiente del paraíso terrestre sería, según la Madre, el símbolo de la fuerza evolutiva que ha impulsado a los hombres a salir del estado de felicidad animal y a recobrar el estado de la felicidad divina, comiendo el fruto del Conocimiento y desarrollando su facultad mental hasta su punto de inversión. En Grecia también, son serpientes aladas las que tiran del carro de Deméter. La serpiente es no solamente un símbolo de la evolución cósmica, sino el símbolo de la fuerza evolutiva animal: cuando la fuerza ascendente (Kundalini) se despierta en la base de la columna vertebral y sale de nuestra conciencia física en la cual se hallaba adormecida, enroscada como una serpiente en su madriguera (Kundalini significa "la que está enroscada") y se eleva de centro en centro, el hombre evolucionado sale de la inconsciencia ordinaria y entra en una conciencia cósmica, luego, con la expansión en el ápice de la cabeza, en la conciencia solar divina. Para Sri Aurobindo y los rishis y probablemente para otros sabios desaparecidos, el descubrimiento de esta conciencia solar en lo alto no es sino una primera fase evolutiva, a la cual debe seguir el descubrimiento de la misma conciencia solar abajo, en la Materia. Es la serpiente que se muerde la cola, o eso que Sri Aurobindo llama "transformación".

XVII

LA TRANSFORMACIÓN

La aparición del Espíritu en una consciencia supramental y en un cuerpo nuevo y una nueva raza, es -:u fenómeno tan inevitable como la aparición del homo sapiens tras la de los primates. Mas ignoramos aún si semejante evolución se llevará a cabo con o sin nosotros. He aquí cómo Sri Aurobindo da forma al dilema: "Si una revelación del Espíritu sobre la tierra es la verdad oculta de nuestro nacimiento en la Materia; si, fundamentalmente, es una evolución de la consciencia lo que tiene lugar en la Naturaleza, el hombre no puede ser, tal como es, el último término de la evolución: es una expresión asaz imperfecta del Espíritu, la mente una forma hartó limitada, un instrumento en demasía estrecho; la mente no es sino un elemento intermediario efe la consciencia; el ser mental, un ser de transición. Por consiguiente, si el hombre es incapaz de superar su mentalidad, él será superado; lo supramental y el superhombre se manifestarán de modo indefectible y se pondrán a la cabeza de la evolución. Mas si su mente es capaz de abrirse a lo que es superior a ella, no hay razón para que el hombre mismo no llegue a lo supramental y a la superhumanidad, o, al menos, para que preste su mentalidad, su vida y su cuerpo a la evolución de este término superior del Espíritu y a su manifestación en la Naturaleza".¹ Hemos llegado, dice Sri Aurobindo, a una nueva "crisis de transformación",² tan trascendental como ha debido serlo la crisis que precedió a la aparición de la Vida en la Materia, o la que señaló el aparecimiento de la Mente en la Vida. Y también nuestra elección es trascendental, porque esta vez, en lugar de dejar que la Naturaleza realice ella sola sus transformaciones sin cuidarse mayormente de las contingencias vivientes, nosotros podemos ser los "colaboradores conscientes de nuestra propia evolución", aceptar el reto o, como dice Sri Aurobindo, dejarnos superar.

Perspectivas de Futuro

¿En qué consistirá esta nueva raza? Comprender la finalidad representa ya una etapa importante en el camino de la transformación, pues por poco que comprendamos y por poco que aspiremos a este Futuro, abrimos una puerta invisible por donde fuerzas más poderosas que la nuestra pueden entrar y nosotros comenzaremos a dar nuestra colaboración. En verdad, no son nuestras fuerzas humanas las que realizarán el paso a lo supramental, sino una entrega cada vez más consciente a la Fuerza de lo alto.

Ya hemos dicho en qué consiste la consciencia del ser supramental, mas no podríamos sino poner hincapié, con Sri Aurobindo, en que "la superhumanidad no es el hombre encaramado en su zenit natural; no es un grado superior de la grandeza humana, de la consciencia humana, del poder, de la inteligencia, de la voluntad, del carácter, de la fuerza dinámica y del genio humanos, ni siquiera de la santidad, de la pureza, de la perfección y del amor humanos. Lo supramental se halla más allá del hombre mental y de sus límites".³ Llevada al extremo, la Mente no puede sino endurecer al hombre, no, divinizarlo ni siquiera darle la alegría, porque la Mente es un instrumento de división y porque todas sus jerarquías descansan inevitablemente en la fuerza, ora sea ésta religiosa o moral, ora política o económica o sentimental, porque es por naturaleza incapaz de aceptar la suma de las verdades humanas. Y aun cuando sea capaz de aceptación, carece de poder. Y si en

realidad no tuviera la evolución colectiva nada mejor que ofrecernos sino una agradable mezcla de "grandezas" humanas y sociales, San Vicente de Paúl y Mahatma Gandhi, con un poco de marxismo-leninismo y de ocios organizados, no podríamos dejar de pensar que se trata de una finalidad más insípida aún que los millones de pájaros de oro o de los cuartetos de cuerdas de las cimas de la evolución de la mente individual. El pralaya o las disoluciones cósmicas que nos prometen las tradiciones no serían tal vez, después de todo, tan malas, si tantos milenios de sufrimiento y de esfuerzo tuviesen por única conclusión esta especie de kermesse sobre la tierra.

Si nuestras condiciones mentales son insuficientes, aun en su zenit, nuestras condiciones vitales y físicas lo son en grado mucho mayor. Se puede dudar que cuando se manifieste en una conciencia supramental, se dé el Espíritu por satisfecho con un cuerpo sometido a nuestras leyes físicas de desintegración y de gravedad y que acepte por todo medio de expansión las limitadas posibilidades del lenguaje mental, de la estilográfica, del buril o del pincel. En otros términos, la Materia deberá cambiar. Tal es el objeto de la "Transformación". Y en principal lugar nuestra materia prima el cuerpo: "La tradición espiritual ha considerado de ordinario el cuerpo como un obstáculo, incapaz de espiritualización y de transformación, una poderosa rémora que retiene al alma en la naturaleza terrestre y le impide elevarse hacia su realización espiritual o la disolución de su ser individual en lo Supremo. Esta manera de entender el cometido del cuerpo en nuestro destino conviene tal vez a las disciplinas que consideran la tierra como un mundo de ignorancia y la vida terrena como una preparación a la salvación... mas es insuficiente para una disciplina que concibe una vida divina sobre la tierra y la liberación de la propia naturaleza terrestre como parte integrante del designio total de la encarnación del Espíritu aquí abajo. Si nuestro fin es una transformación total del ser, la transformación del cuerpo es, necesariamente, una parte indispensable de ello; sin ella no es posible ninguna vida divina completa sobre la tierra".⁴

Según Sri Aurobindo, la característica esencial de la Materia supramentalizada es la receptividad; ella será capaz de obedecer a la voluntad consciente y de acomodarse a sus órdenes, como obedece la arcilla a los dedos del alfarero. Liberada la Materia del poder espiritual que ella contiene involucionado y ya enteramente consciente, estará en capacidad de responder a las vibraciones correspondientes de la conciencia supramental, así como nosotros respondemos coléricamente a una vibración de cólera, a una vibración de amor con un calor del corazón. La maleabilidad consciente será la cualidad fundamental de la Materia supramentalizada. Todas las demás cualidades emanan de esta virtud fundamental: inmortalidad o, en todo caso, poder de modificar la forma y aun de cambiar de forma a voluntad, levedad, belleza, luminosidad. Tales serán los atributos naturales de la Materia supramental. "El cuerpo podría llegar a ser un vehículo revelador de la belleza y de la alegría supremas, expandir la belleza de la luz del Espíritu como lo hinche, irradiar lo mismo que una lámpara refleja y difunde la claridad de su llama, contener la beatitud del Espíritu, la alegría de la mente que ve, la alegría de la vida y el contentamiento espiritual, la alegría de la Materia liberada y ya consciente del Espíritu, y vibrar en un éxtasis invariable. Ya los Vedas lo decían: "Entonces llegará a ser tu humanidad como obra de los dioses, como si un cielo de luz estuviese visiblemente fundado en ti". (Rig-Veda V 66.2).

Antes de estos cambios espectaculares, que probablemente serán los últimos en manifestarse, Sri Aurobindo contempla una mudanza considerable en nuestra fisiología; nos referiremos a ello de nuevo al tratar del trabajo práctico de transformación; hablemos solamente por ahora de algunas de las modificaciones funcionales tal como Sri Aurobindo

pudo observarlas en su propio cuerpo: "Será menester un cambio en el funcionamiento de los propios órganos materiales y acaso también, en su constitución y en su cometido; ya no les será permitido imponer imperiosamente sus limitaciones a la vida física nueva... El cerebro podrá convertirse en un canal de comunicación para la forma de los pensamientos, en una batería de su presión sobre el cuerpo y sobre el mundo exterior en el que ellas serán entonces directamente eficaces, comunicándose entre sí de mente a mente, sin pasar por los medios físicos, y produciendo efectos, también directamente, sobre los pensamientos, los actos y la vida de los demás, y aun sobre los objetos materiales. El corazón podrá ser igualmente un emisor directo y una vía de comunicación de los sentimientos y de las emociones arrojados sobre el mundo por las fuerzas del centro psíquico. El corazón podrá responder directamente al corazón, la fuerza vital podrá prestar ayuda a las demás vidas y responder a su llamado aun sin conocerse y a pesar de la distancia; muchos seres, sin la más leve comunicación exterior, podrán recibir el mensaje y encontrarse en la secreta luz del centro divino único. La voluntad podrá mandar los órganos de la nutrición, proteger automáticamente la salud, eliminar el deseo, substituir los procesos materiales por procesos más sutiles o tomar vigor y substancia de la fuerza de vida universal, hasta el punto de que el cuerpo podrá conservar por largo tiempo sus energías y su substancia sin pérdida ni desgaste y sin necesidad de sostenerse mediante alimentos materiales, lo cual no le impedirá entregarse a actividades abrumadoras sin experimentar fatiga alguna y sin interrumpirse para dormir o para reposar... Es concebible que en el ápice de la evolución se descubra de nuevo y se restablezca el fenómeno que se observa en su base, y el poder de tomar en torno de sí los medios de subsistencia y de renovamiento".⁶ Más allá de la Mente el hombre completo encuentra de nuevo conscientemente lo que representa ya inconscientemente la Materia: Energía y Paz; tanto es así que la Materia es solamente el sueño del Espíritu.

En una etapa ulterior de la transformación, Sri Aurobindo contempla la substitución de los órganos por el funcionamiento dinámico de nuestros centros de conciencia o chakras. Es éste el paso verdadero del hombre-animal como ha sido concebido por la evolución inferior, al hombre-hombre de la nueva evolución. Esta es una de las tareas que Sri Aurobindo y la Madre han emprendido. Desde las primeras etapas del yoga hemos descubierto que cada una de nuestras actividades, desde las más elevadas hasta las más materiales, se sustentaba o era promovida por una corriente de conciencia-fuerza que parecía ramificarse en este o aquel nivel, en este o aquel centro, con vibraciones diferentes según la índole de actividad, y, por poco que hayamos tratado de manipular esa corriente, nos habremos percatado de que era una fuente de energía formidable, sólo limitada por la pequeñez de nuestra capacidad. No es, pues, inverosímil que nuestros órganos, que sólo son la traducción física o la concentración material de esa corriente, puedan, en el curso de la evolución, ceder el lugar a la acción directa de los centros de conciencia, que irradiarían sus energías a través del nuevo cuerpo, como hoy se irradian, a través de nuestro cuerpo, el corazón, la sangre y los nervios. He aquí cómo explicaba un día la Madre a los jóvenes del Ashram el cuerpo futuro: "La transformación implica que todo este arreglo meramente material sea reemplazado por concentraciones de fuerza dotada cada una de ellas de una clase de vibración diferente; en vez de órganos habrá centros de energía consciente movidos por la voluntad consciente. Ya no habrá estómago, ni circulación sanguínea ni pulmones; todo esto desaparecerá dejando lugar a un juego de vibraciones que representarán todo cuanto simbólicamente son tales órganos. Porque éstos no son sino símbolos materiales de los centros de energía; no constituyen ellos la realidad esencial:

solamente le dan forma o, en ciertas circunstancias, le sirven de soporte. El cuerpo transformado funcionará entonces por medio de centros de energía reales y no ya por medio de sus representantes simbólicos tal como éstos han desarrollado en el cuerpo animal. Será necesario saber primero lo que vuestro corazón representa en la energía cósmica, lo que vuestra circulación, vuestro cerebro y vuestros pulmones representan en la energía cósmica, porque será preciso poder disponer de vibraciones originales, de las que los órganos son símbolos, y será menester reunir lentamente todas estas energías en su cuerpo y cambiar cada órgano por un centro de energía consciente, que reemplazará el movimiento simbólico por el movimiento real. Por ejemplo, atrás del movimiento simbólico de los pulmones, existe un movimiento que permitirá que el cuerpo escape al sistema de gravitación.* Y así ocurrirá respecto de cada órgano. Existe un movimiento verdadero atrás de cada movimiento simbólico. Esto no significa que ya no habrá formas reconocibles: la forma será constituida más por cualidades que por partículas sólidas.

Será, si puede decirse así, una forma práctica o pragmática: será una forma dúctil, móvil, leve a voluntad, contrariamente a la fijeza actual de la forma material grosera". Y la Materia llegará a ser una expresión divina; la voluntad supramental podrá traducir toda la gama de su vida interior por medio de modificaciones correspondientes de su propia substancia, lo mismo que hoy se modifica nuestro semblante (muy poco y muy mal) al influjo de nuestras emociones: el cuerpo será energía concentrada que obedece a la voluntad. En vez de ser "una pequeña alma que lleva un cadáver",** como decía Epicteto, seremos un alma viva en un cuerpo vivo.

No solamente el cuerpo y la mente deberán cambiar con la consciencia supramental, sino aun la substancia misma de la vida. Si existe un signo característico de nuestra civilización mental, ese signo es el artificio; nada ocurre de modo natural, somos prisioneros de un formidable amaño -avión, teléfono, televisión y toda la plétora de instrumentos que engalanan nuestra pobreza-, y abandonamos hasta nuestras capacidades naturales que, por pereza o por ignorancia, se atrofian de generación en generación. Ponemos en olvido una verdad fundamental muy sencilla, a saber: que nuestras maravillosas invenciones no son sino la proyección material de poderes que existen en nosotros, pues si no se hubiesen encontrado ya en nosotros, nunca habiéramos podido realizarlas. Somos ese «taumaturgo escéptico de milagros" de que habla Sri Aurobindo.⁷ Habiendo delegado en la máquina el trabajo de ver por nosotros, de oír por nosotros, de desplazarse por nosotros, ya nada podemos nosotros hacer sin ella; nuestra civilización humana, edificada para alegría de la vida, ha venido a ser esclava de los medios necesarios para gozar de la vida; el sesenta por ciento de nuestro tiempo se consume en la adquisición de esos medios y el resto se nos pasa en dormir. "Lo absurdo -dice la Madre-, son todos los medios artificiales que deben usarse. Cualquier imbécil es dueño de mayor poder si cuenta con recursos para adquirir los artificios necesarios. Mas en el mundo verdadero -un mundo supramental-, mientras más consciente es uno y mientras en mayor relación se halla con la verdad de las cosas, mayor poder tiene la voluntad sobre la substancia y en mayor medida obedece la substancia a la

* Este movimiento verdadero tras la respiración es el mismo que el que preside los campos electro-magnéticos; según Sri Aurobindo, es lo que los antiguos yoguis llamaban vayou, la Energía Vital. Los célebres ejercicios respiratorios (pranayama) son, sencillamente, un sistema, entre otros, de alcanzar el dominio de vayou, que, eventualmente, permite escapar a la gravitación.

** Citado por Sri Aurobindo.

voluntad. La autoridad es una autoridad verdadera. Si deseáis un traje, es preciso tener el poder -un poder real- de hacérselo. Mas si carecéis de ese poder, pues os quedaréis desnudos. No existe allí ningún artificio para suplir la falta de poder. Aquí, ni una sola vez entre un millón, es la autoridad expresión de algo verdadero. Todo es formidablemente, estúpido". Esta "autoridad" supramental no es una especie de super-prestidigitación; antes bien, es un proceso en extremo preciso, tan preciso y minucioso como puede serlo una operación química, sólo que en vez de manipular elementos exteriores, el ser supramental manipula la vibración verdadera que se halla en el centro de cada cosa y la asocia a otras vibraciones a fin de obtener un resultado determinado, algo semejante a ti, que hace el pintor cuando mezcla los colores para obtener un cuadro o como el poeta asocia los sonidos para un poema. Y es en verdad poeta, porque crea lo que nombra; el auténtico nombre de un objeto es la vibración que lo constituye: nombrar un objeto es poder evocarlo o deshacerlo.

La espontaneidad, lo natural de la vida supramental -porque en definitiva sólo la Verdad es natural-, se expresará también en un arte supramental, que será la expresión directa y sin velo alguno de nuestra tonalidad espiritual particular; un arte sin engaño, porque sólo nuestra luz interior podrá actuar sobre las mismas luces involucionadas en la Materia y extraer de ellas las formas correspondientes. Si nuestra vibración es gris, nuestro mundo será gris y será gris también todo lo que toquemos; nuestro medio físico, exterior, será la imagen de nuestro medio interior, no podremos manifestar sino lo que somos. Y la vida misma será obra de arte; nuestros dominios externos serán los mudables decorados de nuestros estados interiores. Igualmente, la palabra no tendrá sino el poder que le infunda la fuerza espiritual verdadera que se halla en nosotros, será un mantra viviente, un lenguaje visible como puede serlo el reflejo de las emociones en el rostro. Y ello pondrá término a los falsos semblantes -políticos, religiosos, literarios, artísticos o sentimentales-. Como cierto día declarase un discípulo escéptico que el Supramental era una imposible invención, pues nunca se le había visto ni realizado, Sri Aurobindo respondió con su característico humor: "¡Que formidable argumento! ¡Decir que el Supramental no es posible porque nunca ha sido realizado! A esa cuenta, toda la historia de la tierra debía haberse detenido mucho antes de que apareciese el protoplasma. Cuando la tierra no era sino una masa gaseosa, no había vida, ergo, la vida no podía nacer. Cuando sólo la vida existía, no había mente y, por lo tanto, la mente no podía nacer. ¡Porque aquí está la mente y nada hay más allá, ni en nadie se ha manifestado lo Supramental, tampoco lo supramental puede nacer! Shobhanallah, ¡loor, loor, loor a la razón humana! Felizmente, el Ser Divino o el Espíritu cósmico, o la Naturaleza, o lo que se quiera, se ríe de la razón humana. El o Ella o Esto hace lo que El o Ella o Esto debe hacer, ora sea posible, ora imposible".⁸ Hace miles de años que los rishis se expresaban de la pobreza de los escépticos diciendo: "En ellos ni la Maravilla ni el Poder existen" (Rig-Veda VII 61.5).

El Trabajo (Primera fase)

En la misma medida en que sean visibles los resultados, será modesto el trabajo, humilde, paciente, como el del sabio ante su caldo de cultivo: "un trabajo microscópico", dice la Madre. Porque no se trata de fabricar milagros fugaces, sino de establecer una base física nueva liberando cada átomo, cada célula, de la conciencia-fuerza que contienen. Bien podrá suponerse que ese trabajo sobre el cuerpo implique el empleo de métodos psicofísicos, semejantes a los del hatha yoga, mas no es así. La consciencia es la palanca central:

"El cambio de consciencia es el factor principal, el movimiento primordial; la modificación física es un factor subordinado, una consecuencia".⁹ Sri Aurobindo nos pone, con su claridad habitual, en presencia de la verdad pura: "En el curso de las etapas precedentes de la evolución, el primer cuidado y el primer esfuerzo de la Naturaleza debían aplicarse necesariamente a un cambio en la organización física, porque sólo así era posible que se produjese un cambio de conciencia; este orden era necesario, pues hallándose la conciencia en vías de formación, no era lo bastante poderosa para realizar un cambio en el cuerpo. Mas, con el hombre no sólo viene a ser posible, sino aun inevitable, trocar el orden de las operaciones: por su conciencia y por la transmutación de su conciencia, y no ya por medio de algún organismo corporal nuevo, puede y debe la evolución llevarse a cabo. En la realidad íntima de las cosas, el cambio de conciencia ha sido siempre el hecho de mayor momento; la evolución ha tenido siempre sentido espiritual y el cambio físico no hacía sino servir de instrumento, mas esta relación hallábase al principio oculta por el equilibrio anormal de los dos factores, pues el cuerpo de la Inconsciencia exterior preponderaba sobre el elemento espiritual o el ser consciente y lo cubría de velos. Mas, desde el momento en que este equilibrio se restablece, no es ya el cambio del cuerpo el que debe preceder al cambio de conciencia, sino esta misma la que, por virtud de su propia mutación, no sólo impondrá, sino que aun realizará toda la mutación necesaria del cuerpo".¹⁰

Tres fases pueden distinguirse en el trabajo, las cuales corresponden al progreso de los descubrimientos de Sri Aurobindo y la Madre; tres fases que parecen ir de lo más brillante a lo más oscuro, de lo maravilloso a la más grave frivolidad, de la célula individual a la tierra. En la primera fase asistimos a una verificación de los poderes de la conciencia; esto es lo que algunos discípulos han llamado "el período brillante", que se extiende de 1920 a 1926, época en la cual se retira Sri Aurobindo a la soledad completa por el término de veinticuatro años, a fin de consagrarse de modo exclusivo a la Obra. En presencia del nuevo poder -supramental- que habían descubierto, Sri Aurobindo y la Madre se entregan primeramente a una serie de experiencias en su propio cuerpo; "verificar" es una de las palabras importantes del vocabulario de Sri Aurobindo, lo mismo que la palabra "experimentar": "Yo he experimentado noche y día por muchos años, más escrupulosamente de lo que el sabio verifica su teoría o su método en el plano físico".¹¹ De este enorme conjunto de experiencias -de las cuales descubre uno huellas en la correspondencia y en las obras de Sri Aurobindo-, podemos entresacar cuatro hechos simbólicos que ilustran el poder de la conciencia y las "verificaciones" de Sri Aurobindo, no sin dejar de poner hincapié en que se trata de unos cuantos pormenores entre varios centenares más y que ni Sri Aurobindo ni la Madre les atribuyen una importancia particular; sólo al azar de las conversaciones o a algunas cartas, debemos el haber llegado a conocerlas. En primer lugar, a pocos días de haber arribado a Pondichery, Sri Aurobindo se sujeta, "para ver", a un ayuno prolongado; algunos años después, como le preguntase un discípulo si era posible prescindir de alimentos, Sri Aurobindo le respondió así: "Sí, por cierto. A mi llegada a Pondichery yo ayuné durante veintitrés días o más, y había casi resuelto el problema. Yo podía caminar ocho horas por día como acostumbraba hacerlo, y continuar mi trabajo mental y mis disciplinas habituales, y pude percatarme de que al cabo de veintitrés días no estaba más débil que al principio. Mas la carne comenzaba a disminuir y yo no sabía cómo poner remedio a esta reducción de materia. Cuando rompí el ayuno, tampoco seguí las normas habituales comenzando por una alimentación ligera, como lo hacen los que ayunan por largo tiempo. Comencé por comer la misma cantidad que antes... Ya una vez, hallándome en la prisión, había ayunado, mas sólo por diez días (en ese

entonces acostumbraba dormir de cada tres noche una), y perdía diez libras, y al término de ese período me sentía más fuerte que al principio. Podía levantar un cubo de agua sobre mi cabeza, cosa que normalmente no me era posible".¹² Otro hecho se remonta asimismo a los días de la prisión de Alipor: "Estaba yo concentrado y mi mente se preguntaba si ciertas capacidades como la de la levitación eran posibles, cuando de pronto me encontré elevado... Normalmente no hubiera podido conservar así mi cuerpo, aunque yo lo hubiese deseado, y me di cuenta de que permanecía suspendido sin el menor esfuerzo de mi parte".¹³ En otra ocasión, Sri Aurobindo se hizo comprar en el bazar de Pondichery una cantidad de opio suficiente para aniquilar a numerosas personas y, a fin de verificar el dominio de la consciencia, la absorbió al momento sin sufrir daño alguno. Debemos una cuarta experiencia a un discípulo impaciente que se lamentaba de no obtener pronta respuesta a sus cartas: "Usted no se da cuenta -le contestó Sri Aurobindo- que dedico doce horas por día a la correspondencia ordinaria. Trabajo tres horas por la tarde y toda la noche hasta las seis de la mañana... aun el corazón de piedra de un discípulo podría ser sensible".¹⁴

Sueño, sustento, gravedad, causas y efectos, Sri Aurobindo verificaba una a una todas las llamadas leyes naturales para percatarse de que no actúan sobre nosotros sino en la medida en que nosotros creemos que lo hacen; si se cambia la consciencia, el "surco" cambia también. Todas nuestras leyes son "hábitos" solamente:

"Los hábitos invariables de la Naturaleza que remedan la Ley"

dice Savitri ¹⁵, porque no hay sino una Ley verdadera, la del Espíritu, capaz de modificar todos los hábitos inferiores de la Naturaleza: "El los ha formado. El puede superarlos; mas es preciso abrir primero las puertas de nuestras prisiones y aprender a vivir menos en la Naturaleza que en el Espíritu".¹⁶ Sri Aurobindo no posee recetas maravillosas ni trucos fantásticos; todo su yoga descansa en una doble certidumbre muy sencilla: la certidumbre del Espíritu que se halla en nosotros, y la certidumbre de la manifestación terrestre del Espíritu; tal es la única palanca, la verdadera palanca de su labor: "Dios habita en cada hombre; manifestarlo es la finalidad de la vida divina. Y todos nosotros podemos hacerlo".¹⁷ A un discípulo que protestaba diciendo que es muy fácil para seres excepcionales como Sri Aurobindo y la Madre desafiar las leyes naturales, en tanto que los pobres hombres comunes sólo disponen de medios ordinarios, Sri Aurobindo le replicaba con viveza: "Mi disciplina espiritual no es un tour de force, ni una monstruosidad, ni un milagro superior a las leyes de la Naturaleza ni a las condiciones de la vida o a las condiciones de la consciencia terrestre. Si yo he podido alcanzar este o aquel resultado o si ellos pueden producirse en mi yoga, ello significa que son posibles y, por consiguiente, que tales desarrollos y tales transformaciones son posibles en la consciencia terrestre... Yo no tenía inclinación alguna por la espiritualidad, mas he llegado a ser espiritual. Yo era incapaz de comprender la metafísica y he venido a ser filósofo. Yo no tenía ojos para la pintura, y por virtud del yoga se han abierto en mí esos ojos. He transformado mi naturaleza de lo que era en lo que no era. Lo he hecho de una manera especial, no ciertamente por milagro, y lo he hecho para mostrar que se podía hacer y cómo era posible hacerlo. No lo he hecho por necesidad personal ni por un milagro sin proceso. Y digo que si ello fuese de otro modo, mi yoga sería inútil y mi vida un error, un absurdo tour de force de la Naturaleza sin ninguna significación ni consecuencia alguna". Para Sri Aurobindo, la clave verdadera consiste en comprender que el Espíritu no es lo contrario de la vida, sino la

plenitud de la vida, que "la realización interior es el secreto de la realización exterior".

"El cielo no anula sino realiza la tierra".¹⁹

Cuando la humanidad se haya adueñado de esta sencilla palanca, cuando se haya liberado de su hábito milenario de hurtar el Espíritu al cielo y de creer en la muerte, de creer en sus leyes y de creer en su pequeñez, estaremos a salvo y preparados para la vida divina. Esto es lo que Sri Aurobindo ha venido a demostrarnos y, ante todo, el hecho de que no es menester correr al cielo para encontrar el Espíritu, el hecho de que somos libres, el hecho de que somos más fuertes que todas las leyes, porque Dios mora en nosotros. Creer, eso es todo. Porque es la fe lo que precipita al prodigio en el mundo. "Un equilibrio perfecto es lo que, de un extremo a otro, me ha salvado. Primero, creía yo que nada era imposible y, al mismo tiempo, yo podía ponerlo todo en tela de juicio".²⁰ Como un día se le apremiase a reanudar su lucha política, Sri Aurobindo replicó al momento: "No se trata de rebelarse contra el gobierno británico -nada importa quién puede hacerlo fácilmente-, sino de rebelarse contra la Naturaleza universal toda".²¹

Los discípulos -poco numerosos, pues no pasaban de quince-, concuerdan todos en que durante este período reinaba en torno de Sri Aurobindo una atmósfera muy particular, de elevada concentración. Pasaban por maravillosas experiencias, se producían manifestaciones divinas, las leyes naturales parecían ceder un tanto; es decir, que se tornaba muy tenue el velo que existe entre el mundo físico y los demás planos de consciencia, y los seres que llamamos dioses o las fuerzas sobrenaturales podían manifestarse, actuar sobre las leyes y suscitar eso que llamamos milagros. Si las cosas hubieran continuado por ese rumbo, Sri Aurobindo y la Madre se hubiesen hallado en buen camino para fundar una nueva religión y el Ashram se hubiese convertido en uno de esos "altos lugares" en que los aromas de índole espiritual recubren olores más modestos. Cierta día que la Madre relataba a Sri Aurobindo uno de los últimos incidentes extraordinarios, él hizo observar con humor: "Sí, es muy interesante, vosotros llegaréis a realizar milagros que nos harán célebres en el mundo entero, podréis trastocar los acontecimiento de la tierra; en fin -y Sri Aurobindo sonreía-, alcanzaréis gran éxito". Y agregó: "Mas se trata de una creación supermental, no de la verdad suprema, the highest truth. Y no es el éxito lo que buscamos; tratamos de establecer en la tierra lo supramental, tratamos de crear un mundo nuevo". "Media hora después todo se había detenido: Yo no dije nada, ni una palabra -cuenta la Madre-, en media hora lo había yo deshecho todo, había cortado el lazo que unía a los dioses y a la gente, lo había demolido todo. Porque yo sabía que mientras eso estuviese allí, sería tan atractivo (se veían constantemente cosas sorprendentes) que uno se hubiera visto tentado a continuar... Yo lo deshice todo y desde entonces seguimos otro camino". Ese fue el final de la primera etapa. Sri Aurobindo y la Madre había verificado el poder de la consciencia y comprobado que "los milagros con un proceso", o la intervención de los poderes superiores de la consciencia, no hacen sino dorar la píldora sin llegar a la esencia. Son de todo punto vanos considerados desde el punto de vista de la transformación del mundo. El verdadero problema, "la verdadera cosa", como dice la Madre no es la modificación exterior de la Materia mediante intervenciones fugaces llamadas sobrenaturales, sino el modificarla por dentro, de manera perdurable, y establecer una base física nueva. Ya en el pasado hemos conocido muchos de esos altos lugares y todos han fracasado: hemos vivido demasiado bajo el signo de los dioses y de las religiones: "No abrigo la intención de sancionar una nueva versión del viejo fiasco ni de consentir una abertura espiritual interior, pasajera y

parcial, sin cambio verdadero y radical de la ley de la naturaleza exterior".²² La levitación, la conquista del sueño y del hambre y aun de las enfermedades, no hacen sino tocar la superficie del problema, es un trabajo negativo contra un orden de cosas, y es reconocer, siquiera sea negativamente, la vieja ley, al paso que es ese orden justamente lo que, bien o mal, debe cambiar, porque ese bien apareja necesariamente ese mal. Los milagros todos no son sino el anverso o, más bien, el lugar de nuestra pobreza. Lo que se necesita no es un mundo mejorado, sino un mundo nuevo; no una atmósfera "altamente concentrada", sino bajamente concentrada, si osamos expresarnos así. Y que todo aquí abajo sea el Alto Lugar. De manera inopinada anuncia Sri Aurobindo el 24 de noviembre de 1926, que se retira a la soledad completa; el Ashram queda oficialmente fundado bajo la dirección de Mère. No tuvieron necesidad los discípulos de aprender que en lo sucesivo el yoga se haría «en el subconsciente y en el Inconsciente»: se derrumbaron todas de sus espléndidas experiencias para medirse con realidades mucho más duras. Así se inició la segunda etapa del trabajo de la transformación.

El Agni Fundamental

En el umbral de esta segunda fase nos encontramos con una conversación muy extraña que Sri Aurobindo tuvo en 1926, poco tiempo antes de su retiro, con un ex-politécnico francés. Las observaciones de Sri Aurobindo, que podían entonces parecer enigmáticas, arrojan luz muy singular sobre la orientación de sus experiencias. Se trataba de la ciencia "moderna".

"Se encuentran en la ciencia moderna dos enunciados que desde el punto de vista espiritual despiertan un eco profundo:

- 1) Los átomos son sistemas giratorios como el sistema solar;
- 2) Los átomos de todos los elementos están formados por los mismos componentes. Solamente diferencias de ordenamiento son la causa de propiedades diferentes.

Si estos dos enunciados se considerasen bajo el aspecto verdadero, podrían conducir a la ciencia hacia nuevos descubrimientos de los que actualmente no se tiene ninguna idea y ante los cuales los conocimientos del presente son pobres".

Nos hallamos en 1926.

Y Sri Aurobindo proseguía: "Los antiguos yoguis conocían un triple Agni:

- 1) El fuego ordinario, jada Agni;
- 2) El fuego eléctrico, vaidyuta Agni, y,
- 3) El fuego solar, saura Agni.

La ciencia no conoce sino el primero y el segundo de estos fuegos. El hecho de que el átomo sea como un sistema solar podría conducirla al conocimiento del tercero".²³

¿A qué tendía Sri Aurobindo y cómo es posible, primero, que él haya podido saber antes que todos nuestros laboratorios -eso sin hablar de los rishis de hace seis mil años- que el calor solar -Saura Agni- tenga un origen distinto a eso que llamamos el fuego o la electricidad; es decir, que aquél es el producto de una fusión nuclear, y que el poder de la energía solar es semejante al que se halla encerrado en nuestros átomos? Hay un hecho, desconcertante acaso para la ciencia, la cual no juzga sino conforme a las "realidades concretas", y ello es que todas nuestras realidades físicas, cualesquiera que sean, contienen

una realidad interior que es su causa y su fundamento; ni el más minúsculo elemento material siquiera, carece de ese contenido interior, comenzando por nuestros propios órganos físicos, que únicamente son el cuerpo material o el soporte de los centros de consciencia. Todo es aquí abajo la sombra proyectada o la traducción simbólica de una luz o de una fuerza que se halla atrás, en otro plano. Todo este mundo es un vasto Símbolo. La ciencia analiza los fenómenos, pone en ecuaciones la gravitación, la gravedad, la fisión de los átomos, etc., pero no toca sino el efecto, jamás la causa verdadera. El yogui ve la causa antes que el efecto; el sabio puede deducir una causa tras el efecto; de la causa deduce el yogui los efectos y puede, inclusive, inferir efectos aún inexistentes de una causa que ya existe, el accidente que ocurrirá el día de mañana por la fuerza del accidente que ya está allí, detrás. El sabio manipula el efecto y eventualmente produce catástrofes, el yogui manipula la causa, o, más bien, se identifica con la Causa, y puede cambiar los efectos, o, como dice Sri Aurobindo, los "hábitos" que llamamos leyes. Porque, en definitiva, todos nuestros efectos físicos, que hemos codificado bajo forma de leyes, no son nada sino un cómodo soporte para la manifestación de fuerzas que se hallan atrás, exactamente como en una operación mágica en la que es menester contar con ciertos diagramas rituales, con ciertos ingredientes, con ciertas fórmulas, a fin de que las fuerzas invocadas puedan manifestarse. El mundo entero es una formidable operación mágica, una magia continua. Mas el diagrama terrestre y todos los ingredientes que cuidadosa e invariablemente hemos codificado, nuestras fórmulas infalibles, son, simplemente, una convención -el ritual terrestre puede cambiar si, en vez de ser nosotros hipnotizados por los efectos, pasamos a la causa que está atrás, del lado del Mago-. Se cuenta la historia de un brahmán hindú que, en el momento de celebrar los ritos, hacía atar todos los días al gato de la casa para que no molestase. Murió el brahmán y también murió el gato. El hijo del brahmán, que substituyó a su padre en los oficios, hizo comprar un gato, que ataba cuidadosamente durante el sacrificio. De padre a hijo el gato se había convertido en un instrumento indispensable a la eficacia del rito. Acaso haya unos cuantos gatitos en nuestras leyes ineluctables. Si uno se remonta a la fuerza oculta tras el soporte físico, al "movimiento verdadero", según la Madre, comienza a descubrir el Gran Juego, muy lejos de la rigidez que uno le atribuye. Detrás de nuestros fenómenos de gravitación, para tomar uno de nuestros ritos, existe eso que los antiguos yoguis llamaban Vayou, la causa de la gravitación y de los campos magnéticos (como ya Sri Aurobindo lo hacía observar en esa conversación de 1926) y por eso justamente puede el yogui eventualmente desafiar la gravedad. Atrás del fuego solar o nuclear se halla el Agni fundamental, este Agni espiritual que se encuentra por doquiera, "el hijo de las cosas estables y el hijo de las cosas que se mueven. El está aun en la piedra", dice el Rig-Veda (I 70.2), él es la "polvareda de oro cálido" de que hablaba la Madre, él la causa que está atrás del efecto, la fuerza inicial atrás del soporte material, atómico: "las otras llamas sólo son ramas de tu tronco" (I.59). Y porque Sri Aurobindo y los rishis habían visto este Agni espiritual en la Materia, este "sol en la oscuridad", podían tener conocimiento de su efecto material, atómico, y de las fusiones solares, antes que todos nuestros laboratorios. Y por eso también, conociendo la causa, han osado hablar de transformación.*

* Si es verdad que la luz física, velocidad-inmovilidad suprema, es un notable símbolo de la Consciencia suprema, cierto es igualmente que el sol físico es otro símbolo del Poder supremo, como tantas tradiciones menos infantiles de lo que se supone, lo han visto. "Mas los yoguis hindúes -observaba Sri Aurobindo- que habían realizado estas experiencias, no

Finalmente, el universo entero está hecho, de arriba abajo, de una sola substancia de Conciencia-Fuerza divina; el aspecto fuerza o energía de la conciencia es Agni. "Oh Hijo de la Energía", dice el Rig-Veda (VIII 84.4). Es la Fuerza-Conciencia. Es un calor, una llama, no importa el nivel en que la atrapemos. Cuando nos concentramos en nuestra mente, descubrimos el calor sutil de la energía mental o Agni mental; cuando nos concentramos en nuestro corazón o en nuestras emociones, descubrimos el calor sutil de la energía de vida o Agni vital; cuando nos sumergimos en nuestra alma, conocemos el calor sutil del alma o Agni psíquico. Hay, de arriba abajo, un solo Agni, una sola corriente de Conciencia Fuerza, o de conciencia-energía, o de conciencia-calor, que se reviste de intensidades variables según el nivel. Hay el Agni fundamental o Agni material, que es la fase última de la energía de la conciencia antes de su conversión o su densificación en Materia. Es el lugar en que se efectúa el paso del uno a la otra (recordemos la experiencia de la Madre: "Es un Movimiento que sobrepasa la fuerza o el poder que concentra las células para hacer de ellas una forma individual"). La ciencia moderna también ha llegado a ver que la Materia y la Energía pueden convertirse una en otra. $E = mc^2$; este es su gran descubrimiento, pero no ha podido ver que esa Energía es una conciencia, que esa Materia es una conciencia y que manipulando, por lo tanto, la conciencia se puede manipular la Energía o la Materia. Para transformar la Materia en Energía, la ciencia no conoce sino los procedimientos físicos que generan enormes temperaturas, mas si se conoce el Agni fundamental, que es la base de Energía o de Conciencia-Fuerza, se puede, en principio, manipular la Materia y llegar a esa misma transformación sin reducir nuestro propio cuerpo al estado de antorcha viviente.

La conversación de 1926 nos pone, pues, ante dos hechos materiales (y ante su fundamento espiritual) que son de la más elevada importancia desde el punto de vista de la transformación, a saber: por una parte, que todas las formas terrestres, cualesquiera que sean, se hallan constituidas por los mismos componentes y que sólo las diferencias de ordenamiento atómico crean las diferentes propiedades (es el doble material) del hecho espiritual de la Unidad divina del mundo; el mundo está hecho de una sola substancia, una substancia divina: "Tú eres el hombre y la mujer, el niño y la niña -decía el Upanishad-, viejo y decrepito Tú caminas inclinado sobre Tu bastón; Tú eres el pájaro azul, y ese otro, verde y aquel otro de ojos escarlata",* sin esta unidad substancial no habría transformación posible, porque cada vez sería menester cambiar otra cosa; y, por otra parte, el hecho es que este fuego solar en la Materia es el doble material del Agni fundamental, qué es, como decía Sri Aurobindo en esa misma conversación, "el constructor de las formas". Manejar el Agni significa poder modificar las formas, transformar la Materia. "No conoce esta Felicidad (la del doble nacimiento) el que no está maduro y cuyo cuerpo no ha sufrido el calor del Fuego -dice el Rig-Veda-; sólo pueden soportarlo y gozar de él quienes han sido preparados por la Llama". (IX 83.1). Es esta polvareda de oro cálido la que trasmutará su contraparte material, la polvareda nuclear en nuestro cuerpo: "El proceso sutil será más pujante que el proceso material, hasta el punto de que la acción sutil de Agni será capaz de realizar operaciones que de otra manera, en el estado actual de las cosas, reclamarían cambios físicos tales como una temperatura más elevada."²⁴ Nuestros átomos son ellos

*(cont.)trataron de hacer de ellas un conocimiento científico. Ellos tenían otros campos de acción, otras fuentes de conocimiento, y se desentendieron de todo lo que para ellos no era sino el aspecto más externo de la manifestación".

* Swetaswatara Upanishad IV 3.4

también un cómodo diagrama del rito eterno; nada es ineluctable, no existe fin alguno para las combinaciones posibles ni fin alguno para el Hombre nuevo.

Segunda fase (el cuerpo)

En 1926 se inicia la segunda fase, que se extiende hasta 1940. Es una fase de trabajo individual en el cuerpo y en el subconsciente. Hasta aquí, nosotros tenemos todos los indicios, todos los hilos para llegar nosotros mismos al cambio de conciencia supramental y conocemos el principio básico de la transformación. Es Agni "el que hace el trabajo", dice el Rig-Veda (I 1.5). Mas, ¿cómo puede este Agni proceder prácticamente para modificar la Materia? No podemos decirlo aún, pues no poseemos sino pequeños cabos: "Si conociésemos el proceso -dice la Madre-, ya eso estaría hecho". Todas las demás realizaciones han sido minuciosamente inventariadas por la tradición india con extraordinaria precisión; conocemos todos los procedimientos para alcanzar el Espíritu cósmico, encontrar el alma, vencer la gravedad, el hambre, el frío, el sueño, las enfermedades, para salir a voluntad del cuerpo y prolongar la vida; todo el mundo puede llegar a ello, los caminos se conocen, las etapas han sido descritas desde hace miles de años por los sabios o los shastra hindúes. Es una cuestión de disciplina y de paciencia, de "momento" también. Pero nadie ha realizado nunca la transformación, es un camino enteramente desconocido, como si se avanzase por un país que no existe aún. Acaso se trate de algo semejante a lo que se produjo cuando las primeras formas mentales comenzaron a emerger en el mundo de la Materia y de la Vida. ¿Cómo hubiera podido el organismo semi-animal, que recibía las primeras vibraciones mentales, comprender y describir ese extraño fenómeno y, sobre todo, cómo hubiera podido decir lo que era necesario hacer para manejar el pensamiento? Citemos de nuevo las palabras de la Madre: "Nosotros ignoramos si esta o aquella experiencia forma parte o no del camino, no sabemos siquiera si progresamos o no, porque si supiésemos que progresamos conoceríamos el camino, ¡y no hay tal camino! ¡Nadie lo ha recorrido nunca! No se podrá decir lo que eso es sino hasta que esté hecho". Es "una aventura en lo desconocido", dice Sri Aurobindo; somos, ante esta creación nueva, algo así como el primate. No podemos más sino indicar algunas líneas generales de desarrollo, o de dificultad más bien, sin estar seguros de que ese sea en realidad el proceso. La experiencia se halla en curso. Cuando haya sido lograda una vez, una sola vez, en un solo ser humano, las condiciones mismas de la transformación cambiarán, porque el camino habrá sido hecho, trazado, y las dificultades primarias allanadas. El día en que Platón concibió el Fedro, elevó a la humanidad toda a la posibilidad del Fedro; el día en que un solo ser humano haya vencido las dificultades de la transformación, elevará a la humanidad entera a la posibilidad de una vida luminosa, verdadera, inmortal.

Se puede, en todo caso, tener una idea del problema número uno que desafía al aspirante. Cuando este Agni se enciende en la mente, en nuestros momentos de inspiración, sabemos muy bien que crea una tensión considerable, casi un calor físico; cuando se enciende en el corazón, en nuestros momentos del alma, sabemos que el pecho es como una hoguera intensa, tan intensa que el color de la piel puede cambiar y aun un tejo no advertido puede percibir una especie de irradiación, casi de incandescencia en torno del yogui; cuando este Agni se enciende en el ser vital, en nuestros momentos de llamamiento a la fuerza o de abertura cósmica, es como una pulsación apretada, a la altura del ombligo, casi un temblor febricitante por todo el cuerpo, porque es mucha la fuerza que entra en el minúsculo canal; mas ¿qué decir de esa polvareda de oro cálido, de ese "vino fulgurante en

las células del cuerpo?"...²⁵ "Eso comienza a agitarse por doquier -dice la Madre en su sencillo lenguaje- como una caldera a punto de estallar". También los rishis decían que si se va muy aprisa, uno se quiebra, "como un cántaro mal cocido". Además, si se tratase simplemente de crear de todo punto alguna cosa, el problema sería relativamente sencillo, mas es menester operar con lo que se tiene a mano, es preciso pasar de un estado actual a otro estado, de una vieja organización a una organización nueva; hay un viejo corazón que está allí, viejos pulmones que están allí; ¿en qué momento, observaba la Madre, va una a detener el corazón para poner en circulación la Fuerza? El paso es lo difícil. Son necesarias innumerables experiencias reiteradas, minúsculas experiencias infinitamente dosificadas, para habituar a las células a fin de que no enloquezcan en la transición. El primer problema consiste, pues, en adaptar el cuerpo, y para ello son necesarios muchísimos años, siglos acaso. Sri Aurobindo trabajó durante cuarenta años y la Madre lo ha hecho durante media centuria, en esa adaptación. La necesidad práctica, inmediata, es pues, de durar; hay que ir más aprisa que la muerte. "En el fondo -dice la Madre-, se trata de saber, en esta carrera hacia la transformación, quién de los dos llegará primero, el que quiere transformar su cuerpo a imagen de la Verdad divina, o el viejo hábito de ese cuerpo de ir descomponiéndose".

Porque, naturalmente, es menester que el trabajo sea realizado en el curso de una vida; es posible, de una vida a otra, recobrar los progresos anteriores de nuestra alma y de nuestra mente, y aun de nuestro ser vital, que se traducirán por espontáneos despertamientos, por facultades innatas, un desarrollo ya conseguido; basta con repetir un tanto la lección durante diez o veinte años y se recobra el hilo de las vidas precedentes; hay aún una experiencia sorprendente en la que se ve exactamente el punto en que termina lo ya hecho en las vidas anteriores y el punto donde comienza el nuevo progreso. El hilo se reanuda. Mas, para el cuerpo, es evidente que el progreso celular, el progreso de la conciencia física, no puede pasar a la vida siguiente; todo se desparrama en la hoguera o en la tierra. Si se quiere que haya una continuidad en la evolución humana, si se quiere que el ser supramental aparezca en nuestra carne y no en un organismo nuevo, desconocido, que suplantarán nuestra humanidad mental, es preciso que un ser humano realice la operación en una vida. Si la operación se consigue una sola vez, podrá transmitirse a otros (ya nos referiremos a ello de nuevo). Sri Aurobindo decía que se necesitan tres siglos -y él tenía de ello una visión clara- antes de que un ser supramental completo pueda aparecer, leve y luminoso, etc., como hemos tratado de describirlo. Por consiguiente, es necesario al menos, a falta de un ser supramental completo (Platón tampoco se formó en un día), formar en nuestra carne un ser de transición, un eslabón entre los dos seres, el humano y el sobrehumano. Es decir, un ser que habrá realizado no solamente la conciencia supramental, sino cuyo cuerpo tenga, a la vez, suficiente inmortalidad, por decirlo así, para durar lo bastante a lo largo del período de transición y suficiente poder y ductibilidad para operar su propia transmutación, o, si no, para engendrar por su propia energía un ser supramental sin pasar por los medios ordinarios del nacimiento terrestre. Porque la gravosa herencia animal y humana que pesa en nuestro subconsciente y que se transmite automáticamente por nuestra concepción material, es uno de los más difíciles obstáculos de la transformación, tan difícil al menos, si no más, que los torbellinos de Agni. Esta es la dificultad número dos. Acaso sea, en realidad, la verdadera dificultad, mucho más que las espectaculares dificultades del cuerpo. Nos hallamos allí en presencia de los dos problemas fundamentales del aspirante: dar a las células del cuerpo la conciencia de inmortalidad que ya existe en nuestra alma, y aun en nuestra mente, y depurar de todo punto el subconsciente. El progreso

de Agni en el cuerpo depende, al parecer, de estas dos condiciones. La labor sigue siendo siempre una labor de consciencia.

Y en primer lugar la duración. Por experiencia llega uno a saber que la inmortalidad se halla siempre unida a un problema relativo a la verdad. Es inmortal lo que es verdadero. Si fuésemos totalmente verdaderos, seríamos totalmente inmortales, de arriba abajo. Hasta ahora sólo nuestra alma es inmortal, porque ella es la verdad del Espíritu en nosotros; es ella la que pasa de una vida a otra, ella la que crece, la que progresa, la que cada vez cobra mayor consciencia de sí misma. También la mente es inmortal desde el momento en que se halla lo bastante organizada en torno de la Verdad central, y que piensa en la Verdad y que quiere la Verdad, y entonces encuentra uno de nuevo sus viejas formaciones; hay verdades por todo extremo familiares, y necesidades de verdad inexplicablemente imperiosas. Lo mismo ocurre en cuanto atañe al ser vital, que es capaz de inmortalidad desde que se halla suficientemente integrado a la Verdad central, psíquica; se emerge a otra dimensión, familiar como los milenarios; mas esto no es frecuente, nuestra fuerza vital se halla por lo común mucho más ocupada en todo género de pasatiempos que en la voluntad de edificar una vida verdadera. Mientras más se desciende por la escala de la consciencia, más densa se vuelve la mentira y más se muere, naturalmente, porque la mentira es de esencia putrescible. Si el ser vital ya es tolerablemente oscuro, el cuerpo por su parte se encuentra lleno de mentiras. La vejez y las enfermedades figuran en el número de las más evidentes de tales mentiras. ¿Cómo sería posible que lo que es Verdadero pueda ser viejo, feo, gastado, enfermo? Lo Verdadero irradia, es bello, luminoso, eterno. Ello es evidente. Lo Verdadero es invencible. La muerte y la vejez no nos atrapan sino por nuestra falta de verdad.

La muerte, reconozcámoslo, es sabia: un señor Pérez inmortal sería una verdadera confusión de inmortalidad. La Muerte, en suma, es fiel guardián de la Verdad; y es extraño ver por dondequiera que las cosas tienen siempre dos caras: si se mira hacia un lado, es menester luchar, batirse, decir No; si se endereza la mirada hacia otro lado, es preciso dar gracias una y otra vez y decir y volver a decir Sí. Es necesario poder hacer ambas cosas. La cacería de "las mentiras del cuerpo" -las enfermedades, la inconsciencia y la vejez- no vienen, pues, sino en último lugar, cuando la transformación de las fases superiores mental y vital, se ha hecho ya, y cuando el resto del ser vive en la Verdad, se halla establecido en la Verdad. Sería un craso error pensar que puede emprenderse el yoga supramental antes de haber recorrido todos los demás escalones; es preciso, ya lo sabemos, llegar hasta arriba para poder tocar todo abajo.

Si el silencio es la condición básica de la transformación mental, si es la paz la condición básica de la transformación vital, la inmovilidad es el fundamento de la transformación física, no, por cierto, una inmovilidad externa, sino interior, en la consciencia celular. En el silencio de la mente y en la paz vital, hemos desenmarañado las innumerables vibraciones del mundo, las influencias secretas que nos hacen actuar, sentir, pensar; asimismo, en la inmovilidad de la consciencia física, comenzamos a desentrañar una profusión de vibraciones y a ver de qué pasta estamos hechos. Celularmente, vivimos en un caos completo; es un torbellino de sensaciones, fuertes, agradables, dolorosas, agudas, de púas en lo alto, de flechas abajo y, desde el momento en que el torbellino se detiene, es como un hueco de angustia que es preciso colmar a toda costa con sensaciones cada vez más y más numerosas. No siente uno que vive sino cuando se mueve. La base del trabajo es, pues, la de llevar una inmovilidad completa a ese caos, no, ciertamente, una igualdad de alma, sino una igualdad de células. Entonces puede el trabajo de Verdad comenzar. En esta igualdad

celular, nuestro cuerpo será como una pileta transparente en que todas las vibraciones se volverán perceptibles, y por lo tanto aprehensibles, y por consiguiente manejables; todas las fuerzas de enfermedad, de desintegración, de mentira, todas las deformaciones y las deformidades subconscientes y su horrible pequeña fauna, se pondrán a bullir visiblemente en esa claridad y nosotros podremos pillarlas. En definitiva, la efervescencia de Agni no se debe tanto a una imposibilidad de adaptación celular como a una resistencia de "nuestras" oscuridades. Sólo esta inmovilidad purificadora puede despejar el terreno y liberar el Movimiento desconcertante de Agni sin que el cuerpo se ponga a vibrar al unísono, se desconcierte y entre en temperaturas inconsideradas.

Una vez relativamente establecida esta inmovilidad celular, haremos el primer descubrimiento; tropezaremos con un obstáculo mayor, que es una ayuda mayor en el trabajo de transformación, porque en todos los planos, la oposición se adapta siempre exactamente a la fuerza que es necesaria para dar un paso adelante; es el peso muerto y la palanca. Ya hemos reconocido bajo la mente pensante una "mente vital" que halla maravillosas justificaciones a todos nuestros deseos, a todos nuestros impulsos; luego, una "mente física" que repite y repite mil veces los mismos incidentes, como una sierra. Pero existe una capa más profunda aún, una turba mental podría decirse, que Sri Aurobindo llama "mente celular". Es, en verdad, una mente de las células, o de grupos de células, muy semejante a la mente física por su inagotable capacidad de repetir la misma cantinela, pero que no se limita a la región cerebral ni a la trituración mecánica de restos de pensamiento; se halla en el cuerpo por dondequiera, como millones de pequeñas voces, que uno se apresura a hacer oír cuando las demás capas mentales se han aclarado, y ello remueve incansablemente, no los desechos de actividades conscientes, sino todas nuestras impresiones sensorias; basta con que un grupo de células haya sido tocado una vez por una impresión, por un temor, por un choque o una enfermedad, para que ellas reproduzcan indefinidamente su temor, su atesamiento, su tendencia a la desorganización o el recuerdo de su enfermedad. Es una mente gregaria, absurda, que avanza gradualmente y vibra, vibra por doquiera, sin término ni fin; que capta siempre las mismas longitudes de ondas, las mismas sugerencias descomponibles y reacciona imperturbablemente a las mismas excitaciones como el perro de Pavlov a la campanilla. Es el miedo de vivir engranado en la Materia. Es el primer esfuerzo consciente de la Materia. Y naturalmente, la pequeña porción de iniciativa de que dispone sirve para atraer por temor todos los desórdenes y la inconsciencia de la muerte como un reposo. Mas esta mente celular, que es de pujanza formidable si bien se piensa, como las hormigas sobre el elefante, puede poner su absurda mecánica al servicio así de la verdad como de la mentira; si por una sola vez se le hace captar una vibración de luz, ella la repetirá con la terquedad de una mula y, cosa notable, la repetirá día y noche, sin interrupción.* Cualquier cosa que uno haga exteriormente -trabajo, discusión, sueño-, ella examinará cuidadosa y automáticamente su vibración, de manera del todo independiente. Se comprende, pues, la poderosa importancia de que se reviste para la transformación; ella puede ser un singular fijador de la vibración supramental. He aquí lo que acerca de ella dice Sri Aurobindo: "... Hay también una mente oscura, una mente del cuerpo, de las células mismas, de las moléculas, de los corpúsculos. Haeckel, el materialista alemán, se ha referido en alguna parte a una voluntad existente en el átomo, y la ciencia reciente, ante imprevisibles variaciones individuales del electrón, se halla a punto de percatarse de que no se trata de una metáfora, sino de la sombra proyectada por una secreta realidad. Esta mente corporal es en verdad tangiblemente real; por su oscuridad, por su apego obstinado y mecánico a los pasados movimientos, por su facilidad de olvidar y su

rechazo de lo nuevo, esa mente es uno de los principales obstáculos a la infusión de la Fuerza supramental en el cuerpo y a la transformación del funcionamiento corporal. Mas una vez efectivamente convertida, esa mente será uno de los más valiosos instrumentos para estabilizar la Luz y la Fuerza supramentales en la Naturaleza material".²⁶

¿Qué decir de esta labor? Es infinitesimal. Y la única manera de llevarla a cabo consiste no en entregarse a profundas meditaciones, que no alcanzan sino la cumbre de nuestro ser, ni tampoco en el logro de la concentración o en el de éxtasis extraordinarios, sino en ser en pleno adentro, en trabajar a nivel del cuerpo, abajo de todo en todo, cada minuto del día y de la noche. Por esta causa insistía tanto Sri Aurobindo en la necesidad del trabajo exterior y de los ejercicios físicos más comunes, porque es el único modo de medirse con la materia y de impulsar hacia adentro un poco de conciencia verdadera o, más bien, de permitir a Agni emerger libremente. Y por eso caminaba tantas horas al día y trabajaba todas las horas de la noche. En medio de esta labor externa y gracias a ella, el aspirante verá emerger todas las vibraciones falsas, todos los "falsos pliegues" del cuerpo, como dice la Madre. Y cada vibración falsa deberá ser rectificada. Mas ésta es aún una manera negativa de decir las cosas. En realidad, no hay sino una sola gran Vibración de alegría divina en el mundo y en toda cosa -la Vibración-, porque Dios es Alegría; desde el momento en que la falsedad se introduce, esta misma vibración se decolora, se endurece, se vuelve tensa, todo cruje. El sufrimiento es el índice más seguro de la falsedad. El dolor es la Mentira del mundo. Toda la labor del aspirante consiste no tanto en batallar contra las llamadas malas vibraciones, como en mantener la verdadera vibración, la alegría divina en el cuerpo; esa vibración tiene el poder de restaurar el orden, de distender, de armonizar, de sanar todas esas pequeñas vibraciones apretadas, desgastadoras, mentirosas en que nuestras células viven constantemente. Sería fastidioso, tan fastidioso como el trabajo mismo, describir las innumerables pequeñas falsedades del cuerpo por donde se introducen la vejez, las enfermedades y la muerte. "Hacer cada cosa del modo verdadero", dice Mère, y hay mil maneras falsas de hacer los más pequeños gestos cotidianos. A guisa de ejemplo no subrayamos aquí, entre muchos, sino un punto del trabajo: todo lo hacemos en estado de tensión, precipitadamente, de cualquier manera, de modo inconsciente; ante las mil y una sollicitaciones de la vida exterior, sin hablar de los choques, nos comportamos físicamente como el paciente en el sillón del dentista, todo se halla tenso, reseco, por obra de la premura, del temor, de la ansiedad, de la avidez; es la herencia de varios millones de años de animalidad; nuestra substancia se recuerda de haber luchado para sobrevivir, todo el tiempo trata ella de endurecerse. Este endurecimiento es una de las causas de la muerte y un gran obstáculo para que se establezca la vibración verdadera. Cuando bajo un choque nos endurecemos, reunimos toda nuestra fuerza vital en un punto, como una defensa; bruscamente pasa una corriente enorme por un minúsculo orificio, que se pone rojo y hace daño. Si aprendiésemos a ensanchar nuestra conciencia física y a absorber el choque en vez de rechazarlo, no sufriríamos -todo sufrimiento es una estrechez de conciencia, en todos los niveles-. Mas se comprende que si súbitamente se precipitase en las células esa polvareda de oro cálido supramental y que el cuerpo reaccionase por su habitual endurecimiento, todo estallaría. Es decir, que nuestra conciencia celular, como nuestra conciencia mental y vital, debe aprender a ensancharse y a universalizarse. Es preciso también que la conciencia

* De ahí la utilidad de los mantras, que pueden encauzar una vibración de intensidad determinada hacia cualquier punto del cuerpo, o hacia todos los puntos, si la mente celular se adueña de ellos.

cósmica se introduzca en ello. En el silencio mental, la consciencia mental se universaliza; en la paz vital, se universaliza la consciencia vital; en la inmovilidad del cuerpo, la consciencia física se universaliza. Inmovilidad, receptividad, ensanchamiento celular, figurarían al parecer entre las condiciones básicas para que la substancia pueda soportar a Agni y durar.

Mas surge de pronto una gran dificultad. ¿Universalización de la consciencia física? Pero entonces, cuando no hay más sino un cuerpo, todos los cuerpos le caen encima, allí están todas las mentiras del mundo... Ya no se trata de la batalla de un hombre, sino de la batalla del mundo todo. Y nos aproximamos al problema verdadero. En ese esclarecimiento físico hace el aspirante otro descubrimiento, hartamente brutal: todos sus poderes yóguicos se derrumban. Ya había conseguido dominar las enfermedades y el funcionamiento del cuerpo, acaso había dominado también la gravedad y podía, sin sufrimiento alguno, beber venenos; en suma, él era el amo de la casa, porque su consciencia era el amo. Pero, repentinamente, desde el momento en que se le ocurre transformar su cuerpo, todos sus poderes se desvanecen, como se embebe el agua en la arena. Las enfermedades se precipitan sobre él como sobre un principiante, los órganos se deterioran, toda función se desconcierta. Parece que el cuerpo debiera olvidar sus viejos funcionamientos mentirosos, putrescibles, para reanudarlos todo conforme a una nueva manera. Y la Muerte se inmiscuye. Entre los dos funcionamientos, el viejo y el nuevo que debe reemplazar los órganos simbólicos, por la Vibración verdadera, es a veces muy delgada la línea que separa la vida de la muerte. ¿Será necesario acaso ser capaz de pasar la línea y volver para triunfar de verdad? Esto es lo que la Madre llamaba "morir para la muerte", después de una de las experiencias en que ella estuvo a punto de no volver. Es decir, que es menester afrontarlo todo, y que todo resiste. Mas en las fases superiores de la consciencia se presentan los mismos fenómenos; desde el momento en que el aspirante se pone en camino, todo va al revés; él, que se creía una mente anclada sólidamente en la verdad, ve desfilar las sugerencias y los escepticismos más agresivos; él se creía puro y muy honesto, y recoge una serie de horrores vitales capaces de desalentar a los hombres más perversos del mundo, y a algunos otros que no son de este mundo. En otras palabras -Sri Aurobindo lo ha dicho-, no se puede resolver un problema en cualquier plano que sea, sin hacer frente a todos los contrarios de la Finalidad. De otra manera, no sería una victoria, sino una opresión. En ninguna parte, en ningún plano, se trata de cortar el mal, sino de convencerlo de la luz que en sí mismo lleva. El yogui, que por virtud de su poder eliminaba las enfermedades, no había resuelto el problema: había amordazado las fuerzas de la enfermedad, eso era todo. Ahora bien, se comprende que no pueda haber transformación si las fuerzas se hallan simplemente amordazadas y siguen rondando por los rincones a la espera del momento de atacar. Y como no puede suprimirse nada del universo, es preciso que tales fuerzas se conviertan. ¿Pero de qué modo? La muerte, las enfermedades se hallan por dondequiera, se hallan en el subconsciente de los cuerpos, de todos los cuerpos del mundo. El yogui, que había vencido las enfermedades y desafiado la muerte (no por mucho tiempo, y es justo), no lo había hecho sino para él solo y por esta causa no podía vencer de verdad. Oh sabiduría de la Ley. Él había construido su caparazón protectora, encerrado en ella uno como polluelo de luz, y el resto hormigueaba en torno, como de costumbre. Mas si la caparazón se abre, vuelve todo a entrar, no hay sino un cuerpo. Ramakrishna flagelado por el látigo que azotaba al buey, o la Madre luchando contra la hemorragia de que un discípulo padecía a centenares de kilómetros de distancia, sin que ella supiese nada, nos sitúan ante la totalidad del problema: "¡El cuerpo está por doquiera!", exclamaba la Madre. Y es preciso

vencer por doquiera, por todos los cuerpos y por la tierra toda. Nada se puede transformar sin transformarlo todo; de lo contrario se encuentra uno solo en su hueco de luz. ¿Y de qué sirve eso? ¿De qué sirve que sólo un hombre sea transformado, si el resto continúa muriendo? El cuerpo del pionero de la transformación es como un campo de batalla y es la batalla del mundo entero la que se libra en él; allí- se encuentra todo, todo resiste allí. Abajo hay un punto central, un nudo de vida y muerte, en que se juega el destino del hombre. Todo se reúne en un punto.

"Largo tiempo he cavado hondamente
en el fango y en el lodo,
un cauce para la canción de un río de oro,
una morada para un fuego que no muere...
Mil y una son mis llagas".²⁷

Y él debe afrontar todas las dificultades, aun la Muerte, no para destruirlas, sino para cambiarlas. Nada podemos transformar sin echarlo sobre nosotros: "Tú llevarás todas las cosas para que todas las cosas puedan cambiar", dice Savitri; ²⁸ y por eso dejó Sri Aurobindo su cuerpo el 5 de diciembre de 1950, oficialmente a consecuencia de una crisis de uremia, él, que podía curar a los demás en un instante. Morir en la cruz es, desde luego, impresionante, pero las crucifixiones no hacen, principalmente cuando uno las adora, sino perpetuar la ley de la muerte. "No es un cuerpo crucificado lo que salvará al mundo -dice la Madre-, sino un cuerpo glorificado". No, no se trata de un trabajo espectacular, sino más bien de un "trabajo microscópico" y en el Lodo del mundo es donde hay que cavar.

Segunda fase (el subconsciente)

Hay, pues, otra categoría de dificultades (mas es la misma bajo otro aspecto), que no concierne a la resistencia de la materia individual, corpórea, sino a la resistencia subconsciente de la tierra entera. Fue allí donde Sri Aurobindo se encontró con la Muerte. Es allí donde la Madre prosigue la obra. Si queremos situar el lugar en que se juega todo el asunto -nuestro asunto- y seguir el proceso del trabajo, es menester remontarnos al proceso evolutivo mismo. La aparición de un nuevo grado en la evolución, ora sea el de la Vida en la Materia, ora el de la mente en la Vida, esa aparición se realiza siempre por virtud de un doble impulso: un impulso de adentro o de abajo, del principio involucionado que trata de emerger, y un impulso de "afuera" o de "lo alto", del mismo principio, tal como ya existe en su propio plano. La conjunción de estos dos impulsos, por ejemplo, de la mente involucionada en ciertas formas vivientes y de la Mente como ha sido formada en su propio plano en el curso de la evolución descendente o devolución, acaba por provocar un día un desgarramiento de los límites vitales y, de repente, el aparecimiento mental en la Vida. Todo se halla involucionado, todo está ya en la Materia, mas la involución no puede deshacerse sino por la presión de lo alto que responde al llamado de abajo y hace trizas el cubo, como el sol rompe los tegumentos de la semilla. Actualmente, lo supramental involucionado en la Materia empuja desde adentro, bajo forma de tensión espiritual, de aspiraciones terrestres a la Inmortalidad, a la Verdad, a la Belleza, etc., y, al propio tiempo, ejerce presión desde lo alto, desde su propio plano eterno, bajo forma de intuiciones, de revelaciones, de iluminaciones. Eso es lo que las Escrituras expresan a su manera cuando enlazan de modo inseparable la aparición de la "tierra nueva" y la aparición de los "nuevos

cielos" ("nuevos cielos y una nueva tierra en que la Verdad habitará"), porque sin esos nuevos cielos, o, más bien, sin ese nuevo grado de conciencia, supramental, no podrá producirse la aparición de una nueva tierra. La tierra nueva será el producto de los nuevos "cielos" de la conciencia supramental, lo mismo que la tierra de nuestros días es el producto del antiguo "cielo" mental o supermental de los dioses y de las religiones. Así ocurre en todos los grados de la evolución: lo alto y lo bajo se sostienen. Mas la aparición de un nuevo "alto" o del nuevo grado de conciencia, en un estadio cualquiera de la evolución, no será una magia súbita que cambie todos los grados antiguos.

Entre la aparición de las primeras amibas bajo el cielo de la vida y los mamíferos, sabemos cuántos millones de años fueron necesarios para superar la inercia material y "vitalizar" la Materia. Asimismo, entre la aparición del hombre de Neanderthal y la de Platón, fueron menester millares de años para vencer la resistencia de los dos grados precedentes y "mentalizar" la Vida, y llegar al hombre mental completo. Aun hoy, ¿cuántos hombres viven de veras bajo el signo mental y no bajo el signo de las pasiones de la Vida? Todo el trabajo de pioneros de la evolución, en cualquier nivel que se halle, consiste justamente en juntar el nuevo alto con el antiguo bajo; cuando lo alto encuentra lo bajo, un ciclo evolutivo llega a su término. De la misma manera, cuando el pionero de la evolución mental emerge de pronto en lo Supramental, su descubrimiento no es una magia repentina que trastorne las leyes antiguas, y así como el hombre de Neanderthal no llega de un salto a Platón, el pionero de la evolución tampoco llega de un salto a ser hombre supramental completo; debe "supramentalizar" todos los grados precedentes. Ciertamente, la Cima suprema y el Fondo supremo se encuentran en su conciencia, el Espíritu y la Materia, el Positivo y el Negativo, y sus poderes, como es natural, se ven considerablemente acrecentados, pero no lo son, en fin, sino en proporción a las resistencias nuevas con que va a encontrarse. Porque a medida que la evolución progresa, mayor número de capas profundas toca; el principio de Vida colonizaba justamente la corteza material del mundo; el principio Mental colonizaba mal que bien su pasado inmediato, el subconsciente mental y los antiguos desórdenes de la Vida; y el principio Supramental afronta no sólo al subconsciente mental y vital, sino un pasado más remoto aún, el subconsciente físico y el Inconsciente; mientras más se eleva uno, mayormente es tirado de abajo. La evolución no va de más alto en más alto, de un cielo más alto a otro cielo más alto, sino de más profundo a más profundo, y cada ciclo o cada círculo evolutivo se cierra un poco más abajo, un tanto más cerca del Centro, donde finalmente se reunirán el Alto y lo Bajo supremos, el cielo y la tierra. El pionero deberá, pues, depurar el terreno intermedio -mental, vital y material- a fin de que los dos polos se encuentren efectivamente. Cuando la unión sea realizada, no sólo mental y vitalmente, sino materialmente también, emergerá el Espíritu en la Materia, en un ser supramental completo y en un cuerpo supramental.

"Y la tierra llegará a ser morada manifiesta del Espíritu".²⁹

Esta depuración del terreno intermedio es toda la historia de Sri Aurobindo y de la Madre. Las dificultades de adaptación del cuerpo al Agni supramental son acaso, finalmente, dificultades requeridas y necesarias. Tal vez no se trate verdaderamente de una dificultad material, sino de una dificultad estratégica, si así puede decirse. Sri Aurobindo y la Madre iban, en efecto, a percatarse en el curso de esta segunda fase de que la transformación no es sólo un problema individual, sino terrestre, y que no hay transformación individual posible (o completa por lo menos), sin un mínimo de

transformación colectiva. El día en que las condiciones de evolución colectiva se hallen lo bastante adelantadas, es probable que las actuales dificultades de orden material de la transformación, que parecen insuperables, se derrumbarán de golpe como un castillo de naipes. No hay nunca imposibles; no hay sino momentos que han llegado o que no han llegado. Todos los obstáculos, de cualquier orden que sean, se ofrecen siempre a la experiencia como preciosos auxiliares de una Verdad de la cual no columbramos aún ni el sentido ni las intenciones. A nuestra visión exterior, superficial, le parece que la transformación es exclusivamente un problema de índole material, porque siempre ponemos la carreta antes de los bueyes; mas en verdad, todas las dificultades son internas y psicológicas; las dificultades espectaculares de adaptación del cuerpo a este Agni bullente, son, sin duda, menos dificultades prácticas, materiales, que una dificultad de la conciencia terrestre toda; ya lo veremos. Mas hablamos un lenguaje enigmático; aclararemos mejor el problema con que Sri Aurobindo y la Madre iban pronto a encontrarse, citando esta sencilla observación que Sri Aurobindo hizo a un discípulo: "He drenado y drenado y drenado el fango subconsciente... la luz supramental comenzaba a descender antes de noviembre,* luego el fango se levantó y todo se detuvo".³⁰ Una vez más verificaba Sri Aurobindo, no individualmente en esta ocasión, sino de modo colectivo, que si se alcanza una luz un poco fuerte, toda la oscuridad de abajo gime, violada. Es curioso observar que cada vez que Sri Aurobindo o la Madre han tenido alguna nueva experiencia que entrañe un progreso en cuanto atañe a la transformación, este progreso se ha manifestado automáticamente en la conciencia de los discípulos -aun sin que éstos se enteren de ello- por un período de dificultades acrecentadas y, a veces, aun por rebeliones o enfermedades, como si todo se pusiese a cruzir. Entonces comienza uno a comprender el mecanismo. Si se sometiese a un pigmeo a la simple luz mental de un hombre culto, asistiríamos probablemente a revoluciones subterráneas que traumatizarían al pobre pigmeo y lo volverían loco. Aún hay abajo gran parte de selva virgen. El mundo se halla todavía lleno de selva virgen; este es, en dos palabras, todo el asunto; nuestra colonización mental es una delgada corteza sobre un cuaternario apenas seco.

Cuando los rishis védicos hablaban de las fuerzas o de los seres subconscientes, decían "los-que-cubren", "los-que-devoran", los "robadores de sol"; no podría nadie expresarse mejor; son ladrones terribles; apenas ha conseguido uno hacer algún progreso, o atraído una nueva luz, o una vibración algo más intensa, cuando se ve uno como tapado, como arrastrado hacia una campana sofocante bajo la cual se disgrega todo en una terrible humedad; la vibración de la víspera, tan armoniosa y clara, tan dócil y luminosa, se ve de golpe cubierta por una gruesa capa ligosa, como si fuese menester atravesar kilómetros poblados de sargazos para encontrar un cabo de luz; todo cuanto se ve, todo cuanto se toca, todo lo que se hace, se halla como podrido, como descompuesto por esta invasión que viene de abajo. Ya nada tiene sentido. Y, sin embargo, exteriormente, las condiciones son las mismas, nada ha cambiado. "Es una especie de lucha denodada -dice Sri Aurobindo- en que ninguna de las partes consigue progreso alguno que sea apreciable (algo así como la guerra de trincheras en Europa), la fuerza espiritual insiste contra la resistencia del mundo físico y esta resistencia disputa cada pulgada de terreno contra-atacando de modo más o menos efectivo. Si no estuviesen adentro la Fuerza y la Ananda, eso sería un trabajo fatigoso y desagradable".³¹ Y la batalla parecería interminable; uno "cava y cava", decían los rishis, y mientras más cava, más parece hundirse el fondo: "He cavado y cavado... Por muchos

* 1934.

otoños he sufrido día y noche, las auroras me envejecen, la edad disminuye la gloria de nuestros cuerpos". Así, hace muchísimos siglos, se lamentaba Lopamudra, esposa del rishi Agastya, que también buscaba la transformación. "Ni los hombres de otro tiempo, que tenían la experiencia de la Verdad y que hablaban con los dioses... alcanzaron el fin". Mas Agastya no se deja desanimar y su respuesta es profundamente característica de esos conquistadores que eran los rishis: "No es vana la labor que los dioses protegen. Gustemos de todas las fuerzas combativas, hagamos aquí mismo la conquista, en verdad, libremos esta carrera y esta batalla de cien cabezas" (I 179). Y, en realidad, es como una hidra. Noche tras noche, en el sueño o con los ojos abiertos, el aspirante descubre mundos muy extraños. Destierra uno a uno los lugares en que nacen todas las perversiones humanas, las guerras humanas, los campos de concentración humana -es allá donde se prepara el aquí-, atrapa en su guarida todas las fuerzas sórdidas que mueven a los hombres crueles y pequeños.

"Descubridor solitario en mundos amenazadores
Guardados del sol como ciudades de termitas".³²

Y mientras mayor luz se tiene, mayores oscuridades se descubren; por las huellas se revela, noche tras noche, la sorda podredumbre que mina la Vida. ¿Y cómo puede uno transformar algo mientras esa necrosis se halle allí? Y como nuestra mente o nuestro ser vital se encuentran ya bien establecidos en la verdad, y son ya lo bastante claros como para que esas fuerzas subterráneas los ataquen, es el cuerpo el que sufre, porque es el último refugio de la Mentira. Se ve entonces muy bien por medio de qué complicidades entran las enfermedades y la muerte en el cuerpo -cada derrota de allá es una derrota aquí-, y se comprende tangiblemente, concretamente, en detalle, la enorme vanidad de los que creen curar el mundo por medios exteriores y por nuevas instituciones: apenas ha sido el mal curado aquí, exterminado allá, cuando resucita por otro lado, en otros contornos, bajo otras formas. El mal no está afuera, está adentro, debajo, y mientras no se haya curado esa Enfermedad, no puede curarse el mundo. Decía Aurobindo: "Los viejos dioses saben transmigrar".³³

En el fondo, más allá de los desórdenes, del miedo, el gran Miedo que preside el fondo, se halla una como inmensa Lasitud, algo que no quiere, que dice No a toda esta pena de vivir, esta violación de la luz. Uno siente que si se descendiese allí, al extremo de ese No, se circularía por un gran reposo de piedra, como el éxtasis de arriba era un gran descanso de luz. La Muerte no es lo contrario de la Vida, sino el reverso, o la puerta, del Supraconsciente luminoso. Al extremo justo del No, se encuentra el Sí, el Sí que nos impele y nos empuja en cuerpos y cuerpos, por la alegría. La muerte no es la lamentación de ese Sí. La gran Lasitud es, en el fondo, un simulacro de esta Beatitud. ¡La Muerte no es lo contrario de la Vida! Es la oscura distensión del cuerpo la que no ha encontrado la luminosa distensión de la alegría eterna. Cuando el cuerpo encuentre ese éxtasis, esa inmensidad de luz y de alegría en el fondo de su carne, de igual modo que en lo alto, ya no tendrá necesidad de morir.

¿Dónde está, en todo esto, el "yo"? ¿Dónde "mi" dificultad, "mi" muerte, "mi" transformación? El aspirante ha perforado la delgadísima corteza del subconsciente personal, y desemboca por doquiera en el mundo; es el mundo entero el que resiste. ¡No somos nosotros quienes hacen la guerra; todo nos hace la guerra a nosotros!

Nosotros nos consideramos separados, cada uno de nosotros en su limpísimo saco de

piel, con un "adentro" y un "afuera", un individuo y una colectividad, como las ridículas fronteras de nuestros países, ¡mas todo se comunica! No hay en el mundo una sola perversión, una sola vergüenza, que no tenga en nosotros alguna raíz, ni existe una sola muerte de la cual no seamos cómplices; somos todos culpables, y todos estamos comprometidos, y nadie, si no se salvan todos, puede salvarse. No es la dificultad de un cuerpo, sino la dificultad del Cuerpo, dice la Madre, y ella ni siquiera lo pone con mayúscula. Sri Aurobindo y la Madre descubrían así materialmente, experimentalmente, la unidad substancial del mundo: no se puede tocar un punto sin tocar todos los puntos, no se puede dar un paso hacia adelante o hacia arriba sin que el resto del mundo avance o se eleve un paso. Hablábamos poco ha de una dificultad "estratégica"; bien podría ser que la estrategia divina no quisiera que un solo punto progrese sin que lo hagan los demás puntos. Y por eso los rishis védicos fracasaron hace seis mil años. No hay transformación individual posible, completa y perdurable, sin un mínimo de transformación del mundo.

Así termina la segunda fase de la labor de transformación. Después de haber trabajado por catorce años, de 1926 a 1940, de manera individual concentrada, con un grupo de discípulos selectos, Sri Aurobindo y la Madre hallábanse ante un muro. Desde que la luz supramental se aproximaba a la tierra para unirse con la misma luz involucionada, surgían torrentes de fango y todo quedaba de nuevo recubierto. "Para ayudar a la humanidad -decía Sri Aurobindo- no basta que un individuo, por prominente que sea, llegue de modo individual a la solución, porque, aun si la Luz se halla presta a descender, no puede quedarse si el plano inferior no está por su parte preparado para soportar la presión del Descenso".³⁴ Es significativo -más, acaso, de cuanto pueda uno imaginarse- que el punto culminante de la segunda fase del trabajo de transformación haya coincidido con los comienzos de la segunda guerra mundial. Cuando la presión de la Luz desciende, en un solo cuerpo entre los hombres, también el cuerpo del mundo enrojece. ¿Qué sabemos nosotros, en verdad, del bien del mundo, o de su mal?

Ante las resistencias colectivas, Sri Aurobindo y la Madre vacilaron por un momento; llegaron a preguntarse si no les sería posible separarse del resto del mundo y progresar ellos solos, con unos cuantos discípulos, realizar la transformación y luego volver al trabajo colectivo, a fin de que la transformación realizada en ellos mismos, o realizada parcialmente al menos, fuese como una mancha de aceite sobre el resto del mundo (esta misma idea es la que ha movido a numerosos grupos espirituales, ocultos, caballerescos, etc., a buscarse un lugar secreto, apartado del mundo, a efecto de realizar su trabajo al abrigo de la podredumbre de las vibraciones colectivas); mas Sri Aurobindo y la Madre se percataron de que no se trataba sino de una ilusión y que luego sería inmenso el abismo -o, como decía Sri Aurobindo, "la sima atmosférica"³⁵ entre la realización nueva y el viejo mundo, como para ser colmado nunca. ¿Y de qué sirve un logro individual, si no puede transmitirse al resto del mundo? Seríamos como el rey de Anderson a que ya hemos aludido. Si sobre la tierra apareciese de repente un ser supramental, nadie lo vería. Es preciso que nuestros ojos se abran a otro modo de vida. "Si avanzáis por un camino ya preparado -dice la Madre- (porque también hay caminos como hay seres), sin tener la paciencia de esperar al resto de la creación, es decir, si realizáis algo que en relación con el estado actual del mundo, se halle muy cerca de la Verdad, ¿qué resultaría? La dislocación de cierto conjunto, una ruptura, no sólo de armonía, sino de equilibrio, porque una parte de la creación no podrá seguirnos. En vez de una realización total de lo Divino, se tendrá una pequeña realización local, infinitesimal, y nada se hará de lo que finalmente debe hacerse". Además, agrega la Madre "si uno quiere hacer el trabajo de modo solitario, es

absolutamente imposible hacerlo de manera total, porque todo ser físico, por completo que sea, aun si es de calidad enteramente superior, aun en el caso de ser producto de una obra de todo punto especial, nunca es sino parcial y limitado. No representa sino una verdad, una ley, en el mundo -una ley muy compleja acaso, mas no será nunca sino una ley-, y la totalidad de la transformación no puede efectuarse a través de un solo cuerpo... Uno puede, solitario, alcanzar su propia perfección; uno puede llegar a ser, en su conciencia, infinito y perfecto. La realización interior no tiene límites. Mas la realización externa, por el contrario, es necesariamente limitada, de suerte que si uno quiere ejercer una acción general, es menester al menos un mínimo de personas físicas".

Después de catorce años de concentración individual, Sri Aurobindo y la Madre abrieron en 1940 de par en par las puertas de su Ashram. Así da principio la tercera parte de la transformación, que continúa aún, una fase de expansión y de trabajo terrestre.

Tercera fase (El Ashram)

En la India, un Ashram es una comunidad espiritual o religiosa, cuyos miembros, congregados en torno de un maestro, han renunciado al mundo a fin de consagrarse a la meditación, a la concentración y a los ejercicios yóguicos y alcanzar la "liberación". Es evidente que el Ashram de Sri Aurobindo nada tiene de común con esta definición, a no ser el hecho de que los discípulos se hallan reunidos alrededor de Sri Aurobindo y de la Madre. No se trata de una especie de convento exótico y menos aún de un lugar de refugio y de paz; es, más bien, una fragua: "Este Ashram no ha sido creado para renunciar al mundo, sino como un centro o un campo de experimentación para la evolución de una nueva forma de vida".³⁶ Antes aún de su arresto en Bengala, en un tiempo en que no había pensado siquiera en fundar un Ashram, ya decía Sri Aurobindo: "En el hombre que vive la vida ordinaria de los hombres por virtud del yoga, encuentra la vida espiritual su expresión más poderosa... Por la unión de la vida interna y de la vida exterior, será la humanidad finalmente elevada y llegará a ser poderosa y divina".³⁷ Su Ashram se halla, pues, todo imbuido de vida ordinaria, en medio de la pasta colectiva, porque es allí, y no por cierto en ninguna alta montaña, donde debe operarse la transformación. A no ser el edificio principal donde vive la Madre y se halla la tumba de Sri Aurobindo, los mil doscientos discípulos, de toda nacionalidad y de todas las clases sociales, hombres y mujeres ---en cuenta cuatrocientos o quinientos niños-, se hallan dispersos por toda la ciudad de Pondichery, en más de trescientas casas. No existen murallas protectoras, salvo la luz interior; uno se encuentra en seguida como en un bazar.

El occidental que llega al Ashram con la idea de encontrar allí la paz y de aprender el yoga, no dejará, pues, de sentirse defraudado. En primer lugar, nadie trata de enseñarle nada (se trataría, más bien, de olvidar lo aprendido), no hay "clases" ni enseñanzas, salvo las obras de Sri Aurobindo y las Conversaciones de la Madre, que se hallan a la disposición de todo el mundo (como ocurre con las demás enseñanzas, tradicionales o no). Tampoco hay reglas. El discípulo debe descubrirlo todo en sí mismo y por sí solo, en medio de una vida exterior sobremanera activa. El discípulo no cuenta más que consigo mismo. Por lo demás, ¿cómo podría sujetarse a normas una obra que abarca todos los niveles de la evolución -mental, vital y psíquica-, todos los tipos humanos, todas las tradiciones? (hay discípulos cristianos, taoístas, musulmanes, budistas, ateos, etc.). Cada cual debe descubrir su verdad, que no es por cierto la del vecino. Algunos creen en la virtud del ascetismo, pese a todo cuanto de él ha dicho Sri Aurobindo, y viven retirados, como ascetas; otros prefieren

el judo y el fútbol; hay quienes creen en los libros y quienes no creen en ellos; algunos hacen negocios, fabrican acero inoxidable, perfumes y aun unas cuantas toneladas de azúcar en una nueva refinería. Hay de todo y para todos los gustos. El que ama la pintura, pinta; el que prefiere la música, dispone de todos los instrumentos posibles, hindúes u occidentales; el que tiene vocación para la enseñanza, es profesor en el Centro Internacional de Educación y se desempeña en todos los niveles, desde el Kindergarten hasta las aulas universitarias. Hay también una imprenta, laboratorios, campos, arrozales, talleres mecánicos para vehículos particulares, tractores y camiones; instalaciones de rayos X, una sala de operaciones. Todas las profesiones posibles se hallan allí representadas. Es un microcosmos. Se puede ser panadero, pinche de cocina, carpintero, si uno cree en la virtud de los trabajos humildes. No hay, por lo demás, ninguna diferencia entre estas actividades; ninguna es remunerada, ninguna es superior a otra. La Madre provee a cada cual según sus necesidades. No hay sino un trabajo verdadero: descubrir la verdad del ser, de lo cual, lo otro, el trabajo externo, es un medio no más. Lo extraño es, por lo demás, que a veces, a medida que la conciencia se despierta, se asiste a cambios de labor; todos los valores que presidían los antiguos oficios se derrumban rápidamente y, como el dinero no tiene ninguna importancia, el que se creía médico se descubre mejor bajo la piel de un artesano, y el hombre medio se revela de pronto poeta o pintor, o se sumerge en el estudio del sánscrito o de la medicina ayurvédica. Es una refundición completa de los valores exteriores conforme a un criterio interior. Un discípulo le preguntó cierto día a la Madre cuál era el mejor medio de colaborar en la transformación supramental; la Madre le respondió: «Se trata siempre de lo mismo: realizar el propio ser bajo cualquier forma, por cualquier camino -esto carece de importancia-, mas es el único medio. Cada individuo lleva una verdad consigo, y a esta verdad debe unirse, ésta es la verdad que él debe vivir; y el camino que siga para alcanzar y realizar esa verdad, es también el camino que más cerca de la Transformación lo llevará. Es decir, que ambas se hallan absolutamente unidas: la realización personal y la transformación. A lo mejor esta multiplicidad de aproximaciones es la que revela el Secreto y abre la puerta".

Tampoco existe en el Ashram una vida común, pero sí una vinculación interior. Algunos discípulos han conservado una antigua costumbre de los tiempos en que la Madre conversaba con los jóvenes del Ashram, y siguen congregándose dos veces por semana, para una meditación colectiva; pero son los deportes los que con mayor frecuencia los reúnen. Hay, desde luego, un comedor común, mas la mayoría prefiere comer en casa, solos o en familia. En el Ashram se practican todos los deportes, desde el hathayoga tradicional hasta el tenis y el pugilato, y no hay un solo discípulo que no dedique a los deportes una o dos horas diarias. Aun cuando el mar se halla muy cerca, existe una piscina olímpica; hay campos de balón cesta y de volley-ball, una pista de carreras, un gimnasio, un cuadrilátero de box, una sala de judo, etc. Desde la edad de cinco años hasta la de ochenta, se practican todos los deportes posibles. Hay un teatro y una sala de cine. Mas los deportes no constituyen tampoco un artículo de fe; nada, en verdad, constituye un artículo de fe, a no ser, evidentemente, la fe en las posibilidades divinas del hombre y en una vida más verdadera sobre la tierra. "Vosotros, hijos míos -decía la Madre a los más jóvenes-, vosotros vivís en una libertad excepcional... Nada de limitaciones sociales, nada de cortapisas de índole moral ni de restricciones intelectuales, nada de principios, nada sino una Luz que está ahí". Pero es una luz muy exigente y es ahí donde el trabajo terrestre comienza.

¿Cómo es posible hablar de trabajo "terrestre" con mil doscientos discípulos o aun con

cien mil? Digámoslo de una vez: el Ashram no es sino un punto de concentración del trabajo; en realidad, el Ashram se halla por dondequiera que en el mundo hay hombres que creen en una vida más verdadera, ya conozcan o no conozcan a Sri Aurobindo, porque su orientación íntima o su voluntad interior representa un tipo de concentración o de necesidad que los conduce indefectiblemente al crisol. La transformación no es prerrogativa de nadie; antes bien, es preciso que en ella participen muchas personas y de la más diversa condición. El Ashram es un centro simbólico, algo así como un laboratorio es el terreno simbólico de una vacuna que va en seguida a operar sobre millones de hombres: "El laboratorio", decía a menudo Sri Aurobindo. Todo esto se comprenderá mejor si decimos que cada individuo representa cierto conjunto de vibraciones y que cada cual tiene acceso a una zona particular del Subconsciente. Cada uno de estos mundos, en apariencia de una extraordinaria diversidad, se halla, en efecto, constituido por algunas vibraciones típicas; la multitud de formas (o, más bien, de deformaciones), de seres, de lugares, de acontecimientos, en una zona determinada no hace sino recubrir una vibración idéntica. Desde que uno ya es un tanto consciente y comienza, sin embrutecerse, a descender al subconsciente para trabajar, se percata con asombro, casi divertidamente, de que las personas físicas que conocemos, tan diferentes cuando se las encuentra en el plano mental o en el plano vital, están en el Subconsciente casi fundidas y son irreversibles. Y uno se pregunta si en realidad se trata de fulano y de zutano. Hay, pues, tipos de gentes, exteriormente separadas por religiones diferentes, por culturas diferentes, por estratos sociales diferentes y aun por morales diferentes, que son del todo semejantes en el Subconsciente, "como si se viese al uno a través del otro", dice la Madre; es una especie de superposición. Y nosotros no vemos sino dos o tres individuos uno a través de otro, porque nuestra visión se halla limitada a un círculo restringido, mas si tuviésemos la visión total, veríamos que tras ellos hay miles de millones. Y se hallan aglutinados en zonas bien determinadas. Seres hay que uno no encuentra nunca juntos en el Subconsciente y que, no obstante, se hallan muy próximos en la vida exterior, o viceversa. Entonces se ve claramente el mecanismo del trabajo terrestre: "Cada cual -dice la Madre- es un instrumento para controlar cierto conjunto de vibraciones que representan su campo de trabajo particular"; cada cual, por sus cualidades y sus defectos tiene acceso a una zona de la consciencia terrestre, que representa su parte de la transformación colectiva. Y se comprende por qué no puede la transformación operarse por un solo individuo, pues por muy grande que él sea, por vasta que sea su organización interior y su colonización mental, vital o subconsciente, no representa sino un conjunto de vibraciones. Puede, a lo sumo, transformar el tipo de vibraciones que representa, y aun esto no es seguro, porque finalmente todo se tiene. Y se comprende también que la transformación no puede realizarse con pequeños santos. La vacuna no se produce por medio de la santidad, sino con la parte de la enfermedad humana que uno tiene el valor de aceptar. En todos los casos, la enfermedad está allí, pero en un caso uno cierra los ojos y se extasía, y en otro, uno se arremanga la camisa y cuenta los caldos de cultivo. Cierta vez, un antiguo discípulo se quejaba vivamente de la mezcolanza del Ashram y de los individuos "imposibles" que allí se hallaban. Sri Aurobindo observó: "Es preciso, o más bien inevitable, que en un Ashram que es un laboratorio de yoga supramental, la humanidad se halle plenamente representada. El problema de la transformación debe por fuerza comprender toda clase de elementos, favorables o adversos. En realidad, el hombre mismo es una mezcla de ambos elementos. Si sólo la gente virtuosa y culta -es decir, los seres que no tienen en sí muchas dificultades vitales- se consagrasen al yoga, bien podría ser que la empresa fracasase, porque la dificultad del elemento vital en la naturaleza terrestre no

habría sido afrontado ni superado".³⁸ Otro discípulo, presa acaso de remordimientos, escribía a Sri Aurobindo: "¡Valientes discípulos somos nosotros! ¿No debería usted haber escogido o llamado a una mejor substancia humana, acaso algo así como Z...?" Sri Aurobindo le respondió: "¡En cuanto a los discípulos, estoy de acuerdo! Mas, una mejor substancia, suponiendo que exista, ¿sería típica de la humanidad? Manipular algunos tipos excepcionales no resolvería el problema. ¿Consentirían en seguir mi camino? Esto es harina de otro costal. Y si se les pusiese a prueba, ¿no se revelaría acaso la humanidad común?"³⁹ Yo no tengo necesidad de centenares de millares de discípulos. Ya sería bastante si yo consiguiese disponer de cien hombres completos, vacíos de cuidados pequeños, que serán los instrumentos de Dios".⁴⁰

Prácticamente el trabajo se realiza a través de cada una de nuestras dificultades psicológicas, simbólicas de la misma dificultad a través del mundo. Si se capta en un individuo una vibración determinada, es la misma vibración la que se capta en el mundo entero. "Cada uno de vosotros -dice la Madre- representa una de las dificultades que es preciso vencer para la transformación, ¡y esto crea muchas dificultades! Es, incluso, más que una dificultad; creo haberos dicho en otro tiempo que cada uno representa una imposibilidad por resolver; y cuando todas estas imposibilidades hayan sido resueltas, entonces la Obra quedará cumplida". Cada individuo -bien lo sabemos- tiene una sombra que lo sigue y parece contradecir la finalidad de su vida. Esa es la vibración particular que él debe transformar, su campo de trabajo, su punto imposible. Es, a un tiempo mismo, el reto de su vida y la victoria de su vida. Es su parte de progreso en la evolución colectiva de la tierra. Mas surge un fenómeno particular en nuestro laboratorio: en la vida ordinaria o en un yoga individual, esta sombra se halla más o menos latente, es más o menos molesta y acaba por disolverse o, más bien, por hundirse en una mazmorra; pero cuando uno se somete a un yoga terrestre, se da cuenta en seguida de que esa sombra no se hunde en modo alguno; surge y resurge con infatigable virulencia, como si la batalla no se trabase nunca, como si en realidad se librara la batalla por la tierra entera en este punto vibratorio particular; parecería que el aspirante se hubiese convertido en un campo de batalla especial, aguda, simbólica de la misma batalla, más o menos larvada, sobre el mismo punto de sombra, en el resto de los seres humanos. "Vosotros no hacéis el yoga sólo para vosotros mismos; lo hacéis, sin quererlo, automáticamente, para todo el mundo". Y el aspirante verifica in vivo el principio de la unidad substancial del mundo: si uno trata de corregir en sí mismo una sola vibración, son millones de pequeñas vibraciones hermanas las que resisten a través del mundo. Esto es lo que Sri Aurobindo llama "yoga para la conciencia terrestre".⁴¹ Porque acepta la vida, el aspirante del yoga integral debe llevar no sólo su propia carga, sino también una parte no pequeña de la carga del mundo, que viene a agregarse a la suya, ya suficientemente pesada. Luego, su yoga se parece, mucho más que los otros, a una batalla; y no se trata sólo de una batalla individual, sino de una guerra colectiva que tiene lugar en un país inmenso. No basta que conquiste en sí mismo las fuerzas egoístas de la mentira y del desorden, es preciso que las venza también como representantes de las mismas fuerzas adversas inagotables en el mundo. Este carácter representativo les comunica una capacidad de resistencia mucho más obstinada, un derecho de recurrencia que casi no tiene fin. De suerte que muy a menudo se percata el aspirante de que, después aun de haber ganado con persistencia su batalla personal, deberá ganarla también en una guerra que parece interminable, porque su existencia interior es ya tan amplia que no solamente contiene su propio ser con sus experiencias y sus necesidades bien definidas, sino que es también solidaria del ser de los demás; porque lleva en sí mismo al

universo".⁴²

¿Se llegará alguna vez a realizar semejante tarea? Se podría pensar que el Subconsciente es una cloaca interminable -"el pozo sin fondo", decían los rishis- y que si es preciso esperar su limpieza para alcanzar la transformación supramental, será menester aguardar mucho tiempo. Mas se trata sólo de una apariencia. Ningún hombre trae al nacer una nueva porción de subconsciente y de inconsciente: todo lo saca de la misma fuente, repite las mismas vibraciones que giran en redondo, indefinidamente, en la atmósfera terrestre. Así como no puede el hombre crear la oscuridad, tampoco puede crear la luz; es solamente el instrumento consciente o inconsciente, de la una o de la otra (y, casi siempre, de las dos). No se produce un aporte de vibraciones nuevas en el mundo, a no ser las del Futuro supraconsciente que se vuelven poco a poco presentes y disuelven o transmutan las vibraciones de nuestro pasado evolutivo. El Subconsciente y el Inconsciente de hoy son menos subconscientes y menos inconscientes de lo que eran hace dos mil años, y es evidente que todos hemos pagado por ello. Esta precipitación de Futuro en el presente es toda la clave de la transmutación del mundo. El yoga es el sitio donde tiene lugar la aceleración del Futuro, y el pionero de la evolución, el instrumento que extrae vibraciones cada vez más poderosas. La labor del aspirante no es tanto un trabajo negativo de pulimento del Subconsciente, cuanto una labor positiva de llamamiento de luz; el yoga precipita hacia abajo las vibraciones del Futuro a fin de apresurar el proceso de saneamiento. Esto es lo que Sri Aurobindo llama el "descenso", y es, como ya lo hemos visto, la nota característica de su yoga: "Si en otros yogas se ha tratado alguna vez de descenso, ello no ha sido sino un incidente en el camino o un resultado de la ascensión: para ellos, la ascensión es la verdadera finalidad. Aquí, la ascensión es la primera etapa, y no es sino un medio del descenso. El descenso de la nueva conciencia alcanzada por la ascensión es el sello verdadero de la disciplina. Aquí la finalidad no es otra que la de la realización divina de la vida".⁴³ Y cuando Sri Aurobindo dice "descenso", debemos comprender ciertamente que no se trata de un punto de arriba seguido de un punto de abajo; él no espera que uno vaya ataje a hacer una labor penosa para limpiar un poco; él espera, más bien, que lo bajo deje de ser bajo. Por ejemplo, para ser prosaico, y Dios sabe cuan prosaica es la transformación, se puede ir de compras a un bazar, en medio de una humanidad hartamente opaca y desconcertante, o pasearse de noche por ciertas regiones nocivas del Subconsciente, y hacerlo con la misma intensidad de conciencia, de luz y de paz que cuando uno se halla sentado a solas, con los ojos cerrados, embargado en una meditación profunda. Esto es "descender". No hay ninguna diferencia; el arriba y el abajo son igualmente luminosos y apacibles. Así es como la transformación terrestre se realiza: la unidad substancial del mundo se conjuga en ambos sentidos; si es verdad que no se puede tocar una sombra sin tocar todas las sombras del mundo, tampoco es posible tocar una sola luz sin modificar todas las sombras que se hallan en torno. Todas las vibraciones -hasta las buenas- son contagiosas. Cada victoria que se alcanza es una victoria para todos. Mas lo contrario sería, a la verdad, sorprendente. "¡Todo es el mismo Ser!", exclamaba la Madre, no hay en el mundo sino una conciencia, una substancia, una fuerza, un cuerpo. Por este motivo, podía Sri Aurobindo decir: "Si lo Supramental desciende a nuestra materia (la de él y la de la Madre), porque ha descendido a la Materia y puede, por lo tanto, manifestarse en otros también".⁴⁴

Mientras más progresa el aspirante hacia lo alto, más se amplía su acceso a las zonas de abajo -el Pasado que toca es exactamente proporcional al Futuro que descubre- y mayor será igualmente su poder de transformación colectiva. Hasta ahora, el poder extraído de abajo no era sino un poder mental o, a lo sumo, sobremental, que no alcanzaba más que

honduras medianas, mas ahora que un poder supramental o espiritual ha descendido a la consciencia terrestre a través de las realizaciones de Sri Aurobindo y de la Madre, se puede pensar que ese Futuro supremo alcanzará ese Fondo supremo y precipitará la depuración, es decir, la evolución de la humanidad entera. El yoga es un proceso de evolución concentrada, y la progresión es geométrica: "El primer movimiento de la Fuerza evolutiva en la Materia se extiende oscuramente sobre las edades; el movimiento de la Vida progresa lentamente, pero ya a un ritmo más rápido se concentra en milenarios; la Mente puede comprimir más aún la lentitud perezosa del tiempo y dar grandes trancos en pocos siglos; mas cuando el Espíritu consciente interviene, se hace posible una rapidez evolutiva supremamente concentrada".⁴⁵ En ello nos hallamos. Las convulsiones del mundo actual son, a no dudarlo, el signo de que la Presión descendente se acelera y de que nos acercamos a una verdadera solución. "Es posible que una vez iniciada la empresa (supramental) no avance rápidamente, y que requiera largos siglos de esfuerzo antes de llegar a fijarse con alguna perdurabilidad. Mas esto no es de todo punto inevitable; los cambios de esta índole que tienen lugar en la Naturaleza parecen tener origen en una larga y oscura preparación, seguida de una rápida reunión y de una precipitación de los elementos en un nuevo nacimiento, una conversión brusca, una transformación que por su luminosa instantaneidad parece milagrosa. Una vez realizado el primer cambio decisivo, es seguro también que no toda la humanidad será capaz de elevarse a ese nivel. No puede dejar de producirse una división entre los que son capaces de vivir al nivel espiritual y los que son solamente capaces de vivir en la luz que desciende al nivel mental. Y es posible también que abajo quede una gran masa influida desde arriba pero no preparada aún para la luz. Mas ya esto será una transformación, un comienzo en gran medida superior a todo cuanto se ha realizado hasta el presente. Esta jerarquía no aparejará, como en nuestra actual existencia vital, una dominación egoísta del más desarrollado sobre el subdesarrollado; los hermanos mayores de la raza, por el contrario, guiarán a sus hermanos más jóvenes y trabajarán sin interrupción por elevarlos a niveles espirituales más altos y conducirlos hacia horizontes más amplios. Y tampoco para los guías sería la ascensión a los primeros niveles espirituales al término de la marcha divina, ni una cima que no deja ya nada que realizar sobre la tierra. Hay, en el seno del mundo supramental, otros niveles más elevados aún, como ya lo sabían los antiguos poetas védicos que hablaban de la vida espiritual como de una ascensión constante.*⁴⁶

"Oh Tú, el de los cien poderes, los sacerdotes de la palabra
te escalan. Mientras se sube
de cima en cima, lo que falta por hacer aparece".**

En realidad, hemos pasado todos estos siglos en preparar la Base. Una base de seguridad y de bienestar por medio de nuestra ciencia, una base de caridad por medio de nuestras religiones y nuestras morales, una base de belleza y de armonía por medio de nuestras artes, una base mental de escrupulosa exactitud pero es una base para otra cosa. Absorbidos por nuestro esfuerzo de hacer las cosas bien, no vemos sino un ángulo de la gran Obra -un ángulo de inmortalidad terrestre como los rishis, un ángulo de Permanencia eterna como el

* Sri Aurobindo ha reconocido en el Supramental tres grados planos. Su descripción no parece necesaria en esta etapa.

** Rig-Veda I. 10.1

Buda, un ángulo de caridad, un ángulo de bienestar, toda suerte de ángulos, mas no siempre jugaremos a los trozos como los niños; pero nada de esto es un fin, sino más bien una condición negativa del Juego; nada ha comenzado aún. ¿Qué es lo que ha comenzado?... Acaso se espera que cobremos conciencia del Juego para que éste comience. Hemos agotado, desde Julio Verne, toda clase de aventuras y éstas se han detenido lentamente ante nosotros; ¿qué guerra, qué revolución merece que uno se desangre en ella? Nuestros Everests han sido desflorados y bien custodiados se hallan nuestros altos mares; todo está previsto, reglamentado, aun la estratosfera. ¿Acaso para conducirnos hacia la única abertura en este mundo que nos sofoca cada vez más? Nos hemos creído miopes, un pequeño topo sobre este astro, y hemos rectificado el gran Ojo de adentro y rectificado nuestras alas, que se lean dado a recorrer los mundos, por un acero que nos aplasta cada día más. Tal vez para forzarnos a creer en nosotros mismos tanto como en nuestras máquinas y a que creamos que podemos más que ellas. "Giran y giran en torno, magullados y vacilantes, como ciegos guiados por un ciego", decía ya el Upanishad.* ¿No ha llegado por ventura la hora de dar un vistazo por encima de nuestras construcciones, y de iniciar el Juego? En vez de manejar palas y piochas, evangelios y neutrones, despejar la conciencia y arrojar esa simiente a la era del tiempo, y que la vida comience.

Oh raza, de la tierra nacida, que el Destino arrastra (y la Fuerza coarta,
Oh aventurerillo en un mundo infinito
Prisioneros de una humanidad de enanos
¿Giraréis sin cesar en la ronda de la mente,
Al redor de un pequeño yo y de mediocres naderías?
No habíais nacido para una irrevocable pequeñez
Ni hechos estabais para recomenzar inútilmente...
Facultades todopoderosas contienen las células de la Naturaleza
Un destino más alto os espera...
¡La vida que hacéis oculta la luz que vosotros mismos sois!⁴⁷

Y, si se echa un vistazo por encima de las bardas, veremos que todo se encuentra ya allí, en espera sólo de que nosotros lo tomemos:

Yo los he visto pasar los crepúsculos de una edad
Los hijos de ojos de sol de un alba maravillosa...
Poderosos destructores de las barreras del mundo...
Arquitectos de la inmortalidad...
Cuerpos resplandecientes de la luz del Espíritu
Portadores de la palabra mágica, del fuego místico
Portadores del dionisiaco cáliz de la alegría⁴⁸

La edad de hierro ha terminado⁴⁹

* Mundaka Upanishad 1, 2, 8.

* * *

Las condiciones de la edad de la Verdad pueden parecer severas; este descenso peligroso al Inconsciente, la batalla contra la Sombra, la Muerte que amenaza; ¿mas no hemos arriesgado ya nuestra vida en empresas de poco momento? "La grandeza del hombre -dice Sri Aurobindo-, no descansa en lo que él es, sino en lo que él hace posible".⁵⁰ Es preciso que la Victoria sea alcanzada una vez, en un cuerpo. Cuando un solo hombre haya ganado esa Victoria, ésta será una victoria para todos los hombres y en todos los mundos. Porque este pequeño planeta, tan insignificante "n apariencia, es el simbólico campo de una batalla que se libra a través de todas las jerarquías cósmicas, así como el ser humano consciente es el simbólico campo de una batalla que se libra en todos los hombres; si vencemos aquí, venceremos por doquiera; somos nosotros los que liberan a los muertos, nosotros los que liberan a la vida. Nosotros, por la conquista de la consciencia, somos los arquitectos del cielo, los redentores de la tierra. Por tal motivo, esta vida sobre la tierra se reviste de importancia excepcional entre todos los demás modos de vida, y por esa misma causa los guardianes de la Mentira se obstinan en predicarnos el más allá: "Hay que darse prisa en hacer aquí el trabajo -dice la Madre-, porque es aquí donde en realidad se puede hacer. Nada esperéis de la muerte, la vida es nuestra salvación. Es en la vida donde precisa transformarse; en la tierra se progresa, en la tierra se realiza uno. En el cuerpo es donde la Victoria se alcanza". Entonces no será la ley de la evolución la ley de los contrarios que nos persiguen para arrancarnos a nuestra infancia humana, sino una ley de luz y de progreso sin fin, una evolución nueva en la alegría de la Verdad. Es menester que la Victoria sea alcanzada una vez. Es preciso un cuerpo glorioso, un solo cuerpo que venza, por todos los cuerpos, la ley de hierro. Y la colaboración de todos los hombres para obtener esta sola Victoria. La dificultad estratégica de la transformación se halla, toda, ante nosotros. "Si la tierra llama y lo Supremo responde, la hora puede ser esta misma -even now".*

* Tomado de una obra póstuma de Sri Aurobindo: *The Hour of God* (pág. 61).

CONCLUSIÓN

EL FIN, QUE SIEMPRE ES EL COMIENZO

La realización de los rishis védicos se ha convertido en una realización colectiva; el Supramental ha entrado en la conciencia terrestre, ha descendido hasta dentro del subconsciente físico, a la frontera de la materia. No queda por franquear más que un punto para que la conjunción se produzca. "Un mundo nuevo ha nacido -dice la Madre-. En este momento nos encontramos de lleno en un período de transición en el que dos mundos se entrecruzan: el antiguo, que se mantiene todavía poderoso y continúa dominando en la conciencia ordinaria, y el nuevo, que comienza a manifestarse, muy modesto, inadvertido, hasta el punto que exteriormente parece que nada cambia en él, por el momento... Y, sin embargo, trabaja, crece, hasta el día en que sea bastante fuerte para imponerse visiblemente". Todas las dificultades no son del orden subconsciente.

Hay una, muy consciente, que se opone como una puerta de bronce al mundo nuevo, y no se trata de nuestro materialismo, como algunos se complacen en afirmar -si los sabios son sinceros, tal vez sean los primeros en desembocar en la Verdad-, sino de la enorme caparazón espiritual bajo la cual hemos ocultado el Espíritu. La verdadera habilidad del diablo no consiste en adueñarse de la mentira y del odio y sembrarlos por el mundo, como Atila y los nazis -y para ello es muy hábil-, sino en tomar un trozo de verdad y deformarla. Nada es más pernicioso que una verdad desfigurada; la mentira hereda toda la potencia que de la verdad encierra. Se nos ha dicho, y repetido, que la salvación está en el cielo -y es verdad, no hay salvación para el hombre mientras mantenga la nariz en la materia; su salvación está en el cielo supraconsciente, y probablemente sea necesario recomendarnos primero el cielo para desembarazarnos de nuestra primera corteza evolutiva, animal y económica-, pero esto no es más que una primera etapa de la evolución, la cual hemos convertido en un objetivo definitivo, duro como la piedra. Y ahora este objetivo se revuelve contra nosotros. Hemos negado la Divinidad en la Materia para encerrarla en nuestros santos lugares, y la Materia se venga -la hemos calificado de bruta, y bruta es-. Mientras aceptemos el Desequilibrio, no habrá esperanza para la tierra; oscilaremos de un polo al otro, igualmente falsos ambos: de la alegría material a la austeridad espiritual, sin encontrar jamás la plenitud. "Las antiguas culturas de Europa han concluido en una disgregadora duda o en un escepticismo impotente, en el estancamiento y el declive".¹ * Tenemos necesidad del vigor de la Materia, necesidad también de las frescas aguas del Espíritu, pero nuestros materialismos son embrutecedores, y nuestras creencias, únicamente el reverso de nuestras incredulidades. "El ateo es Dios que juega al escondite consigo mismo. Pero el creyente, ¿es algo distinto? Tal vez, puesto que ha visto la sombra de Dios y se ha asido a ella".²

Si queremos curar el Desequilibrio -y todo lo que está desequilibrado parece- en nuestros cuerpos, en nuestras sociedades o en nuestros ciclos cósmicos, se hace necesario ver claro. Hemos perdido el Santo y Señal: es el balance de nuestra era; hemos reemplazado el verdadero poder por el ardid, la verdadera sabiduría por los dogmas: el reino de los gnomos en todas las esferas. Y cada vez más será el reino de los gnomos, si no terminamos con estas medias-verdades mortificantes, de lo alto o de lo bajo, para sumergirnos en la verdadera fuente, y encontrar el secreto práctico del Espíritu en la Materia. "Inmortal en los

* Esto fue escrito en 1914. ¿Ha mejorado después la situación? No es evidente.

mortales... él es el dios instalado adentro, es la energía que elabora nuestros poderes divinos" (Rig-Veda IV. 2.1). Conociendo este Secreto, ni los rishis ni los sabios de los antiguos Misterios causaron la enorme división que nos destruye -"nuestro Padre el Cielo, nuestra Madre la tierra"-; no superaron la dificultad remitiéndola más allá de nuestra plenitud: "Conquistemos aquí mismo, libremos la batalla de las cien cabezas". Llegados a la cima de la consciencia, no se desvanecieron en un pálido éxtasis: "Soy un hijo de la tierra, el suelo es mi madre" (Atharva-Veda XII. I); en los confines del Infinito, ellos no estimaban insignificantes las pequeñeces de aquí abajo: "Oh Divinidad, guarda para nosotros el Infinito y prodíganos lo finito" (Rig-Veda IV. 2. 11), "Oh tierra, ¿podré cantar tu belleza, la de tus pueblos y bosques, de tus asambleas de guerra y de tus batallas?" (Atharva-Veda XII. 44.56). Luchaban, eran invencibles, pues sabían que Dios está en nosotros: "Oh Hijo del cuerpo... Tú, lleno de alegría y de luz, victorioso, a quien nadie puede herir" (III. 4.2, 9.1). Una verdad conquistadora, hombres de pie, para los que la muerte es una mentira y una derrota. Una verdad de la alegría divina sobre la tierra. Sin duda su verdad era prematura para las hordas de Europa, que tenían necesidad de oír hablar del cielo antes que de la tierra; pero tal vez haya llegado el tiempo de revelar los Misterios, védicos, órficos, alquímicos o cátaros, y de reencontrar la verdad completa de los dos polos en una tercera posición, que no es la de los materialistas ni la de los espiritualistas: "La clave del enigma no es la ascensión del hombre al cielo, sino su ascensión, aquí abajo, en el Espíritu, y el descenso del Espíritu en su humanidad ordinaria, una transformación de la naturaleza terrestre. Es esto lo que la humanidad espera: un nacimiento nuevo que coronará su larga marcha oscura y dolorosa, y no alguna salvación post mortem."³

Sri Aurobindo nos trae un mensaje de esperanza. Nuestro balance de gnomos, finalmente, es tan sólo la señal de una emergencia nueva; siempre nuestras sombras y nuestras caídas son la gestación de una luz más grande que tenía necesidad de descender para destruir los límites, y no hay más que dos formas de destruirlos: por exceso de luz o por exceso de sombra, pero la una precipita nuestra noche en la luz y la disuelve; la otra precipita la luz en nuestra noche y la transmuta. La una libera a algunos individuos; la otra libera a toda la tierra. Hace diez mil años, algunos gigantes entre los hombres, con toda seguridad habían arrancado el Secreto del mundo, pero fue privilegio de un puñado de iniciados, y todos nosotros debemos ser iniciados. Vivíamos en la edad de oro hace diez mil años, y todo parece haberse hundido en la noche; pero a la verdad no es la noche la que ha descendido sobre el mundo, como lo quisieran los predicadores del Final de los Tiempos; es la luz la que ha huido del mundo. Era necesario que el Secreto fuese olvidado, que la humanidad descendiese la curva nocturna de la edad de la razón y de las religiones para reencontrar todo el Secreto en todos los hombres adultos, y la luz por todas partes: sobre todas las noches, sobre todas las miserias, sobre todas las naderías, en lugar de una gran hoguera sobre, algunos santuarios védicos o iraníes. Estamos en el comienzo de los Tiempos; la evolución no sigue una recta cada vez más sublime y disolvente, sino que describe una espiral no se trata de un camino tortuoso para regresar -un tanto afligido- al punto de partida, sino todo lo contrario: aprender en la creación total la alegría de ser, la belleza de ser, la grandeza de ser, y el desarrollo perpetuo, perpetuamente progresivo de esta alegría, de esta belleza, de esta grandeza. Entonces todo tiene un sentido. Una eterna espiral que no se cierra en ningún punto extremo -el Extremo se halla en todo punto del mundo, en cada ser, en cada cuerpo, en cada átomo-, una ascensión gradual siempre hacia más alto. A fin de poder descender más, abarcar más, revelar más. Estamos al comienzo de lo "Vasto", que será cada día más vasto. Ya los pioneros de la evolución reconocieron otros

grados en lo Supramental; una nueva curva se insinúa en el Devenir eterno. Ante cada gran conquista, todo cambia: una inversión de conciencia, un cielo nuevo, una tierra nueva; el mismo mundo físico cambiará inmediatamente bajo nuestros incrédulos ojos. Y puede que no se trate del primer cambio en la historia. ¿Cuántos hubo antes de nosotros? ¿Y cuántos habrá todavía con nosotros, si simplemente aceptamos ser conscientes? Cambios sucesivos de conciencia que permitirán que una riqueza de creación siempre nueva se produzca de etapa en etapa. Cada vez que el Mago nos ofrece su caleidoscopio, todo es inesperado, más amplio, más verdadero, más bello. Nosotros somos todo para él, la alegría del mundo está a nuestra puerta, simplemente con que nosotros la queramos:

"El dolor de la tierra es la razón de su alegría aprisionada.

No por el sufrimiento, sino por la alegría, fue hecha esta tierra" ⁴

Este es el Secreto. Ella está en todas partes, en el corazón del mundo; es el "pozo de miel bajo la roca", "la risa de niño del Infinito" que nosotros somos, el fondo del Futuro luminoso que empuja nuestro pasado. La evolución no ha concluido, no es un absurdo círculo, ni una caída, ni una feria de placeres vanos, es:

"La aventura de la conciencia y de la alegría".⁵

Pondichery, 15 de abril de 1963

NOTAS

Las notas de la Madre han sido tomadas de las Conversaciones, publicadas en el Bulletin du Centre International Sri Aurobindo, o, en gran parte, de textos inéditos. Todas las referencias de las obras de Sri Aurobindo incluidas en este libro se remiten al texto original inglés en las ediciones siguientes:

Collected Poems, 1942
Eight Upanishads, 1953
Essays on the Gita, 1959
The Future Poetry, 1953
The Hour of God, 1959
The Human Cycle, 1949
Hymns to the Mystic Fire, 1952
The Ideal of the Karmayogin, 1959
Last Poems, 1952
Letters (On Yoga) 2 vol., 1959
Letters on Poetry, 1949
The Life Divine, 1960
Life, literature and Yoga, 1952
On himself, 1953
On the Veda, 1956
Poems Past and Presents, 1952
The Problem of Rebirth, 1952
The Riddle of this World, 1951
Savitri, 1954
Speeches, 1952
The Superman, 1950
The Supramental Manifest, 1952
The Synthesis of Yoga, 1955
Thoughts and Aphorisms, 1958
Thoughts and Glimpses, 1950

D. K. Roy	Sri Aurobindo Came to Me, 1952
G. Monod-Herzen	Shri Aurobindo, 1954
NirodBaran	Correspondence with Sri Aurobindo, 2 vol., 1954-59
A. B. Purani	Evening Talks with Sri Aurobindo, 1959

Introducción	Pág.
1. Thoughts and Glimpses	7
2. The Hour of God	102
3. The Human Cycle	8

Capítulo I	
1. On Himself	9
2. On Himself	18
3. Purani, Life of...	8
4. The Human Cycle	219
5. Thoughts and Aphorisms	80
6. Letters II	871
7. Purani, Life of...	43
Capítulo II	
1. New Lamps for old, 4. 12.	1893
2. Thoughts and Aphorisms	79
3. The Synthesis of Yoga	64
4. The Synthesis of Yoga	523
5. The Problem of Rebirth	80
6. Savitri	745
Capítulo III	
1. Thoughts and Aphorisms	14
2. Monod-Herzen	342
3. New Lamps for Old	7.8.1893
4. Purani, Evening Talks	199
5. Purani, Life of...	102
6. On Himself	26
7. Speeches	62
Capítulo IV	
1. Life, Literatura and Yoga	86
2. The Synthesis of Yoga	360
3. The Synthesis of Yoga	81
4. On Himself	135
5. D. K. Roy	219
6. The Synthesis of Yoga	105
7. Letters II	41
8. Letters I	179
9. Letters II	302
10. Letters II	277
11. The Hour of God	64
12. On Himself	132
13. Letters I	615
Capítulo V	
1. Letters I	254
2. The Synthesis of Yoga	442
3. The Synthesis of Yoga	245
4. Letters I	363
5. The Synthesis of Yoga	206

6. Nirodbaran, II	119
7. Savitri	105
8. Letters II	197
9. Nirodbaran, II	83
10. D. K. Roy	206

Capítulo VI

1. The Life Divine	59
2. The Synthesis of Yoga	383
3. Letters I	325
4. Letters II	451
5. Letters II	489
6. The Life Divine	1176
7. Letters I	633
8. The Synthesis of Yoga	384
9. Nirodbaran, II	112
10. The Synthesis of Yoga	66
11. The Riddle of this World	79
12. Thoughts and Aphorisms	89
13. The Synthesis of Yoga	87
14. Letters I	134
15. The Synthesis of Yoga	263
16. Nirodbaran, II	86
17. On Himself	316
18. Letters II	671
19. Letters I	89
20. Letters II	184

Capítulo VII

1. Essays on the Gita	193
2. Thoughts and Aphorisms	80
3. Savitri	84
4. Thoughts and Aphorisms	60
5. The Synthesis of Yoga	421
6. The Problem of Rebirth	40
7. The Problem of Rebirth	39
8. The Synthesis of Yoga	351

Capítulo VIII

1. The Life Divine	75
2. The Synthesis of Yoga	987
3. Letters I	325
4. The Synthesis of Yoga	393

Capítulo IX

1. The Life Divine	231
2. Nirodbaran (inédito)	

3. Letters II	110
4. Savitri	35
5. Thoughts and Aphorisms	78

Capítulo X

1. Savitri	73
2. Savitri	191
3. The Human Cycle	301
4. On Himself	147
5. On Himself	40
6. Essays on the Gita	55
7. The Ideal of Human Unity	76
8. Letters I	154
9. Savitri	290
10. On Himself	349
11. On Himself	294
12. On Himself	127
13. Savitri	93
14. On Himself	153
15. On Himself	154
16. Letters I	294
17. Letters I	71
18. The Human Cycle	234
19. On Himself	154
20. Purani, Life of...	109
21. On Himself	83
22. Speeches	22

Capítulo XI

1. Speeches	54
2. Speeches	61
3. The Synthesis of Yoga	133
4. Speeches	57
5. Speeches	58
6. The Synthesis of Yoga	341
7. Essays on the Gita	59, 516
8. The Life Divine	960
9. Savitri	76
10. The Synthesis of Yoga	341
11. Savitri	296
12. Savitri	702
13. Collected Poems I	162
14. The Life Divine	677
15. The Problem of Rebirth	65
16. The Life Divine	1217
17. Savitri	29
18. The Synthesis of Yoga	415

19. The Superman	27
20. Letters I	327
21. Purani, Evening Talks	180
22. The Synthesis of Yoga	60
23. Savitri	369

Capítulo XII

1. The Hour of God	42
2. The Synthesis of Yoga	382
3. Savitri	514
4. The Synthesis of Yoga	196
5. Savitri	770
6. The Synthesis of Yoga	134
7. The Life Divine	909, 906
8. Essays on the gita	646
9. The Synthesis of Yoga	224
10. The Synthesis of Yoga	19
11. Letters II	739
12. Thoughts and Aphorisms	3
13. Savitri	152
14. The Synthesis of Yoga	377
15. Savitri	271
16. Letters II	246
17. The Synthesis of Yoga	337
18. Letters I	715
19. The Synthesis of Yoga	337
20. Nirodbaran, II	119
21. Letters I	255
22. Letters II	197
23. Savitri	595
24. Savitri	317
25. The Human Cycle	209
26. The Hour of God	69
27. Letters on Poetry	124
28. Letters on Poetry	124
29. D. K. Roy	127
30. Savitri	357
31. The Life Divine	1127
32. Letters I	286
33. The Synthesis of Yoga	915
34. Letters II	263
35. Poems Past and Present	1
36. The Human Cycle	7
37. The Future Poetry	328
38. The Future Poetry	12
39. Letters on Poetry	97
40. Savitri	136

41. Speeches 59

Capítulo XIII

1. Purani, Evening Talks	120
2. The Human Cycle	133
3. The Human Cycle	131, 136
4. The Life Divine	860
5. Letters II	263
6. Letters on Poetry	128
7. The Life Divine	1135
8. The Synthesis of Yoga	101
9. The Life Divine	1259

Capítulo XIV

1. Purani, Life of...	132
2. Purani, Life of...	122
3. Savitri	257
4. Savitri	505
5. Letters II	686
6. Letters II	689
7. Savitri	195
8. The Synthesis of Yoga	150
9. Savitri	507
10. Letters II	733
11. Savitri	218
12. Thoughts and Aphorisms	88
13. The Life Divine	14
14. The Synthesis of Yoga	150
15. The Human Cycle	133
16. Savitri	689
17. Savitri	701
18. Mother India	March, 1962
19. Savitri	359
20. On Himself	222
21. Savitri	10
22. Poems Past & Present	6, 8
23. Savitri	104
24. Last Poems	40
25. Savitri	49
26. Savitri	615
27. Savitri	192
28. Savitri	420
29. Letters I	393
30. On Himself	775
31. Savitri	768

Capítulo XV

1. Savitri	631
2. The Synthesis of Yoga	957
3. The Synthesis of Yoga	282
4. Thoughts and Aphorisms	74
5. Letters I	460
6. The Life Divine	1170
7. The Synthesis of Yoga	377
8. The Synthesis of Yoga	989, 992
9. The Synthesis of Yoga	551
10. Savitri	741
11. The Synthesis of Yoga	468
12. The Synthesis of Yoga	486
13. Savitri	737
14. Savitri	691
15. Savitri	222
16. The Synthesis of Yoga	198
17. Savitri	72
18. Life, Literatura and Yoga	11
19. Purani, Evening Talks	91
20. Savitri	674
21. The Life Divine	766
22. Savitri	796
23. Letters on Poetry	103
24. The Synthesis of Yoga	117
25. Thoughts and Aphorisms	19
26. The Hour of God	65
27. Savitri	207
28. On Himself	351
29. The Ideal of the Karmayogin	3
30. On Himself	96
31. Letters I	73
32. Letters I	149

Capítulo XVI

1. On the Veda	42
2. On the Veda	47
3. On the Veda	46
4. Letters I	99
5. On Himself	348
6. Savitri	110
7. D. K. Roy	247
8. On Himself	325
9. Nirodbaran II	154
10. Nirodbaran I	155
11. Letters on Poetry	5
12. Nirodbaran II	150

13. The Hour of God	64
14. Savitri	86
15. Anilbaran's diary (inédito)	
16. On Himself	361
17. The Life Divine	122
18. Savitri	7
19. Thoughts and Glimpses	18
20. The Hour of God	103
21. The Hour of God	105
22. The Life Divine	192
23. The Life Divine	449
24. The Hour of God	69
25. The Life Divine	152
26. The Life Divine	104
27. The Synthesis of Yoga	182
28. Savitri	102
29. The Life Divine	292
30. The Problem of Rebirth	79
31. The Human Cycle	290
32. The Hour of God	26
33. The Synthesis of Yoga	261
34. Savitri	267
35. The Hour of God	59
36. The Life Divine	3
37. Thoughts and Glimpses	32
38. Thoughts and Aphorisms	7
39. Thoughts and Glimpses	18
40. The Synthesis of Yoga	946

Capítulo XVII

1. The Life Divine	1009
2. The Human Cycle	292
3. The Hour of God	60
4. The Supramental Manifestation	43
5. The Supramental Manifestation	33
6. The Supramental Manifestation	67, 52
7. Savitri	383
8. Nirodbaran I	56
9. The Life Divine	1005
10. The Life Divine	1006
11. On Himself	378
12. Purani, Life of...	142
13. Purani, Life of...	121
14. On Himself	266
Nirodbaran, II	152
15. Savitri	24
16. Thoughts and Aphorisms	20

17. Purani, Life of...	167
18. Nirodbaran I	53, 71
19. Savitri	808
20. Purani, Evening Talks	198
21. Purani, Evening Talks	45
22. Letters II	406
23. France-Asie, abril 1953	
24. Letters II	340
25. Savitri	435
26. Letters I	346
27. Poems Past and Present	6
28. Savitri	785
29. Savitri	794
30. D. K. Roy	73
31. On Himself	776
32. Savitri	245
33. The Ideal of Human Unity	76
34. D. K. Roy	251
35. The Synthesis of Yoga	414
36. Letters I	823
37. The Ideal of the Karmayogin	10
38. Letters I	828
39. Nirodbaran I	101
40. Purani, Life of...	167
41. On Himself	167
42. The Synthesis of Yoga	87
43. On Himself	166
44. On Himself	358
45. The Life Divine	1109
46. The Human Cycle	332
47. Savitri	420
48. Savitri	389
49. Collected Poems I	170
50. The Hour of God	61
Conclusión	
1. The Human Cycle	278
2. Thoughts and Aphorisms	7
3. The Human Cycle	329
4. Savitri	50, 706
5. Savitri	5

La mayor parte de las cartas de Sri Aurobindo han sido publicadas bajo el título *On Yoga*.

ALGUNAS OBRAS DE SRI AUROBINDO PUBLICADAS EN CASTELLANO:

Guía del Yoga Integral Ed. Plaza y Janés, Barcelona
La Vida Divina Ed. KIER, Buenos Aires
Síntesis del Yoga Ed. KIER, Buenos Aires
Luces del Yoga Ed. KIER, Buenos Aires
La Madre Ed. KIER, Buenos Aires
Isha Upanishad Ed. KIER, Buenos Aires
Ojeadas y Pensamientos Ed., Dédalo, Buenos Aires

NOTA DEL EDITOR ESPAÑOL

La presente edición de SRI AUROBINDO O LA AVENTURA DE LA CONSCIENCIA, reproduce la traducción mejicana de Ricardo Barrios publicada en 1972 por las Ediciones El Caballito de México, que el Sr. Barrios ha tenido la gentileza de cedernos.

Hemos realizado una serie de correcciones que el mismo Sr. Barrios nos ha indicado, mejorando notablemente la edición mejicana; sin embargo, creemos importante hacer hincapié aquí en algunos conceptos que, tras la lectura de SRI AUROBINDO O LA AVENTURA DE LA CONSCIENCIA, podrían no quedar claros para el lector español.

Sri Aurobindo diferenciaba «el supramental», o sea la «Consciencia-Verdad» que existe tanto en el Universo como por encima de éste y cuyo carácter fundamental es el conocimiento por identificación, de la supermente, que no es sino el conocedor que posee este conocimiento, porque es uno con éste y con lo conocido.

Asimismo existe una distinción importante entre la Supermente y la Sobremente, que es una suerte de delegación de la Supermente.

SRI AUROBINDO O LA AVENTURA DE LA CONSCIENCIA es, a nuestro juicio, la mejor introducción al complejo y apasionante pensamiento de Sri Aurobindo, pero no deja de ser un libro... Algunas de las ideas expuestas en él superan en profundidad y magnitud las palabras y los conceptos racionales, perteneciendo a otros campos de consciencia; por ello, aconsejamos encarecidamente a quienes se sientan especialmente atraídos por la Aventura de la Consciencia y que deseen profundizar en la esencia del Yoga Integral de Sri Aurobindo, que se pongan en contacto con la:

FUNDACION CENTRO SRI AUROBINDO Diagonal, 434, 3º, 1ª
Barcelona, 37

El Editor

ÍNDICE

Prefacio a la segunda edición francesa
Introducción
I.- Un occidental consumado
II.- La ley eterna
III.- Ocaso del intelecto
IV.- El silencio mental
V.- La consciencia
VI.- La pacificación del vital
VII.- El centro psíquico
VIII.- La independencia física
IX.- El sueño y la muerte
X.- El yogui revolucionario
XI.- La Unidad
XII.- Supraconsciente
XIII.- Bajo el signo de los dioses
XIV.- El Secreto
XV.- La consciencia supramental
XVI.- El hombre, ser de transición
XVII.- La Transformación
Conclusión: El fin, que siempre es el comienzo
Notas

FIN